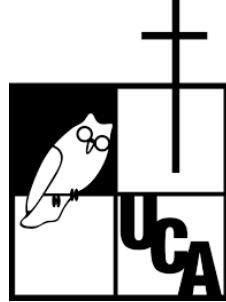


**UNIVERSIDAD CENTROAMERICANA  
JOSÉ SIMEÓN CAÑAS**



**INFORME CIENTÍFICO**

**Construcción de memorias del Conflicto Armado salvadoreño en jóvenes descendientes de  
excombatientes militares**

**Equipo de Investigación**

Nelson Fernando Chacón Serrano  
Cristian Armando Fabián Rodríguez  
Jacqueline Georgina Escobar Pacheco  
Daniela Elizabeth Marroquín Salamanca  
Andrea Gabriela Aparicio Silis  
Flavio Anthony Menjívar Cartagena

Con el apoyo de Fondos UCA 2021

Departamento de Psicología y Salud Pública  
Dirección de Pastoral Universitaria  
Vicerrectoría de Investigación e Innovación

Diciembre, 2022  
Antiguo Cuscatlán, El Salvador

## Contenido

1. Introducción .....	1
2. Planteamiento del problema.....	7
2.1. Pregunta de investigación .....	7
2.2. Objetivo general.....	7
2.3 Objetivos específicos .....	7
3. Antecedentes teóricos y empíricos.....	8
3.1. Conflictividades en la historia reciente de El Salvador: memoria, militarismo y democracia .....	8
3.1.1. Contextualización del Conflicto Armado y caracterización de la Fuerza Armada .....	8
3.1.2. Contextualización del posconflicto y caracterización de la Fuerza Armada.....	12
3.1.3. Implicaciones del Conflicto Armado y el militarismo en las dinámicas psicosociales del presente .....	16
3.2. Memorias de pasados violentos y su transmisión intergeneracional.....	19
3.2.1. Impactos subjetivos de la violencia del pasado en el presente.....	19
3.2.2. Caracterización de la memoria social y su transmisión intergeneracional.....	23
3.2.3. Memoria, reconciliación y democracia en clave intergeneracional .....	31
3.3. Posmemoria y juventudes: recordar un pasado no vivido desde un legado militar .....	35
3.3.1. Caracterización de la juventud en El Salvador .....	35
3.3.2. Memorias de las nuevas generaciones y sus particularidades.....	39
3.3.3. Investigaciones de descendientes de sobrevivientes y militares retirados .....	43
4. Metodología .....	51
4.1. Tipo de estudio.....	51
4.2. Participantes.....	51
4.3. Técnica de producción de datos .....	53
4.4. Subjetividad del equipo investigador .....	54
4.5. Procedimiento .....	56
4.6. Análisis de los datos.....	57
4.7. Aspectos éticos.....	58
4.8. Medidas de protección por COVID-19 .....	59
5. Resultados .....	61
5.1. Semblanzas de jóvenes hijos e hijas de militares.....	61
5.1.1. Tatiana: ¿Y mi papá es malo o no es malo?: entre el orgullo y la vergüenza de las memorias familiares.....	61
5.1.2. Santiago: No siento pena al decir que mi papá es militar, porque lo que haya pasado en la guerra no fui yo; así es su historia, tener pena de su pasado no resuelve nada.....	62

5.1.3. Rocío: Que injusto la situación en mi familia: una persona que nunca se supo de su paradero y mi papá que es militar .....	64
5.1.4. Mauricio: De los sueños que tenía mi papá, quizá no se imaginaba con el uniforme de militar, sino diseñando edificios, o qué sé yo, como arquitecto .....	65
5.1.5. Camila: Yo no estaría aquí si mi papá no hubiera vivido el Conflicto Armado en carne propia .....	66
5.1.6. Esteban: Yo considero que mi papá no fue un militar malo, por así decirlo, entre comillas ....	67
5.1.7. Victoria: Si la guerra no se hubiera dado, ya no tendría un peso encima por no poder decir lo que realmente pienso y siento, lo que realmente me hace ser quien soy .....	68
5.1.8. Mario: Un acto de empatía: me simpatiza la izquierda, pero no estoy de acuerdo en que la guerrilla haya torturado a mi papá .....	69
5.1.9. Josselyn: A ella, en cierto modo, se le nota algo de rencor al dirigirse a la guerra, porque ella le echa la culpa a eso, de que por la guerra le mataron al hijo.....	71
5.1.10. César: No me afecta, pero me da miedo, porque me presté ahorita pensando: ¿y si yo hubiera estado?.....	72
5.1.11. Carmen: Hoy casi no se habla del Conflicto Armado, pero yo siento que da bastante temor el escuchar cómo antes era, lo que pasaba, lo que vivía la gente.....	73
5.1.12. Aurora: No me quiere contar, pero tampoco quiero saber; me da un poco de miedo saber si mi papá le hizo daño a alguien.....	74
5.1.13. Raquel: Mejor olvidar ya, porque lo que mis papás sufrieron en el Conflicto Armado no es muy bueno.....	75
5.2. Contenido, tramas narrativas y mecanismos psicosociales en la construcción de memorias .....	76
5.2.1. Memorias del Conflicto Armado y su relación con el presente y futuro .....	77
5.2.2 Lo que me hace ser quién soy: memorias de hijos e hijas de militares y su proceso de exploración personal .....	105
5.2.3. Entre la admiración y el cuestionamiento: el dilema de tener un padre militar .....	143
5.2.4. Mecanismos psicosociales en el proceso de construcción de posmemorias .....	172
6. Discusión.....	186
6.1. Verdad.....	191
6.1.1. Implicaciones de las memorias de los hijos e hijas de militares en los procesos de verdad sobre el pasado.....	191
6.1.2. Potencial de memoria de descendientes de militares en la construcción de la verdad del Conflicto Armado .....	197
6.2. Justicia.....	202
6.2.1. Dilemas y complejidades: implicaciones de los hijos e hijas de militares en los procesos de justicia.....	203
6.2.2. Retos para la implementación de procesos de justicia en clave intergeneracional .....	209
6.3. Reparación .....	213

6.3.1. Los daños intergeneracionales del Conflicto Armado en el presente y las condiciones que les sostienen.....	214
6.3.2. Retos para un abordaje integral de reparación en clave intergeneracional .....	220
7. Conclusiones y recomendaciones .....	225
7.1. Conclusiones .....	225
7.1.1. Proceso de construcción de memorias .....	225
7.1.2. Verdad.....	226
7.1.3. Justicia.....	227
7.1.4. Reparación .....	228
7.2. Recomendaciones .....	228
7.2.1. Teóricas.....	228
7.2.2. Metodológicas.....	229
7.2.3. Relevancia social.....	230
8. Referencias bibliográficas.....	232
9. Anexos .....	241
9.1. Guion de preguntas para relatos de vida .....	241
9.2. Guiones para entrevistas con actores clave.....	243
9.3. Consentimiento informado para relatos de vida.....	247
9.4. Consentimiento informado para uso de relato en videos divulgativos.....	248
9.5. Reflexiones sobre la subjetividad del equipo investigador .....	249
9.6. Plan de análisis narrativo intracaso e intercaso.....	251
9.7. Ejemplo de Sinopsis de relato de vida .....	254
9.8. Matriz de coherencia con objetivos .....	256

# Construcción de memorias del conflicto armado salvadoreño en jóvenes descendientes de excombatientes militares

## 1. Introducción

El Salvador, como tantos otros países de Latinoamérica, carga un pasado reciente de represión política e injusticia social. Ese pasado remite al conflicto armado que lo azotó por doce años (1980-1992), y que, tras su culminación, sigue condicionando la vida social del país. De acuerdo al devenir de situaciones sociales y políticas en los años de posconflicto, ese pasado doloroso emerge una y otra vez en el presente, por más que no nos guste, y por más que nos mueva emociones intensas y conflictivas. Justamente, mientras se formula esta propuesta de investigación, en la coyuntura actual resuena la condena histórica a uno de los perpetradores intelectuales de la masacre de los jesuitas de la UCA en 1989<sup>1</sup>; y también los obstáculos estatales para tener acceso a los archivos militares sobre las masacres de El Mozote, acontecidas en 1981<sup>2</sup>. Luego de que, en 2016, se declarase inconstitucional la Ley de Amnistía de 1993<sup>3</sup>, que por 23 años entrampó las posibilidades de enjuiciar y castigar a los responsables de crímenes de lesa humanidad cometidos durante el conflicto armado, la tensiones sociales y políticas pasadas y presentes se intersectan para complejizar a la sociedad salvadoreña actual.

Estos hechos, sumados a los menos evidentes, nos obligan a considerar el pasado reciente, a buscar de alguna manera darle sentido a partir de su memoria. El proceso de hacer memoria del conflicto armado, a más de 30 años de su fin formal, se ha vuelto mucho más complejo. Ahora sus condiciones de posibilidad incluyen la participación de nuevos actores, los que con miradas diferentes abordan ese acontecimiento que no vivieron, pero que les interpela de acuerdo con las posiciones sociales que ocupan. Podrían configurarse, entonces, diferencias en la interpretación del pasado siendo descendientes de víctimas directas, exguerrilleros o exmilitares. En el caso de estos últimos, ante el aumento de protagonismo de la Fuerza Armada en el gobierno actual, y los casos de judicialización de militares por crímenes durante la guerra, cobra relevancia preguntarse por el sentido que le dan al pasado en función de su presente, y de cara al futuro. ¿Qué implica, entonces, para estos nuevos actores hacer memoria del pasado desde estas posiciones sociales?

---

<sup>1</sup> El pasado 11 de septiembre de 2020, se condenó a más de 133 años de prisión al excoronel Montano, considerado uno de los autores intelectuales del asesinato de los seis sacerdotes jesuitas de la UCA y dos colaboradoras, en noviembre de 1989. Para conocer más de la noticia, ver el siguiente enlace: <https://bit.ly/3ctxykU>

<sup>2</sup> El 21 de septiembre de 2020, el Ministerio de Defensa desobedeció una orden judicial que obligaba a inspeccionar los archivos militares para obtener insumos en la investigación sobre las masacres ocurridas en El Mozote y lugares aledaños. Para conocer más de la noticia, ver el siguiente enlace: <https://bit.ly/3i6V4FO>

<sup>3</sup> La Sala de lo Constitucional de la Corte Suprema de Justicia, el 13 de julio del 2016, declaró como inconstitucional la Ley de Amnistía impuesta de manera impune y antidemocrática un año después de terminado el conflicto armado. Este suceso ha abierto la posibilidad de enjuiciar y castigar a responsables de ambos bandos por el cometimiento de crímenes de lesa humanidad. Para conocer la noticia, ver el siguiente enlace: <http://goo.gl/wHU11E>

En esa línea, el presente estudio pretende comprender la construcción de memorias del conflicto armado salvadoreño en jóvenes descendientes de exmilitares. La intención está puesta en dilucidar la implicancia de este acontecimiento violento en su vida a pesar de no haberlo vivido, considerando que su experiencia remite, precisamente, a crecer y socializarse junto a figuras familiares significativas que sí lo vivieron, y que tuvieron una participación activa en uno de los bandos en contienda. Con ello, se coloca como eje articulador de este esfuerzo investigativo la relación entre las memorias del conflicto armado, los jóvenes en el posconflicto y la posición social como descendientes de exmilitares.

Como ya se mencionó, El Salvador vivió un conflicto armado de 1980 a 1992, en el marco de una década convulsa para la región centroamericana. Dicho conflicto fue protagonizado por las Fuerzas Armadas en defensa del gobierno y la oligarquía, y la guerrilla Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Este acontecimiento histórico, como era de esperar, afectó gravemente las distintas áreas del país, con secuelas en lo económico, político y psicosocial, sumado a más de 75 mil personas fallecidas y medio millón de desplazados (Krämer, 2009).

El conflicto armado llegó a su fin en 1992 a partir de los Acuerdos de Paz, y con ello se dio inicio al periodo de posguerra (Krämer, 2009). Vale mencionar que, a nivel estatal, no se realizaron acciones encaminadas a promover la justicia y la reparación social de los sectores gravemente golpeados, a pesar de ser elementos esenciales para la reconciliación. Incluso, como ya se comentó, un año después del fin del conflicto se impuso una Ley de Amnistía, que implicó poner un manto de impunidad a los crímenes de lesa humanidad, bajo la idea de “borrón y cuenta nueva”. Desde entonces, se ha promovido un discurso de “perdón y olvido” que se ha sostenido a lo largo de la posguerra (Gaborit, 2006b; Orellana, 2005). En realidad, para el Estado, la reconstrucción del país implicó desarrollar fuertes políticas neoliberales que se han traducido en el sostenimiento de una violencia estructural. En lugar de potenciar la recomposición del tejido social dañado por la guerra, se ha promovido una forma individualista de relacionarse, que ha tenido significativo eco en la niñez (Gaborit, 2005; Moreno, 2004).

En “tiempos de paz”, la palabra guerra sigue resonando, como reflejo de la continuidad del conflicto, pero por otros medios (Dada, 2007). Por ejemplo, se resalta la configuración de una “guerra ideológica”, desde la que se ha construido un discurso oficial que pretende sostener la hegemonía del recuerdo. Su narrativa, en realidad, busca mantener control social e impunidad de los crímenes contra las víctimas, a través de la negación, encubrimiento y justificación de lo ocurrido en el pasado (Orellana, 2005). Hasta la fecha, en El Salvador no se ha condenado a ningún responsable de cualquiera de los bandos por crímenes durante el conflicto armado; especialmente del bando de la Fuerza Armada y demás aliados del Estado, quienes están vinculados al 85% de los crímenes denunciados en la Comisión de la Verdad para El Salvador (1992-1993).

En definitiva, han pasado 28 años luego del cese de la guerra, pero hay un pasado que no pasa, antes bien se despliegan disputas sobre qué recordar, sus beneficios, o la conveniencia del olvido. Este constante interpelar del pasado, a veces consciente, otras inconsciente, pone de manifiesto que en la posguerra la memoria de tal acontecimiento juega un papel importante, como se ha registrado en varios trabajos salvadoreños con perspectiva psicosocial, que con el tiempo han ido disminuyendo (Gaborit, 2005, 2006a, 2006b, 2006c; Montalvo, 2006; Orellana, 2005; Portillo, 2005). Precisamente, la centralidad de la noción de memoria radica en que esta es proceso y producto que se construye en las relaciones sociales, desde donde se da sentido a un hecho pasado, cuya versión va variando en relación a las condiciones sociales e históricas del presente (Vázquez, 2001). Además, para Jelin (2002), las memorias son abiertas, plurales y sin acabados, objetos en constante disputa, en conflicto con otras, e inmersas en relaciones de poder.

En el proceso de construcción de memorias, junto a las condiciones sociales e históricas de este presente, se suma la participación de nuevas generaciones. Aquella población joven que no experimentó directamente las injusticias y represión política, pero sí ha vivido el proceso de reconstrucción del país y de sus comunidades. La aparición de nuevas generaciones pone sobre la mesa la consideración del inicio de un proceso de “relevo generacional”, que implica un recambio entre aquellas personas que vivieron directamente el evento de violencia política y aquellas que no (Aguilar, 2008 citado en Reyes *et al.*, 2015). Enfatizar esta cuestión no es menor, ya que los efectos de la violencia política pasada también pueden estar condicionando sus vidas de alguna manera. La vinculación de las generaciones jóvenes con el pasado bélico se podría observar a partir de su involucramiento en las relaciones intergeneracionales dadas en el espacio familiar, comunitario y nacional. Hasta ahora, los jóvenes han experimentado un proceso de socialización en interacción con adultos que fueron afectados directamente, y con instituciones (familia, escuela, entre otros) que fueron trasgredidas de igual manera (Castro, 2007).

Si se retoman los elementos expuestos, se puede interpretar que las nuevas generaciones también tienen cabida en el proceso de construcción de las memorias del conflicto armado. Dicho proceso se realiza en las relaciones sociales, las que estarían compuestas por distintas generaciones, y donde se llevaría a cabo un proceso de transmisión entre unas y otras (Chacón Serrano, 2017; Cornejo *et al.*, 2013; Jara, 2016; Jelin, 2002; Reyes *et al.*, 2015; Voigtländer, 2016). Estas generaciones jóvenes, según Jelin (2002), preguntan y dan nuevos sentidos desde su lugar histórico, pueden interrogar a los mayores, y reavivar memorias que han tratado de obviarse.

En El Salvador, los estudios sobre la memoria y el conflicto armado han puesto el foco en las víctimas directas, principalmente. No obstante, en los últimos años se ha iniciado una producción académica interesante en relación a las nuevas generaciones, con estudios finalizados (Chacón Serrano, 2017; González *et al.*, 2019; Voigtländer, 2016) y en proceso (Alas, 2021; Fabián y Valencia, 2021; Mejía y Melgar, 2020); curiosamente, todos son liderados por académicos/as jóvenes desde la psicología, antropología y filosofía. En esa línea, sobresale la investigación de

Chacón Serrano (2017) con jóvenes familiares de excombatientes de la guerrilla y exrefugiados en Chalatenango. En su estudio identifica que, pese a no haber vivido la guerra, dichos jóvenes construyen memorias propias, en un intento de darle sentido a un pasado que les interpela. Para ello se valen de mecanismos dinámicos (emociones, imaginación, empatía, etc.) que les posibilitan unir los relatos fragmentados que familiares y vecinos les han transmitido. Además, sus memorias construidas les promueven una orientación hacia formas determinadas de ser, de estar con otros, y de interpretar la realidad. Así como también ofrecen elementos que facilitan y dificultan la convivencia familiar y comunitaria.

De forma similar, Voigtländer (2016) trabajó con descendientes de exguerrilleros en el norte de Morazán, en un estudio sobre memoria, fotografía y jóvenes adultos. A grandes rasgos, señala que las memorias de los jóvenes están caracterizadas por un fuerte componente de idealización de la guerrilla y su lucha armada, relacionado a su contexto que les provee de relatos familiares y comunitarios de manera abundante. Sus discursos no están exentos de constantes continuidades y discontinuidades que operan conjuntamente, pero que, al final, llevan consigo el “intento de crear una conexión con el pasado, también para explicarse su existencia y la historia de su vida” (p. 273).

En el Cono Sur, los trabajos sobre el tema son más abundantes. En Chile, especialmente, sus investigaciones en el marco de la dictadura son valiosas para pensar el caso salvadoreño. Algunos estudios, entre sus hallazgos más relevantes, destacan que las generaciones jóvenes hablan menos del periodo de dictadura y desconocen más. No obstante, esta población manifiesta la importancia de revisar el pasado y aprender de este. A pesar de su ideología, les une la condena hacia las violaciones de derechos humanos cometidas durante la dictadura (Arnosó *et al.*, 2012; Cornejo *et al.*, 2013).

Asimismo, se ha observado que las generaciones jóvenes se posicionan como protagonista del presente, influenciadas por las movilizaciones estudiantiles de 2006 y 2011, quienes ponen en evidencia no ser meros receptores, sino generar nuevos discursos y prácticas con la narración del pasado como referente de acción del presente (Reyes *et al.*, 2015). Además, la complejidad de sus memorias aumenta por la emergencia de dualidades a la hora de realizar el acto de recordar, como algo que debe ser oculto, pero a la vez dicho. Lo mismo ocurre con el “estigma familiar”, el cual crea escenarios de vergüenza y miedo, y al mismo tiempo de orgullo. No obstante, hay una necesidad de buscar huellas de reconstrucción de su pasado, pero diferenciándose de sus antecesores (Jara, 2016).

Los estudios anteriores dan cuenta del proceso de construcción de memorias en jóvenes luego de la violencia política, con el foco puesto en la descendencia de víctimas directas. Ha sido difícil identificar trabajos que aborden el tema desde las voces de aquellos jóvenes familiares de exmilitares. Sin dar por supuesto que un exmilitar es, por defecto, perpetrador de crímenes del



pasado, vale mencionar que recientemente se ha iniciado una línea de trabajo sobre perpetradores y su legado, a partir del análisis de propuestas fílmicas (ver Canet, 2020), algunas de las cuales han sido producidas por descendientes de perpetradores en el marco del Holocausto, la dictadura española, chilena y argentina (Jara, 2020a; Lazzara, 2020; Moral *et al.*, 2020).

Desde estos estudios culturales, se observa la complejidad y relevancia de analizar a una población como esta. Como lo señala Lazzara (2020), estos jóvenes se encuentran en un lugar de tensión por la lealtad familiar y la responsabilidad pública por la verdad. Además, su forma de encarar el pasado depende de las circunstancias familiares particulares, ya sea que el vínculo familiar sea con el padre, o con otro miembro más lejano, como una tía. En esa línea, Moral *et al.* (2020) identifican que la respuesta al legado familiar del perpetrador por parte de su descendencia se mueve entre la aceptación y el rechazo: algunos enfatizan factores situacionales para exonerarlos de responsabilidad, pero otros resaltan la imposibilidad de negar la agencia personal al actuar. A pesar de estas disyuntivas, los autores consideran que la llamada “*post-perpetrator generation*” asume una postura que cuestiona la narrativa familiar desde sus filmaciones.

Estos intentos de encarar el pasado incómodo familiar por parte de esta generación, son reflejo de la necesidad de recomponer la identidad personal, y reintegrarla a un contexto histórico más amplio; un aspecto logrado con la puesta en marcha de estas producciones fílmicas, como reflejo de la búsqueda de sanación. Y no solo eso, su ejercicio de hacer memoria conlleva la preocupación y exigencia por las responsabilidades del pasado y del futuro, pues la motivación ética de esta generación es su preocupación por las generaciones venideras (Moral *et al.*, 2020). Ya lo señala Lazzara (2020) en el análisis de uno de los documentales, el cual nos obliga a reflexionar en “la necesidad de romper los pactos de silencio que rigen en la comunidad nuclear en favor de la Comunidad con mayúscula” (p. 246).

Para el caso de El Salvador, poner la mirada en jóvenes descendientes de exmilitares es relevante, si se considera, como ya se dijo, que la coyuntura actual refleja un marcado protagonismo de la Fuerza Armada en política; sumado a un gobierno que, al igual que los anteriores, y a pesar de su discurso, se niega a favorecer la verdad y justicia del pasado; y a cada vez más es inevitable el relevo generacional. De ahí la relevancia de investigar la construcción social de las memorias del conflicto armado salvadoreño en jóvenes descendientes de exmilitares, en la medida que permite vislumbrar el sentido que dichos individuos le dan a este evento en el acto de recordar, lo que no es menor, ya que eso condiciona las relaciones sociales ya afectadas por la guerra a nivel intra e intergeneracional.

En un país altamente polarizado, la memoria tiene un potencial particular de favorecer una recuperación socioafectiva de las personas afectadas por la guerra, y la reparación del tejido social; además de poner la mirada colectiva al futuro y emprender nuevos proyectos (Gaborit, 2006c). Es decir, aparte de tener una función de estabilización de la realidad, también lleva a la creación de

nuevos espacios de posibilidad para nuevas interpretaciones (Vázquez, 2001). Esta investigación se vuelve relevante, entonces, ya que posibilita pensar en las implicaciones que tiene la memoria de las nuevas generaciones para la convivencia familiar, comunitaria y nacional, y para el fortalecimiento del sentido de pertenencia y la confianza mutua. Su recuerdo, en definitiva, tendría un “lugar central en las múltiples voces y en las diversas memorias que integran el tejido de la verdad y la reparación” (Arias y Roa, 2015, p. 128).

Además, los jóvenes están empezando a asumir puestos de poder, y a jugar un rol central en el escenario público; conocer sus juicios, inquietudes, deseos, interpretaciones sobre el pasado reciente salvadoreño permite aportar elementos que den cuenta de qué tan lejos se está de una verdadera reconciliación y reparación a nivel local y nacional, y si estas generaciones asumirán el reto de promover estas instancias en un futuro cercano. La memoria también puede ser considerada como un proyecto ético-político, en la medida que impulse la reflexión sobre el aprendizaje del pasado y lo que no debe repetirse (Arias y Roa, 2015). Conocer la construcción de memorias de los jóvenes descendientes de exmilitares puede dar luces, entonces, sobre cómo esta población interpreta el pasado y se proyecta a futuro, de cara a potenciar o no la recuperación del tejido social roto, el fortalecimiento de la convivencia social, y la dignificación y justicia de tantas víctimas (directas e indirectas) que al día de hoy luchan por ser recordadas y reconocidas.

## **2. Planteamiento del problema**

De aquí en adelante, la presente investigación establece como planteamiento del problema lo siguiente:

### **2.1. Pregunta de investigación**

¿Cómo se construyen las memorias del conflicto armado salvadoreño en jóvenes descendientes de excombatientes militares?

### **2.2. Objetivo general**

Comprender la construcción de memorias del conflicto armado salvadoreño en jóvenes descendientes de excombatientes militares.

### **2.3 Objetivos específicos**

- a) Describir el contenido de las memorias del conflicto armado que se construyen en jóvenes descendientes de excombatientes militares.
- b) Caracterizar la trama narrativa que se configura en la construcción de memorias del conflicto armado en jóvenes descendientes de excombatientes militares.
- c) Identificar los mecanismos psicosociales a través de los cuales se construyen las memorias del conflicto armado en jóvenes descendientes de excombatientes militares.

### **3. Antecedentes teóricos y empíricos**

Se hace una descripción de los antecedentes teóricos y empíricos más relevantes, los cuales se dividen en tres grandes apartados. El primero aborda las conflictividades en la historia reciente de El Salvador, vinculadas a los fenómenos de la memoria, el militarismo y la democracia. El segundo trata los procesos de memoria de pasados violentos, en vínculo con la transmisión intergeneracional de la misma. El último apartado se enfoca en la construcción de posmemorias en las juventudes, como poblaciones que se configuran después de acontecimientos violentos, con especial atención a aquellas vinculadas al legado militar.

#### **3.1. Conflictividades en la historia reciente de El Salvador: memoria, militarismo y democracia**

El presente apartado hace un recorrido por los principales hechos de la historia reciente de El Salvador, con énfasis en el Conflicto Armado de los ochenta, y el proceso de posconflicto de los noventa hasta la actualidad. En este recorrido se pone especial atención a las particularidades de la Fuerza Armada de El Salvador (FAES) como una figura protagonista en las dinámicas sociales y políticas del país. De ahí también que se aborde los fenómenos de la memoria, en relación al militarismo y la democracia.

##### ***3.1.1. Contextualización del Conflicto Armado y caracterización de la Fuerza Armada***

Revisar la historia del siglo pasado en América Latina supone echar un vistazo a sucesos dolorosos. En países como Chile, Argentina, Guatemala y El Salvador se vivieron acontecimientos violentos de represión política, conflictos armados y dictaduras, que marcaron el devenir de sus sociedades. El Salvador sobresale por haber vivido uno de los conflictos armados más largos y sangrientos de la historia de Latinoamérica. De 1980 a 1992, se enfrentaron dos bandos: la Fuerza Armada de El Salvador (FAES) en defensa del gobierno y de la oligarquía, y la guerrilla Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Este nefasto acontecimiento, como era de esperarse, afectó gravemente las distintas áreas del país, con secuelas en lo económico, político y psicosocial, de lo que destaca más de 75 mil personas fallecidas, y medio millón de desplazados de su lugar de origen (Krämer, 2009).

Según Krämer (2009), hubo tres factores significativos que desencadenaron la guerra en El Salvador: las marcadas desigualdades sociales, la ausencia de una democracia real, y la incesante represión hacia la población, que hizo insostenible un abordaje pacífico de dichas problemáticas socioeconómicas y políticas. Lo anterior era un reflejo de un sistema de explotación sostenido por un grupo dominante, la oligarquía salvadoreña, desde el siglo XIX. Durante el siglo XX, se sostuvo una alianza con las fuerzas militares para evitar la implementación de reformas en función de un

sistema más justo para las mayorías populares. De allí que la represión y el fraude electoral se volvieran sus principales instrumentos de dominación.

En la década de los setenta se generó una polarización extrema, a consecuencia de los entrampamientos a las reformas políticas, sociales y económicas exigidas por la población. Con ello, se fue cerrando el cambio del sistema por la vía pacífica, y se fortalecieron aquellas organizaciones que optaban por la lucha armada. En el ochenta, emergió el FMLN como fuerza insurgente, quien buscó tomarse el poder y generar un cambio al sistema social sostenido por el grupo dominante mediante el alzamiento en armas. Se inauguró, así, el Conflicto Armado que se extendió a lo largo de doce años hasta su fin en 1992, mediante los Acuerdos de Paz entre ambos bandos (Krämer, 2009).

Como era de esperarse, la FAES tuvo un rol protagónico como el brazo armado del gobierno, quien, además de intentar frenar al bando guerrillero, recurrió a prácticas represivas contra la población civil (masacres, desapariciones, torturas, etc.). A inicios de los ochenta, el acontecimiento histórico del Conflicto Armado llevó a la FAES a experimentar una acelerada transformación en sus distintas dimensiones, desde su estructura operativa y armamentos, hasta su doctrina y estrategias de guerra. Las particularidades experimentadas durante este periodo hacen necesaria una revisión de esta institución, a fin de caracterizar sus formas de proceder en ese momento.

En cuanto a la estructura, bajo la sombrilla de la FAES, administrada por el Ministerio de Defensa, se aglutinaba el Ejército, la Fuerza Aérea, la Marina Nacional, y los cuerpos de seguridad (Policía de Hacienda, Policía Nacional, Guarda Nacional) (Romero y Santamaría, 2002). En otras palabras, la misma institución se encargaba de velar por la soberanía nacional, así como de la seguridad pública. Si bien los cuerpos de seguridad estaban encargados de garantizar derechos civiles y reprimir delitos comunes, su accionar era de corte militar, y en ocasiones actuaban en conjunto con la FAES, a fin de detener el avance guerrillero. Vale decir que los mandos medios y altos de estos cuerpos de seguridad eran militares, de ahí que la educación e instrucciones para estas agrupaciones siguiera esta línea castrense (González, 2013).

A grandes rasgos, dentro del Ejército se ubicaban las Brigadas de Infanterías y los Batallones de Reacción Inmediata (BIRI); la Fuerza Aérea contaba con las bases aéreas de Ilopango, Comalapa y San Miguel; y en la Marina los Batallones de Infantería Marina (Romero y Santamaría, 2002). A propósito de los cambios ocurridos en la institución, los BIRI fueron creados a partir de 1981 para darle mayor movilidad al ejército en una guerra de corte irregular, de los cuales destacan el Batallón Atlacatl, Belloso y Bracamonte. Asimismo, se incrementó significativamente el número de efectivos de 10 mil a 20 mil en 1981 (Lungo Uclés, 1990), hasta un aproximado de 65 mil para 1991 (Romero y Santamaría, 2002).

A estos cambios estructurales se sumaron otros referentes a las visiones político-ideológicas sobre el proceder de la institución misma. Andino Martínez (1982 como se citó en Samour, 1994) plantea que, a inicio de los ochenta, en la FAES se identificaban tres posturas diferentes. Una se caracterizaba por ser la más dura y militarista; otra por enfatizar la profesionalización, en vínculo con los intereses de Estados Unidos; y la última tendencia era progresista o reformista, abierta a la negociación entre las partes en contienda. Ahora bien, con la profundización del conflicto, la institución se fue cohesionando internamente, en parte por estar frente a un enemigo que por primera vez ponía en duda la permanencia de la institución; pero también porque, a nivel político-ideológico, hubo una apropiación de la Doctrina de Seguridad Nacional, de acuerdo a los intereses de Estados Unidos (Samour, 1994).

En esa línea, la institución mostraba una tendencia marcadamente anticomunista, una preferencia al conservadurismo, y un rechazo a aquellos grupos sociales que abogaran por reformas y la democratización de las instituciones. Mediante la lógica de la seguridad nacional en el entrenamiento a oficiales centroamericanos, fue como estos aumentaron su tendencia a justificar el uso de la represión como forma de detener el comunismo (Samour, 1994). No solo en El Salvador, sino en países como Guatemala y Nicaragua la agenda de seguridad estuvo marcada por la percepción de la amenaza interna etiquetada como el “Comunismo Internacional”, y alentada desde el exterior (Aguilera-Peralta, 1995).

Entre las pocas investigaciones que abordan directamente las memorias del Conflicto Armado con militares, destaca el estudio de Ching (2016; 2019), quien comparte los relatos de algunos militares oficiales sobre las dinámicas de la FAES en el pasado. En ellos se observa una coincidencia con las ideas antes expuestas, ya que los militares no tenían recuerdos de una posición política muy exacta, contrario a los guerrilleros o a los oligarcas. Más bien, exponen una narración poco clara y profunda, en la línea de considerar que había que luchar contra los comunistas y que el capitalismo era mejor porque era de Occidente. Esto daba paso a contradicciones ideológicas:

(...) los narradores celebran simultáneamente a Estados Unidos por ayudar a El Salvador y lo critican por pisotear la soberanía nacional de El Salvador; abogan por reformas sociales y derechos humanos, y se oponen a ellos por obstaculizar la capacidad de las fuerzas armadas para librar la guerra; critican a las élites y el libertarismo económico, y los celebran como fuentes de capitalismo y desarrollo. Los oficiales se presentan a sí mismos como beligerantes en una lucha directa por la supervivencia institucional y demuestran su disposición a adoptar casi cualquier posición en cualquier momento si creen que promoverá esa causa (Ching, 2016, p. 99).

Es importante exponer que, dentro de la FAES, la diversidad de visiones es un fenómeno presente. En el trabajo de Martínez Peñate (2008) se obtiene el relato de un soldado que combatió a nivel de tropa, quien hace una crítica al discurso militar de la defensa del país del comunismo, el cual

cataloga como “las mismas pajas (mentiras) de siempre” (p. 31). Lo anterior permite pensar que parte de las tropas procesaban de una manera distinta estos discursos ideológicos, que no necesariamente hacían suyos por convicción, más bien por obediencia, y por no sufrir represalias (ver también Rauda, 2019).

En términos generales, la FAES mostraba características de no subordinación a las autoridades civiles, la tendencia al irrespeto a los derechos humanos, y una estructura interna basada en “tandas”, que no garantizaba la profesionalización de los miembros de la institución. Precisamente, de acuerdo a Lungo Uclés (1990), la oficialidad estaba poco apegada a los intereses de la nación; más bien perseguían intereses personales en cuanto a poder y privilegios, los cuales se lograban cuando una tanda se encontraba en los puestos más altos. En esa lógica, las contradicciones y falta de cohesión en los mandos de la FAES no se hicieron esperar a lo largo del proceso de reestructuración de la misma, pues estaban en juego los privilegios buscados. En esa búsqueda de beneficios económicos, la relación de los mandos de la FAES con la oligarquía era estrecha, aunque no de subordinación completa (Samour, 1994).

Las memorias de los militares oficiales entrevistados por Ching (2016; 2019) permiten ilustrar mejor la relación con la oligarquía, la cual catalogan como no necesariamente “buena”. Consideran que la oligarquía puso las condiciones necesarias para que se desarrollara la insurgencia, y se le valora como incompetente en el manejo del país. Por eso ellos tuvieron que actuar, y de no haber sido “obstaculizados”, hubieran conseguido frenar la guerra.

En cuanto a las características y relación entre oficiales y tropas de la FAES, se pueden identificar ciertas similitudes y diferencias. Una característica compartida en ambos es la inadecuada formación militar, condicionada por la exigencia del contexto. Siguiendo a Lungo Uclés (1990), la oficialidad de la FAES de aquel entonces mostraba características de corrupción e ineficiencia. Dada la urgencia de la guerra, el proceso de formación para los nuevos oficiales era corto en tiempo, lo que afectaba sus capacidades y competencias. Además, la formación era dada en academias norteamericanas, donde no había una instrucción extensa sobre guerras pequeñas de contrainsurgencia. En cuanto a la formación de las tropas, la historia era parecida, su crecimiento en número iba acompañado de un insuficiente trabajo de formación en aspectos como guerra psicológica e inteligencia militar. A su vez, la moral combativa sostenida por las tropas no tenía la elevación suficiente como sí en los combatientes del FMLN.

A propósito de las memorias, algunos militares entrevistados se recuerdan a sí mismos como una especie de “necesidad”, pues apuntan a una serie de “males” que se habían incrustado en la sociedad salvadoreña, y que ellos podían ser los únicos capaces de “extirparlos”. Se ven, además, como individuos nobles, desinteresados, con causas justas, y orgullosos de haber sido militares, pues era una condición estimada durante la guerra (Ching, 2016; Martínez Peñate, 2008). Emerge una visión de ellos mismos como los “héroes fallidos de la patria” (Ching, 2019; 2016), que nunca

lograron hacer todo lo que querían o que tenían planeado para “salvar” a El Salvador de sus males, por tanto “obstáculo” (de parte de la oligarquía y de Estados Unidos) que consideran que tuvieron.

Surge, entonces, una figura de heroísmo en las memorias de militares oficiales respecto a su rol en el pasado, sin embargo, las memorias pueden variar dependiendo de los rangos desempeñados. Por ejemplo, los oficiales califican que la relación que tenían con las tropas eran cordiales y armoniosas, por ser con quienes compartieron un objetivo común (Ching, 2019). No obstante, Martínez Peñate (2008) expone que, si bien la relación podía llegar a ser “cordial”, había bastante maltrato de parte de los oficiales a las tropas, incluso crueles torturas físicas y psicológicas como parte del entrenamiento, sobre todo dentro del batallón Atlacatl. Además, la comunicación era muy mala: ningún oficial se interesaba en hacerles saber a las tropas a qué iban o por qué; el objetivo era claro: ir porque han dicho que hay que ir, y hacer lo que digan que se tiene que hacer.

Finalmente, de acuerdo a la investigación de Ching (2019), los recuerdos de los militares oficiales hacia la guerrilla giran en torno a considerarles como “oportunistas violentos que solamente buscaban su propio provecho”, sobre todo en relación a los comandantes (pp. 31-32). Ellos piensan que las causas de revelarse por parte de la guerrilla eran injustificadas, porque los gobiernos militares ya habían hecho lo necesario para que esto no pasara. Incluso, hay algunas memorias que los recuerdan, en pocas palabras, como “los malos del cuento” (dadas las experiencias de vida negativas experimentadas con la guerrilla) (Martínez Peñate, 2008). También es destacable que, de algún modo, veían una amenaza a su propia soberanía en la insurgencia: la experiencia sandinista les daba alertas (Ching, 2016).

Pese al sostenimiento de la pugna entre los bandos, a finales de la década de los ochenta, el panorama se configuró de tal manera que el diálogo entre las partes en contienda parecía ser la única forma de salida. Se inició, por tanto, un proceso de negociación, con el cual se visualizó un futuro alentador para toda la población, y en especial para las víctimas directas atravesadas por la violencia bélica de ambas partes. En esta nueva etapa, la FAES inevitablemente prosiguió con su proceso de reestructuración, lo que no le ha quitado su rol protagónico en la sociedad salvadoreña actual, como se verá a continuación.

### ***3.1.2. Contextualización del posconflicto y caracterización de la Fuerza Armada***

El Conflicto Armado llegó a su fin mediante los Acuerdos de Paz en 1992 (un punto de inflexión para la sociedad salvadoreña), en la medida en que se acallaron las armas, se separó a la FAES de la política, y se inició un proceso de transición a la democracia. Lamentablemente, dicho proceso no puso en su centro la reconciliación nacional; más bien se enfatizó la implementación de un régimen neoliberal que ha sostenido las causas estructurales que llevaron al desarrollo del Conflicto Armado. Precisamente, hay quienes estipulan que, luego de 1992, el Conflicto continuó



por otros medios, mucho más evidentes en lo político ideológico (Artiga-González, 2018b; Dada, 2007).

Los Acuerdos de Paz que dieron fin al Conflicto Armado tuvieron a la base un conjunto de acuerdos respecto al ámbito político, al económico-social y al militar (Córdova Macías, 1995/2009). Un punto clave fue la reestructuración de la FAES, y el cambio en su doctrina e injerencia en la vida pública del Estado salvadoreño. Estas reformas tenían como finalidad desvanecer la hegemonía militar históricamente establecida, y darle paso a un nuevo régimen político, en el cual el poder militar estuviese supeditado al poder civil, y se garantizara el respeto del Estado de derecho (Aguilar, 2017). Para ello, se realizaron medidas de reducción, reestructuración y depuración de la institución; aunque no todas las medidas fueron implementadas a cabalidad, y, como era de esperarse, hacia ellas hubo resistencia desde distintos sectores (Córdova Macías, 1995/2009).

Entre las medidas destacan, en primer lugar, el cambio a los principios doctrinarios de la FAES, teniendo como norte dos criterios importantes: a) se le define como una institución obediente, profesional, apolítica y no deliberante, con carácter instrumental, es decir, no decisorio en el campo político; y b) se establece que su misión es la defensa de la soberanía del Estado y de la integridad del territorio frente a una amenaza militar externa y que su doctrina se asienta en la distinción de los conceptos de seguridad y defensa nacional (Organización de Naciones Unidas [ONU], 1992). Esto supuso que la FAES, históricamente ubicada por encima de las demás instituciones del Estado, se delimitara a defender la soberanía del mismo Estado y la integridad del territorio nacional (Córdova Macías, 1995/2009).

En segundo lugar, se inició un proceso de desmovilización que implicó una reducción a la mitad del número de efectivos con los que contaba, pasando de sesenta a treinta mil efectivos aproximadamente (Aguilera-Peralta, 1994; Romero y Santamaría, 2002); además, se implementó la desmovilización de la totalidad de sus fuerzas especiales, los BIRI, y los cuerpos de seguridad (Aguilera-Peralta, 1994). Vale resaltar que se estableció constitucionalmente que la FAES dejaría de tener implicaciones directas en la seguridad pública, para lo cual se conformó a la Policía Nacional Civil (PNC). Sin embargo, esto no ha sido respetado en el posconflicto.

Por último, se abordaron los temas espinosos de la depuración de los oficiales, y la impunidad por crímenes durante la guerra. Para ello, se crearon desde los Acuerdos de Paz algunas instancias temporales con la intención de favorecer la reconciliación nacional, superar la impunidad, y reconocer la verdad de lo acontecido durante el Conflicto Armado. Se formó, así, la Comisión Nacional para la Consolidación de la Paz (COPAZ), encargada de supervisar el cumplimiento de los Acuerdos; la Comisión Ad Hoc, con la tarea de la depuración de los oficiales; y la Comisión de la Verdad, responsable de investigar las transgresiones a los derechos humanos ocurridas durante tal periodo (Aguilar, 2017).

En el proceso de reestructuración de la FAES la Comisión Ad Hoc se concentró solamente en el 10% de los oficiales de mayor rango, de un total de 2,200 oficiales. Las recomendaciones establecidas iban en la línea de la separación del servicio y la reasignación de funciones. De un total de 102, a 76 se le aplicaba la primera recomendación y a 26 la última. El cumplimiento de estas recomendaciones tuvo retrasos de varios meses ante evasivas del expresidente Cristiani para implementarlas. Fue hasta 1993 cuando se realizaron los cambios respectivos, lo que incluyó la remoción de los oficiales mencionados, y dar de baja al Alto Mando (Córdova Macías, 1995/2009), dentro del cual figuraban René Emilio Ponce y Juan Orlando Zepeda, Ministro y Viceministro de la Defensa respectivamente.

Como parte de la negociación, ambas partes vieron necesario el esclarecer los señalamientos de impunidad desde oficiales de la FAES, y para ello, acordaron asignar a la Comisión de la Verdad la resolución de este punto. Implementado el trabajo por parte de la Comisión, ella estableció que la mayoría de los abusos (85%) estudiados fueron cometidos por efectivos de la FAES y grupos afines a dicha institución (Comisión de la Verdad para El Salvador 1992-1993; Córdova Macías, 1995/2009).

Por tal motivo, para profesionalizar la institución, se recomendó que se removiera de forma inmediata “a todo oficial militar implicado en violaciones de derechos humanos u otras violaciones graves”, así como establecer un control civil de “las promociones militares, el presupuesto militar y todos los servicios de inteligencia”. De igual forma, se planteó que se creara un respaldo legal para que el personal militar rehusara de acatar una orden que resultara “en un crimen o en una violación de los derechos humanos”; y, por último, que se desconectara cualquier vínculo entre los militares y los grupos armados privados y/o paramilitares” (Córdova Macías, 1995/2009, p. 67).

De acuerdo a las investigaciones, desde la Comisión se recomendó que aquellos funcionarios responsables de abusos a los derechos humanos fuesen removidos inmediatamente de sus cargos e inhabilitados para el ejercicio de funciones públicas, por un mínimo de diez años. De esta forma, la Comisión pidió que se removieran 40 militares, incluido el ministro y viceministro de defensa, y al jefe del Estado Mayor (Córdova Macías, 1995/2009). Vale mencionar que estas recomendaciones no se cumplieron a cabalidad.

Córdova Macías (1995/2009) recuerda que, ante los planteamientos y recomendaciones de las Comisiones emergidas por los Acuerdos de Paz, las acusaciones y desacuerdos no se hicieron esperar. Ante las recomendaciones de la Comisión Ad Hoc, los sectores de derecha le acusaron de ser subjetivos en su proceder y parciales con sus recomendaciones. Con las conclusiones de la Comisión de la Verdad el posicionamiento de la FAES implicó negar lo que allí se estipulaba. En realidad, denunciaron que el objetivo de tal informe era el desprestigio de la institución. Para la FAES, el informe carecía de objetividad, era incompleto, parcial e ilegal, y lo que hacía era

tergiversar lo que pasó. Además, se señaló que no hubo posibilidad de defensa por parte de aquellas personas que fueron acusadas.

Los elementos históricos anteriores se relacionan con las narrativas de memorias de militares oficiales identificadas en la investigación de Ching (2016). Sobre el fin de la guerra, los militares entrevistados consideran que sí ganaron, porque la guerrilla no tomó el poder. En realidad, creen que hubieran derrotado a la guerrilla, pero los Acuerdos de 1992 eran más convenientes para finalizar lo más pronto posible el Conflicto después de tantos años; y afirman que se redujo la FAES no por violaciones a los derechos humanos, sino porque así habría más estabilidad.

Sobre las violaciones a los derechos humanos durante el Conflicto Armado, en general, y los hechos emblemáticos como el caso de El Mozote o los Jesuitas de la UCA, en específico, los militares tienen un discurso muy hermético, pues sencillamente los omiten, sobre todo algunos oficiales (Ching, 2016; 2019). Sin embargo, en Martínez Peñate (2020) y Rauda (2019) se identifica que las tropas tienden a confirmar que se realizaron masacres, exponiéndose a sí mismos como participantes; nuevamente, otra discrepancia en función de las jerarquías.

Es curioso que, particularmente los militares oficiales entrevistados justifican sus actuaciones, por un lado, como “algo necesario” y, por otro, silencian los hechos, tratan de justificarse al aseverar que ambos bandos mataron o culpabilizan a la guerrilla como “excesiva” en su quehacer, por lo cual ellos “debieron” actuar. Tal como dice Ching (2019), ello es un mecanismo para diluir responsabilidades. Rauda (2019) identifica que las tropas sí pueden llegar a tener arrepentimiento y culpa por los hechos cometidos, aunque procedieron porque “debían” obedecer, y no podían hacer nada más (Martínez Peñate, 2020).

A pesar de las reestructuraciones antes y después del Conflicto Armado, de las acusaciones por violaciones a derechos humanos, y demás exigencias del contexto histórico, la FAES ha mantenido su presencia sólida en la sociedad salvadoreña. En esa línea, los militares oficiales entrevistados por Ching (2019) defienden a la institución y desean que se conserve en el futuro, aunque en su narrativa no sepan explicar bien por qué la institución debe ser conservada, ni sus incentivos para ello. Lo que tienen claro es que, actualmente, se necesita una FAES fuerte y vigorosa por los problemas que el país atraviesa (Ching, 2016).

El panorama actual de El Salvador se corresponde con los deseos de los militares oficiales arriba mencionados, ya que la coyuntura sociopolítica muestra que la FAES se ha venido fortaleciendo en los últimos años, en correspondencia con un militarismo y militarización exacerbado. Vale la pena, entonces, comprender el militarismo constante en la sociedad salvadoreña y su relación con las dinámicas psicosociales del presente. De eso se hablará en lo que sigue.

### ***3.1.3. Implicaciones del Conflicto Armado y el militarismo en las dinámicas psicosociales del presente***

Las sociedades que han sufrido acontecimientos de violencia máxima, como es el caso de El Salvador y su Conflicto Armado, han tenido que afrontar las afectaciones del después. Los impactos más difíciles de procesar son aquellos menos mediables, vinculados a la ruptura del tejido social, y al advenimiento de un trauma psicosocial que denota relaciones sociales deshumanizadas (Martín-Baró, 1992a); además de la desarticulación de redes de apoyo social, la promoción de actitudes de desconfianza al otro, formas violentas de relacionarse y la sobredimensión de los sentimientos de miedo (Gaborit, 2005). Y es que la experiencia constante de una “guerra psicológica” en la población, conlleva un impacto la identidad y la autoestima, de cara a dañar la visión de sujeto activo social y políticamente (Martín-Baró, 1992b).

Pese a los daños, el Estado no realizó acciones encaminadas a promover la justicia y la reparación social, aunque sean elementos esenciales para la reconciliación luego de lo experimentado. Por el contrario, lo que se instauró fue un discurso de “perdón y olvido” dirigido a perpetuar la impunidad de los crímenes cometidos, discurso que se ha mantenido a lo largo del posconflicto (Orellana, 2005). Más aún, para el Estado, la reconstrucción del país significó el desarrollo de fuertes políticas neoliberales que se han traducido en el sostenimiento de una violencia estructural.

Lo anterior tiene sentido, al identificar que el devenir sociopolítico en El Salvador luego del Conflicto Armado, sostiene formas de relación violenta en todos los niveles, y pone en evidencia que el pensamiento y las prácticas militaristas han ido en aumento, a pesar de los efectos negativos de esto en el pasado. En un plano amplio, se dio una continuidad de la narrativa bélica por parte de los bandos en contienda, caracterizada como “la guerra por otros medios” (Artiga-González, 2018b; Dada, 2007). Esto implicó la disputa del aparato estatal por parte del partido ARENA (bloque conservador y oligárquico), quien gobernó el país por 20 años (1989-2009); y el partido FMLN (otrora guerrilla, con visión de izquierda) con 10 años en el poder (2009-2019) (Turcios, 2015). En esa disputa político-ideológica, las víctimas del Conflicto Armado y los procesos de verdad, justicia y reparación no han sido prioridad, y las acciones realizadas no han sido sustanciales.

Hasta la fecha, en El Salvador no se ha condenado a ningún responsable de cualquiera de los bandos por crímenes durante el Conflicto Armado; especialmente del bando de la FAES y demás aliados del Estado, quienes, como ya se ha mencionado, están vinculados al 85% de los crímenes denunciados en la Comisión de la Verdad para El Salvador (1992-1993). Al contrario, se impuso una Ley de Amnistía en 1993, la cual implicaba que muchos de los crímenes más graves cometidos durante el Conflicto quedarán impunes (Castellanos, 2005) y no se pudieran abordar de manera legal, sino hasta 2016 cuando finalmente dicha ley fue declarada inconstitucional.

El panorama descrito no deja espacio para la sorpresa, ya que tanto gobiernos de derecha como de izquierda han incurrido en contradicciones respecto a su decir y actuar en materia de reparación a las víctimas. Por ejemplo, los gobiernos de derecha, entre otras cosas, han hasta honrado a perpetradores de crímenes denunciados en la Comisión de la Verdad. En el caso de los gobiernos del FMLN, han tenido iniciativas importantes, como la petición de perdón en nombre del Estado por los crímenes o la creación de la Comisión Nacional de Reparación a las Víctimas. Sin embargo, las organizaciones civiles dejan constancia de las dificultades y falta de resultados finales de los programas impulsados. Peor aún, el segundo gobierno de izquierda, liderado por el expresidente Salvador Sánchez Cerén (otrora comandante guerrillero), desaprobó la declaración de inconstitucionalidad de la Ley de Amnistía, e incluso el propio presidente realizó alianzas con militares cuestionados por proteger a los inculcados en el Caso Jesuitas, reclamados para extradición (Gutiérrez, 2019).

Gutiérrez (2019) considera que las dificultades para cumplir con las obligaciones del Estado en materia de reparación implican la negación de lo ocurrido por varios sectores sociales (sobre todo de los responsables), pero también el apoyo electoral a personas que favorecen estas tendencias de desmemoria, además de la influencia militar en los círculos de poder. En términos generales, parece que en el país se ha intentado “diluir las demandas de justicia a través de reparaciones, mientras en las élites pervive el discurso según el cual el mantenimiento de la paz justifica la negación de los derechos de las víctimas” (p. 200).

En realidad, los gobiernos del FMLN y ARENA, además del gobierno actual, han favorecido el militarismo a lo largo del periodo de posconflicto. Esto, entre otras acciones, a través de la promoción de altos mandos a puestos gubernamentales, la inclusión del Ministerio de Defensa en actividades de seguridad pública y protección civil, el aumento de su presupuesto y de efectivos militares, y de los esfuerzos promocionales para describir a una nueva FAES (Aguilar, 2017; 2019; Baltazar-Landeros, 2020).

Ya nos advertía Aguilera-Peralta (1995) a inicios de los noventa que, con la asignación de misiones no militares a la FAES como tareas ecológicas y de desarrollo no solo se busca justificar la existencia en posguerra de esta institución, también se pretende “institucionalizar su presencia y su influencia en espacios que no le corresponderían” (p. 129), tal como está ocurriendo en la actualidad. En ese sentido, dada la coyuntura de El Salvador de hoy, podemos reflexionar que, si a la FAES se le “asignan roles no militares, se corre el riesgo de asistir a un militarismo renovado” (p. 120).

El militarismo puede ser considerado una ideología que promueve agresivamente la fuerza militar como un elemento necesario para resolver los conflictos externos o internos del Estado, abogando por un progresivo aumento de la esfera militar sobre la civil. De ahí que su objetivo sea la

militarización, es decir, “un proceso de securitización específico que institucionaliza el predominio de lo militar sobre lo político-civil” (Verdes-Montenegro y Rodríguez-Pinzón, 2020, p. 208).

Verdes-Montenegro (2019) destaca que la práctica del militarismo no está limitado al personal militar, sino que esta ideología puede ser perseguida por civiles, ya sean políticos o trabajadores públicos. Al ser promovido por cualquier miembro de la sociedad, disminuye la dificultad de convertirse en una medida popular para superar supuestas grandes amenazas. Además, el proceso de la militarización como forma institucionalizada en las medidas de securitización, también utiliza vías culturales, económicas, sociales y políticas para lograr sus metas, y a la vez gozar del apoyo del público (Woodward, 2013).

Es un escenario mucho más complicado cuando son las autoridades gubernamentales quienes bajo un proceso de securitización, utilizan la militarización para proteger sus intereses personales, dejando en desventaja a la población frente a militares armados (Woodward, 2013). Se puede interpretar que esto ha estado ocurriendo en la sociedad salvadoreña en los últimos años de posconflicto, y que se ha exacerbado con la llegada de la nueva fuerza política al gobierno.

Precisamente, en 2019, el país vivió otro momento histórico con la toma de la presidencia de una persona ajena a las dos grandes fuerzas políticas que estuvieron en contienda: Nayib Bukele. El nuevo presidente, joven, sin ninguna participación durante el Conflicto, aseveró que con su triunfo se “pasa la página de la posguerra”; una afirmación provocativa, sin duda, que no fue acompañada de mayor explicación (ver González, 2019).

Pese a su discurso de renovación, las prácticas que ejecuta distan de ella, y encienden las alarmas por su tendencia a la militarización y al irrespeto a los derechos humanos, lo que pone en jaque la incipiente democracia lograda a partir de los Acuerdos de Paz. De acuerdo a Artiga-González (2018a), las dinámicas propias de la sociedad salvadoreña en el posconflicto han sido propicias para la emergencia un régimen político híbrido, donde los gobernantes han sido elegidos a través de elecciones libres, pero ejercen su gobierno autoritariamente.

Ya desde su primer año de gobierno, Nayib Bukele protagonizó una serie de situaciones que obligan a un análisis que tenga como base la memoria del Conflicto Armado: el Gobierno obvió conmemorar la firma de los Acuerdos de Paz (ver Alvarenga, 2020); implementó una invasión militar a la Asamblea Legislativa (ver Valencia, 2020), tratando de usurpar atribuciones que constitucionalmente no le corresponden; la Fuerza Armada se ha negado a proporcionar los archivos concernientes a las masacres de El Mozote (ver Rauda, 2020); e, irónicamente, en un evento público, dado en el mismo lugar donde acontecieron dichas masacres, el presidente catalogó a la guerra y a los Acuerdos de Paz como “una farsa”, reduciendo tales hechos históricos a una “negociación entre dos cúpulas” (ver Magaña, 2020) en referencia a ARENA y al FMLN.

Siempre con los lentes de la memoria, es importante destacar que la FAES es una institución que ha estado ocupando protagonismo en las múltiples escenas que construye Bukele. Incluso, siendo un civil, actúa elementos de la identidad militar, con su característica forma de “ordenar” a través de redes sociales, ignorando los procedimientos legislativos de una democracia (por ejemplo, desobedeció una resolución de la Corte Suprema de Justicia que prohibía el confinamiento sanitario forzoso); al igual que su discurso binario contra sus opositores como “los mismos de siempre”, con la etiqueta de enemigos por derrotar (Escobar, 2020).

El rápido auge de la militarización en El Salvador puede interpretarse como resultado de varios factores. Entre ellos se destaca el incumplimiento de algunas medidas establecidas en los Acuerdos de Paz sobre las reformas de la FAES, y combatir la impunidad de crímenes del pasado Conflicto Armado. Asimismo, a consecuencia de la débil democracia que todavía impera en la sociedad salvadoreña, lo que no proporciona con seguridad herramientas para hacer frente a los intentos de militarización y recuperación del poder civil que sostuvo la FAES durante las dictaduras militares (Verdes-Montenegro, 2019). A lo anterior le acompaña el cambio de imagen que el gobierno ha intentado propinar a la institución castrense, lo que ha colaborado a posicionar aún más el papel de esta en la esfera civil, con los anuncios en medios digitales, y la presencia de militares en la mayoría de las actividades del gobierno.

El recorrido anterior revela que, a lo largo del posconflicto, ninguno de los gobiernos de turno ha puesto en el centro de su política a las víctimas del Conflicto Armado, junto a la verdad, la justicia y la reparación. Al contrario, en medio del descontento masivo por las promesas hechas y no cumplidas, se han dado las condiciones para que una tercera fuerza menoscabe los necesarios avances democráticos, e instale un gobierno con claros tintes de un autoritarismo renovado, propio del siglo XXI (Orellana, 2020). Vale preguntarse, entonces, qué papel juega la memoria del pasado reciente en esta reconfiguración social y política, y, más en detalle, qué implicaciones tiene en todo esto la transmisión de la memoria entre las generaciones.

### **3.2. Memorias de pasados violentos y su transmisión intergeneracional**

Luego de revisar la historia reciente de El Salvador, con sus particularidades antes y después del Conflicto Armado, el fenómeno de la memoria social resulta relevante. Así, en este apartado, se hará un abordaje sobre las implicaciones de la violencia pasada en la configuración de subjetividad, para luego caracterizar la memoria social y sus procesos de transmisión intergeneracional. Por último, se hará una revisión de los posibles nexos entre la memoria, la reconciliación y la democracia, en aras de identificar puntos clave para la comprensión de la coyuntura actual del país.

#### ***3.2.1. Impactos subjetivos de la violencia del pasado en el presente***

Al hacer memoria de los acontecimientos más relevantes de la sociedad salvadoreña, es posible observar que la violencia es un fenómeno estructural que se ha sostenido a lo largo de su historia. Desde el etnocidio de los pueblos originarios y la represión militar por la insurrección campesinas en 1932 hasta el Conflicto Armado de 1980 a 1992 (Ching, 2016; Krämer, 2009), pasando por los altos niveles de violencia social a lo largo del posconflicto, ligado a planes fallidos como los Planes Mano Dura, el Plan El Salvador Seguro, y actualmente el Plan Control Territorial junto al Régimen de Excepción (Dada Hirezi, 2018; Martínez y Navarro, 2021; Arteaga 2022).

Como se ha mencionado en el apartado anterior, las causas y efectos de estos fenómenos sociales, ligados a la violencia estructural, no han sido abordados a cabalidad por el Estado. La tendencia ha sido desplegar estrategias encaminadas a obtener ganancia económica, acompañadas de acciones punitivas y represivas. No se trabajan, entonces, las causas históricas de dichos fenómenos sociales, como la desigualdad económica y exclusión social; al contrario, ahora se viven acciones que agravan el detrimento de la democracia y los derechos constitucionales.

El panorama descrito empuja a preguntarse por los impactos de la violencia en la sociedad salvadoreña, y especialmente por los efectos del Conflicto Armado en la actualidad, siendo este el acontecimiento de expresión máxima de violencia en la historia reciente del país. Si este acontecimiento lo caracterizamos como una “catástrofe social”, de acuerdo a Kaës (1991), implicaría “el aniquilamiento (o la perversión) de los sistemas imaginarios y simbólicos predispuestos en las instituciones sociales y transgeneracionales. Enunciados fundamentales que regulan las representaciones compartidas, las prohibiciones, los contratos estructurantes, los lugares y funciones intersubjetivos” (p. 144), entre otros elementos que son imprescindibles en la constitución de una sociedad.

La caracterización tiene sentido, ya que dicho Conflicto fragmentó con violencia las familias, y tras esto los espacios naturales de formación de la subjetividad, específicamente de identidad, de apego, desarrollo de competencias sociocognitivas, entre otras. Como lo expone Orellana (2005), los mecanismos sociales operaron a partir de la “socialización y sus agentes fungieron como mediatizadores, entre una estructura social, a todas luces deshumanizante, y las estructuras psicológicas infantiles en formación”. Por tanto, “el desarrollo de la identidad de tantos hijos e hijas de la guerra debe ser tan nefasto como su propia progenitora, y el correlato de miedo, insensibilidad social, polarización, autoritarismo y despolitización, parte de su herencia” (p. 176).

Al respecto, los aportes teóricos de la antropóloga Veena Das son valiosos, quien plantea que, luego de ocurrida la violencia política (en su caso, la Partición de la India), esta se sigue desarrollando en la vida cotidiana de una comunidad y en sus modos de habitarla. Es decir, las experiencias violentas son normalizadas posteriormente, y son plegadas en las relaciones sociales, lo que condiciona al sujeto y su mundo. Esto es relevante, pues pone de manifiesto la trampa en que se pueda caer al pensar que las secuelas del Conflicto Armado solo se expresan en



comportamientos patológicos, fuera de la norma, sin pensar que esa norma está construida desde un legado violento (Das, 2007).

Ortega (2008) hace una caracterización de la noción de “acontecimiento” en los planteamientos de Das, con la que retrata la complejidad del mismo. En primer lugar, este implica un rebasar los criterios sociales de la comunidad, que llevan al interrogarse sobre la viabilidad de la vida misma, pues el mundo como era conocido es devastado. En segundo lugar, posee un carácter inacabado, y una capacidad de proyectarse en el tiempo, es decir, no quedarse en el pasado, sino expresarse en el futuro. Y, por último, presenta una capacidad para afectar silenciosamente el presente, lugar donde “los elementos del pasado que fueron rechazados –en el sentido de que no fueron integrados en una comprensión estable del pasado–, pueden repentinamente asediar el mundo con la misma insistencia y obstinación con que lo real agujerea lo simbólico” (Das, 2007, p. 143).

Precisamente, Das (2008) es enfática al dirigir su atención, más que al pasado violento en sí mismo, al pasado impregnado en el entramado relacional del presente: “no pregunto cómo estuvieron presentes ante la conciencia los acontecimientos de la Partición como acontecimientos pasados, sino cómo llegaron a incorporarse a la estructura temporal de las relaciones” (pp. 243-244). Esa incorporación la caracteriza como “conocimiento envenenado”, una noción clave para entender las dinámicas relacionales de El Salvador en posconflicto: “si la manera de estar con otros fue herida en forma brutal, entonces el pasado entra en el presente, no necesariamente como un recuerdo traumático, sino como conocimiento envenenado” (p. 244). Es decir que es una forma de comprensión personal y social de las acciones de violencia del pasado, que permea las relaciones y al individuo de forma dañina, pudiendo generar juicios de valor en la persona y también en sus espacios sociales.

Además, este conocimiento envenenado solo es accesible desde el sufrimiento humano, es decir, que es necesario pasar por el afecto, las emociones para la comprensión de una realidad humana, sobre todo si es dolorosa como un Conflicto Armado. Ahora bien, la violencia puede romper las relaciones íntimas, pero también puede solidificar la membresía de un grupo en cierto plano. Asimismo, el acercamiento al dolor puede incluso ser reparador cuando se resignifica la herida, “tanto a través de actos narrativos como del trabajo de reparar relaciones y de dar reconocimiento a quienes las normas oficiales habían condenado” (Das, 2008, pp. 247-248).

Es posible extrapolar los elementos teóricos anteriores, y considerar la posibilidad de que el Conflicto Armado salvadoreño continúe condicionando el presente, específicamente en la cotidianidad de las relaciones sociales dañadas, desde las cuales, como veremos más adelante, se construye la memoria del pasado. Ya Portillo (2005) nos advertía que las mismas relaciones aberrantes cristalizadas en el Conflicto Armado podrían sostenerse años después, y configurar nuevos traumas psicosociales, en vinculación con las condiciones sociales del contexto presente.

Ahora bien, habrá que tener precaución en no homogenizar los impactos de la violencia en los individuos y grupos. Martín-Baró (1992a) menciona que la herida del trauma psicosocial generada por el Conflicto Armado en El Salvador, dependerá de la vivencia particular de cada individuo, de la vivencia condicionada de su extracción social, por el grado de participación en el mismo, así como características de personalidad y experiencia. A esto se le suma otro elemento clave: la participación de nuevos actores sociales que no experimentaron directamente el “acontecimiento”. Ellos están experimentando en la actualidad el problema estructural de violencia desde condiciones sociales diferentes a las de sus antecesores: inseguridad, violencia de género, estigmatización juvenil, la falta de oportunidades, el desplazamiento forzado, entre otras (Umaña, 2009).

Para Gaborit (2005), las acciones neoliberales implementadas luego del conflicto bélico han afectado la subjetividad de la niñez de posguerra. Se ha promovido la configuración de actitudes y perspectivas egocéntricas, sumado a un desinterés en relacionarse colectivamente para desplegar acciones conjuntas en función de la superación de la marginalidad. Siguiendo al autor, resulta llamativa la coincidencia en los efectos experimentados por la niñez de la guerra y la posguerra, ya que en ambas se ha minado la forma de relacionarse con otros, donde impera la desconfianza, el egoísmo y la violencia.

Un estudio reciente, que identifica los condicionamientos de este pasado en la cotidianidad de las relaciones sociales, es el de Chacón Serrano (2017). A través de las memorias de jóvenes descendientes de exguerrilleros y exrefugiados en una comunidad, se va descifrando cómo el tejido social también está compuesto por las hebras del pasado bélico presentes no solo en los espacios físicos (murales, letreros), sino también en las personas con las cicatrices en sus cuerpos, las maneras de actuar y las conversaciones diarias. Además de manifestarse en las instituciones locales como el Comité de Memoria de la iglesia católica, y sus actividades como las conmemoraciones de fechas importantes (los Acuerdos de Paz, la repoblación, masacres, etc.).

A propósito de la variabilidad del daño de la violencia pasada, Chacón Serrano (2017) identifica, a través de las memorias de los jóvenes, una diferencia en la elaboración del Conflicto Armado en las relaciones sociales ya sea a nivel familiar o comunitario. En el primero, las memorias son más complejas, ya que permiten empatizar con el dolor familiar, pero al mismo tiempo hay contenido escaso o fragmentado, que podrían generar incomodidad por no saber lo que pasó. Esto podría generar cierta tensión a nivel familiar, conflictividad en la dinámica relacional, una merma en el ejercicio de memoria y el mantenimiento del trauma psicosocial. En el segundo, el acercamiento al pasado es menos amenazante, al contrario, se asume el deber de hacer memoria, como un elemento clave de cohesión social.

Precisamente, en consonancia con los planteamientos de Das (2008), Chacón Serrano (2018) identifica que el pasado de violencia, a través de sus memorias de sufrimiento, favorece la articulación entre aquellos que vivieron el acontecimiento y aquellos que no, con el efecto de

fortalecer la membresía de un grupo. Así, “la idea del sufrimiento los vincula con sus antecesores, ya que, pese a haber nacido después de 1992, experimentaron el sufrimiento de la posguerra: sobre todo, la pobreza extrema (...) y la ausencia de tías, abuelos y otros familiares asesinados” (p. 24).

Otros estudios recientes de memoria y nuevas generaciones en El Salvador (Alas, 2021; Fabián y Valencia, 2020; Mejía y Melgar, 2020) han evidenciado que el acontecimiento del Conflicto Armado estaría afectando las relaciones a nivel intergeneracional de diferente forma, fragmentando el ya debilitado tejido social, pero, al mismo tiempo, estableciendo formas de relación solidarias con el dolor humano. Esto permite ir estableciendo que el pasado, en toda su dimensión de violencia, puede estar inserto en las dinámicas del presente en el espacio de las relaciones sociales cotidianas, y ahí es donde radica el ejercicio de hacer memoria, en como ésta se integra en la cotidianidad. Resulta necesario, pues, dilucidar lo que da de sí la noción de memoria, y sus implicaciones en la realidad social del presente.

### ***3.2.2. Caracterización de la memoria social y su transmisión intergeneracional***

Tras hechos significativos como dictaduras o conflictos armados, el tema de la memoria (y del olvido) aparece como punto urgente a ser tratado: ¿qué recordar de lo acontecido en el Conflicto Armado?, ¿cómo se hace memoria de ese acontecimiento?, ¿es posible olvidarlo? Si nos avocamos al sentido común, o a las nociones tradicionales de memoria, sostendríamos que esta es un fenómeno psíquico que consiste básicamente en retener, almacenar y evocar información de diferentes elementos de una experiencia pasada. Asimismo, que dicho proceso psicológico sería propiedad del individuo que lo ejerza, y que de él dependería la calidad y cantidad de información memorizada (Vázquez, 2001). No obstante, como se verá a continuación, la memoria tendría una complejidad mayor, que trascendería el plano individual y estático, lo que pondría de manifiesto características propias de un fenómeno social e histórico.

Desde la propuesta de Vázquez (2001), se considera a la memoria en cuanto proceso y producto histórico, social y contextual, que construye narrativamente un acontecimiento pasado, con la intención de darle sentido. Tómese en cuenta que la construcción implica algo muy distinto a la simple repetición, pues la versión de ese pasado que se recuerda varía de acuerdo al presente y a las relaciones sociales existentes. Para ser más específicos, el presente, y no el pasado, es el lugar de la memoria, desde donde se construye, con la consideración de las condiciones sociales e históricas de ese presente. Justamente, la memoria tiene un carácter social, ya que, gracias a la acción colectiva de las personas, esta llega a ser proceso y producto de significados compartidos en un espacio de intersubjetividad.

Vista así, la memoria (social) se encontraría en un proceso de constante construcción y reconstrucción de sentido de una experiencia pretérita. No se caracterizaría, entonces, por una linealidad temporal, a pesar que “desde el sentido común, pensamos que a medida que pasa el

tiempo, el pasado está más alejado, y que la gente tiende a olvidar. Pero a veces, el pasado puede ser renuente al olvido y puede volver y actualizarse de maneras diversas” (Jelin, 2002, p. 16). La memoria no es un fenómeno estático y lineal. Al contrario, como lo expone Jelin (2002), las memorias son procesos subjetivos que se caracterizan por estar sujetos a experiencias y marcas simbólicas, materiales e institucionales. Son abiertas, plurales y tienden a estar en constante disputa con otras; es decir, no dejan de estar vinculadas a relaciones sociales de poder.

El carácter histórico de la memoria desemboca en el hecho que esta es constituida mediante las acciones humanas: en la forma que las personas hacen representaciones del mundo en su actuar y pensar, que no puede separarse del momento histórico del cual emergieron. Estas representaciones van transformándose a lo largo del tiempo, y son los seres humanos quienes determinan ciertas características de dicho recuerdo (Vázquez, 2005). Es así como las memorias de quienes vivieron el Conflicto Armado salvadoreño en la década de los ochentas pueden ser distintas en la actualidad, e incluso llegar a conflictuarse con las significaciones de las memorias que hacen sus descendientes (Chacón Serrano, 2017).

A la hora de hacer memoria, entran en juego distintos elementos que complejizan y condicionan la construcción del pasado. Esto es así, ya que “nuestros recuerdos están formados también por saberes y relaciones que manejamos en nuestra cotidianidad y medio social y que conforman nuestra historia” (Vázquez, 2005, p. 123). Se mezclarían relaciones, deseos, eventos del presente, que no necesariamente coinciden de manera cronológica con lo que trata de evocarse. En resumidas cuentas, el presente, a partir del orden social vigente con sus normas, valores, creencias, ofrece condiciones de posibilidad en un contexto histórico determinado para la emergencia de ciertas memorias y la eliminación o negación de otras (lo que remite al olvido).

Pero también la misma memoria y olvido condicionan la configuración de un determinado orden social (Vázquez, 2001). Además, su injerencia no solo se vincula con el presente y el pasado, sino también con las proyecciones a futuro. Jelin (2002), desde los aportes de Koselleck (1993), expone que hay expectativas de futuro configuradas en el presente que también condicionan las experiencias y la memoria misma.

Ahora bien, vale preguntarse por los mecanismos que permiten la construcción de la memoria del pasado en el presente, de los que sobresale el lenguaje. Según Vázquez (2001), el lenguaje es constitutivo de la memoria, y es quien le dota de su dimensión social, pues este permite la articulación de las relaciones sociales, desde las cuales se construye la memoria. Más en detalle, el lenguaje como práctica social “nos proporciona todo un sistema semántico, dialógico y pragmático que en su uso hace inteligible la realidad” (Vázquez, 2005, p. 129), o en referencia a la memoria, da sentido al pasado a partir de un proceso de construcción desde las relaciones sociales (intersubjetividad) que a su vez conecta.

Dobles (2009) señala que el lenguaje como narración del pasado ofrece nociones de totalidad, lo que se vincularía con la idea de Piper (2002 como se citó en Dobles, 2009), de que la forma superior del recuerdo es la narración. Así, la memoria se volvería una narración construida en el presente de manera dialógica, que propiciaría la experiencia de continuidad de los acontecimientos, precisamente mediante la conexión de estos de forma discursiva y argumentativa. Es decir, a partir de la construcción de una trama en base a un “encadenamiento de contingencias conectadas” (Vázquez, 2005, p. 127).

La continuidad de la realidad social, que permite la articulación del pasado, presente y futuro, gracias al proceso de construcción de memoria, tendría como elemento vital al lenguaje que posibilita tejer todo un entramado de significados producidos en las relaciones sociales presentes en torno a un acontecimiento pretérito, con la dependencia del contexto sociohistórico. Ese tejido, que también podemos llamar trama, se expresa en forma de narración, “convirtiéndose en la manera en que el sujeto construye un sentido de pasado, una memoria que se expresa en un relato comunicable, con un mínimo de coherencia” (Jelin, 2002, p. 60).

Asumir a la memoria como construcción social narrativa, implica considerar que dicha narración debe sustentarse sobre bases argumentativas y retóricas, que posibiliten cierta coherencia para ser consideradas (Vázquez, 2005). Y no solo eso, también lleva a reconocer las propiedades de quién narra, qué es lo que narra, de qué forma lo hace, en qué contexto, y sobre la legitimación de ese discurso que se comparte a través de una narrativa, la cual puede ser acogida plenamente, o desacreditada, a propósito del recordar en relaciones de poder (Jelin, 2002).

Se debe aclarar que, en una narración, los elementos previos no están sueltos, al contrario, siguen una determinada lógica. De ello se desprende la noción de trama, vista como un conjunto de combinaciones a través de las cuales lo que aconteció se vuelve historia (Ricoeur, 2000). De allí que dicha combinación incluya justamente escenarios, personajes, actos, etc. que posibilitan la constitución de una narración (Cornejo *et al.*, 2013).

“En el centro de este aspecto narrativo de las memorias estará la configuración de la trama” dirá Dobles (2009, p. 136), y como ejercicio de esta noción, revisa su configuración en algunas Comisiones de la Verdad en ciertos países latinoamericanos. Para el caso de El Salvador, considera que, desde el título del informe de la Comisión, “De la locura a la esperanza”, puede evidenciarse la trama que sigue: refleja una especie de pérdida de cordura de la sociedad salvadoreña acontecida durante el conflicto, la cual va superándose por la esperanza que emerge luego del cese al fuego. No obstante, se le critica que también en la guerra había esperanza, y que en la posguerra también ha habido desesperanza (incluso locura).

Es preciso situar el proceso de construcción social de la memoria, precisamente, con lo que Halbwachs (1968/2004) denomina marcos sociales de la memoria. Según él, hay un marco social

temporal que determina ritmos y divisiones temporales que pueden variar dependiendo de los grupos a los cuales se pertenece, y dentro de los cuales se recuerda. Asimismo, hay un marco social espacial relacionado a entornos materiales, lugares, objetos que posibilitan determinados recuerdos, también en función del grupo social.

A partir de lo anterior, se puede sustentar la idea de corporización o materialización de la memoria al considera que esta es producida en el marco de una cultura compartida, donde agentes sociales le corporizan a través de dar sentido al pasado. Dicha acción se realiza mediante productos culturales que se vuelven su vehículo, como monumentos, museos, libros, películas, entre otros (Jelin, 2002).

Puede interpretarse que dicha corporización de la memoria está presente dentro de las familias o comunidades salvadoreñas, dependiendo de su campo social. Por ejemplo, para una familia de contexto militar, la memoria podría estar simbólicamente presente mediante objetos como armas, diplomas, decoraciones o fotografías. Para las comunidades que experimentaron la violencia sociopolítica del Conflicto Armado, el contexto posibilitador de memoria puede estar presente en las conmemoraciones, sus actividades culturales, canciones, murales, entre otros.

Al respecto, Piper (2014) señala que la memoria es “un campo en conflicto, donde pugnan por establecerse versiones del pasado que legitiman –o no– ciertos valores presentes y posibilidades futuras” (p. 64). Podríamos problematizar entonces que, la construcción de memoria en El Salvador, comprendida desde su vertiente más histórica (enunciada como memoria histórica), parece ser abordada desde los movimientos de izquierdas o grupos que han sido vulnerados en sus derechos humanos mediante la violencia política, reafirmando así sus identidades (Salazar y Cruz, 2012). No obstante, el ejercicio de hacer memoria también lo realizan otros grupos sociales poco vinculados con este ejercicio de construcción de pasado, como los militares, y grupos afines a la derecha política.

Queda en evidencia, pues, que la construcción de narraciones del pasado es un proceso complejo, y no está exento de una conflictividad que repercute en las relaciones sociales desde las que se realiza dicho acto. Justamente, “la capacidad de articular narrativas de lo que pasó será un elemento crucial en la definición de convivencias posibles en el ámbito social” (Dobles, 2009, p. 134). Para casos de acontecimientos violentos como el Conflicto Armado en El Salvador, estas narrativas (y la configuración de sus tramas) estarían obstaculizadas o facilitadas por aspectos referidos a memorias institucionalizadas (como el discurso oficial antes referido), pero también por la dinámica propia de quienes vivenciaron el acontecimiento: aquellos sobrevivientes y sus familiares que no quieren o no pueden compartir su recuerdo por diversos motivos.

Habría que diferenciar, entonces, entre las personas o instituciones que imponen el olvido con fines particulares (usualmente políticos), de los grupos o personas que prefieren el olvido o silencio

como un mecanismo para sobreponerse al sufrimiento vivido. Lo primero tiene que ver con lo que Jelin (2002) explica: “las borraduras y olvidos pueden ser producto de una voluntad o política de olvido y silencio por parte de actores que elaboran estrategias para ocultar y destruir pruebas y rastros, impidiendo así recuperaciones de memorias en el futuro.” (p. 29).

Chacón Serrano *et al.* (2021) reflexionan sobre los abusos de la memoria que el gobierno de turno realiza en función de su beneficio y no el de las víctimas pasadas y presentes. Implementa el olvido de ciertas memorias, y la instauración de otras a fines a sus propósitos, que poco a poco se vayan configurando como una nueva memoria oficial, que favorezca sus procesos de dominación.

El olvido también se corresponde con la propia condición de quienes vivieron el pasado de violencia, lo que se liga con la noción de silencio en las narrativas de memoria. Este puede ser ocasionado, por un lado, por una incapacidad discursiva debido a la experimentación del trauma, que lleva a la imposibilidad de darle sentido a lo vivido (Aranguren, 2008; Van Alphen, 1999); y, por otro lado, al callar por temor a sufrir represalias o ser malentendidos por el relato, para no transgredir la “calma” del proceso de transición, por no tener un interlocutor interesado en escuchar, y en casos extremos, debido a sentimientos de culpa (Dobles, 2009; Pollak, 2006).

Considerar al silencio en el hacer memoria de acontecimientos violentos pone de manifiesto una alteración del encadenamiento de contingencias propuesto por Vázquez (2005), que condicionaría la construcción adecuada de tramas del pasado-presente y alteraría la experiencia de continuidad. Además, afectaría al marco narrativo mencionado por Dobles (2009), que traería consigo daños a la noción de totalidad, es decir, habría una fragmentación a la narrativa de las memorias. Por tanto, tomando las argumentaciones planteadas arriba, las relaciones sociales se verían afectadas por la ausencia de un lenguaje que las articule, en función de la construcción de memoria. Lo que no es menor, ya que un interlocutor se vería en dificultades de comprender la narrativa que otro le comparta, la que se caracterizaría por cierta fragmentación.

Es preciso tomarse de esto para pensar sobre El Salvador: es posible que sobrevivientes del Conflicto Armado padezcan o ejerzan un silencio en su hacer memoria, por lo que surgen interrogantes sobre cómo este elemento condicionaría no solo la construcción, sino también la transmisión de memorias entre distintas generaciones. Y yendo más allá, qué implicaciones conlleva una memoria fracturada, incongruente y con vacíos, para las relaciones sociales compuestas por aquellos que vivieron el acontecimiento directamente y aquellos que nacieron después. Pareciera ser que, una narración con estas características debido a traumas o imposiciones del contexto, dificulta el potencial de memoria como elemento articulador y reparador del tejido social y la convivencia social.

Las nuevas generaciones no están exentas, entonces, de las secuelas que se arrastran por el pasado violento. Un pasado que no es del todo conocido por su condición de haber nacido después, pero

que les intriga. Esto nos ubica en el terreno de lo generacional, si hablamos de sujetos que han configurado su subjetividad en el marco de la guerra y otros luego de esta. Respecto a las generaciones, Mannheim (1928, como se citó en Reyes *et al.*, 2015) considera que estas no se producen tanto por haber nacido en un mismo tramo temporal, sino por la adhesión de las personas a los marcos históricos sociales, que les brinda formas de pensamiento, acciones y experiencias históricas relevantes. El Conflicto Armado salvadoreño y su finalización con los Acuerdos de Paz son eventos históricos que marcaron la vida de las personas en un antes y un después, posibilitando marcos sociohistóricos diferentes (conflicto y postconflicto), que han tendido a configurar dos unidades generacionales.

Cada una de estas generaciones se relaciona desde su configuración particular, lo cual hace que signifique y resignifiquen ese pasado en el presente con una mirada particular, a través de la interacción constante entre discursos y silencios, acciones y no acciones, memorias y olvidos; en el fondo, todo esto implica un vínculo intergeneracional. Este componente intergeneracional relaciona a las dos generaciones por la cercanía que existe en sus marcos sociohistóricos. Para Wagner *et al.* (2003), el prefijo “inter” indica reciprocidad, posición intermedia o entre. Entonces lo intergeneracional, ubica la interrelación entre dos generaciones cercanas.

Pensar el componente intergeneracional de la memoria lleva a considerar que la transmisión del pasado reciente no es fenómeno mecánico, más bien consiste en un diálogo entre generaciones donde se van construyendo memorias y relaciones. Precisamente, Reyes *et al.* (2015) propone caracterizar este fenómeno como una “dialogía intergeneracional”, entendida como el espacio relacional y el tipo de relación que se produce entre distintas generaciones al hacer memorias del pasado. Siguiendo con la autora, en dicho espacio se comparten nuevas concepciones a las ya instituidas; y se establecen tipos de relación que pueden ser de apoyo, conflicto, aprendizaje, entre otros.

Con lo antes mencionado, se puede inferir que existen dos estructuras o unidades generacionales en la historia reciente del país: la generación que experimentó el Conflicto Armado salvadoreño y la generación posconflicto. Cada una de estas estructuras generacionales se caracterizan por haberse configurado en dos momentos sociopolíticos diferentes de la historia salvadoreña, que bien han podido impactar en sus esquemas de pensamientos, actitudes, acciones y por supuesto sus memorias.

La generación del Conflicto Armado se configuró en medio de la violencia bélica, donde la desigualdad socioeconómica golpeaba cruelmente a las zonas rurales conformadas por comunidades campesinas; la oposición ideológica y política en contra del oficialismo era duramente reprimida y existía mucha vulneración a los derechos humanos. Asimismo, el proceso de pacificación con sus avances y retroceso, en medio del conflicto bélico, logró culminar en los Acuerdos de Paz (Ching, 2016; Lara, 2018; Silber, 2018).



Por su parte, la generación del posconflicto se ha configurado en la dinámica de transición social, donde el cese al fuego y la disminución de la represión político-militar ha permitido un ejercicio del poder mediante vías democráticas. Pero también se ha impuesto el contexto neoliberal y el sistema capitalista como modelo de desarrollo del país, lo cual ha agravado aún más los problemas económicos y sociales, ha causado un recrudecimiento de la violencia social, falta de oportunidades de desarrollo para las juventudes, migración y desplazamiento forzado de las comunidades más empobrecidas, desestructuración del tejido social, etc. (Cardenal y González, 2002; Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL], 2019; Gaborit, 2005; Orellana, 2005).

En la coyuntura salvadoreña es posible visibilizar formas de relación intergeneracional, a propósito de la memoria de los Acuerdos de Paz. Una de ellas es el contenido de las transmisiones de memoria expresado en redes sociales bajo el hashtag #ProhibidoOlvidarSV, a propósito del 29 aniversario de dichos Acuerdos, como lo identifica Chacón Serrano *et al.* (2021). Con estas acciones se percibe una afrenta al olvido generado desde el discurso oficial, liderada en mayor medida por jóvenes con poca o nula vivencia de la guerra, quienes comentan y resignifican las memorias que les ha transmitido la generación anterior. Esto genera una nueva manera (o espacio) de transmisión de memoria histórica y da paso a que se establezcan también nuevas relaciones intergeneracional.

En esa línea, sería importante comprender algunos de esos modos dialógicos entre las distintas generaciones al momento de transmitir las memorias (incluidos acá sus silencios y olvidos), donde podrán existir diferencias en cuanto al espacio social en que se dinamizan dichas memorias, ya sea a nivel familiar o el contexto social-comunitario. Para Arnoso *et al.* (2012) existen “emprendedores de memoria”, quienes elaboran activamente sentidos del pasado. Aunque estas personas también están en el ámbito social-comunitario, es en el ámbito familiar donde se transmiten memorias más íntimas y cargadas de afectos. Allí se despliegan formas particulares de transmisión, “la existencia de un idioma dentro de cada grupo familiar que establece la comunicación intergeneracional” (Costa, 2000, como se citó en Falcke y Wagner, 2014, p. 24).

Una característica importante en la transmisión de memoria en el ámbito familiar es la transversalidad del afecto. Fernández Christlieb (1994) nos recuerda que el significado está muy vinculado a la afectividad, ya que la significación es esencialmente las experiencias, las sensaciones, los afectos, los sentimientos, etc. Trabajos como los de Hirsch (2008) y Chacón Serrano (2017) dan cuenta de la construcción y transmisión de memorias íntimas, cargadas de afecto, entre la generación que experimentó el pasado de violencia y aquella que nació después.

La transmisión en la familia se complejiza aún más con la dinámica de silencio y olvido. Como ya se ha mencionado, tal dinámica puede ser necesaria para la continuación de la vida de la generación

que vivió el evento histórico. No obstante, estos silencios son procesados de formas diferentes para las nuevas generaciones, pues no excluye que siempre se transmitan significados a falta de narrativas (Jelin, 2002). Y son esas transmisiones fisuradas las que se elaboran mediante la imaginación, la proyección y la creación de dicho pasado por parte de las nuevas generaciones, acompañadas de preguntas, narrativas, performativas (Hirsch, 2008); un punto que será desarrollado a profundidad más adelante.

La transmisión intergeneracional de memorias en el ámbito social comunitario, se realiza en las relaciones sociales cotidianas, en los espacios de interacción social como las calles, parques, muros, transporte público, iglesias, escuelas, etc. Cuando se realizan dichas transmisiones aparecen diálogos, contenidos, conmemoraciones, silencios, tensiones etc., que se construyen desde la configuración del grupo social donde se hace memoria.

Para la antropóloga Adriana Alas (2021), existe un binarismo en la narración de memorias en El Salvador, que sigue la lógica de los unos contra los otros. Lo que ella denomina la historia binaria de la guerra “crea un valor social a partir de las diferencias y similitudes entre los pasados de la guerra para posicionarse unos frente a otros por un reconocimiento social en la comunidad” (p. 40).

Esta historia binaria enmarca entonces las memorias de los sobrevivientes de las guerrillas del FMLN y población civil de apoyo al movimiento revolucionario en contraposición a las memorias de la FAES y el Estado salvadoreño. Esta tensión continua en la posguerra entre los dos principales partidos políticos ARENA y el FMLN, y en la actualidad política del país continúa con un nuevo binario entre los “mismos de siempre” (ARENA y el FMLN) y la nueva fuerza política Nuevas Ideas, liderada por la figura del presidente Bukele (Alas, 2021; Chacón Serrano, 2020).

La misma lógica de “guerra” o “conflicto” es identificada por Chacón Serrano (2020) en las narraciones de jóvenes pertenecientes a una comunidad al norte de El Salvador. Ellos utilizan las memorias del Conflicto Armado para interpretar su tiempo presente y futuro, en los cuales creen que el combate entre dos fuerzas se mantendrá. Siguiendo con Alas (2021), menciona que los jóvenes cuando se distancian de estos imaginarios binarios de la memoria que sostienen la generación de sobrevivientes de la guerra, estas nuevas generaciones adquieren una mayor tolerancia a partir de la creación de un espacio inclusivo para jóvenes con preferencias políticas diversas sobre la memoria de la guerra y el FMLN.

Ciertamente, estas posiciones de apertura política y nuevas significaciones de memoria, ponen en conflicto y tensión a las nuevas generaciones con las generaciones de sobrevivientes. Pero aún más importante, las posmemorias cuestionan críticamente la violencia insertada en la vida de las personas y brindan nuevas miradas cuando entran en interacción con las memorias del Conflicto Armado salvadoreño. Todo esto conduce a considerar la complejidad del fenómeno de la memoria

social, y a la vez resalta su importancia para la vida sociopolítica de la sociedad salvadoreña actual. Por ello, es importante dilucidar su aporte a los procesos de reconciliación y democracia en las sociedades posconflicto, sin olvidar la dinámica intergeneracional.

### ***3.2.3. Memoria, reconciliación y democracia en clave intergeneracional***

Los puntos anteriormente desarrollados argumentan que el contexto salvadoreño está condicionado todavía por el pasado de violencia bélica. Y que la coyuntura actual apunta a que el autoritarismo como forma de gobierno, fenómeno vivenciado ya durante el siglo pasado, es cada vez más una realidad. Aquí es donde la memoria del pasado reciente se presenta como un fenómeno que puede posibilitar la comprensión de la dinámica sociopolítica, y quizá abogue a la transformación del orden social vigente (Vázquez, 2001).

Orellana (2005) reflexiona que “la sociedad salvadoreña debe enfrentarse a su doloroso pasado para poder constituirse como tal, y no continuar en un presente ilusoriamente tranquilo, pero con características similares” (p. 196). Así, pues, es oportuna la pregunta: ¿son estas memorias, en clave intergeneracional, capaces de promover la reconciliación, y a su vez construir democracia?

Hablar de reconciliación y su relación con la democracia es complejo, pues obliga a ampliar la mirada de una forma que procure un bienestar común. Para Valladolid (2012), la idea de humanidad sigue siendo imprescindible, pero habría que reconstruirla desde una ética asimétrica de la compasión, con la cual el sufrimiento del otro es el punto de partida de una memoria recíproca. Esta postura de la ética asimétrica permite visibilizar a las víctimas y las injusticias, pero para ello deben de ser incluidos aquellos que son considerados perpetradores o cercanos a ellos (como sus familias), reflexionando muy bien en las diferencias dentro de esas dinámicas de sufrimiento.

Según Castellanos (2005), en el proceso de reconciliación, es importante no excluir a militares perpetradores, a pesar de la existencia de una condena por sus actos. Pueden participar de diversas formas, pero lo medular es contar con ellos para esclarecer la verdad, hacer justicia y lograr la reconciliación. Por ello se identifica “la necesidad de equilibrar el enfoque de derechos con el enfoque diferencial y de articular decisiones políticas y recursos para abordar las respuestas desde los procesos psicosocial, educativo, cultural, jurídico y político que se requieren” (Arias y Roa, 2015, p. 118). Ante ese proceder el diálogo intergeneracional que incluya la descendencia de los distintos bandos involucrados podría favorecer procesos más integradores.

Aunado a la necesidad de una reconciliación social, resulta imperante reflexionar sobre la participación de la memoria en todo esto. Jara (2020b) nos recuerda las discusiones de teóricos de la Escuela de Frankfurt a propósito del Holocausto, para quienes la memoria favorecía la vida de

las comunidades democráticas, ya que llevaba a la búsqueda de justicia, y al reconocimiento de crímenes para no repetirlos, siendo así un deber ético.

Si bien la postura anterior ha estado presente en muchas luchas por la memoria histórica (incluyendo el caso salvadoreño), usualmente sostenidas por la generación que ha vivido los acontecimientos históricos, esto no quita que la relación memoria-democracia es mucho más compleja en los periodos posconflicto. En ellos surgen distintos tipos de memoria, los cuales podrían tener distintos roles en la institucionalización de la democracia, así como impactos diferenciados respecto al tipo de políticas que se adoptasen (Jara, 2020b).

La pluralidad de construcciones de memoria podría llevar a ciertos dilemas entre la memoria y la democracia. Jara (2020b) plantea las tensiones de la representatividad de las memorias propuestas por Jelin: “El creciente examen de los supuestos que sustentaban la relación entre memoria y democracia hizo que el problema de la representatividad de la memoria también pasara a ser un tema relevante. ¿A quiénes representan determinadas narrativas del pasado reciente?” (p. 6). Ante esta situación, se cae en el dilema de la atribución de valor hacia las memorias; es como decir que habrá memorias con una valoración positiva o negativa sobre otras, que tienen más amplitud o menos amplitud en el reconocimiento público.

En el caso del Conflicto Armado salvadoreño, se evidencia esa tensión de la representatividad de las diferentes memorias, como lo demuestra Alas (2021) en su investigación con la comunidad repobladas de El Corralito, donde destaca los diferentes matices y voces de esas interacciones comunales. Por un lado, las memorias de sufrimiento de personas que no simpatizaron con la insurgencia durante los ochenta, pero viven ahí. Por otro lado, las memorias de las generaciones jóvenes, en torno a la guerra, quienes han crecido y siguen habitando el lugar. Y, por último, la historia insurgente construida en la cotidianidad.

Siguiendo con lo anterior, Jara (2020a) destaca el creciente interés por estudiar los marcos de memoria de los perpetradores o victimarios, planteando así nuevas preguntas: “¿Cuáles son las memorias que deben ser recordadas en las sociedades posconflicto?, ¿Qué efecto tienen las memorias de perpetradores, por ejemplo, y cómo deben ser escuchadas sus confesiones?” (p. 6). Así, la autora se distancia de la atribución de valor de la memoria por su condición de testimonio; sus reflexiones se orientan más a su funcionalidad, que lleva a preguntarse: ¿qué tipo de memoria es compatible con democracias pluralistas y cohesivas? Es así como sugiere que la relación entre memoria y democracia no dependen únicamente de qué se recuerda, sino qué produce aquello que recuerda, y la capacidad que tienen las comunidades de adoptar posturas abiertas o cerradas en esas elaboraciones del pasado.

Hasta este punto, se puede considerar el planteamiento de Jelin (2014) sobre cuestionar el supuesto de la relación lineal y directa entre memorias y democracia, lo que implica reconocer la compleja

realidad sociopolítica y la incertidumbre. Entonces, el hacer memoria debe estar acompañado de procesos reflexivos y que convoque a una ciudadanía activa para no caer en memorias únicas y estáticas o en discursos oficiales con intereses políticos particulares.

Podría matizarse, entonces, que la participación en la construcción de memorias y la función social que éstas ejercen desde una ciudadanía activa, es lo que va a ayudar a los procesos democráticos. Tomando esta postura, es entendible que, en el proceso de transición a la democracia en El Salvador, no se incluyera de forma más activa a la población civil, ya que la reflexividad de la memoria permitiría cuestionar las acciones de lesa humanidad, de violencia y de deshumanización de los bandos beligerantes. Precisamente, Castellanos (2005) arguye que no se incluyó a la sociedad civil en el proceso de posconflicto, lo que no les permitió organizarse y se fraguó mucha impunidad como la Ley de Amnistía.

Estos procesos reflexivos que permite la memoria son más trascendentales cuando son construidos de forma intergeneracional, ya que se complementan y conflictúan las memorias y las acciones tras ellas, lo cual abarca de una manera más democrática la toma de decisiones, con la menor exclusión y la posible búsqueda conjunta del bien común. Como se verá a continuación, la transmisión intergeneracional en forma dialógica puede ayudar a la construcción de nuevas formas de relaciones más democráticas en cuanto a memoria, ciudadanía y gestión de políticas.

Vale aclarar que, aunque exista un “deber de recordar”, este debe de tener además una función, un sentido reparador y democrático. Jelin (2014) provoca un análisis profundo en su postura sobre la forma en que se ha utilizado la frase “nunca más”, que se asocia a la idea de crear condiciones para que la violencia vivida no se repita en el futuro; ante esto ella se cuestiona: “¿Cómo interpretar esta consigna?, ¿Qué es lo que no hay que repetir? ¿la violencia o las condiciones que le dieron origen?” (p. 228).

En este sentido, si se enmarcan caminos para la relación democracia y memoria, en El Salvador la memoria debe convocar, no sólo al deber de recordar, sino a la reflexión crítica y a la ciudadanía activa. De esta forma, la construcción de democracia estará en consonancia con procesos de transformación política e histórica, como la reparación y la reconciliación. Ante este planteamiento es necesario poner atención a las dinámicas que surgen en la transmisión intergeneracional de la memoria, que puede constituir un espacio donde la convergencia-conflictividad entre generaciones dialoguen para construir nuevas maneras de hacer memoria y relaciones democráticas.

Uno de los dilemas anteriormente mencionados es el de la representatividad de la memoria, es decir, parece ser que las memorias de las comunidades campesinas, las memorias de las víctimas, y la de las personas que vivieron el Conflicto Armado son las que se asocian más al concepto de memoria histórica, pero caen en la dificultad de que son memorias locales, que no trascienden a un nivel más colectivo o nacional, y con el agravante de que existen dentro de esas memorias

locales, otras silenciadas o excluidas. Para Jara (2020b) la pregunta que surge es cómo las memorias sociales pueden producir afectos, identificaciones y resonancias en sectores más amplios de la sociedad, es decir, cómo la memoria social puede efectivamente ser democratizante. Valladolid (2012) parte de la posibilidad de reconstrucción y formación de la voluntad política de los ciudadanos, que no solo pasa por cumplir por el deber recordar, sino que exige un doble imperativo: recordar democráticamente y también democratizar anamnéticamente.

Es en este punto donde la transmisión de memoria entre generaciones puede aportar a democratizar el recuerdo y recordar democráticamente, ya que la dinámica dialógica permite: “la creación de contextos relacionales y reflexivos que posibilitan determinados vínculos” (Vázquez, 2001, p. 140). Entonces, si el pasado de violencia es lo que ha dañado las relaciones y se ha optado por olvidar, o quizá por recordar en pequeños grupos identitarios o asumir el discurso oficial del Estado, serán en definitiva las nuevas construcciones de memoria, con sus nuevos significados y confrontaciones con la anterior generación, los que podrían permitir una nueva forma de recordar y de construir un país más democrático y tolerante debido a su configuración social.

Hasta el momento, en el país no hay esfuerzos por parte del Estado en crear los espacios institucionales, ni públicos, ni mucho menos educativos para generar esas condiciones de reflexividad mediante la memoria intergeneracional. Lo que se ha tenido, como en otras latitudes, son planes de contención centrados en la seguridad y el fortalecimiento del aparato militar, en detrimento de políticas sociales. Esta falta de interés por parte del Estado es dañina, ya que no promueve nuevas formas de relación democrática ni nuevas construcciones de memoria. Para Arias y Roa (2015) “dicho proceso evidencia la magnitud de las desigualdades, y ante todo la persistencia histórica de la violencia como forma naturalizada de resolver los conflictos, en ausencia de democracia, justicia social y de una atención y educación intergeneracional” (p. 117).

Aunque no haya políticas de memoria y procesos integrales de reparación social, las personas en sus familias, en sus grupos y en sus comunidades realizan estos ejercicios de construcción de memoria intergeneracional en la cotidianidad, siendo con ellos constructores de memorias y democracia, sobre todo cuando sus vidas están siendo afectadas de manera muy concreta. Por eso es importante incluir la perspectiva intergeneracional en la construcción de la democracia, ya que:

Cuando las generaciones hacen memoria y reflexionan sobre sus sufrimientos, sus caídos, sus transformaciones y lo vinculan con las problemáticas estructurales del presente como la pobreza, la desigualdad económica y social, la exclusión, etc. Entonces, no solo buscan la reparación de las heridas de la guerra sino también de las causas, y esto les vincula intergeneracionalmente a reclamar aquello que históricamente les ha sido negado y silenciado (Fabián y Valencia, 2021, p. 44).

Con todo, es posible establecer que, dentro de las dinámicas sociales y políticas de la memoria, aquellas personas que no vivieron el hecho de violencia también tiene cabida. Desde sus particularidades sociohistóricas entran en diálogo con su generación antecesora, en este proceso de darle sentido a las experiencias del pasado en el presente. Así, pues, se vuelve necesario un acercamiento a sus formas de construcción de memoria, que considere la diversidad dentro del grupo mismo, como aquellas personas descendientes de víctimas civiles o aquellas que llevan sobre sus espaldas un legado militar o vinculado a familiares perpetradores.

### **3.3. Posmemoria y juventudes: recordar un pasado no vivido desde un legado militar**

Para cerrar con el recorrido por los antecedentes teóricos y empíricos del problema que nos convoca, es preciso profundizar en los procesos de construcción de memoria de las nuevas generaciones jóvenes. Estas tienen formas particulares de acercarse al pasado de violencia no vivido, en correspondencia con sus particularidades sociales. Por ello, en este apartado de comenzará caracterizando la juventud en El Salvador, aquella nacida después de 1992, que se ha configurado subjetivamente en el marco del posconflicto. Luego se detallarán los postulados teóricos sobre la posmemoria, aquel recuerdo producido por las generaciones del después, para, finalmente, describir estudios empíricos sobre esta temática, enfatizando a descendientes de militares y perpetradores.

#### ***3.3.1. Caracterización de la juventud en El Salvador***

Los acontecimientos violentos, como dictaduras y conflictos armados, establecen un antes y un después en la vida de las sociedades. En ese “después” nuevos sujetos nacen y se socializan con las consecuencias que ello conlleva. Si nos ubicamos en el caso salvadoreño, los sujetos son menores de edad y jóvenes que no pasan de los 30 años, y aunque no vivieron el Conflicto Armado directamente, sí han vivido sus repercusiones y otras situaciones coyunturales también violentas.

Precisamente, a más de 30 años del fin formal del conflicto bélico, la emergencia de una nueva generación es evidente, si traemos a colación los postulados de Mannheim (1928, como se citó en Reyes *et al.*, 2015) desarrollados con anterioridad. De acuerdo al Informe sobre *Desarrollo Humano El Salvador 2018*, los Acuerdos de Paz en 1992, no solo implican el inicio de un cambio político hacia la democracia en el país, sino también son un “parteaguas generacional”, ya que las personas que nacieron alrededor de esta fecha se convierten “en la primera generación del postconflicto que ha crecido y vivido esas condiciones políticas, económicas y sociales de manera plena”; quienes ahora tienen entre 15 y 29 años (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD], 2019, p. 66).

En otras palabras, la generación de posguerra sería joven en edad, si asumimos la clasificación establecido en Ley General de Juventud (Asamblea Legislativa, 2011), donde se entiende

“juventud” a aquella persona entre los 15 a 29 años. En esa línea, el PNUD (2019) realiza una división según etapas, con el objetivo de demostrar la diversidad de juventudes, destacando tres: juventud temprana (15-19 años), juventud media (20-24 años), y personas jóvenes adultas (24-29 años).

Una de las particularidades que hace relevante el abordaje de esta población es su extensión en número. Para el año 2018, la cantidad de jóvenes entre los 15 y 29 años de edad fue de 964 587 mujeres y 910 497 hombres, para un total de 1 875 084 (Instituto Nacional de la Juventud [INJUVE], 2019); esto es el 30 % de la población total (PNUD, 2019), lo que caracterizaría al país en un periodo de bono demográfico, donde el porcentaje de personas en edad productiva es superior a la población inactiva. Vale decir que ser joven no se resume en un dato estadístico, ya que existe todo un entramado de significados que le condicionan: roles asignados o desempeñados, oportunidades de educación, posición social, etc. (PNUD, 2019).

Al respecto, en El Salvador se tiende a percibir a la juventud desde dos visiones: la juventud como “el futuro del país” y posibilitadora de cambios; y los jóvenes como violentos, transgresores del orden social en vínculo con las pandillas (Chacón Serrano, 2015). Dichas percepciones que vienen de un sistema capitalista y neoliberal son las que propician las condiciones para el desarrollo de este grupo, y son las que pueden representar tanto una ventaja como un reto.

De hecho, los y las jóvenes logran percibir esta doble distinción y las contradicciones de la misma. Así lo afirman los hallazgos encontrados por Flores (2012), quien afirma que los y las jóvenes reconocen sentirse instrumentalizados en tanto que cargan con el peso social de ser responsables del futuro, y sin embargo no existen espacios políticos, físicos y estructurales para poder cumplir dicha responsabilidad. Asimismo, reconocen que actualmente la principal forma de violencia que se vive es la pandilleril, en contraste con la violencia armada durante la guerra, y que esta generación de jóvenes por tanto es catalogada en esa línea.

En El Salvador, la desigualdad es una condición presente y característica de las relaciones sociales; genera barreras muy marcadas que dificultan a las personas ascender socialmente, y con ello, desarrollarse exponencialmente para lograr mayores niveles de bienestar. La juventud se enfrenta constantemente al problema de las desigualdades. Dependiendo de la manera en que se desenvuelva el entramado comunitario en el que las juventudes se configuren (políticas públicas, trayectorias de vida, cumplimiento de derechos), en esa etapa, las desigualdades pueden ensancharse o reducirse, y así, marcar un precedente de aspectos que definirán la vida adulta (CEPAL, 2016).

Bien comenta Dada (2016) que los problemas de la generación de posguerra en El Salvador son diferentes y urgentes en comparación a las otras generaciones. Sumado al fenómeno de la violencia social, la juventud experimenta dificultades educativas y económicas. En cuanto a la asistencia



escolar, esta varía según género y según área. Por ejemplo, el promedio de escolaridad a nivel nacional para 2019 fue de 7.1 grados; pero hay ciertas diferencias sustanciales, ya que en el Área Metropolitana de San Salvador (AMSS), la escolaridad promedio fue de 9.2 grados, en el área urbana 8.2, mientras que en el área rural fue de 5.3; siendo ésta la que se encuentra por debajo del promedio nacional (DIGESTYC, 2019).

Respecto a la empleabilidad, el PNUD (2018) afirma que la tasa de desempleo juvenil es 2.6 veces superior a la de las personas adultas mayores de 30 años, y que, por cada 10 personas ocupadas, únicamente 3 son jóvenes. Así también el informe describe a partir de la Encuesta de Resiliencia Juvenil del 2016 que la principal causa por la cual la juventud quiere migrar es la búsqueda de mejores oportunidades laborales (un 44 % frente a la totalidad de causas).

Para 2018, la Población en Edad de Trabajar (PET) juvenil, que es definida desde los 16 años hasta los 29 años, era de 1 751 087; sin embargo, de esa cantidad, la Población Económicamente Activa (PEA) joven, que es definida como la parte de la PET que realiza alguna actividad económica u ofrece su fuerza de trabajo al mercado laboral, era de 978 223. Sumado a este dato, la tasa de desempleo se mostraba del 13.6 % entre los jóvenes de 16 a 24 años (INJUVE, 2019). Por último, la población joven que no trabaja ni estudia asciende a 497 699 personas a nivel nacional, lo que corresponde al 26.9 % de esta población. Este fenómeno es mayor en la juventud en zonas rurales (32.6 %), más que las urbanas (23.1 %) (DIGESTYC, 2019).

En cuanto al fenómeno de salud, Reyes y Pérez (2020) describen que la tasa de mortalidad de jóvenes salvadoreños a causa de la violencia (207,5 por cada 100 000 habitantes) superó, en 2015, el promedio mundial (149 por cada 100 000 habitantes), siendo así una de las cifras más altas que la historia del país ha tenido. También, en el área de atención de enfermedades, se expone que al menos siete de cada diez familias de jóvenes entre los 15 y 24 años de edad acuden a la red pública hospitalaria para recibir atención médica; además, se afirma que el acceso a los servicios de salud, en su mayoría son a través del sistema público, y que muy pocas son las juventudes que reconocen o identifican que algún familiar atiende centros de atención privados (Jiménez y Blandón de Grajeda, 2014).

Finalmente, en términos de violencia, Lemus (2018) asevera que debido a que el fenómeno pandilleril se concibe como una de las principales formas de violencia al que las juventudes de la generación actual están expuestas, se ha generado todo un entramado de símbolos que han devenido en la estigmatización alrededor de aquel joven que vive cerca de territorio con presencia de pandillas, cayendo en una criminalización *a priori* hacia cierto sector de la juventud, que cumple con ciertas características a las que se han aprendido a atribuir la idea de un “potencial joven miembro de pandilla”. En El Salvador esto se ha materializado en la serie de ejecuciones extrajudiciales ocurridas entre 2014 y 2018 por parte de la PNC, donde, según el informe de la Procuraduría para la Defensa de los Derechos Humanos [PDDH] (2019), el 70 % son jóvenes

hombres. Esto probablemente facilitado, según el documento, por la tendencia a ejecuciones extrajudiciales más indiscriminadas durante el 2015 y 2016 debido al entorno de impunidad que prevaleció en dichos años.

Otra problemática importante de considerar es la relación entre las juventudes y la política. Vale recordar que el ámbito de socialización de esta población, para el caso salvadoreño luego de firmados los Acuerdos de Paz, ha sido de políticas neoliberales. Ya se ha mencionado que los impactos han promovido actitudes egocéntricas en la niñez de la década de los noventa, sumado a un desinterés en relacionarse colectivamente para desplegar acciones conjuntas en función de la superación de la marginalidad. Flores (2012) agrega que “el joven de ahora está dormido por el sistema, inmerso en el consumismo y en la tecnología, pero sin mayor responsabilidad” (p. 61).

En esa línea, Castro (2007) describe una situación parecida en Argentina, donde las instituciones sociales que intervienen en la socialización y configuración del sujeto, también se vieron afectadas por tales políticas en los noventa. Según ella, esto ha llevado a que los jóvenes tengan mayor desconfianza en lo público, menor participación social, instrumentalización de las relaciones sociales, y condicionamientos a su proceso de memoria del pasado reciente.

Ahora bien, aunque el panorama se perciba desalentador, no significa que las juventudes se desliguen de la participación política. En realidad, su forma de hacer política ha cambiado sustancialmente en las últimas décadas en la región latina. Por ejemplo, se ha dejado de vincular a la política con el gran cambio social, y su participación se ha diseminado más en ámbitos locales y fuera de posiciones en partidos políticos; asumiendo formas de cambio social a pequeña escala, de menor horizonte temporal y con un alcance más modesto en cuanto a las metas y objetivos de cambio. Las formas de acción política que utilizan las juventudes ahora son desde la ciudadanía hacia el Estado (Torres, 2018).

Debido a las urgencias de desigualdad a las que las juventudes latinoamericanas se enfrentan, Torres (2018) explica que estas constituyen uno de los principales actores con los que los Estados deben co-gestionar aspectos políticos. No obstante, esta población ha perdido tanto la confianza en las instituciones político-partidistas tradicionales, que abogan por explorar otras formas y espacios de participación. Las expectativas sobre proyectos sociales que las juventudes latinas sostienen, se conciben y construyen justamente desde la ausencia de las instituciones políticas tradicionales, y en ellas se puede ver cómo son capaces de generar sus propios contextos de formación para acciones colectivas autogestionadas.

No extraña, entonces, que en El Salvador la participación política electoral es la que menos ejerce la juventud salvadoreña, además de mostrar menor confianza en los partidos políticos y tener menos participación en la resolución de problemas en su comunidad. Lo anterior se traduce en que

la juventud muestra un rechazo a las formas tradicionales de hacer política, pero no necesariamente un desinterés a los problemas sociales (PNUD, 2019).

Lo que enciende las alarmas es que, pese a que la juventud salvadoreña tenga una mejor apreciación de los Acuerdos de Paz considerados como un pacto bueno o muy bueno, es esta misma población que tiene un menor nivel de apoyo a la democracia. Y lo que es peor, presenta un mayor nivel de apoyo a golpes militares, en comparación a la población de más edad (Córdova *et al.*, 2017). Vale mencionar, entonces, que el desencanto por la política tradicional no se direcciona hacia una mayor democracia necesariamente, lo que preocupa, al traer a cuenta las acciones poco democráticas del gobierno actual con alto nivel de popularidad, entre ella joven.

Pese al panorama anterior, también se van configurando procesos de resistencia política por parte de la generación joven en El Salvador, que sorpresivamente utiliza la memoria del Conflicto Armado como incentivo a la acción política. Así lo describen Chacón Serrano *et al.* (2021) al analizar la movilización ciudadano-cibernética “#ProhibidoOlvidarSV”, acontecida en las redes sociales en enero de 2021. Dicha movilización se caracterizó por una conexión intergeneracional, a partir de las narrativas de experiencias de violencia política del pasado, que llevó a un reconocimiento de las víctimas pasadas y presentes, y la inspiración de prácticas de resistencia implementadas anteriormente, con la finalidad de plantar cara al autoritarismo en ciernes. De ahí que sea relevante profundizar en la manera en que las nuevas generaciones jóvenes construyen memoria de un pasado no vivido. Lo que será abordado a continuación.

### ***3.3.2. Memorias de las nuevas generaciones y sus particularidades***

Los planteamientos expuestos previamente sobre memoria social nos abren paso a explorar la posibilidad de construir memorias desde individuos que no tuvieron una experiencia directa de un acontecimiento específico. Esta práctica es posible si se asume que la experiencia pasada depende del discurso, ya que tiene una mediación simbólica, lingüística, y no una subordinación directa al acontecimiento, pues a partir del discurso se configura lo que se piensa y se conceptualiza del evento, se le da un sentido (Van Alphen, 1999). Lo que importa no es el acontecimiento en sí mismo, sino la experiencia (lingüística) de este. Visto así, la memoria no sería avocarse al pasado en sí mismo, sino a la experiencia de ese pasado (en el presente).

Vázquez (2001) respalda lo anterior cuando expresa que la experiencia es “entendida (...) no solo como vivencia directa, sino también como legado activamente transmitido e incorporado a nuestras relaciones e interpretaciones de la sociedad” (pp. 29-30). Es decir, lo que se experimentó, cuando se hace memoria de eso, puede ser transmitido en las relaciones sociales, porque no depende de la vivencia directa del acontecimiento, y esa transmisión es gracias a la intervención del lenguaje, el cual, a su vez, articula las relaciones sociales mismas. Así, quienes no vivieron el evento que se recuerda, pueden hacer memoria de este a través de las relaciones sociales mediadas por el

lenguaje; es decir, pueden construir su propia narrativa del pasado, la que entraría en interrelación con otras, tanto de quienes vivieron la experiencia directa como de quienes no (Chacón Serrano, 2017; Cornejo *et al.*, 2013; Jara, 2016; Jelin, 2002; Reyes *et al.*, 2015; Voigtländer, 2016).

En el marco de acontecimientos violentos, como dictaduras y conflictos armados, hay que considerar que estos nuevos sujetos han experimentado un proceso de socialización promovido por instituciones sociales (familia, escuela, comunidad, etc.) que fueron afectadas durante dicho acontecimiento. Con ello, el pasado les interpela, ya que “a través de los procesos de socialización cada una de ellas (las instituciones sociales) transmite valores, actitudes, modos de actuar que cada sujeto incorpora como propio y actúa en consecuencia” (Castro, 2007, pp. 13-14). Después de un conflicto armado, por ejemplo, las instituciones que intervienen en la configuración de la subjetividad de las personas están dañadas, lo que condiciona valores, actitudes, comportamientos, y modos de hacer memoria.

La particularidad de esta población en el proceso de hacer memoria se ha acuñado con la noción de “posmemoria”, propuesta por Marianne Hirsch (2008) en sus estudios sobre la segunda generación de sobrevivientes luego del Holocausto. En términos concretos, la posmemoria hace referencia a la relación de transmisión de conocimiento y experiencias entre una generación que atestiguó un acontecimiento violento (primera generación) y aquella que no (segunda generación), donde esta última recuerda experiencias que fueron transmitidas en historias, imágenes y comportamientos en medio de los cuales los individuos de esa generación crecieron. Se recalca que “estas experiencias fueron transmitidas a ellos tan profunda y afectivamente como para parecer que constituyen memorias propias” (pp. 106-107).

En correspondencia con lo anterior, Quilez (2014) considera a la posmemoria como aquella memoria que está intermediada por otros y que lleva un componente afectivo, en tanto que, por un lado, tiene como participante a la generación posterior a la que fue testigo directo del acontecimiento histórico en cuestión y, por el otro lado, la transmisión entre una generación y la otra no tiene lugar de modo ‘profesional’ y objetivo, sino que en lo íntimo y personal.

Asimismo, Sarlo (2012) especifica que el componente “pos” indicaría lo que viene después de la memoria de quienes vivieron los hechos, esa relación con dicha memoria que se construye posterior a los mismos. También destaca el componente mediático en las posmemorias, mencionando que estas construcciones del pasado están claramente influidas por el poder mediático del acontecimiento, y es por ello que medios como la televisión o incluso la fotografía son canales persuasivos del recuerdo de la experiencia vivida, que muchas veces incluso se confunden con ella.

La posmemoria también resulta ser una contramemoria, porque rescata testimonios, espacios, experiencias de los que la memoria hegemónica (o aquellas denominada a sí misma como oficial

y que se reproduce en las instituciones estatales, mayormente) no dio cuenta y que visibiliza las luchas que giran en torno a ello (Pighin, 2018).

Hirsch (2008) destaca dos tipos de posmemoria que están relacionadas entre sí. Una refiere a la posmemoria familiar, donde se establece una identificación hijo y padre, es intergeneracional y vertical. Destaca porque implica un compartir íntimo, afectivo, encarnado. El segundo tipo es la posmemoria afiliativa, que refiere al compartir de toda una generación, una conexión contemporánea. Esta se caracteriza por ser intrageneracional y horizontal, pues está sostenida entre el hijo y sus compañeros de generación.

Vale mencionar que Quilez (2014) reconoce otro tipo de posmemoria relevante, el cual engloba los estudios artísticos que realizan las segundas generaciones para enmarcar sus experiencias sobre lo que entienden de los conflictos armados y guerras de las que han escuchado narraciones: “la memoria de los artistas” es un tipo de posmemoria que nace de la “Post-Holocaust generation”. Se entiende como una memoria indirecta e hipermediada del pasado que, a diferencia del acto de hacer memoria literal que también está mediado y fragmentado en tanto que siempre se abre un vacío entre el acontecimiento propiamente dicho y el momento en que éste se convierte en recuerdo, cuestiona lo histórico, el pasado, y se inscribe en provocadores artefactos culturales que se presentan como obras en continua transformación.

Las segundas generaciones obtienen los insumos para construir “su verdad” sobre los acontecimientos históricos a partir de las intermediaciones de distintas instituciones de poder. Así lo identifica Flores (2012) para el caso salvadoreño, ya que, la importancia de estas intermediaciones es que permiten la transformación de los relatos aprehendidos en los esquemas personales de los jóvenes de posguerra, en interacciones comunes. Las narraciones que se internalizan logran generar actitudes y pensamientos que desembocan en cohesión social-comunitaria de los jóvenes de segunda generación.

Flores (2012) propone que los medios de intermediación o instituciones de poder se sintetizan en cuatro: la familia, la educación formal, iglesias y los medios de comunicación social. En primer lugar, la familia es por sí misma una de las mayores mediaciones del ser humano. Los jóvenes reproducen de su memoria aquellos relatos que les son heredados de sus familiares más cercanos. Las narrativas familiares surgen para el joven como pláticas cotidianas, conversaciones en la intimidad, sin mayor estructura de acontecimientos y actores, pero abonan a la resignificación del pasado.

En segundo lugar, la educación formal “es una de las mediaciones primordiales de referencia histórica que puede presentar y estimular medios para que los jóvenes conozcan más sobre los acontecimientos ocurridos en la guerra” (Flores, 2012, p. 6). Sin embargo, a pesar del gran potencial de la educación formal para atravesar los esquemas cognitivos de los jóvenes, esta ha

hecho poco o nada —en contexto salvadoreño, mayormente— por educar en memoria histórica a las y los jóvenes.

En tercer lugar, las iglesias funcionan como otro referente indispensable que contribuye a determinar las representaciones dentro de una sociedad. Si bien la intermediación o filtración de los otros significativos (como la familia y los maestros) son relevantes y ayudan al joven a construir subjetividades en torno al Conflicto Armado, en este caso, la iglesia también es un referente que avala las construcciones simbólicas que les han sido heredadas a estos jóvenes.

En cuarto y último lugar, los medios de comunicación “son un vehículo directo de paso de intersubjetividades, representaciones e interpretaciones: de comunicación, en general. Colaboran con el proceso de construcción de sentidos y de negociación de significados en una sociedad” (Flores, 2012, p. 17). Siendo los mass media los encargados, en gran medida, de la filtración del mundo, resulta importante su participación en la promoción y difusión de la memoria histórica. Sin embargo, los jóvenes participantes de la investigación mencionada aseguran que tienen algún recuerdo específico sobre algo que haya sido difundido y que le abone al conocimiento de la historia y la respectiva construcción de sus memorias.

Para la representación del pasado en el presente, las nuevas generaciones han tenido que idear algunas maneras que les permitan entender lo que aconteció para darle significado al presente, en un carácter global y personal. Por ello, Pighin (2018) expone que estas segundas generaciones han roto con las formas tradicionales de representar el pasado, pues ahora posicionan en un carácter más activo a los hijos de las víctimas valorizando los testimonios de los sobrevivientes.

Estas nuevas formas de representación son vinculadas a las memorias artísticas o culturales, donde se vincula al suceso histórico con un carácter menos trágico y más humorístico; lo vinculan con cierta ironía y autoficción, y alejan las posmemorias del matiz melancólico y derrotista característico de la generación anterior. Lo hacen de esta manera porque, como ya mencionó anteriormente, los jóvenes ven en la posmemoria el potencial de contramemoria o contralectura que desafía las verdades absolutas del oficialismo o la institucionalidad (Pighin, 2018); el humor, por tanto, es una posición política.

Tal como lo expresa Peller (2014): “si bien toman como tema de sus obras la violencia política de aquellos años, lo hacen mediante relatos y procedimientos que critican los valores morales y la cultura política de la generación de sus padres” (p. 79). Por lo que sus trabajos artísticos les permiten romper el monopolio del silencio y posicionar su enunciación como hijos de la posguerra.

En fin, los trabajos artísticos que los jóvenes realizan (que van desde el cine hasta las manualidades) desacralizan las imágenes derrotistas del pasado, y construyen una mirada colectiva generacional desde la que pueden tomar agencia en una historia que no les reconoce como sujetos

directos. Aun así, los jóvenes construyen posmemoria; tienen una voluntad política “de pensar a la memoria oficial como una construcción monopolizadora que evidenció y silenció el pasado, de acuerdo con los intereses del contexto en que se forjó” (Pighin, 2018, p. 123), y lo hacen a través del humor y otras emociones contrahegemónicas. Ya lo menciona Aguirre (2007 citado en Pighin, 2018) exponiendo que esta memoria “puede conmover, puede estimular, puede provocarles a algunas personas las ganas de seguir preguntándose por la historia” (p. 123).

Este seguir preguntándose por el pasado es lo que se ha identificado en distintos estudios sobre memoria y nuevas generaciones, en distintos contextos latinoamericanos, incluyendo el salvadoreño. Vale hacer una revisión de algunos de ellos, para dilucidar la complejidad de su construcción de memorias, las que se complejizan al abordar las particularidades, no solo de descendientes de civiles o víctimas, sino también de perpetradores y militares.

### ***3.3.3. Investigaciones de descendientes de sobrevivientes y militares retirados***

Desde la propuesta de posmemoria, se ha abierto un campo de trabajo que con el tiempo crece en producción académica. En El Salvador, esta línea está muy poco abordada, pero cada vez más se está acrecentando el interés en ella.

Entre las investigaciones actuales se destaca el trabajo de Flores (2012) con una muestra de jóvenes pertenecientes y no pertenecientes a organizaciones juveniles. Este grupo de jóvenes reconocen la importancia de rescatar la memoria colectiva del país para poder entender más su propia identidad; sin embargo, muchos y muchas reconocen que no han mostrado mayor interés por parte propia de conocer sobre el conflicto armado vivido en el país. A pesar de ello, los y las participantes reconocen que la poca información recibida en sus centros educativos pudiera ser fruto de una visión reduccionista a conveniencia de sectores de poder, y que en los medios masivos de comunicación la información difundida respecto al conflicto armado es muy poca, a pesar de que existe, pero muchas veces no es accesible.

En esa misma línea, Umaña (2009) afirma, a partir de su investigación con jóvenes de 16 años que estudian en escuelas públicas en el Área Metropolitana de San Salvador (AMSS), que los y las entrevistadas de esta generación de posguerra parecieran no tener una noción clara del tiempo en términos históricos, y que en realidad tienen una noción más bien presentista de las circunstancias: “La categoría de tiempo, para este grupo de población, no solo es difusa, sino inexistente. No saben de la guerra, aunque han escuchado de ella, pero tampoco ven el futuro. Para ellos es el aquí y el ahora” (p. 408). Así, pareciera que existe un sector de la juventud de posguerra cuya identidad no se ve interpelada por dicha cualidad y por el conflicto armado, y que la misma está condicionada por el mecanismo del silencio como estrategia de supervivencia: “El silencio es una práctica social muy arraigada ante la inseguridad de la posguerra: Ver, oír y callar” (p. 408).

Entre los estudios más recientes se identifica el trabajo de Chacón Serrano (2017) con jóvenes familiares de excombatientes de la guerrilla y exrefugiados en Chalatenango. En su estudio identifica que, pese a no haber vivido la guerra, dichos jóvenes construyen memorias propias, en un intento de darle sentido a un pasado que les interpela. Para ello se valen de mecanismos dinámicos (emociones, imaginación, empatía, etc.) que les posibilitan unir los relatos fragmentados que familiares y vecinos les han transmitido. Además, sus memorias construidas les promueven una orientación hacia formas determinadas de ser, de estar con otros, y de interpretar la realidad. Así como también ofrecen elementos que facilitan y dificultan la convivencia familiar y comunitaria.

De forma similar, Voigtländer (2016) trabajó con hijos/as de exguerrilleros en el norte de Morazán, en un estudio sobre memoria, fotografía y jóvenes adultos. A grandes rasgos, señala que las memorias de los jóvenes están caracterizadas por un fuerte componente de idealización de la guerrilla y su lucha armada, relacionado a su contexto que les provee de relatos familiares y comunitarios de manera abundante. Sus discursos no están exentos de constantes continuidades y discontinuidades que operan conjuntamente, pero que, al final, llevan consigo el “intento de crear una conexión con el pasado, también para explicarse su existencia y la historia de su vida” (p. 273).

González *et al.* (2019) trabajaron con jóvenes descendientes de excombatientes de la guerrilla originarios de una comunidad de Chalatenango, y jóvenes sin este vínculo familiar, originarios de una colonia de San Salvador. En sus comparaciones, los autores identifican que existe una distinción importante entre las memorias que se construyen. En los primeros hay una apropiación de las experiencias familiares y comunitarias del conflicto armado transmitidas a ellos en lo cotidiano, que se vuelve clave para nutrir sus representaciones sociales sobre la violencia actual. En cambio, el otro grupo de jóvenes manifiesta una interpretación más presentista, sin un uso explícito de las memorias del conflicto armado para reflexionar sobre el presente.

Los hijos e hijas de exguerrilleros utilizan la memoria para comprender la violencia actual desde una visión histórica, con consecuencias desde la guerra hasta su presente. Creen que existe un trauma heredado, pues no se han sanado las heridas psicológicas ocasionadas por el Conflicto, las cuales desembocan en estilos de crianza autoritarios. Finalmente, consideran a la memoria como un componente importante para combatir la violencia, en tanto permite identificar desde las juventudes qué acciones comunitarias del ayer pueden funcionar en el ahora (González *et al.*, 2019).

Finalmente cabe mencionar que, al igual que en el caso de descendientes de perpetradores, también existe una tendencia fílmica para explorar la memoria histórica del lado de las víctimas o, en el caso de El Salvador, del lado de los ex-combatientes. Para este caso por ejemplo se encuentra el documental “Los ofendidos”, dirigido por Marcela Zamora, quien explora la historia de su padre,



Ruben Zamora, quien formó parte del sector insurgente durante el conflicto armado y quien fue torturado por las fuerzas militares salvadoreñas durante el mismo (Arce, 2016).

En el Cono Sur, los trabajos sobre el tema son más abundantes. En Chile, especialmente, sus investigaciones en el marco de la dictadura son valiosas para pensar el caso salvadoreño. Algunos estudios, entre sus hallazgos más relevantes, destacan que las generaciones jóvenes hablan menos del periodo de dictadura y desconocen más. No obstante, esta población manifiesta la importancia de revisar el pasado y aprender de este. A pesar de su ideología, les une la condena hacia las violaciones de derechos humanos cometidas durante la dictadura (Arnosó *et al.*, 2012; Cornejo *et al.*, 2013).

Asimismo, se ha observado que las generaciones jóvenes se posicionan como protagonista del presente, influenciadas por las movilizaciones estudiantiles de 2006 y 2011, quienes ponen en evidencia no ser meros receptores, sino generar nuevos discursos y prácticas con la narración del pasado como referente de acción del presente (Reyes *et al.*, 2015). Además, Jara (2016) identifica que la complejidad de sus memorias aumenta por la emergencia de dualidades a la hora de realizar el acto de recordar. Se posicionan ante el pasado como algo que debe ocultarse, pero a la vez debe ser dicho y compartido. La misma dualidad contradictoria ocurre con el fenómeno del “estigma familiar”, el cual crea escenarios de vergüenza y miedo, y al mismo tiempo de orgullo. Pese a estas tensiones por la contradicción, la autora reconoce que en estas generaciones hay una necesidad en buscar huellas de reconstrucción de su pasado, pero diferenciándose de sus antecesores.

La investigación de Faúndez, *et. al* (2013) con nietos de personas que habían sido sometidas a tortura durante la dictadura chilena, revela que el relato de estas personas está cargado de emocionalidad, experimentando sentimientos de miedo, rabia e incluso impotencia. Se interpreta que hay una probable conexión con el dolor sufrido por sus abuelos y abuelas, a pesar que la experiencia en sí misma del ser torturado no es compartida a detalle por sus familiares, más bien es un silencio familiar. Sin embargo, se hereda un componente emocional, que los herederos intentan simbolizar a través de imágenes mentales que les permitan comprender lo no narrado.

Sin duda, los estudios anteriores dan cuenta del proceso de construcción de memorias en jóvenes luego de la violencia política, aunque su abordaje se inclina más hacia la descendencia de víctimas directas. Ha sido difícil identificar trabajos que aborden el tema desde las voces de aquellos jóvenes familiares de exmilitares como otro de los actores clave en periodos de guerra civil y dictadura. Lo que sí se identifica es que, recientemente, se ha iniciado una línea de trabajo sobre perpetradores y su legado, a partir del análisis de propuestas fílmicas (ver Canet, 2020), algunas de las cuales han sido producidas por descendientes de perpetradores en el marco del Holocausto, la dictadura española, chilena y argentina, como “El pacto de Adriana” y “El color del camaleón” en Chile, además de “70 y Pico” y “El hijo del cazador” en Argentina (Jara, 2020a; Lazzara, 2020; Moral *et al.*, 2020).

En su análisis sobre los documentales de perpetradores, Jara (2020a) enfatiza la relevancia de reflexionar sobre el lugar que ocupa esta figura en sociedades divididas como la chilena. En estas producciones, hay un componente de desmitificación del perpetrador, y más de humanización. Esta otra mirada reflexiva, nos dirá la autora, “no se ha hecho para normalizar su responsabilidad en el terrorismo de Estado, sino para comprender mejor cómo la intimidad, las historias de vida y la vida cotidiana se vuelven parte de su maquinaria” (p. 14).

Desde estos estudios culturales, si bien se observa que la figura del militar o perpetrador es compleja y relevante, tampoco deja de serlo su descendencia. Lazzara (2020) identifica que estos jóvenes se encuentran en un lugar de tensión por la lealtad familiar y la responsabilidad pública por la verdad. La complejidad aumenta en las formas que tienen de encarar el pasado, pues también depende de las circunstancias familiares particulares, ya sea que el vínculo familiar sea con el padre, o con otro miembro más lejano, como una tía.

Moral *et al.* (2020) identifican una diferencia en el trabajo del pasado por parte de la segunda y tercera generación. Para la segunda, los fuertes lazos emocionales, y su idealización de figuras como sus padres, les impiden profundizar más. En cambio, la tercera generación es capaz de colocar la historia familiar y la responsabilidad social en un contexto sociohistórico más amplio, pues están más alejados de los eventos y los lazos familiares que puedan limitarlos.

De la revisión de estos estudios se puede sintetizar que existen tres tendencias a aproximarse al pasado militar familiar por parte de los y las descendientes: por un lado, la tendencia que intenta lidiar con el choque cognitivo de un pasado oscuro frente al hecho de haber crecido en un entorno donde dicho pasado parecía imposible; por otra parte, el que dicho pasado se traduzca en un deseo por la verdad que moviliza a acciones políticas; o, como tercera aproximación, intentar integrar ese pasado que suscita sentimientos de culpabilidad con justificar que fue el contexto el que llevó a la persona a cometer sus actos.

A pesar de estas diversas experiencias, la premisa principal es que existe una tendencia común: revisar el pasado para un hijo o hija de una persona que cometió violaciones a los derechos humanos es, por decir menos, doloroso e incómodo, y representa una situación donde se debaten a sí mismos entre mantener lealtad a sus familias o reconocer de manera pública la verdad, lidiando con un pasado que emerge a tuestas, con silencios, medias verdades y mentiras (Lazzara, 2020). Y así, la persona transita en el continuum de la culpa o la inocencia, el culpar o exonerar e incluso el decidir recordar u olvidar (Moral *et al.*, 2020).

En el caso de “El pacto de Adriana”, este conflictivo ir y venir es bastante claro. El documental ilustra la relación entre la documentalista Lisette Orozco y su tía Adriana Orozco, quien trabajó para la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) durante la dictadura de Pinochet y quien se

niega a reconocer haber sido parte cercana a los crímenes cometidos por la institución, a pesar que todo apunta a su relación estrecha con los mismos. Orozco ilustra cómo la relación familiar que en el pasado fue de aparente armonía se va transformando de a poco, de tal manera que la lealtad familiar y los lazos con su tía se rompen, forzándose tanto a sí misma como a sus familiares a romper con el silencio y lidiar con este incómodo legado (Moral *et al.*, 2020).

Un segundo caso es el de Andrés Lübert, el coprotagonista del documental “El color del Camaleón” quien indagando en el pasado de su padre lo descubre como miembro obligado de la Central Nacional de Informaciones (CNI, el segundo organismo de la policía secreta de Pinochet) (Lazzara, 2020). En este caso existe un punto importante de rescatar, y es el hecho que el padre de Andrés representa el rol ambiguo de aquel que fue víctima, pero también perpetrador, y así Andrés no sabe desde cuál categoría comprender las vivencias de su padre (Lazzara, 2020). Como hijo de víctima, Andrés también se descubre a sí mismo, en el proceso de revisar el pasado de su padre, curando su “trauma transferido” (Moral *et al.*, 2020), algo que ya Faúndez *et. al* (2013) afirmaban sobre el trauma psicosocial que se hereda a través, justamente, de un legado familiar traumático que define identitariamente a los hijos y/o nietos, quienes se apropian del mismo.

Algo importante de destacar comparando ambos filmes es que la resolución emocional final respecto a la relación con su familiar es distinta entre Andrés y Orozco. Mientras que Andrés tras escuchar el testimonio de su padre connota como un trauma heredado que juntos pueden elaborar y que incluso se traduce en que al final del filme se pueda reconciliar con su progenitor, Orozco rompe la relación cercana que tenía con su tía, a quien cuando niña incluso admiraba (Moral *et al.*, 2020). Aquí es importante destacar que una de las razones por las cuales se da esta experiencia opuesta es que, en el caso de Orozco, su tía jamás reconoció su culpa frente a ella. Si se parte de lo descrito por Gaborit (2015), la tía de Orozco, al no reconocer su culpa frente a un hecho cuya veracidad difícilmente puede negar, se está auto relegando socialmente, pues el hecho no reconocido por ella, pero sí por los y las demás la empuja poco a poco fuera de la sociedad.

Al respecto, Moral *et al.* (2020) afirman que de hecho la opción de negar la responsabilidad del familiar elimina cualquier posibilidad de tratar con el pasado traumático para resolverlo, mientras que reconocerla abre la posibilidad de una sanación tal que se pueda traducir en un compromiso social por parte del descendiente, ya que al aceptar el involucramiento de su familiar como “perpetrador” logran integrar su identidad personal, reintegrándola a su vez a un contexto histórico más amplio. Evidencia de esto es que uno de los hijos de perpetradores descritos por los autores finalmente decide no cambiarse el apellido, a pesar de reconocer las acciones perpetradas por su padre.

Es en esta línea de reconocimiento y posterior movilización a la acción que surgen iniciativas en función de la memoria, verdad y justicia desde los propios familiares de perpetradores, como es el caso de la agrupación “Historias Desobedientes” (Lazzara, 2020) nacidas en el 2017 mientras se

aprobaba la “Ley 2x1” en Argentina, que pretendía reducir en tiempo las condenas emitidas a perpetradores (Estay Stange y Bartalini, 2020). Actualmente existen dos subagrupaciones, una en Argentina y otra, más joven, en Chile (RFI Español, 2019). Así, Arfuch (2017 citado en Lazzara, 2020) afirma que estas voces nacen del deseo de construirse a sí mismos una identidad que trascienda de la marca genética familiar a un posicionamiento ético. Y así, cada hijo de perpetrador tendrá su propio objetivo personal y ético al querer reconocer e incluso denunciar el actuar de su familiar, como por ejemplo Orozco al describir que su objetivo es ofrecer al menos algunas piezas de todo un rompecabezas que ella sola no puede completar por su cercanía a una perpetradora (Moral *et al.*, 2020).

Estos intentos de encarar el pasado incómodo familiar son reflejo de la necesidad de recomponer su identidad personal, y reintegrarla a un contexto histórico más amplio, como reflejo de una búsqueda de sanación; un aspecto logrado con la puesta en marcha de estas producciones fílmicas, en la línea de limpiar el nombre familiar para portarlo sin vergüenza. Y no solo eso: su ejercicio de hacer memoria conlleva la preocupación y exigencia por las responsabilidades del pasado y del futuro, pues la motivación ética de esta generación es su preocupación por las generaciones venideras (Moral *et al.*, 2020).

Ya señala Lazzara (2020) que la complejidad de esta población mueve a considerar la necesidad de proponer reflexiones que trasciendan “los simples marcos reconciliatorios en pro de la verdad y la justicia” (p. 246); además de “la necesidad de romper los pactos de silencio que rigen en la comunidad nuclear en favor de la Comunidad con mayúscula” (p. 246).

El tercer posicionamiento frente al pasado como descendiente de perpetrador identificado en las investigaciones es el de quien intenta comprender el accionar de su familiar, ya sea por su imposibilidad de romper completamente el vínculo emocional familiar (Lazzara, 2020) o porque afirman que en ese escenario no quedaba más que “cumplir órdenes” (Flores, 2012), atribuyendo así a factores situacionales que los forzaron a actuar de la forma en cómo actuaron (Moral *et al.*, 2020).

Si bien los autores citados no profundizan demasiado en este abordaje, para el presente estudio y respecto a este tercer posicionamiento es bastante pertinente retomar los hallazgos encontrados por Sepúlveda (2019), quien si bien es cierto no trabajó con hijos e hijas de militares perpetradores, sí exploró la vivencia cotidiana de hijos e hijas de militares activos en el conflicto colombiano, vivencias que pudieran proporcionar luces sobre cómo se socializa un hijo o hija de militar y los por qué pudiera adoptar este tercer posicionamiento.

Un hallazgo importante encontrado es que los y las hijas de militares muestran un claro conflicto al momento de posicionarse políticamente frente a algo, tanto porque dimensionan que esto pudiera afectar a sus familias, como porque no les agrada o les resulta incómodo posicionarse. Y

en todo caso, el posicionamiento suele ser en contra del grupo contra el cual sus padres pelean, en este caso, las guerrillas colombianas de cuyos actos padecen consecuencias como los fallecimientos de sus familiares o familiares de sus amistades, amenazas o incluso presenciar las destrucciones causadas por el conflicto (Sepúlveda, 2019). Asimismo, reconocen que existe una clara distinción del ser familiar de militar en los entornos civiles que incluso se traduce en que quieran mantener esta condición o característica bajo perfil, a pesar que esto no se traduzca en un descontento con la institución militar como tal, sino todo lo contrario: tener un sentido de orgullo frente a la misma.

Finalmente, otro aspecto importante de destacar que bien pudiera tener similitud con el contexto de El Salvador de posconflicto es que al momento de hablar de memorias colectivas existen dos tendencias bien diferenciadas: hablar desde lo militar o con tendencia de derechas, o hablar desde lo insurgente o con tendencia de izquierdas, posturas que convergen en lo cotidiano desde el choque de constructos y vivencias dependiendo “del lado del que les tocó o decidieron vivir” (p. 25), y que para el caso de los y las hijas de militares muchas veces implica educarse en espacios donde la historia es contada desde la desaprobación y culpabilización a la institución castrense, generando incomodidad y conflicto en ellos y ellas (Sepúlveda, 2019).

Toda la exposición sobre las dinámicas de las nuevas generaciones jóvenes y sus memorias de pasados de violencia, nos lleva a reflexionar sobre la importancia de su participación en procesos trascendentales en torno a la reconciliación y democracia. A partir de un estudio con jóvenes en Medellín (Colombia), Quijano (2018) expone que “los relatos de las y los jóvenes permiten evidenciar que ha ido siendo posible una transformación de las emociones y sentimientos sobre el conflicto armado, para dar paso a otros procesos de índole social como lo son la reconciliación y la paz” (p. 107).

Precisamente, Quijano (2018) describe que dichos jóvenes se unen a estas reivindicaciones con proyectos comunitarios que tratan de construir y consolidar la paz, como las iniciativas “Somos semilla” que busca hacer conmemoración a cada una de las víctimas que ha dejado el conflicto armado en el corregimiento, sembrando un árbol, flor o mata, a la cual se le asigna el nombre de una víctima. De igual manera con la iniciativa “Goles en paz”, que busca promover por medio del deporte el fortalecimiento de las relaciones entre los habitantes y darle nuevamente el significado que tiene una cancha de fútbol.

Lo anterior confirma que la acción de los jóvenes nacidos en la posguerra no es pasiva, más bien es activa y bastante política. Los jóvenes demuestran interés por articular o enfocar sus proyectos de vida en pro de la reconciliación entre los habitantes desde una postura política, trascendiendo las acciones de participación de lo privado y cotidiano a lo público, a aquello que es colectivo; esto legitima su rol como jóvenes en los procesos de cambio y transformación social (Quijano, 2018).

Para finalizar este recorrido, es preciso retomar los planteamientos de Arias y Roa (2015) para expresar que, en acontecimientos traumáticos como el conflicto armado en Colombia o El Salvador, los niños, niñas, adolescentes y jóvenes deben de tener un “lugar central en las múltiples voces y en las diversas memorias que integran el tejido de la verdad y la reparación” (p. 128). A pesar de que su vivencia de la guerra es indirecta, pueden experimentar una afectación producto de ese pasado, independiente del bando adoptado por sus familiares (la guerrilla o el ejército, en el caso salvadoreño). De ahí que, llevar a cabo este proceso de construcción de memorias implique darle sentido a ese pasado, a lo que le vivió su familia, comunidad y país, a través de sus relatos mezclados de historia personal y social.

La memoria también puede ser considerada como un proyecto ético-político, en la medida en que impulse la reflexión sobre el aprendizaje del pasado y lo que no debe de repetirse. Puede dar paso, entonces, a una justicia intergeneracional, “en el marco del reconocimiento de la propia dignidad, del proceso de desarrollo que cualquier persona tiene derecho a experimentar en todos los ciclos de la vida, pero principalmente en su infancia y adolescencia” (Arias y Roa, 2015, p. 128), a pesar de haberse socializado en una familia manchada por las acciones de sus antecesores en el pasado.

## 4. Metodología

Seguidamente, se establece una descripción de los principales elementos que componen la metodología de la presente investigación, a partir de ocho subapartados.

### 4.1. Tipo de estudio

El presente estudio se realizó por medio de una metodología cualitativa, siguiendo la lógica exploratoria y comprensiva. Con ello se busca comprender sujetos y fenómenos sociales desde su propia perspectiva, a partir de la reconstrucción de una estructura de significados, que reflejan el orden interno del sentido propio de estos en el espacio subjetivo-comunitario, y en vinculación con su contexto histórico específico (Canales, 2006; Vasilachis de Gialdino, 2009).

### 4.2. Participantes

El perfil de los y las participantes de la investigación se sustentó en cuatro criterios: en primer lugar, la edad: ser joven mayor de edad cuyo nacimiento hubiera ocurrido después de los Acuerdos de Paz (16 de enero de 1992), es decir que no hayan vivido directamente el Conflicto Armado; en ese sentido, la edad de los participantes osciló entre los 18 y 29 años para el año 2021. En segundo lugar, el vínculo familiar: tener una relación familiar de primer grado (ser hijo o hija) con una persona que haya sido militar activo durante el Conflicto Armado. En tercer lugar, que el familiar del o la joven se haya desempeñado en el rango militar de oficial o de tropa durante dicho periodo. Y, por último, el género de cada joven: ser hombre o mujer. Dadas las particularidades de esta población, y en correspondencia con el carácter exploratorio de este estudio, la elección de las y los participantes no estuvo supeditada a una distribución geográfica determinada.

La muestra se conformó a partir de un muestreo dirigido o intencional (Hernández Sampieri *et al.*, 2010). La cantidad de participantes se conformó siguiendo el principio de saturación del discurso (Canales, 2006); en otras palabras, en la medida que el objeto de estudio fue abordado de forma completa, y se encontró redundancia en los datos producidos, se suspendió el aumento de participantes y, consecuentemente, el proceso del trabajo de campo (entrevistas).

En primera instancia, se estableció la selección de 12 jóvenes participantes, en correspondencia a la cantidad sugerida por Cornejo *et al.* (2008) para los estudios realizados con la técnica de relatos de vida. Con ello se buscaba obtener 12 relatos de vida de dos sesiones cada uno: tres mujeres y tres hombres hijos de oficiales, y tres mujeres y tres hombres hijos de tropas. No obstante, a consecuencia de la propia dinámica del fenómeno de estudio, al final se obtuvo la participación definitiva de 13 jóvenes, con cambios en la distribución de la muestra.

Así, para la población descendiente de oficiales se cumplió con la cuota: tres mujeres y tres hombres hijos de oficiales. Sin embargo, para la población de descendientes de tropa, la distribución fue de cinco mujeres y dos hombres.

Vale destacar que tres de las mujeres entrevistadas, hijas de tropa, desertaron luego de la primera sesión de entrevista. Dejaron de responder mensajes e incluso llamadas para programar, reprogramar entrevistas o incluso para reconfirmar que sí iban a llevarse a cabo, por lo cual no se consiguió realizar con ellas la sesión dos (foto-elicitación) (ver Tabla 1). Las razones a la base de esta situación tienen que ver, por un lado, a la dificultad de ubicar a la población y acceder a ella (no se cuenta con el algún registro, por ejemplo); por otro lado, a que existe temor en relatar abiertamente estos temas, porque son delicados en términos familiares. De ahí la deserción de las participantes luego de la primera sesión.

**Tabla 1**  
*Distribución muestral por criterios de selección*

	Oficial	Tropa	Total
Hija	3	5	8
Hijo	3	2	5
Total	6	7	13

En cuanto a los datos sociodemográficos de las y los participantes se detalla que la edad promedio fue de 25 años, con una edad mínima de 18 años y una edad máxima de 29 años; el rango de la fecha de nacimiento oscilaba entre 1992 y 2003.

Asimismo, todos los participantes hijos e hijas de militares oficiales eran residentes del Área Metropolitana de San Salvador (AMSS); sus padres se desempeñaron en los rangos de subtenientes, tenientes y coroneles. En el caso de los hijos e hijas de militares tropa, solo dos personas era residentes del AMSS, la mayoría habitaban los departamentos del interior del país: tres de Chalatenango, una persona de La Paz, y otra de La Libertad. Los rangos de sus padres fueron soldados en su mayoría, hubo también un cabo y un caso especial de un padre que fue soldado y luego guerrillero. No se incluye mayor información por confidencialidad.

Las entrevistas se realizaron entre junio y octubre del año 2021, en su mayoría, de forma presencial (algunas en las instalaciones de la Universidad Centroamericana UCA, otras en cafés del área de San Salvador y otras en la casa de las personas participantes) y solo una de forma virtual; la duración promedio de cada sesión de entrevista con base en la duración de cada grabación, fue de una hora.

Para el acercamiento a los y las participantes se implementó la técnica de bola de nieve (Hernández Sampieri *et al.*, 2010), a partir de dos formas de contacto: primero, por medio de personas



particulares, conocidas por el equipo de investigación, ya sea por lazos de amistad, estudio, trabajo, entre otros; segundo, a través de organizaciones y académicos que han trabajado con sobrevivientes del Conflicto Armado.

### **4.3. Técnica de producción de datos**

El proceso de producción de datos y las técnicas implementadas se basaron en la propuesta metodológica realizada en el estudio de Chacón Serrano (2017) sobre memorias del Conflicto Armado y jóvenes descendientes de exrefugiados y excombatientes de la guerrilla salvadoreña. Se optó por utilizar la técnica de relatos de vida (Cornejo *et al.*, 2013; Cornejo *et al.*, 2008), acompañada por la herramienta de foto-elicitación (Harper, 2002; Hogan, 2012), puesto que abren espacio a expresar de forma más libre lo que la persona desea compartir, y al ayudarse con elementos gráficos (fotografías) se puede profundizar en evocar sensaciones, sentimientos, información y memorias que con el mero uso de entrevista no relucirían tan fácilmente. Este tipo de técnicas, vale destacarlo, suele ser usada en estudios de memoria por la riqueza que aportan a esta clase de investigaciones (Arfuch, 2014).

La técnica de investigación se apoya del diseño metodológico construido en el trabajo de Cornejo *et al.* (2013), e implementado también por Chacón Serrano (2017). Como lo exponen Cornejo *et al.* (2008), los relatos de vida se consideran “el estudio del modo en que un fenómeno se constituye biográficamente en la forma del individuo” (p. 33); en otras palabras, sobre el lugar que ha ocupado un hecho en la historia de vida de este. Para ello, el relato de vida se vuelve una enunciación donde el individuo es el narrador que expresa de manera escrita u oral parte de su vida, dependiendo de la temática sobre la que gire la investigación.

La foto-elicitación implica insertar fotografías en la entrevista con los sujetos, con el fin de evocar información, sentimientos y memorias que con la simple entrevista no aparecerían (Harper, 2002; Hogan, 2012). Su uso se corresponde muy bien con los relatos de vida, pues, según Harper (2002), dichos objetos retratan las dimensiones íntimas de la persona, como su propio cuerpo, la familia u otro grupo social; y, en esa lógica, también conectan el yo de la persona con la sociedad, la cultura y la historia. En los estudios de memoria y nuevas generaciones, Hirsch (2008) señala que las fotografías son un mediador entre generaciones a partir de la promoción de un vínculo afectivo, como anticipo a la narración. Los elementos anteriores han sido evidenciados en los estudios de Chacón Serrano (2017) y Voigtländer (2016).

Para llevar a cabo la producción de datos, se propuso la realización de dos entrevistas, donde se construyó un guion de preguntas (ver Anexo 9.1), cuyos apartados son los siguientes: a) para la primera sesión: 1) momento de presentación de las entrevistas y firma del consentimiento informado (ver Anexo 9.3); 2) consigna inicial para entrar en la entrevista (“Cuéntame tu historia del Conflicto Armado”; 3) preguntas de profundización (contenidos de la memoria, mecanismos

para hacer memoria, valoraciones del pasado y del futuro); 4) solicitudes de llevar 3 fotos para el segundo encuentro; y 5) tipos de fotos. b) Para la segunda sesión: 1) exploración de las reacciones del primer encuentro; 2) exploración con cada fotografía de título, descripción, deseos varios en torno a realizar algo con las mismas y el proceso de selección; 3) datos de identificación de la persona participante (si no habían sido identificados); y 4) cierre.

De esta forma, para lograr una mayor profundización del fenómeno, los relatos por participantes se distribuyeron en dos sesiones de entrevista: en la primera se entabló el encuadre con el o la participante, y se dieron los primeros esbozos del relato que contiene su historia del Conflicto Armado; la segunda sesión se guió por el uso de la foto-elicitación, donde se solicitó a quien participó que llevase consigo material fotográfico que representase o que sirviera para profundizar en su historia del Conflicto.

En la primera se trabajó el relato con base en tres aspectos: Contenidos de la memoria, que trataba lo que la persona participante recordaba sobre el Conflicto Armado en El Salvador; mecanismos para hacer memoria, relativo a las experiencias, ideas, sentimientos y diversos recuerdos que se entablan con la temática; y las valoraciones del pasado y futuro, donde se abordó el significado e implicaciones que el o la entrevistada dotan al Conflicto sobre su vida personal, familiar y proyecto de vida. Dichos aspectos se construyen por medio de la memoria nacional del Conflicto Armado, la memoria familiar y personal.

Para la segunda sesión, se siguieron abordando los aspectos antes descritos, con la variante del uso de fotografías. Se solicitó a las y los participantes que para esa sesión tuvieran consigo material fotográfico que representase para su historia del Conflicto Armado. Así, en la segunda sesión se trabajó en relación al material fotográfico propuesto por el o la joven, con el que se continuó con la construcción de su relato de vida iniciados en la primera sesión. Vale decir que la mayoría de jóvenes compartió fotografías propias, personales y familiares, aunque algunos también acompañaron su historia con imágenes emblemáticas del pasado. Asimismo, la mayoría mostró las fotografías digitalizadas, mediante su teléfono celular.

#### **4.4. Subjetividad del equipo investigador**

Debido a las características del objeto de estudio, este interpela de manera directa al equipo investigador, ya que todos sus miembros se identifican con la generación del posconflicto, y suelen ser contemporáneos a la población meta. Por tanto, se trabajó en la subjetividad de cada investigador e investigadora, (ver Anexo 9.5) siguiendo la recomendación de Cornejo *et al.* (2008) para los relatos de vida, y de acuerdo a la implementación de Chacón Serrano (2017) y González *et al.* (2019) en sus estudios.

La intención de realizar este proceso reflexivo fue identificar posibles sesgos o juicios que el equipo investigador pudiera tener al momento de aproximarse a la población en distintos momentos del proceso investigativo, especialmente, durante el trabajo de campo y al momento de analizar los resultados. Por ejemplo, posibles prejuicios en torno al padre del participante que lleven a concebirlo de inmediato como un perpetrador de delitos de lesa humanidad, noción que pudiera generar incomodidad al momento de interactuar con el descendiente.

Dichos ejercicios de subjetividad consistieron en que cada miembro del equipo investigador construyó su propia historia del Conflicto Armado mediante un auto-relato, y en una reunión presencial, se leyó en común con todo el equipo, y se socializaron impresiones. Luego, se hizo un segundo encuentro donde cada quien llevara fotografías que representan su historia del Conflicto Armado, con la finalidad de continuar compartiendo la propia historia a partir de este elemento elicitor de relato.

Con este proceso reflexivo se buscaba que el equipo investigador tuviera y viviera en carne propia las técnicas que serían usadas para la investigación (relatos de vida y foto-elicitación), con el objetivo de identificar cómo la propia subjetividad puede condicionar algunas de las etapas del proceso de investigación, tales como la construcción del objeto de estudio y marco teórico, la relación de entrevista con las personas participantes, y el análisis de los datos producidos.

De esta forma, el primer encuentro se efectuó en mayo, previo a la realización del trabajo de campo, y en él, cada participante leyó su historia y se socializaron puntos en común, reflexiones, posibles condicionantes para la realización de entrevistas, análisis de información, entre otros. El segundo encuentro constó de llevar fotos que complementarían lo compartido durante la primera sesión; este fue hecho en junio.

Posteriormente, se hizo la sistematización de las reflexiones suscitadas en este proceso, que fueron tomadas en cuenta en las distintas etapas de la investigación, especialmente para la fase de trabajo de campo y análisis de resultados.

Es conveniente resaltar que, aunque existieron dos fechas importantes para dedicar específicamente al ejercicio de reflexión de subjetividad, a lo largo de la investigación, especialmente en la fase de trabajo de campo, se procuró generar en cada reunión semanal un momento para estos espacios reflexivos de las implicaciones personales de cada investigador e investigadora en el estudio. El resultado de realizar esto ha sido un equipo más empático, dispuesto a escuchar más abiertamente lo compartido por las personas participantes, y con una perspectiva diferente en cuanto a la población con la que se trabaja —aspecto que fue subrayado durante la entrega del anteproyecto.

#### **4.5. Procedimiento**

El proceso investigativo se dividió en cuatro grandes etapas. Como primera etapa, se construyó el problema de investigación y se hizo una revisión teórica y empírica en torno al mismo que permitiera tener insumos para poder conceptualizar el objeto de estudio y la propuesta metodológica. En esta línea se decidió realizar entrevistas virtuales con tres tipos de actores clave en torno al problema de investigación, con el objetivo de conocer su perspectiva sobre el mismo, sus recomendaciones en torno a su abordaje dentro de la investigación, y su perspectiva desde un posicionamiento social en concreto, todo esto a partir de un guion de preguntas por tipo de actor (ver Anexo 9.2). De esta forma se sostuvo entrevistas con académicos afines al objeto de estudio, militares retirados que pelearon durante el conflicto armado y miembros activos de organizaciones sociales relacionadas a la memoria histórica.

Estas entrevistas sirvieron para tener un panorama general del trabajo respecto a la memoria del conflicto armado y la generación de posguerra en El Salvador, y como la realización de las mismas tuvo como finalidad un acercamiento al tema, más que el uso de los datos allí producidos, no fueron incorporadas en este informe.

En una segunda etapa se construyó todo el diseño metodológico, consistente en la definición del perfil de los participantes, la elaboración de las preguntas guía y pautas para los relatos de vida y la foto-elicitación, y la planificación del trabajo de campo, con la respectiva gestión de contactos. Definido el diseño metodológico, y previo al trabajo de campo, se realizaron dos sesiones de reflexión en torno a la subjetividad del equipo investigador con una semana de diferencia entre cada una, siguiendo el procedimiento antes descrito.

Previo a la tercera etapa, es decir a dar inicio a la fase oficial de trabajo de campo, se efectuó una prueba piloto con una participante con la intención de comprobar la pertinencia y efectividad de las técnicas seleccionadas para el estudio. Por la relevancia de los contenidos surgidos, su pertinencia a incluirlos dentro de la investigación, y debido a la dificultad de contacto con la muestra, se decidió incluir esta entrevista como parte de las oficiales a analizar en la investigación. Dicha prueba piloto, tal como se estructuró en la propuesta metodológica para la producción de datos, se realizó en dos sesiones: la primera a finales del mes de junio de 2021, donde la participante compartió su relato del Conflicto Armado; y la segunda, a inicios del mes de julio, utilizando la herramienta de foto-elicitación para profundizar en lo compartido en el primer encuentro.

En relación a esta entrevista, se registraron elementos clave para mejorar en los próximos encuentros, por ejemplo, organizar mejor el espacio de entrevista y la toma de notas de campo; además, monitorear una posible tendencia a realizar preguntas con un fondo clínico, que se salía del objetivo del estudio. Sin embargo, se evidenció que, en general, el guion de preguntas rindió muy bien, así como el uso de la herramienta de foto-elicitación. Asimismo, se identificó que el uso

de mascarilla dificultaba percibir los gestos faciales de la persona, así que exigía un nivel de atención más profundo por parte del entrevistador para captar ese aspecto. Por último, la prueba piloto evidenció la necesidad que la persona que ejecutara las consiguientes entrevistas, tuviera un conocimiento y experticia profesional muy alto, tanto en el área investigativa como respecto a la contención emocional, ya que los temas que emergen en la entrevista implican bastante exploración emocional y por ende sensibilidad (recordando siempre que la labor del entrevistador o entrevistadora no debe desviarse a un papel de terapeuta).

Finalmente, la cuarta etapa consistió en el procesamiento y análisis de los datos desde la lógica singular y transversal, luego de la transcripción de cada relato, su respectiva codificación, y la identificación de ejes temáticos-analíticos. Vale detallar que se tomó la decisión de elaborar tres videos divulgativos basados en los análisis de los datos, en torno a los temas de verdad, justicia y reparación. Para ello, se procedió a contactar nuevamente a los y las participantes para solicitarles su consentimiento, a lo cual todos accedieron (véase Anexo 9.4).

#### **4.6. Análisis de los datos**

Los datos producidos a partir de los relatos de vida se analizaron mediante un análisis narrativo, el cual “se ocupa de la interpretación de un subconjunto particular de textos: aquellos que se estructuran como relatos o historias” (Bernasconi, 2011, p. 20). Esta forma de análisis entra en sintonía con el estudio de la memoria, y con la técnica de producción de datos. Capella (2013) resalta su uso recurrente en entrevistas con forma de historias o relatos de vida, entendida la entrevista como “una ocasión narrativa” (p. 120), en la cual las personas narran usualmente eventos pasados, desde y en vínculo con su presente y futuros posibles. El procesamiento de los datos cualitativos se realizó mediante el software ATLAS.ti versión 9, el cual permite la construcción de ejes temáticos-analíticos.

Dicho análisis narrativo conlleva dos lógicas: la singular (intra-caso) y la transversal (inter-caso). La lógica singular (intra-caso), implica una profundización en la particularidad de cada relato y la riqueza que este brinda. A partir de todos los relatos obtenidos se construye una historia uniforme. La lógica transversal (inter-caso) conlleva a poner en diálogo los distintos relatos de vida, e identificar ejes temáticos-analíticos que dan una visión más global del fenómeno en estudio (Cornejo *et al.*, 2013; Cornejo *et al.*, 2008).

Se siguió la pauta de análisis narrativo propuesta por Chacón Serrano (2017) en su estudio con algunas modificaciones en función del presente estudio, para lo cual se realizaron los siguientes pasos: pre-análisis, análisis intra-caso (singular), análisis inter-caso (transversal) y análisis por objetivos (ver Anexo 9.6).

Pre-análisis: las personas encargadas hicieron una revisión crítica de la sistematización de notas de campo y de la sistematización de las sesiones de subjetividad del investigador, para luego reflexionar sobre cómo la propia subjetividad y la propia historia pudo determinar subjetivamente el abordaje y la posición con la cual se hizo el análisis de las entrevistas.

Análisis intra-caso (singular): cada encargado o encargada del análisis tomó una entrevista y la leyó completa. En dicho proceso, se pensó en un título para el relato, que englobara la trama identificada en dicho relato (fue recomendable que fuera una frase contundente de la persona entrevistada que sintetizara todo el contenido). Luego se pensaron en preguntas relativas al tono del relato, hechos, la trama, personajes y posición social desde el cual era narrado. Después se dio lectura a las notas de campo del relato mismo para entender su contexto de producción, así como la vinculación subjetiva del momento entre entrevistador y persona entrevistada. Acto seguido, la persona analizante se hizo cuestionamientos sobre sus afectaciones emocionales al haber leído el relato, desde qué posición escuchó y cómo la propia historia interviene o cataliza la comprensión del mismo. Finalmente, se procedió a hacer un análisis temático (contenido y tramas que lo organizan de forma secuencial y no aislada) y estructural (estructura narrativa, estilo, personajes, personas y tiempos verbales, etc.) con cada relato. Con ello, se procedió a escribir una descripción general de todos los elementos contenidos en cada relato, lo que se denominó “sinopsis del relato” (para conocer un ejemplo de Sinopsis de relato, ver Anexo 9.7).

Análisis inter-caso (transversal): se construyeron ejes analítico-temáticos que emergieron en los relatos para luego analizar las historias a través de cada uno de ellos. Algunos elementos transversales que permitieron una visión particularizada en dichos análisis se encuentran: el género de la persona que relata, la edad, su nivel de estudio, su cercanía o distancia a espacios de memoria, y el rango militar del padre, siendo este último elemento el más evidente en marcar diferencia en los resultados encontrados.

Finalmente, el análisis por objetivos: se buscó que los ejes analítico-temáticos que emergieran del análisis inter-caso respondieran a los tres objetivos planteados en la investigación: es decir, perseguían, de forma general, comprender la construcción de memorias de la población diana; y, específicamente, describir el contenido de las memorias, caracterizar la trama narrativa e identificar los mecanismos psicosociales a través de los cuales se construyeron las memorias (para conocer la Matriz de coherencia con objetivos, ver Anexo 9.8).

#### **4.7. Aspectos éticos**

Para salvaguardar la práctica ética en todo momento en la investigación, y sobre todo durante el proceso de entrevistas, se construyeron dos Protocolos para la Prevención de Riesgos Éticos y la Contención Emocional, uno para el trabajo cualitativo en modalidad presencial, y otro para modalidad virtual, que fueron revisados y aprobados por el Comité de Ética de la UCA.

Así, la investigación aseguró la estricta confidencialidad de los sujetos de estudio, su participación voluntaria, así como su deserción en cualquier momento deseado. Se reafirmó con ellas y ellos la utilización de sus aportes solamente para fines académicos, haciendo énfasis en que lo compartido en el espacio se grababa en un audio. Esto fue comunicado de forma verbal, desde el momento de gestión de contactos, y de manera escrita por medio de una carta de consentimiento informado (ver Anexo 9.3).

Asimismo, se contempló ofrecer un acercamiento a centros de asistencia psicológica cercana y confiable, para las y los participantes, si a raíz de los contenidos aparecidos en las entrevistas se hubieran generado reacciones emocionales que requieran de asistencia profesional. Nada de esto fue solicitado. Asimismo, en caso de que alguna entrevista hubiera generado una afectación emocional en la persona entrevistada demasiado intensa, se aplicaría un protocolo de contención emocional, con el cual se hubiera decidido pausar la entrevista o suspenderla si así lo hubiera requerido alguna de las personas participantes, sin embargo, esta situación no ocurrió.

Por último, luego de las sesiones de entrevista, a cada participante se le proporcionó una copia de la transcripción de su relato de vida, con lo cual tuvieron plena libertad de revisar y valorar la modificación o anulación del contenido transcrito en el lapso de una semana. Al menos tres personas solicitaron eliminar de las transcripciones alguna información que podría favorecer su identificación personal o familiar. La eliminación de esta información no afectó en nada el contenido sustancial de cada relato.

#### **4.8. Medidas de protección por COVID-19**

Debido a la pandemia por COVID-19, al ser una enfermedad con alto alcance de contagio y consecuencias clínicas significativas, para fines de la presente investigación, todo el trabajo investigativo fue realizado siguiendo los protocolos sanitarios dispuestos por las instancias competentes a nivel internacional, nacional y universitario. Asimismo, se creó un Protocolo de medidas de bioseguridad, con la idea de resguardar la salud de las y los involucrados en esta misma.

De igual forma, se optó por realizar la mayor parte de las fases de la investigación en modalidad virtual, a excepción de las reuniones de subjetividad del equipo investigador, correspondiente a la fase del Apartado Metodológico, y la fase de Trabajo de Campo, que corresponde a las entrevistas. Además, se tuvo un taller para capacitar a todo el equipo en el uso del programa Atlas.ti. Todos estos procesos presenciales se han realizado conforme a las medidas de seguridad sanitarias establecidas por los protocolos antes mencionados.

Sobre el proceso de las entrevistas presenciales, algunos lineamientos de bioseguridad que las rigieron fueron los siguientes: a) se gestionó con la persona participante el lugar, buscando que fuera cómodo y seguro, pero que cumpliera con los protocolos de bioseguridad —a grandes rasgos, el lugar para la realización de las entrevistas debía: 1) tener una infraestructura abierta y ventilada; 2) ser accesible para las partes; 3) tener poca afluencia de personas; 4) estar en condiciones para poder hablar y grabar; 5) permitir que se respeten los lineamientos de bioseguridad; 6) contar con condiciones de seguridad; y 7) facilitar que asegurase la confidencialidad—; b) los investigadores y participantes mantuvieron su mascarilla puestas, a menos que el participante diera el permiso de quitársela, para lo cual se mantuvo el respectivo distanciamiento sanitario; c) se evitó cualquier tipo de contacto físico, incluyendo el saludo. De no ser posible esto, luego del contacto, se previó hacer uso del alcohol gel; y e) todo objeto compartido (por ejemplo, lapicero), fue desinfectado antes y después de la entrevista.



## 5. Resultados

Los resultados se estructuran a partir de una lógica intra-caso, es decir, de análisis de la particularidad de cada participante entrevistado; y una lógica inter-caso, esto es, de interrelacionar los relatos de todas las personas participantes en ejes temáticos. El apartado 5.1. corresponde a la caracterización individual de cada relato de vida mediante semblanzas; y el apartado 5.2. describe los resultados obtenidos del análisis inter-caso, es decir, de la interrelación de los ejes temáticos emergidos al comparar los diversos relatos de vida.

### 5.1. Semblanzas de jóvenes hijos e hijas de militares

Se realiza, a continuación, una exposición de la semblanza de cada joven participante, la cual ofrece una caracterización general del relato de vida de cada quien. En esta sección, se pretende mostrar la riqueza individual producto del análisis narrativo intra-caso, dando cuenta de los hechos principales en los relatos de los participantes, los personajes protagonistas, fuentes de relato, formas de narrar, entre otros elementos relevantes. No obstante, se debe aclarar que en esta sección no se presenta todo el análisis intra-caso, ya que la información de cada participante es amplia, lo que rebasaría el límite de páginas (para conocer un ejemplo detallado de análisis narrativo intra-caso, a partir de la construcción de las “Sinopsis de relato de vida”, ver Anexo 9.7).

Las primeras seis semblanzas corresponden a los hijos e hijas de oficiales. Las siguientes siete son las semblanzas de hijos e hijas de tropa. Vale mencionar que el título que acompaña a cada participante es una síntesis de la trama que articula su relato.

#### ***5.1.1. Tatiana: ¿Y mi papá es malo o no es malo?: entre el orgullo y la vergüenza de las memorias familiares***

Tatiana es una joven de habla fluida, expresiva y con deseos de contar lo que entiende y sabe del Conflicto Armado, ya que para ella es un tema “súper nuevo” y menciona que “no sabía que la gente se interesaba por el otro [bando militar]”. Existe en su narrativa una carga emocional fuerte, que hace variar el tono de la misma, ya que oscila entre reproche, miedo, tristeza (acompañada de llanto), y confusión; pero también empatía, cariño y gratitud. Con 25 años, se encuentra en un proceso de autoexploración por su condición de hija de un militar (oficial) que combatió en el Conflicto Armado.

Su padre es la figura principal que condiciona todo el relato. Y es a partir de lo que tiene que contar su progenitor que surgen una variabilidad de tonos narrativos, que van desde el reproche hasta la empatía. A la base de la autoexploración y la figura militar del padre surge la pregunta: “¿Y mi papá es malo o no es malo?”. Pues en su recorrido de vida, se ha dado cuenta de los crímenes cometidos por la FAES durante el Conflicto Armado (mencionando el Caso Jesuitas como

emblema) y su participación activa en programas sociales durante sus estudios universitarios le han posibilitado un acercamiento a víctimas del Conflicto Armado.

La historia de la joven se debate entre preguntas y confusiones. Al hacer la comparación del papá de ahora, “un viejito” según sus palabras; con “el coronel” del pasado, emerge la pregunta “¿quién es mi papá?”, “yo siento que es otra persona que yo nunca he conocido, como eso que le dicen coronel, yo nunca he conocido ese coronel”. Lo anterior le hace entrar en conflicto por el cariño que le tiene a su papá, y se encuentra con sentimientos contradictorios: el orgullo y la vergüenza. Donde sí expresa claridad es que, al final, su papá también fue víctima de un contexto deshumanizador, aunque él no sepa que lo es.

Sus principales fuentes de relato son terceras personas que conversan con su padre sobre historias del Conflicto Armado, ya que, cuando Tatiana le pregunta a su progenitor sobre ciertas situaciones del Conflicto Armado lo hace con mucho cuidado para que no se sienta “cuestionado”, además reconoce que no es fácil hacer ciertas indagaciones y para ello recurre a la empatía: “como venís tú y le decís a tu papá: fuiste un asesino. O sea, ¿cómo?, ¿cómo le decís eso a una persona?, ¿cómo se va a sentir?”

La elaboración de relatos mediante la entrevista, le ha permitido hacer descubrimientos personales. El involucramiento de la joven en acciones sociales y humanitarias con víctimas del Conflicto Armado son una forma de compensar la participación de su padre como militar. En sus palabras: “al hacer yo esto pago por sus pecados... vengo yo y voy a hacer lo que pueda, voy a tratar de amortiguar un poco lo que hizo, pero lo voy a hacer yo, que no lo haga él, porque es un viejito”.

Una de las narraciones trascendentales que comenta la joven es, el fallecimiento de su hermano al estar su madre embarazada. Cuando Tatiana indaga, menciona que su madre “había sufrido mucho cuando mi papá estuvo preso y que para ella [madre] fue muy estresante, creo que dice que se cayó en algún momento”. Este hecho vincula a la joven con el Conflicto Armado ya que, el deceso es una consecuencia de lo vivido por el padre y la madre, con lo que Tatiana se siente afectada a pesar de no haberlo conocido: “La vez pasada me pregunto cómo te afectó a ti el Conflicto Armado, a pues y ahí todo el mundo perdió a alguien creo, pues en mi caso yo perdí un hermano, si siento que tiene que ver mucho esto con esto, porque quizás ella [madre] no se hubiera estresado, no se hubiera caído”.

### ***5.1.2. Santiago: No siento pena al decir que mi papá es militar, porque lo que haya pasado en la guerra no fui yo; así es su historia, tener pena de su pasado no resuelve nada***

Santiago, de 22 años, es un joven sincero y muy abierto a hablar, mostrándose curioso sobre el Conflicto Armado: dice que quiere saber más y que cuanto más sabe, más le intrigan las cosas que descubre. Se aproxima a ello desde el deseo de dominar el conocimiento: “el Conflicto es parte de

esas cosas pendientes en lograr querer conocer y dominar. Más bien por lo mismo, para poder entender, porque no me gusta no entender las cosas”. Así, su relato se mantiene en un tono bastante racional pero inquieto. Al narrar su historia sobre lo que recuerda, lo que le han contado y lo analizado, primero se posiciona desde fuera del relato, como un narrador externo; pero de repente, avanzado su relato empieza a imaginar cómo pudo haber sido haber vivido el pasado de su padre. Con todo, empatizar con el Conflicto Armado, tal como cuenta, es difícil; incluso escuchando las historias de su padre le resulta difícil, pero destaca que un momento en que sí pudo empatizar es al ver las fotos de la niñez guerrillera que están en el museo de Memoria Histórica de Cinquera.

Si bien en un principio Santiago afirma que el Conflicto terminó con los Acuerdos, luego reitera que este continúa en distintas esferas de la vida social, y que los Acuerdos no solucionaron nada. Habla sobre las memorias y los silencios: para él, las personas quieren olvidarlo porque son cosas que duelen, pero también piensa que es porque todas las personas están ya hartas de tanto hablar del tema sin llegar a nada. A pesar de esto, cree que olvidar no es la solución. Para él se debe recordar, y dialogar (sobre todo esto, mucho diálogo) para solucionar. Algo curioso, sin embargo, es que en su familia no se recuerda mucho; debe él buscar por su cuenta en otros sitios la información que quiere comprender.

Respecto a su padre, quien tuvo un cargo de oficial en la FAES, Santiago menciona que él siempre fue sincero y nunca se hizo ver a sí mismo como héroe. El joven lo admira como su padre desde una perspectiva realista, por la voluntad y la fuerza que tuvo de ser militar y lograr estabilidad económica con ello. Al aproximarse al dilema sobre si pudo haber matado, no es algo que ha querido preguntarle porque busca de algún modo cuidarlo de algo incómodo, y quizás incluso porque busca cuidar en sí mismo la imagen que tiene de él.

En cualquier caso, la aproximación de Santiago frente a esa posibilidad es destacar que su padre no necesariamente es malo o bueno, sino que simplemente obedecía a las órdenes que la institución le demandaba. Para él, ambos bandos (guerrilla y FAES) hicieron cosas que no están bien y ambos dañaron, mencionando así en reiteradas ocasiones que el Ejército no es ni del todo bueno, ni del todo malo. Es como si se posicionara desde la neutralidad, reconociendo términos medios en distintos aspectos: “Claro, en la vida no hay blancos ni negros, todo es medio grisáceo”. Así, reconoce que, si bien el conflicto dejó muchas cosas negativas, también dejó otras positivas, en las cuales no profundiza, pero expresa que una de esas es su existencia, pues fue a raíz de ello que su padre conoció a su madre.

Finalmente, frente a la coyuntura, Santiago es bastante crítico respecto a las fuerzas políticas para nada abiertas al diálogo, criticando así tanto a los gobiernos anteriores como al actual, y analiza en esa línea que muchas memorias han sido manipuladas por estas fuerzas políticas, incluso desde el comienzo de la guerra.

### ***5.1.3. Rocío: Que injusto la situación en mi familia: una persona que nunca se supo de su paradero y mi papá que es militar***

Con 27 años, Rocío es una joven que tiene mucho interés por el tema del Conflicto Armado, en especial con las víctimas. Es fácil de entablar plática y mantiene un buen ánimo en la conversación, lo cual parece que es influencia de su profesión como internacionalista. El tono de la interacción fue muy diverso, al inicio se percibió un discurso preparado (como que ya tenía un guion que seguir) pero a medida se iba desarrollando la entrevista se suelta de esa posición en el discurso y enmarca frases significativas que brotan de sus reflexiones, las cuales se componían de profundidad y afectividad cuando eran íntimas-familiares. Rocío está interesada por el estudio del cual participa y aunque reconoce que es un tema relevante desde su visión de joven posguerra, ella menciona que lo percibe como una forma de explorar su propia experiencia, ya que en su entorno familiar no es posible hablar de ello, haciendo énfasis en la postura del padre militar (Oficial)

Su constante queja es el silencio de su padre. Rocío desea saber por qué su padre ingresó al ejército, qué fue lo que hizo, cómo se siente él. La joven siente decepción y tristeza hacia su padre, ya que él nunca le ha contado sobre lo que experimentó en el Conflicto Armado y que no tenga la confianza para expresárselo. Rocío expresa que su padre pudo haber cometido asesinato, pero a medida se iba profundizando sobre ello, prefirió no imaginarse eso ya que le genera mucho malestar y choque pensar en su papá como asesino, eso le haría sentir rechazo y odio. (hubo un corte en la segunda entrevista debido al tema). Cuando relata a su padre fuera del ámbito familiar, destaca su rol paterno e incluso con un poco de idealización o compensación por lo que siente por su lado militar: “Mi papá en la casa es una persona completamente distinta a la que tú te imaginas como un militar, o sea él no es enojado, él no nos está dando órdenes todo el día, él es más esa persona tranquila, pasiva, cariñoso y como no sé, conciliador se podría decir”.

Una de las historias centrales de toda la trama y que condiciona su valoración hacia lo militar, está en relación a una memoria que le transmite su madre sobre la desaparición de su tío-abuelo, (tío materno muy cercano para la madre), por parte de los militares. La historia es retomada desde muchas perspectivas: la narración de cómo sucedieron los hechos, una memoria dolorosa que afecta a la familia y genera emociones de tristeza, imaginación sobre los sentimientos de la bisabuela que murió con el deseo de encontrar a su hijo, deseos de haber conocido a su tío por ser una persona significativa para la madre, vinculación con las injusticias hacia las víctimas del Conflicto Armado lo cual incluye la desaparición del tío.

Su madre es quien menciona la historia del tío-abuelo desaparecido, lo cual se vuelve la referente de memoria principal para la joven. Cuando Rocío pregunta a su madre sobre el Conflicto Armado y sus pensamientos no coinciden o no recibe respuesta (silencio), la joven siente rechazo hacia su madre y la cataloga como ignorante por no conocer o no haber leído lo suficiente. Sus afectos son

diferentes cuando, logra hacer una conexión empática con el sufrimiento de las mujeres que le antecedieron y la relación del recuerdo el tío-abuelo es tan profunda, que la participante logra ponerse en el lugar de su madre: “Yo no sé cómo mi mamá puede aún vivir con eso, o sea si yo tuviera un hermano, o un tío porque en ese caso era un tío cercano que desapareció, no se me daría tanto dolor, muchísimo dolor”. Y extrapola el propio dolor familiar, al dolor de las familias que perdieron a un ser querido tanto del bando de la guerrilla como del ejército y la población civil.

#### ***5.1.4. Mauricio: De los sueños que tenía mi papá, quizá no se imaginaba con el uniforme de militar, sino diseñando edificios, o qué sé yo, como arquitecto***

Mauricio tiene 29 años, es un joven que, al conversar sobre el Conflicto Armado, mantiene un tono sereno, sin cambios emocionales abruptos (no hay enojos o reproches hacia su padre u otros personajes), en ocasiones aparece cierto nerviosismo ante las preguntas y al no estar seguro que contestar se avergüenza un poco por ello. En su condición como hijo de oficial del Ejército, ha explorado poco sobre el Conflicto Armado, catalogando su relación con ese pasado como “escasa” o “tácita”; pese a estas valoraciones, aparece un elemento clave en su narrativa que vincula su historia de vida y el Conflicto Armado: es la historia de su padre cuando pisó una mina antipersona que le hizo perder las piernas, lo que permitió que en el proceso de recuperación de su progenitor, la enfermera que lo curaba creará un vínculo con su padre y ella se convirtiera en su madre. “suena raro, pero sin conflicto quizás no hubiera existido” menciona Mauricio. Su mamá es con quien más ha hablado de ese pasado, convirtiéndose en una fuente de relato importante.

El desencanto por lo militar experimentado por su padre y su familia es lo que dinamiza la narrativa del joven: “mi papá no tiene una buena relación con su lado más militar, eh... yo por ejemplo no recuerdo... a mi familia no le gustaba que yo jugara con armas”. El padre logra hacer crítica a la estructura y dinámica de la institución, a pesar que ese haya sido su trabajo, además el linaje militar entre generaciones no está presente es su familia, en palabras del joven “no es como este orgullo de otras familias o de otras casas verdad que es como fuimos militares y peleamos por el conflicto”. Este distanciamiento de lo militar permite a Mauricio tener apertura a otras versiones del pasado proveniente de otros actores. Cuenta la anécdota de un día de paseo, donde por sorpresa su amiga y él se dieron cuenta que eran hijos de un exguerrillero y un exmilitar. Lo que surgió de esto fue una risa de ambos por la coincidencia.

Para el joven, el no tener una identidad militar bien arraigada en casa o “como decir que los militares eran los buenos” brinda apertura a la investigación de crímenes de guerra y el juzgamiento a los culpables. Ahora bien, reconoce que le es fácil lo anterior porque su papá quizá tuvo una participación con bajo perfil, alejado de vinculaciones con tales crímenes. Lo que le es difícil es pensar en las posibles implicaciones de su padre en esto, “ya no es divertido”, dice, “hoy estoy como comenzando a cuestionarme a mí mismo si quizás no he indagado tanto, precisamente

para no encontrarme con eso”. Esto tiene que ver con acciones como haber asesinado, algo de lo que se infiere que no le gustaría saber.

Surge una genuina empatía al recordar las vivencias del padre. Siente un pesar por la ruptura de las “aspiraciones” del padre para ser arquitecto, por la incursión al Ejército como mejor opción de vida; luego por la pérdida de la pierna siendo joven: “creo que dimensiono como él se podría haber sentido”. Mauricio compara la juventud que vivió su padre con la propia, él ha tenido más opciones que su padre, pudo escoger estudiar la profesión que ahora ejerce; por otra parte, su narración expresa un periodo de cuestionamiento de vida, de sufrir las dificultades de la juventud del presente. El desencanto del joven también es hacia las dificultades por hacer un cambio sustancial de los problemas del país.

#### ***5.1.5. Camila: Yo no estaría aquí si mi papá no hubiera vivido el Conflicto Armado en carne propia***

Camila es una joven de 29 años, orgullosa del legado militar de su familia, tanto como para ella misma haber deseado ser militar. Es una joven cuya aproximación a la memoria es recordar cualquier suceso desde el optimismo y la empatía, porque esa es la forma en que su padre quiere recordar, y es ese mismo tono el que adopta su relato: de resiliencia y una profunda admiración por el amor, respeto y empatía humana a pesar del horror de la guerra. Pero también de compasión al desear que su padre no tuviera que haber sufrido no solo el accidente que lo llevó a perder sus piernas, sino lo que ella menciona como distintos traumas por haber peleado en la guerra. Esta compasión la lleva al punto de desear en su padre algo muy valioso para ella: que pudiera dormir profundamente, sin estar alerta todo el tiempo.

Desde el principio de su relato el punto de inflexión en la historia de vida de su padre es la pérdida de sus dos piernas, lo cual incluso determina su propia vida: de no ser por esto su padre no hubiera formado su familia y ella quizás no habría nacido. Es desde este hito que su narración se articula, centrando su relato en su padre, sus valores y forma de ver la vida. Es así como a pesar que la joven abandera la empatía desde el principio, cuando en el relato se pone en tela de juicio el actuar de la FAES, y de forma indirecta, el actuar de su padre, aparece la molestia, el reclamo, o incluso el reproche hacia figuras como la UCA, tanto por el discurso que ella denomina como “antimilitar”, donde se concibe a todos los militares como malos, como por su mala experiencia en el museo de memoria histórica de la universidad.

Lo anterior no es de menos considerando el legado militar en su familia, pues su abuelo también lo fue y ahora su hermano se está formando para serlo. Los lentes con los que analiza su realidad, por tanto, son desde este posicionamiento donde lo militar es señal de fortaleza, servicio y por tanto orgullo, y que en su padre estos valores se admiran más pues aún con los traumas propios de una guerra, ha podido ser una persona ejemplar y un buen padre de familia: persistente,

disciplinado y fuerte, pero también tierno y amoroso con sus hijos, premisas que intenta compartir con sus hijos mostrándoles que si él pudo (y puede) ser resiliente, ellos también.

Respecto a su visión de justicia, Camila considera que si se deben enjuiciar a las personas debe ser de parte de ambos bandos y, en el caso de los militares, se debe tomar en cuenta si a quien se está enjuiciando es a alguien que debía obedecer la orden de otra persona. Reconoce en esta línea que ambos bandos hicieron cosas que estuvieron mal y que en ambos bandos hay buenas personas, así como personas que decidieron asesinar simplemente por odio o maldad.

Finalmente, siempre desde su posicionamiento optimista, destaca que una buena forma de conmemorar a las víctimas es desde actos simbólicos cuyos elementos evoquen aspectos positivos de esa persona, y no recuerden las condiciones de la tragedia en sí: “no las honremos haciendo ver... o sea, no las victimicemos con el objetivo de poner al malo a hacerlo más malo”. Así también considera que un mecanismo de reconciliación adecuado sería el educar enseñando los hechos ocurridos y extrayendo aprendizajes de ellos, pero no desde el mostrar imágenes impactantes que pudieran devenir, a su criterio, en traumas, ni enseñar desde el odio, sino desde la empatía, un valor que ella expresa como transversal en su forma de relacionarse con las personas, y de comprender el Conflicto Armado en general, y las vivencias particulares, como las de su padre o, si en algún momento tuviera contacto ellos, las de hijos de excombatientes de la guerrilla.

#### ***5.1.6. Esteban: Yo considero que mi papá no fue un militar malo, por así decirlo, entre comillas***

A sus 27 años Esteban es un joven dispuesto a la plática, haciendo amena las conversaciones sobre el Conflicto Armado, existe en él mucha capacidad de introspección y expresa libremente sus emociones y pensamientos. En su narrativa aparecen diferentes conflictividades al hablar de la figura militar de su padre: existen reclamos acerca de los silencios u omisiones del progenitor sobre lo que hizo en la guerra siendo oficial, así como la poca expresividad o demostraciones de afectos hacia Esteban: “yo quisiera que fuera más abierto conmigo y no solo en temas del Conflicto Armado verdad, sino que en la vida en general, eh, pero sí o sea que sepa que demostrar... ... demostrar sentimientos ya sea debilidad o felicidad no... debilidad”.

Al mismo tiempo que surgen estas conflictividades, reconoce que su padre se ha sacrificado mucho por su familia y que ha sufrido siendo militar, este reconocimiento nace desde la empatía que brinda a su padre y la imaginación para comprender el pasado y el presente: “Y son sentí...quizás yo no lo pueda decir ahorita como que “ah, puya si lo, lo resiento” verdad, porque me imagino, que mi papá evitó hablar de eso en el sentido de que quiere guardárselo porque nadie quiere dar ese peso a alguien más verdad”.

De las pocas historias que conoce sobre su padre en el Conflicto Armado, todas destacan por ser experiencias de vida límites, donde su progenitor ha estado relacionado con la muerte o el sufrimiento. Dichas historias surgen en la interacción de la vida cotidiana: “siempre él desde chiquito me dijo: mirá, vos nunca andés ocupando mi rasuradora (...) porque tengo hepatitis B y se te puede pegar. Ya me contó, verdad, que él cuando tenía 20 años en la guerra iba caminando en el monte y un compañero pateó una mina y perdió las dos piernas, entonces él por quererlo curar le cayó sangre en los ojos y el compañero tenía pues Hepatitis B”.

Sus fuentes de relato más usuales surgen, cuando el padre se reúne con sus compañeros ex-militares. Esteban escucha indirectamente las conversaciones, y ahí, logra percibir las emociones de su padre de forma abierta, y eso le hace entrar en contacto con sus propias emociones respecto a su padre: “algo que a mi papá le cuesta bastante es hablar, es bien cerrado de verdad, pero me sentí también como emocionado de verlo hablar natural o sea como que encontró a alguien con quien estar hablando entonces [siento] incomodidad, tristeza y felicidad”.

La madre en sus narrativas casi no aparece, y se menciona como un vínculo que surgió gracias al Conflicto Armado. Para el joven, si el Conflicto Armado no se hubiera dado, el padre no hubiera conocido a la madre y no estuviera contando él esta historia. La abuela paterna aparece con más contundencia, ya que Esteban vincula su propio miedo con el de su abuelita por la posibilidad de que pudieran matar a su padre: “nadie quiere que maten a su hijo de 16 años, 18 años pues, eh, como nadie quiere que maten a su papá pues, estando uno chiquito”.

El joven expresa una postura neutral de lo que sucedió en el Conflicto Armado, sin catalogar a buenos y malos. Esto ha sido por influencia de su padre y de las experiencias en las diferentes instituciones educativas donde sopesa posturas. Sus discursos de memoria están cargados de señalamientos sobre las injusticias, sobre todo a las clases socialmente empobrecidas y se cuestiona el sentido que tuvo el Conflicto Armado. “los señores se levantan temprano a trabajar, viven en una extrema pobreza y uno dice: ¿Bueno y entonces para qué sirvió la guerra si todo sigue igual?”

#### ***5.1.7. Victoria: Si la guerra no se hubiera dado, ya no tendría un peso encima por no poder decir lo que realmente pienso y siento, lo que realmente me hace ser quien soy***

Victoria es una joven de 22 años con una forma de relatar muy carismática y fluida. Incluso en las situaciones que tienden a ser poco agradables envuelve con una risa nerviosa su discurso. Su relato nos habla de una joven que le pesa su condición de hija de militar, principalmente, porque considera que no puede expresar abiertamente qué piensa o siente respecto al pasado, ya que teme la incomprensión de las demás personas o, lo que es peor, algún tipo de represalia en su familia: “da miedo qué es lo que puede pasar al decir yo soy descendiente de...”.



Todo esto le ha llevado a ser alguien insegura y desconfiada de las demás personas; a tal punto de poner en tela de juicio su relación de noviazgo con tal que su pareja no supiera del pasado de su papá (un pasado con el que, aunque no lo diga directamente, da la impresión que teme que su padre sea acusado de algo, sin que haya participado). En la misma línea, le enoja y duele el silencio obligado de su padre, de ella y su demás familia. Considera que su padre tiene mucho que contar, pero que no puede por lo antes descrito, y esto le parece injusto. Es así como mientras crecía, a partir de otras fuentes distintas a la familia, se dio cuenta de otras versiones que narraban sobre las “cosas horribles” que la FAES hizo durante el Conflicto Armado, lo cual la lleva a cuestionarse sobre qué es lo que en realidad hacía la institución para la que su papá trabajaba. En otras palabras, apareció el cuestionamiento de que su papá, quizá, no era totalmente bueno.

De lo anterior ha concluido que, de ambos bandos, nadie es totalmente bueno, ni malo. A la base había justificaciones que llevaron a las personas a hacer lo que hicieron, y en esa línea pone de ejemplo a su padre: él, siendo menor de edad, fue obligado por su familia a incorporarse al Ejército, pues se veía esto como una oportunidad de salir del contexto de pobreza de su familia. Por ello, la joven enfatiza que no se debe poner a todas las personas de este bando en “una sola bolsa”.

Es en este punto donde la joven se vuelve la voz a través de la cual su padre habla. Ella misma lo deja claro, al decir que optó por participar en la investigación para contar la historia de su padre, “porque él nunca lo hará”. De acuerdo a la joven, la vida de su padre ha sido dura, pues remite a sueños truncados (ser profesor) y situaciones difíciles a nivel personal y familiar; de ahí que nazca una empatía profunda al reconocer la humanidad de su padre.

Con un tono protector, ella desearía cambiar el sufrimiento del pasado y del presente de su padre, aún si eso implicara modificar la historia y, justamente, que ella naciera, pues al final hubiera tenido una mejor vida. A pesar de ello la participante resalta que los sueños personales no cumplidos de su padre los cumple con sus hijos: “a través de nosotros que somos su legado, somos sus descendientes, logró cumplir algunas cosas que él no pudo cumplir y que eso le ha dado tantita paz [...], yo sé que no va a vivir una vida totalmente tranquila, yo sé que él está luchando constantemente con lo que fue, pero el saber que tuvo logros creo que le ayuda tanto a él como obviamente a nosotros.”

Vale resaltar que la narrativa no se queda en un tono derrotista. Al contrario, la joven aprovecha para demostrar la admiración y orgullo que siente hacia su papá (y hace hincapié en que el orgullo es hacia él, y no en general hacia la FAES) porque sobrevivió la guerra, sostuvo a su familia, y no fue un mal padre.

#### ***5.1.8. Mario: Un acto de empatía: me simpatiza la izquierda, pero no estoy de acuerdo en que la guerrilla haya torturado a mi papá***

Mario es un joven de 26 años que se aproxima a su historia en relación al Conflicto Armado desde la tensión: tiene una simpatía hacia la izquierda política, pero su padre, que fue soldado durante el Conflicto Armado, simpatiza con la derecha. La situación se complejiza aún más, ya que el padre fue capturado y torturado por la guerrilla mientras era combatiente. El joven piensa que esto puede generar resentimiento en su padre, porque tanto el joven como su familia materna favorecen el pensamiento de izquierda.

Es por esta situación que el joven reconoce que no puede entablar una conversación abierta con su padre sobre el pasado, y menos externar sus preferencias políticas, teniendo así un deseo contradictorio: “es bien difícil porque sí quiero saber y no quiero saber”. El sí querer remite a conocer “lo que él vivió, por la historia”; y el no querer se relaciona con que “pueda decir algo que a él le moleste o que pueda darme cuenta de cosas”. No lo deja explícito, pero esas cosas pueden ser actos atroces que el joven sabe que el Ejército cometió. Ante la posibilidad de que su padre haya cometido cosas cuestionables, el joven sale al paso para afirmar su orgullo hacia su papá como progenitor, no como combatiente militar.

Como ya se dijo, en el centro de su relato está esta situación contradictoria en términos de preferencias padre-hijo. Sin embargo, la misma trama expone el proceso de “recapitación” del padre del joven, de un hombre completamente cerrado a temas como Monseñor Romero a uno con apertura a esta figura. Históricamente el padre había visto a Monseñor Romero con desdén, con la etiqueta de “guerrillero”. No obstante, Mario dice que un punto de inflexión fue la visita que ambos hicieron a la UCA, donde hicieron el recorrido de los Mártires, y también vivieron la vigilia. Ante esta experiencia, “yo digo que recapitó en ese momento de lo que había sucedido”.

Mario es sumamente empático y sensible ante el sufrimiento de las víctimas del Conflicto Armado, entre las cuales también incluye a su papá, y por momentos, aunque de manera inconsciente, a él mismo: “Entonces los dos lados sufrieron ¿a causa de quién? De las malas personas que estaban en el poder, todos fuimos víctimas, porque los que fueron reclutados en lo militar también fueron utilizados”. Es evidente pues que el que simpatice con un pensamiento de izquierda no es impedimento para conectar con los sufrimientos de su padre y otras personas con su misma forma de pensar, y en su narración nos enseña a conectar con el sufrimiento de las personas que vivieron el Conflicto Armado más allá de bandos e ideologías. “¿Cómo no me voy a sensibilizar con que a mi papá lo torturaron? También yo me sensibilizo, y por eso digo: no estoy del lado de ningún bando. El hecho de que sea simpatizante y que me guste la música popular, que me gustaba la filosofía del FMLN no quiere decir que yo voy a estar de acuerdo con lo que le hicieron a mi papá”.

Por el sufrimiento infligido hacia las personas y sus familias el joven está de acuerdo en hacer justicia. Pero es claro en aseverar que la justicia no debe ser utilizada con fines “políticos”: “que sea un acto de justicia, un acto de empatía con las personas que fueron víctimas de esto, pero no acto político, en eso si estoy en contra”.

***5.1.9. Josselyn: A ella, en cierto modo, se le nota algo de rencor al dirigirse a la guerra, porque ella le echa la culpa a eso, de que por la guerra le mataron al hijo***

Josselyn, de 20 años, nos relata su historia en torno al Conflicto Armado de una manera un poco inusual. En varias ocasiones se sentía que platicaba con cierta cautela y las narrativas no entraban en profundidad; además había resistencia en ciertos momentos relacionados al padre o sus sentimientos por el tío, y era concisa cuando no deseaba mencionar algo. Por otra parte, el tono, aunque precavido, fue muy ameno, y logró contar las historias más relevantes para ella y su familia. Así, el relato de Josselyn nos habla de una joven que comenta sobre la vida de su padre, sus abuelos, y en mayor énfasis su tío, durante la época del Conflicto Armado. Aunque en un primer momento se habla sobre todo del padre, luego la narrativa toma un giro hacia su tío (hermano mayor del padre) y cómo el asesinato de este último por parte del ejército está presente en las memorias familiares y se vincula mucho con las decisiones de su padre y los afectos de su abuela. Cuenta la participante que el origen militar del padre viene por influencia (en realidad presión) de su abuelo principalmente y en parte de su abuela, ya que ellos tenían preferencia hacia el bando militar. El trabajo del padre en la FAES es principalmente de mensajero, pero comenta la joven que hacía alguna que “otra misión”, de las cuales no se habla y no se detalla. Para Josselyn, es posible notar el nerviosismo o negativa de su padre en contar mediante el lenguaje no verbal, por lo cual no sigue consultando.

Un suceso que cambió la vida de la familia y la opción del padre por la vida militar, es el asesinato del tío de la joven por parte de las FAES, este hecho es el centro de la trama. En su narración del asesinato, se desarrolla el dolor familiar que dicho suceso causó y que, en el padre, no solo fue el cambio del ejército hacia la guerrilla y su huida, sino también un alejamiento con el abuelo. En relación a la joven, existe deseos de haber conocido a su tío, y emociones de tristeza por lo acontecido que también están en el resto de la familia, con lo cual la joven logra comprender las acciones, palabras, y omisiones de su padre y su abuela.

La joven socializa diversos espacios de memoria. A través de los rezos que su familia católica realiza en torno al tío, los cuales representan para la joven “consuelo espiritual”, una forma de sobrellevar el no haberlo conocido, y el manejo de las emociones de odio que surgen del asesinato. Otro espacio es el sitio donde ocurrió el asesinato, que denominan la ermita (espacio pequeño de congregación religiosa), y que, a pesar de ser un espacio doloroso, lo han resignificado siendo sitio de encuentro y servicio con la comunidad creyente. La escuela propicia espacios de memoria cuando realizan excursiones a museos o tareas en torno a la guerra, lo que conlleva a la joven a consultarle a su padre sobre los sucesos o solicitar su acompañamiento a los lugares, la joven puede percibir cómo se genera una movilización interna en su padre “estaba ahí viendo, pero internamente no estaba ahí” y en su familia surgen dilemas sobre memorar su experiencia dolorosa, que han preferido silenciar u omitir.

Finalmente, Josselyn tiene poco conocimiento del Conflicto Armado por resistencias a profundizar en la historia familiar y miedo a equivocarse, aunque sí hay inquietud por conocer más del Conflicto Armado y escuchar la opinión de otras personas. Así, la joven oscila entre la negación y afirmación de las afectaciones personales que el conflicto dejó en su historia: aunque cree que no le afecta, siente tristeza por las muertes y desapariciones, y por los casos no resueltos que están en documentos, incluidos el del tío, lo que le hace reflexionar que el conflicto continúa porque “queda presente en las personas” y sobretodo “para las personas que tuvieron una pérdida”, como lo menciona la joven en el caso de su familia.

***5.1.10. César: No me afecta, pero me da miedo, porque me presté ahorita pensando: ¿y si yo hubiera estado?***

César es un joven de 18 años que está iniciando su vida universitaria y se identifica como hijo de un ex-soldado de la Fuerza Armada. Es un muchacho agradable, con disposición a conversar, lo podría catalogarse como una persona parlanchina que, en ciertas ocasiones, el hablar en exceso, hace que se pierda en su mismo discurso. Tiene poco desarrollada su capacidad de introspección, pero destacaba cuando se cuestionaba a sí mismo su propia narrativa, como una forma de habla privada. Su tono, aunque aparentaba estar sereno, reflejaba cierto nerviosismo, hablaba con rapidez y entrecortado, daba la sensación que estaba siendo evaluado. Hay un interés genuino por el tema del Conflicto Armado y las guerras en general, que procede de la historia militar de su padre.

La narrativa se centra en su vivencia como joven, a partir de las historias y silencios provenientes de su padre, la interacción familiar con la historia militar y lo que otras personas le cuentan. Cuando César escucha historias del abuso del cuerpo militar y el reclutamiento forzado que se realizaba a los jóvenes de la época de Conflicto Armado, lo que se genera en él es miedo y pánico, ya que es algo que él joven no quisiera vivir. Su padre es quien le cuenta estas historias, ya que a él [su padre] lo forzaron a ingresar a las FAES, y aunque anécdotas muy variadas, el joven sabe que hay historias que su padre no le comenta: “hay cosas que yo sé que él se las guarda y no me dice, pero por sus expresiones en la cara yo sé que son cosas que él recuerda, pero...no me las dice porque tal vez fueron bastante graves.”

Parece que César, se encuentra en un proceso de descubrimiento de su propia historia del Conflicto Armado y está comenzando a hacer vínculos en cómo esto puede estar afectando su vida. “yo no creo que haya una implicación ahorita de, de una, como se dice...una secuela, bueno tal vez si han de haber y yo no la he visto”. Dentro de sus reflexiones emergen negativas o evitaciones en reconocer la afectación del Conflicto Armado en su vida, ya que dentro de sus mismas palabras aparece la disonancia: “No, no me afecta, me da miedo porque como me presté ahorita pensando, ¿y si yo hubiera estado?”

Una memoria significativa y que podría considerarse el centro de la trama es la fotografía del padre con un rifle, dicha foto se arruinó y la desecharon, pero está muy presente en la memoria del joven. Desde esa fotografía imagina a las personas que vivieron la guerra y sus enfrentamientos, los cuales compara con los tiroteos de pandillas con policías en la actualidad. En un momento se imagina a sí mismo como soldado con un arma (tal como su padre) y menciona César que se sentiría afligido, preocupado, alerta, el estrés fuera bastante fuerte. Esto le genera una admiración por el padre, pero al mismo tiempo le entran dudas sobre su acción militar, al querer profundizar sobre posibles actos deshumanizantes del padre, el joven se aleja de esas dudas y reafirma a su padre como alguien tranquilo que no haría nada. Lo mayor a destacar en la entrevista es su alta capacidad de empatía, lo que le permite acercarse de forma humana al sufrimiento que vivió su progenitor: “vos, este...vos este...viste cosas ahí que te arrepentís?”, y me dijo que sí, y pues, desde que él me dijo eso, ya no le volví a preguntar”.

***5.1.11. Carmen: Hoy casi no se habla del Conflicto Armado, pero yo siento que da bastante temor el escuchar cómo antes era, lo que pasaba, lo que vivía la gente***

Carmen, con 28 años, es una persona muy cautelosa al momento de hablar sobre el Conflicto Armado. Esto pareciera responder a una intención de no contar mucho, pero también a una ausencia de conocimiento sobre el conflicto y porque habla poco sobre ello con su familia. A pesar de esto, las historias que cuenta aparecen cargadas de sentimientos, pero siempre con esa tendencia a no decir mucho.

Lo que Carmen relata es a partir de lo que su madre y su abuela comentan en conversaciones que ella escucha. Su madre narra sobre combates, ya que ella trabajaba en el cuartel para la época del Conflicto Armado; su abuela, por su parte, transmite la aflicción y el peligro que les generó a nivel familiar la guerra. La figura del padre militar casi no aparece, o posiblemente no se deseaba que surgiera por parte de la joven. De cualquier manera, cuenta de su padre que luego de ser soldado en el cuartel se convirtió en albañil, aunque no queda del todo claro en su narración si esto ocurrió durante o después del conflicto.

Algo que se destaca en su relato es que en varias ocasiones aparece el deseo de la joven de compartir más con sus padres, ya que por el trabajo en el cuartel (lugar donde se conocen y se vinculan sus padres), no le fue posible conversar o compartir con ellos. Este deseo se explora un poco más al contar que la difícil situación económica que enfrentaban hizo que sus padres trabajaran todo el tiempo, y que en este sentido comprende su ausencia. La joven incluso logra empatizar con su madre puesto que en varias ocasiones ya la ha acompañado en su trabajo echando tortillas, labor que la joven menciona como algo muy duro.

Así, es en realidad la abuela de Carmen quien ha cuidado de ella y de sus hermanos, y probablemente el desconocimiento que la participante expresa sobre el Conflicto Armado sea por

esta falta de interacción con sus padres. Esta es una situación no del todo grata para Carmen: en su narrativa aparece una sutil queja ya que quisiera saber más sobre el Conflicto Armado y la vivencia familiar en torno a este, pero no encuentra quien le cuente. Es casi como si no hubiera tiempo para hacer memoria, porque sus padres están demasiado ocupados trabajando para llevar el sustento diario al hogar.

Lo poco que conoce sobre el Conflicto Armado es gracias a su madre y su abuela, pero en la mayoría de ocasiones, estas narraciones quedaban reservadas a los adultos, bajo la premisa de no querer causar temor en los niños de la familia. Es paradójico entonces que Carmen aun así logra sentir temor al escuchar sobre la guerra, acaso porque “la rara vez que yo lo oía era cuando mi mamá me decía, verdad, de eso que contaba que la guerra fue muy, muy dura, muy fea ...”.

A pesar de que la joven afirma que la guerra no la ha afectado a ella, pues no la vivió, y a pesar de los vacíos en torno a la historia familiar, algo que Carmen se plantea son las diferencias y similitudes del pasado de guerra con el ahora. Las diferencias que ve están fundadas en las narrativas por parte de la abuela de su compañero de vida y su propia abuela, quienes destacan que en general la vida en la guerra era más arriesgada. Sin embargo, respecto a los símiles, logra identificar que hay una sensación en las personas de que los tiempos actuales ya se empiezan a parecer a los del pasado. En esta línea la joven valora que la FAES es importante en estos tiempos por las pandillas, pero entra en duda cuando se le consulta por la labor de esta durante la guerra.

#### ***5.1.12. Aurora: No me quiere contar, pero tampoco quiero saber; me da un poco de miedo saber si mi papá le hizo daño a alguien***

Aurora es una joven de 28 años que se aproxima con cierta timidez y miedo a hablar sobre la historia en torno al Conflicto Armado de su padre, acompañando su narración con varios silencios, comentarios breves y risas nerviosas. Es una joven que ha explorado poco sobre la historia de su padre, y sobre su condición de ser hija de un militar que combatió como soldado en el Conflicto Armado. Lo que hay son interrogantes, repeticiones de “no sé”, que la joven refleja con timidez. El desconocimiento emerge por la poca apertura del padre en contarle directamente a la hija su pasado, pero también porque Aurora no tiene interés en querer saber: “Mejor que quede así” reflexiona, pues su miedo es darse cuenta que “mi papá le hizo daño a alguien”.

Lo que sabe de su padre es que a los 17 años fue reclutado de manera forzada por la FAES, mientras este se dirigía a estudiar. Contrario a otros compañeros, él decidió continuar en la institución, porque lo vio como un trabajo que le permitía un ingreso fijo. Precisamente, la joven reflexiona que en el pueblo de donde es originaria su familia, los jóvenes tienen la tendencia a meterse al cuartel como una opción de vida. En esa línea, la joven sintió admiración hacia su padre como militar en su infancia, pero al crecer, esa admiración sólo quedó dirigida hacia su padre como

persona, “porque obviamente todo lo que pasó no fue fácil. O sea, tuvo que dejar a su familia, este, aguantar hambre, ver morir a sus compañeros”.

A pesar de lo anterior, sí que es cierto que su padre tiende a ser serio y reservado con ella, y, por tanto, respecto a sus memorias como militar, hay una dinámica de silencio. Lo que la joven ha escuchado ha sido a través de estas reuniones que su padre hace con otros militares, quienes posiblemente creen que las mujeres no entenderían, según afirma Aurora; además, otra forma de aproximarse a la memoria histórica para Aurora ha sido cuando con su papá visitan lugares afectados por la guerra como Guazapa o Suchitoto, donde su padre cuenta puntualmente algunas memorias.

Así, Aurora identifica que hay secuelas traumáticas en su padre que todavía se manifiestan, una de ellas es tener pesadillas. Lo lamentable de esto es que su padre no va a pedir ayuda, puesto que “los militares, que son unas personas de carácter fuerte, jamás van a querer como ayuda” psicológica. Todo esto lleva a Aurora a sentir tristeza por su padre, más allá de su seriedad y reserva. Así también adopta una postura empática y un tono de tristeza frente a las distintas víctimas del Conflicto Armado, incluidas las personas que perdieron familiares, e incluso los amigos de su padre fallecidos en el conflicto.

Respecto al presente, Aurora es clara en decir que siente “temor porque en algún momento puede que se vuelva a repetir” esa época de sufrimiento. Por eso cree que es importante seguir haciendo memoria de dicho paso. Sobre la justicia, vuelve a aparecer el temor de que el juicio se dirija hacia su padre o demás familiares militares, no solo a los “líderes” que dieron órdenes en aquel entonces. Ante este panorama imaginado por la joven, parece comprensible su postura de no querer saber y el “Mejor que quede así”.

### ***5.1.13. Raquel: Mejor olvidar ya, porque lo que mis papás sufrieron en el Conflicto Armado no es muy bueno***

Raquel, joven de 25 años, muestra mucha timidez al momento de hablar sobre el Conflicto Armado, planteando un miedo constante a equivocarse en sus respuestas, como si hubiera respuestas acertadas o erradas en el tema, literalmente como si fuera una prueba de conocimiento. Sus respuestas tienden a ser cortas, acompañadas de monosílabos, y de vez en cuando de risas nerviosas. Es un hecho que hay desconocimiento sobre los orígenes del Conflicto Armado, siendo bastante clara al responder “no tengo idea”. De lo que sí está segura es que tal acontecimiento no valió la pena, porque trajo consigo muchas muertes, y para ella eso no es algo que valga la pena de ninguna forma.

El relato de Raquel pues cuenta la historia de una joven que desconoce sobre el Conflicto Armado vivido por sus padres, y esto pareciera que se debe a que no quieren contarle o lo hacen,

precisamente, de manera incompleta: la joven ha tenido curiosidad en saber, pero sus padres han sido renuentes, según Raquel, “porque ya no se quieren acordar de eso, porque a cómo sufrieron ellos por eso no se quieren acordar”.

Es así que no logra comprender si ese pasado fue cercano o lejano, pues pareciera ser que no logra distinguir si ella estando pequeña también lo vivió. Lo que sí reconoce es el sufrimiento experimentado por sus padres (mamá y papá), quienes trabajaron para la FAES hasta jubilarse. Dicho sufrimiento es transversal a todo lo que la trama expone. Cuenta con un tono de sobresalto situaciones de balaceras, de esconderse atrás de un muro o de los catres, aunque sin dar mayores detalles de quién atacaba o por qué. De lo que está segura es que fue Dios quien los protegió “...porque si no hubiera sido por Él no estuviéramos contando esto”.

En esa línea, en su relato también aparecen tonos de tristeza y empatía producto de los sufrimientos vividos por sus padres, por el sacrificio o el esfuerzo de salir adelante. Tanto su papá como su mamá se incorporaron a la Cuarta Brigada de Infantería no por convicción social o política, sino más bien por la necesidad de subsistir: “si no hubiese sido por ese trabajo nosotros no estuviéramos aquí, verdad, porque cómo nos iban a alimentar”, expresa la joven. Su madre trabajó como “nanita”, es decir, cocinera; y su papá como soldado, para luego solicitar desempeñarse como albañil, pues como soldado debía patrullar lejos, y era peligroso.

Hacia la FAES, entonces, hay una actitud positiva por las condiciones laborales que ofrece. No obstante, también aparece la postura contraria, ya que desempeñar una labor militar conlleva peligros. De hecho, cuando la joven le externó a su padre la intención de meterse a la institución, este se negó, apelando a que esa no es una vida fácil. Y tal cual como ocurrió con su padre y su madre, Raquel expresa que su interés en ser parte de la FAES es poder ayudar económicamente en el hogar, “...porque a como estamos ahorita que todo está caro...”.

Finalmente, Raquel le apuesta al olvido por el hecho de que recordar implica dolor, un dolor de un acontecimiento que, a pesar de no haberlo vivido, le puede interpelar porque dos personas que quiere, sus padres, sí lo vivieron. Es clara entonces al posicionarse en este tema: “que se olvide... Por lo que sufrieron mis padres”.

## **5.2. Contenido, tramas narrativas y mecanismos psicosociales en la construcción de memorias**

A continuación, se hace una exposición de los resultados elaborados a partir de un análisis intercaso, es decir, de la sistematización de todos los relatos de los hijos e hijas de militares entrevistados, con sus convergencias y divergencias. Estos resultados describen el contenido de memorias de este grupo de jóvenes, vinculado al origen y valoración sobre el acontecimiento del Conflicto Armado. Asimismo, expone la configuración de dos grandes tramas narrativas, una que



gira en torno a la vida del joven en su condición de hijo e hija, y la otra que versa sobre el padre, como personaje del pasado y del presente. Por último, se hace una descripción de aquellos mecanismos psicosociales que el grupo de jóvenes utiliza para construir las memorias de este pasado no vivido, entre los cuales destacan la movilización emocional, la imaginación y la empatía.

### ***5.2.1. Memorias del Conflicto Armado y su relación con el presente y futuro***

En el presente apartado se describe el contenido y valoraciones de las memorias de los hijos e hijas de militares, en relación al origen del Conflicto Armado y los bandos en contienda. En un primer momento, se comparte lo que este grupo de jóvenes recuerda sobre las razones que llevaron a que este acontecimiento pasara, además de las motivaciones que cada bando tenía para ser parte del Conflicto. Asimismo, se comparten sus valoraciones del pasado, estableciendo si valió la pena que pasara, y si este fue necesario. A la luz de estas memorias, en un segundo momento se describen las reflexiones que los y las jóvenes realizan sobre la continuidad del conflicto en el presente y futuro. Este punto, inevitablemente, se hace una comparación de la coyuntura política actual, con la del pasado. Finalmente, se exponen las valoraciones que el grupo de hijos e hijas de militares tiene respecto a la importancia de hacer memoria del Conflicto Armado, además de conocer sus posturas sobre la transmisión de este pasado a su propia descendencia, de darse el caso, en un futuro próximo.

#### **a) Origen y valoración del Conflicto Armado**

La mayoría de jóvenes muestra un conocimiento sobre el origen del Conflicto Armado apegado a los registros históricos. Solo cuatro hijas de tropa (Josselyn, Raquel, Carmen, Aurora), casualmente tres de ellas con quienes solo se pudo trabajar una sesión de entrevista, muestran o reconocen un desconocimiento significativo sobre este hecho histórico. El resto de jóvenes, tanto descendientes de oficiales y tropa, esbozan ideas que tienen relación con los elementos históricos básicos sobre este acontecimiento. Así, el contenido de sus memorias atribuye las causas del Conflicto a situaciones internas, aquellas vinculadas a condiciones sociales, políticas y económicas desfavorables para la población; y externas, las que revelan la influencia de potencias mundiales en el marco de la Guerra Fría.

De acuerdo a los y las jóvenes, las causas internas que favorecieron el origen del Conflicto Armado tienen que ver con un contexto de desigualdad e injusticia social, que afectaba significativamente a la población. Se menciona a la oligarquía de aquel entonces como un grupo que concentraba poder y se beneficiaba de dicho contexto. A esto se le suman situaciones de violación a los derechos, represión, ausencia de elecciones libres, entre otros. Ante este panorama, de acuerdo a Mauricio, la población comenzó a manifestarse: “ya no toleramos la injusticia que hay, el nivel de violencia, el control que existe por parte del Estado”. Toda la inconformidad condujo a un alzamiento en armas con la finalidad de cambiar la situación. Así, como lo expresa César, “el

FMLN, o lo que podríamos decir el pueblo, se levanta y el gobierno, en este caso el Ejército, está oprimiendo...”.

*en El Salvador como causas internas podríamos ver la injusticia social que estábamos teniendo.*

*Recordá que también había una oligarquía que controlaba el país, empresarios que estaban surgiendo, y así mismo, pues, unas dictaduras militares. Veníamos de ahí, no había elecciones libres, y las personas estaban bastante inconformes con la situación en El Salvador buscando cambiar las cosas. Y ahí es cuando surgen corrientes revolucionarias en áreas de El Salvador.*

*Tenemos oriente y occidente, y pues, empezar el Conflicto Armado con toda una serie de represiones siendo financiada por Estados Unidos. Asimismo, también la guerrilla era financiada por otros países como Cuba, Vietnam también que pasaba armas, entonces creo que así fue... (Rocío, 27 años, hija de oficial)*

*siento que el Conflicto fue como esto de “ya nos hartamos de la sociedad en la que estamos”. Claro, influido por estos intereses geopolíticos de la Guerra Fría, pero al final para mí fue esto de “ya no toleramos la injusticia que hay, el nivel de violencia, el control que existe por parte del Estado”. Entonces, sí me gustaría creer que hay una línea alterna en la cual el Conflicto no fue necesario, pero casi que sí estuvo empujando para que sucediera.*

*(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)*

*principalmente fue por las violaciones que se habían a los derechos, si no estoy equivocado.*

*Entonces surge el levantamiento, luego viene, pues, el Ejército a oprimir... el FMLN, pues también no era algo sencillo, sino que también tenía sus armas, le mencioné que era financiado por las armas por Cuba. Entonces eso fue, verdad, el FMLN, o lo que podríamos decir el pueblo, se levanta y el gobierno, en este caso el Ejército, está oprimiendo...*

*(César, 18 años, hijo de tropa)*

Las citas anteriores de Rocío y César anticipan las causas externas que según este grupo de jóvenes llevaron al origen del Conflicto Armado. En el marco mundial de la Guerra Fría, El Salvador, como otros países “en vías de desarrollo”, fue un “campo de juego” para las fuerzas extranjeras como Estados Unidos y la Unión Soviética. Dichos países, además de otros como Cuba, financiaron a las fuerzas en contienda dentro del país. En las memorias de los y las jóvenes se interpreta que hubo un aprovechamiento de tales potencias para sus intereses, las cuales condujeron a una situación inmerecida para la población salvadoreña.

Jóvenes como Santiago consideran se dio una “manipulación externa”, la cual nos obligó a “darnos duro”, a “pagar los platos”, como lo expresa Tatiana. César va más allá y relata que la “necesidad del hambre” sentida por la sociedad salvadoreña, facilitó que las fuerzas extranjeras se aprovecharan del contexto para empujarnos a una situación de guerra de la cual se sacaba poco beneficio; para él, esto “básicamente nos han venido a arruinar”.

*¿y este conflicto de dónde surge? ¿el porqué de los motivos reales? Quiérase o no siempre hay algún tipo de manipulación externa; pues sí, países en vías de desarrollo siempre son campos de juego para otras gentes...*  
(Santiago, 22 años, hijo de oficial)

*yo así literal lo veo: éramos como todos hermanos que nos hicieron todos darnos duros, porque después uno se da cuenta como que literalmente llegamos pagando los platos por una Guerra Fría que ni era de nosotros.*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*yo me pongo a pensar de lo que sucedió aquí, el FMLN financiado por Cuba, financiado por Estados Unidos, porque Estados Unidos pensaba que si el gobierno perdía este país se iba a convertir en socialista... (...). Ellos, con la necesidad del hambre de querer que todo seamos como ellos, pues básicamente nos han venido a arruinar.*  
(César, 18 años, hijo de tropa)

La mayoría de jóvenes suele identificar sin mayores dificultades a los bandos en contienda, entre los que mencionan a la guerrilla FMLN como fuerza insurgente que se alzó en armas, y a la FAES como la instancia que buscó frenar tal alzamiento. Además, se menciona a la oligarquía o grupos de poder detrás de estas fuerzas, y a otros países también interviniendo. En cuanto a las razones que llevaron a empuñar las armas en ambos bandos, curiosamente no se hace una distinción entre ellos, en realidad se cree que la motivación a la base fue la necesidad, y no la convicción. Por un lado, sus memorias enfatizan que el contexto de “hambre” promovió la inconformidad, y la obligación de combatir. Ya lo dice Esteban: “barriga vacía piensa brutal o a la fuerza”. Por otro lado, la manipulación por grupos en el poder y fuerzas extranjeras también intervino, con lo cual “toda esta gente que ha combatido solo seguía órdenes”, según Santiago, y si no lo hacían “había consecuencias bien negativas”.

*¿Por qué la gente se dejó llevar por la gente que querían eso, pues? La inconformidad, el hambre. Como dicen, verdad, que barriga vacía piensa brutal o a la fuerza... hay que hacer memoria histórica para no volver a repetirlo.*  
(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

*Es un problema eterno de que toda esta gente que ha combatido solo seguía órdenes, y es su trabajo seguir esas órdenes. Era eso o había consecuencias bien negativas...*  
(Santiago, 22 años, hijo de oficial)

Las memorias de los hijos e hijas de militares establecen una postura de ruptura con el binarismo de los bandos en contienda al expresar que “los dos lados sufrieron”. Tal sufrimiento fue

promovido por personas en puestos de poder, cuidando de sus intereses. Mario llega a estipular de manera contundente que “todos fuimos víctimas”, con lo cual también se incluye. El mismo joven enfatiza que incluso aquellos que combatieron del bando militar “fueron utilizados”. Lo mismo expresa Esteban, pero del lado de la guerrilla, quien recuerda el uso de la niñez como combatientes, quienes no sabían las consecuencias negativas de su incorporación a dicha agrupación; más bien eran persuadidos bajo el argumento de “mirá, ellos te están quitando lo que es tuyo”.

*Los dos lados sufrieron, ¿a causa de quién?, de las malas personas que estaban en el poder. Todos fuimos víctimas, porque los que fueron reclutados en lo militar también fueron utilizados, no es cosa de que ellos querían...*  
(Mario, 26 años, hijo de tropa)

*Como la guerrilla [transmitía] una ideología de “mirá, ellos te están quitando lo que es tuyo”, obviamente un niño... yo me imagino en esa época, ya en la etapa de rebeldía, verdad: “¡Putá, me están quitando lo que debería ser nuestro, de todos, voy a pelear por esto!”. Pero sin saber las consecuencias que puede traer eso, pues. No podés entrenar a un cipote de 15, 16 años, un entrenamiento militar si no sabe a lo que va...*  
(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

En cuanto al proceso de construcción de memorias del Conflicto Armado, es interesante que ellos identifican que su relato del pasado ha sufrido modificaciones con el pasar del tiempo. Casos como los de Tatiana, Victoria y Esteban reconocen que, por influencia de su familia o del colegio, anteriormente tenían una versión más sesgada sobre la historia del Conflicto Armado. Sin embargo, con sus distintas experiencias en su adolescencia y juventud fueron modificándola a una que les posibilita asumir las distintas perspectivas en juego. Por ejemplo, en un colegio con un enfoque “neutral”, a Esteban se les fue transmitida una versión donde “los inconformes” no pudieron solucionar el Conflicto “con el habla”, sino que tuvieron que usar las armas. El joven refuta esto al decir que le parece “absurdo”, porque la última opción que tuvieron fue la vía armada.

De forma similar, Tatiana comparte que ella estaba “completamente a oscuras” en un primer momento de su vida, influenciada por la versión sesgada de su familia. Se solía comentar que “los mejores gobiernos que ha tenido El Salvador son los militares”, pero ella cuestionaba “¿por qué revelarse ante algo que aparentemente estaba bien? La respuesta se simplificaba en que “los resentidos sociales un día se levantaron y dijeron yo también quiero tener dinero regalado”, lo que llevó al Conflicto. Tal influencia le llevó a sostener una imagen negativa hacia figuras como los Jesuitas de la UCA y Monseñor Romero, a quienes les había puesto la etiqueta de “malos”. No obstante, a partir de distintas experiencias de vida y estudio que ella fue teniendo, fue elaborando su versión de los hechos, a tal punto de cuestionarse respecto a su familia: “¿quién está engañado aquí?”.

*yo salí del colegio [menciona colegio privado de clase media] ... siempre ha sido un enfoque bien neutral (...) donde ahí me enseñaron que... los inconformes no supieron cómo manejar la situación, no supieron pensar, y pues, se fueron a las armas cuando se pudo haber solucionado todo con el habla. Cosa que a mí me parece absurdo, porque se intentó en su momento, y no se pudo. Como última opción queda el uso de la fuerza, verdad, y ya aquí que ya me enseñaron la otra perspectiva... pues que se tiene que buscar el bien común pues...*  
(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

*yo preguntaba [a su familia]: “¿y entonces por qué precisamente estaban luchando? ¿por qué revelarse ante algo que aparentemente estaba bien? Y era como: “no, pero es que los mejores gobiernos que ha tenido El Salvador son los militares, porque aquí brillaban los años de oro y que no sé qué”. ¿Y, entonces, por qué la gente se quería levantar si todo estaba bien? ¿Por qué? O sea, le cuentan su historia, verdad... Entonces yo dije: “¿quién está engañado aquí?”*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*yo por mucho tiempo no sabía ni quiénes eran los Jesuitas, quién era Monseñor Romero: “a saber, un cura que por meque lo mataron...”. Cero respeto hacia esas figuras... O sea, “para que las voy a respetar si eran malos”. Completamente a oscuras [estaba ella] acerca de lo que había pasado, completamente a oscuras. Entonces, obviamente, no puedo decir que se hablaba de eso... simplemente era como: “Sí, los resentidos sociales un día se levantaron y dijeron yo también quiero tener dinero regalado. Entonces, por eso había que sentarlos, y ponerlos en su lugar, y por eso tuvo que pasar la guerra”. Eso es todo, esa es toda la conversación.*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

En la línea de este proceso de consolidación del contenido sobre las memorias del Conflicto Armado, vale detenerse a observar que cuatro jóvenes (Josselyn, Raquel, Carmen, Aurora), todas hijas de tropa reconocieron desconocer sobre el origen de dicho evento y los bandos en contienda. No se dio mayor explicación de las razones de este desconocimiento. En el caso de Josselyn, expuso que solo conocía los años en que comenzó y terminó, pero no más detalles. Carmen admite que está “bastante confundida” al recordar quiénes combatían en dicho Conflicto, no sabe si era entre “combatientes” o “soldados”, o si las personas “venían de otros lados o con los mismos de aquí”. Queda la duda si a la base de ello está el poco relato compartido por su familia o las experiencias educativas tenidas. Ninguna de ellas tenía un nivel de estudio universitario, solo Josselyn estaba en su primer año de universidad.

*Realmente no podría decirle por qué se generó, yo creo que... ajá, no sabría decir. No sé por qué se generó o qué es lo que llevó a que se diera una guerra.*  
(Aurora, 28 años, hija de tropa)

*esto que se puede decir de cómo comenzó y toda la cuestión, no más lo que me puedo son los años, sinceramente...*  
(Josselyn, 20 años, hija de tropa)

*yo estoy bastante confundida si la guerra fue con... no sé si era con los combatientes o con los soldados, no sé, ahí estoy bastante confundida yo. Pues sí, no entiendo, en la guerra, entre quiénes se agarraban, pues... Yo no entiendo, si era con los de, pues sí, que venían de otros lados o con los mismos de aquí.*  
(Carmen, 28 años, hija de tropa)

Al establecer valoraciones sobre el acontecimiento del Conflicto Armado, estas suelen tener cierto grado de complejidad en el grupo de jóvenes. La dificultad estriba en sentar una posición clara sobre si valió o no la pena que sucediera al evento; además de no poder definir a cabalidad si era necesario para bien de la sociedad salvadoreña.

Al parecer, las posturas que claramente estipulan que no valió la pena son las de Esteban y Raquel, a quienes se suma Aurora al aseverar que no fue un acontecimiento necesario para el país. Sus valoraciones se basan en la comparación entre lo que se dio en el pasado y lo que se vive en la actualidad, que les hace concluir que nada ha cambiado para bien de la sociedad; en realidad, “todo sigue como antes”. Asimismo, todas las muertes y daños ocasionados dan soporte a esta forma de valorar el pasado. Como lo dice Aurora: “no era necesario que tantas personas murieran para poder solucionar algún problema”; luego de “todas las muertes que hubo (...) quedamos igual”, también expresa Esteban. Raquel da a entender que las afectaciones a su madre hacen que tampoco valga la pena, sobre todo, porque impacta “a uno que se le muera un ser querido”.

*no sé qué fue lo que los llevó a unirse a los militares o unirse a los guerrilleros, y tomar la decisión de obedecer órdenes. El propósito era bueno, pero no valió la pena tanto... todo el conflicto, todas las muertes que hubo, porque al final pues quedamos igual. Estuvo ARENA veinte años, robo; estuvo el FMLN diez años, robo. O sea, ¿al final qué pasó? Nada, todo sigue como antes.*  
(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

*Me parece que no valió la pena, verdad, porque mi mamá estaba ahí también. O sea, a uno que se le muera un ser querido, no es, no es que valga la pena, verdad. Yo creo que no valió la pena, porque muchos muertos hubieron, para mí, no valió la pena.*  
(Raquel, 25 años, hija de tropa)

***¿Para vos valió la pena, fue necesario ese Conflicto? ¿Qué pensás? Realmente pienso que no, no era necesario llegar a la violencia (...). Siento que se hubieran sentado a hablar, a dialogar y***

*llegar a un acuerdo, no era necesario que tantas personas murieran para poder solucionar algún problema, o sea, creo que no.*  
(Aurora, 28 años, hija de tropa)

El resto de jóvenes, entre los que podemos mencionar a Santiago, Mauricio, Camila, Rocío, Mario y César, pone de manifiesto la dificultad en sentar posición clara respecto a si el Conflicto Armado valió la pena. A la base está el dilema de reconocer que las condiciones históricas empujaron a tal acontecimiento para conseguir cambios favorables al país, por lo que podría decirse que fue necesario; pero todas las afectaciones a distinto nivel, sumado a la percepción de pocos cambios significativos en el presente, conducen a considerar que no valió la pena. Llama la atención que los hijos e hijas de militares ponen en el centro de su argumento el desacuerdo con la violencia, ya que hubiesen preferido otra forma de resolver la situación, distinta al enfrentamiento armado. Esto último les pone en tensión para expresar una postura concreta, porque tanto “derramamiento de sangre” no justifica la consecución de cambios positivos para el país.

Como ejemplo, Santiago reconoce: “no logro caer en una respuesta concreta”, respecto a si valió la pena que se diera el Conflicto Armado, ya que piensa en “tanta gente que murió, tanta gente que fue abusada, tanta gente dañada...”. Algo parecido expresa César, quien tiene una opinión dividida al aseverar que “valió la pena 50-50”. Lo que lo mueve a considerar el no como respuesta es que fue un acontecimiento con “demasiado drama”, y que fue un hecho que “se pudo haber realizado de una manera pacífica”. De nueva cuenta, prima en sus valoraciones el rechazo hacia el uso de la violencia y sus consecuencias, y se opta por preferir otras formas de resolver el Conflicto.

*No puedo decir si valió la pena o no, no lo sé. Ahí no logro caer en una respuesta concreta, pues (...) tanta gente que murió, tanta gente que fue abusada, tanta gente dañada, tanta propiedad cultural del país, llámese edificios, librerías, documentos importantes y cosas así que es un poco complicado el encontrar, si valió la pena o no...*  
(Santiago, 22 años, hijo de oficial)

*fue demasiado drama, diría yo, porque... algo que se pudo haber realizado de una manera pacífica se hizo guerra civil. Entonces yo siento que sería, o sea, decir fue 50-50... un valió la pena 50-50.*  
(César, 18 años, hijo de tropa)

El argumento sobre la necesidad histórica del Conflicto Armado estriba en que “no quedo otra” opción, como lo señala Rocío, que “las personas se alzarán en armas”. Y esto porque “existían voces que querían cambio”, pero estas no fueron escuchadas. La joven establece una palabra precisa para caracterizar dicho acontecimiento, el cual define como “inevitable”. Un razonamiento parecido ofrece Camila, pues para ella “el problema que había nadie lo iba a arreglar de otra manera”. Sin embargo, como ya se ha enfatizado anteriormente, este grupo jóvenes hace una crítica

al uso de la violencia para resolver un conflicto inevitable. La misma joven cuestiona aireadamente: “¿por qué había que agarrar armas y matar gente?, ¿por qué había que secuestrar gente?, ¿por qué había que causarle trauma a tanta gente?”. A partir de sus memorias la joven busca una respuesta a todo esto, con lo que concluye: “No hay razón...”.

*¿Qué valoración le darías al Conflicto Armado? ¿valió la pena? ¿fue necesario? Fue necesario. Fue necesario, porque no se estaba escuchando, pese a que existían voces que querían cambio, no se estaban escuchando. Entonces no quedó otra que las personas se alzaran en armas... (...). En ese momento fue inevitable, esa sería la palabra, inevitable.*  
(Rocío, 27 años, hija de oficial)

*¿Consideras que fue necesaria o no? O sea, al final sí. El problema que había nadie lo iba a arreglar de otra manera. Y si ahorita no podemos arreglar los problemas con mente, o sea, con maneras de pensar un poquito más abiertas, en aquel entonces con las maneras de pensar que habían, no se iba a poder. Pero quizás agarrar armas... ¿por qué había que agarrar armas y matar gente?, ¿por qué había que secuestrar gente?, ¿por qué había que causarle trauma a tanta gente? Ahora hay gente mayor que cuenta: “iba caminando en el Centro y de repente comenzó la balacera...”. ¿Por qué una persona tiene que tener ese trauma, ese recuerdo? No hay razón...*  
(Camila, 29 años, hija de oficial)

Podríamos interpretar que la postura de estos jóvenes, además de ser crítica, opta por la no violencia. Pareciera ser que su posicionamiento iría contra el sentido común, en la medida que sus relatos son de hijos e hijas de militares, miembros de una institución que en su identidad está el ejercicio de la violencia armada frente a las problemáticas de la nación. Al contrario, los y las jóvenes critican este devenir bélico del pasado, como claramente lo expresa Mauricio: “me hubiese gustado que hubiesen más cambios sin el derramamiento de sangre que hubo”, producto del enfrentamiento armado.

Escuchar la voz de este joven es valioso, pues logra identificar las distintas aristas que intervienen al valorar el pasado. Reconoce que producto del Conflicto Armado surgieron cambios positivos, pero que le hubiera gustado que estos se dieran sin "derramamiento de sangre". Además, “hubieron cambios, pero no los suficientes”. Sin olvidar que el mismo Conflicto trajo nuevos problemas experimentados durante el periodo de posconflicto, como el fenómeno de las pandillas, y “muchas cosas que no fueron sanadas”. En definitiva, cree que “ninguna guerra justifica” hechos lamentables como las masacres de El Mozote o El Sumpul, “por más resultado beneficioso” que se pretenda obtener.

*no ameritaba injusticias como lo de El Mozote, por ejemplo, El Sumpul, etcétera, que no debieron suceder nunca. Cualquier conflicto, ninguna guerra justifica todo eso, por más*



*resultado beneficioso, aunque estuviésemos en una sociedad súper avanzada... Y creo que también los problemas de la guerra generan (...) algunos de los problemas de principio de los noventa: tema de exclusión, eventualmente estuvieron relacionados con pandillas, muchas cosas que no fueron sanadas, algunas cosas ya más estructurales que nunca se arreglaron. Entonces, en parte eso de “ok, hubieron cambios, pero no los suficientes”. Me hubiese gustado que hubiesen más cambios sin el derramamiento de sangre que hubo. Entonces para mí es difícil como decir: “no, me inclino al no [valió la pena]”. Pero sí creo que hubieron como algunos cambios a partir del Conflicto incluso positivos, pero no es como muy ideal que ese era el camino a seguir, sino que otra cosa hubiese sido mejor.*  
(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)

Las valoraciones sobre los bandos en contienda suelen variar más, en comparaciones a las del origen del Conflicto Armado; sobre todo, porque inevitablemente se hace referencia implícita a su padre, como miembro de la FAES, en confrontación con el bando guerrillero. Las posturas van entre aquellos que asumen que ambas agrupaciones tenían sus propias motivaciones, llegando a quienes consideran que, en realidad, el bando militar era el equivocado. Vale mencionar que ningún joven expresa abiertamente que la FAES estaba en lo correcto.

Santiago y Esteban sostienen una postura más “neutral”, pues consideran que ambos bandos tenían sus motivaciones que justificaban su accionar. En ese sentido, para Esteban no había “ni buenos ni malos”, en la medida que cada bando luchaba movido por sus “ideas” y “conveniencias”, ligado a la obtención de poder. De manera interesante, Santiago estipula que “entender bien esos motivos creo que ayudaría bastante a encontrar esa resolución final”. Es decir, precisa no cerrarse a escuchar los razonamientos de ambos.

*Aquí cada quien tuvo sus motivos, y entender bien esos motivos creo que ayudaría bastante a encontrar esa resolución final...*  
(Santiago, 22 años, hijo de oficial)

*mi papá siempre ha sido como que no hay ni bueno ni malo en la guerra, sino que siempre fue cada quien luchaba por sus decisiones, verdad ... él elegía un bando, él elegía el otro, pero no significa que este sea bueno y este sea malo. Al final eso lo decide quién gana... (...) Para mí, no hay ni buenos ni malos, sino que hay una lucha de ideas y de conveniencias, en donde se matan para ver quién es el que gana, quien obtiene el poder...*  
(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

Entre los pocos jóvenes que ha conversado directamente con su padre sobre sus motivaciones por formar parte de uno de los bandos, se encuentra Mauricio. Su caso resulta interesante, ya que describe el cambio de pensamiento del padre, de considerar que su participación militar era “la opción correcta”, luego reconocer que “el Ejército hizo mal”, para después manifestar cierto

desencanto por la institución militar. Tal vez sea este desencanto lo que influya a que tanto padre como hijo sostengan una valoración poco apegada a defender a la FAES. Es más, en su interés por profundizar en su proceso de construcción de memoria, a Mauricio le gustaría preguntarle a su padre “cómo sería si tuviese que volver a escoger”. No tiene certeza de la respuesta, pero enfatiza que su padre “se lo pensara”, es decir, pondría en tela de juicio su reincorporación.

*Eso sí me lo dijo mi papá: “en su momento yo creía que era la opción correcta. Sí estaba como de acuerdo en que se pelease por defender lo que para mí era importante”. Pero hay cosas que mi papá reconoce que el Ejército hizo mal... siento ese desencanto un poco con el Ejército, y con esa parte en general de su vida. No siento [en él] como ese orgullo de decir: “ah, sí capitán”. (...) Sería interesante preguntarle a él cómo sería si tuviese que volver a escoger. ¿Qué haría? No sé qué respuesta me daría, pero yo sí creo que se lo pensara.*  
(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)

Entre los jóvenes que abiertamente expresan que el bando militar estaba equivocado, podemos identificar a Tatiana y Rocío. El argumento de ello es similar a otro descrito arriba: consideran que “los usaron” para participar en una “lucha prácticamente perdida”, como lo señala Tatiana. Aunque justifiquen su relato con que estaban “defendiendo la patria”, en realidad “no tenían la razón”, pues, como lo expresa Rocío, lo que llevó al Conflicto fueron “intereses externos” y situaciones internas de injusticia. De ahí que ella concluya: “mi papá está del lado equivocado...”. En ambos casos, lo que llama la atención es que los padres de las jóvenes han mantenido mucho silencio respecto al pasado, a pesar del interés de ellas por conocer qué fue lo que hizo y qué les motivó a incorporarse a la FAES. Queda abierta la duda para pensar si al conocer más detalles del pasado Tatiana y Rocío matizan un poco más sus valoraciones o las mantienen igual.

*uno le pregunta a personas así [militares] y te dicen: “yo estaba defendiendo la patria, era mi trabajo, yo estaba del lado bueno”. Y luego pensás y es como: “No, yo creo que es... sumamente equivocado... y no lo sabe”. Todas las personas que estaban ahí estaban equivocadas, o sea, una lucha prácticamente perdida en ese sentido, como “no, no tenían la razón y también los usaron, y ustedes también perdieron sus vidas”.*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*Sigo pensando que al final era un conflicto que se dio por intereses externos, pero que se libró en El Salvador con otras causas, es decir, la tierra, injusticias salariales, y abuso de poderes. Entonces, sigo pensando que no me queda duda, y que mi papá está del lado equivocado...*  
(Rocío, 27 años, hija de oficial)

El contenido de las memorias de los hijos e hijas de militares demuestra complejidad, y todavía más aquellas valoraciones que hacen sobre el origen del Conflicto Armado y los bandos en contienda. Con todo, es importante recordar que ellos y ellas relatan sobre un pasado que no

vivieron, pero que tiene significancia para la vida del país, su familia y la propia. De ahí los distintos matices que emergen a la hora de recordar, pues parece ser que este mismo pasado se sigue presentando en su presente, e incluso estará en su futuro.

### **b) Continuidad del conflicto en el presente y futuro**

A la hora de reflexionar sobre la continuidad del conflicto en el presente, la mayoría de jóvenes entrevistados (once de ellos) expresaron directamente que sí continúa, aunque con distintas manifestaciones. Obviamente, dicha continuidad no necesariamente se expresa como un conflicto armado, sino con otros matices que no dejan de ser violentos. Existen tres grandes razones que conducen a pensar sobre un presente en conflictividad, con características traídas de los años ochenta. Primero, la polarización ideológica sostenida a lo largo del posconflicto, expresadas principalmente a nivel político partidario. Segundo, la continuidad de las causas estructurales que condujeron al Conflicto Armado. Y tercero, la ausencia de reparación a las víctimas, y la emergencia de otras problemáticas relacionadas al pasado como las pandillas.

El primer argumento sobre la continuidad de dicho conflicto tiene que ver con su mutación a un conflicto ideológico, entre los bandos contendientes hechos partidos políticos. Esto se ha caracterizado por una polarización a lo largo del posconflicto, que no cesa, a pesar de la aparición de nuevas fuerzas políticas. Los hijos e hijas de militares nacidos después de 1992 se han socializado viendo de manera directa e indirecta la disputa por el control del Estado entre el partido ARENA (vinculado a la derecha) y el partido FMLN (relacionado a la izquierda). Ambos han estado en una lucha por “ver quién es mejor, qué bando es mejor, qué bando tiene más puestos en la Asamblea”, de acuerdo Victoria. Y aunque los dos partidos han llegado al poder, resultan ser “lo mismo siempre”. De ahí que, de acuerdo César se haya dado “un desgaste de estos partidos”.

*para mí, la guerra se transformó en guerra de ideologías, y eso es bien evidente... antes teníamos que ver el [canal de televisión] 2, el 4, el 6 y ahí estaban tirándose la piedra cada uno, y es donde hubo un desgaste de estos partidos... entre el FMLN y ARENA. Se crearon las ideologías: “yo soy de izquierda, yo soy de derecha”.  
(César, 18 años, hijo de tropa)*

***Y para vos, ¿el Conflicto continúa? Yo creo que, de alguna forma no directa sí, porque creo que siempre ha habido como bandos y así... O sea, creo que claramente podríamos decir FMLN y ARENA... cuantos diferentes grupos han llegado al poder han sido casi que lo mismo siempre. Hay algo como interiorizado que sigue el Conflicto o siguen como esas relaciones de violencia, como de poder, en las que hay que ver quién es mejor, qué bando es mejor, qué bando tiene más puestos en la Asamblea. Siempre hay una disputa social, siempre hay diferentes discursos y contrarios, pues... Y ni siquiera creo que piensen la posibilidad de que estamos en el mismo***

*barco, somos la misma población salvadoreña, y somos los mismos que al final terminamos perjudicando al otro.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Es importante mencionar que, aunque estos dos partidos relacionados a los bandos del Conflicto Armado, ya no ostenten el poder político, esto no significa que la polarización se detuvo. Al contrario, se identifica que el partido Nuevas Ideas, como nueva fuerza política ha venido a reforzar tal fenómeno. Como lo reconoce Mario, ahora la disputa es entre Nuevas Ideas versus ARENA/FMLN, “los enemigos de la actualidad”. Su postura es interesante, ya que critica “el odio que se está metiendo” hacia estos dos partidos; un odio que según él no abona en nada, y lo que hace es sostener un ambiente de conflictividad, en detrimento del bienestar de la sociedad.

*Ahora bien, el odio que se está metiendo no me parece tampoco. Sí, es cierto, (...) existió el FMLN y existió ARENA, son parte de la historia, con el simple hecho que no nos relacionemos con ellos o no nos parezcamos a ellos, con ese hecho es suficiente. No hacer las mismas cosas que ellos suficiente y superamos eso. Pero los estamos recordando todos los días, que el 3%, que robaron, y lo dicen ahora y mañana... y es aquel odio... Ahora ya no es el FMLN/ARENA, ahora es Nuevas Ideas contra ARENA/FMLN. Ahora ya no es el conflicto entre estos dos que causaron el Conflicto Armado (...). Los enemigos de la actualidad: Nuevas Ideas contra ARENA y FMLN.*

(Mario, 26 años, hijo de tropa)

En segundo lugar, se considera que el conflicto continúa, porque las causas estructurales que lo promovieron no fueron abordadas. Se sigue manteniendo un contexto de injusticia social, exclusión, marginación, entre otros factores. El problema de ello es que dicho Conflicto como acontecimiento histórico “ha sido silenciado”, como lo expone Rocío, con la finalidad de hacer creer que nada ha pasado. Continúan las mismas causas, los mismos actores, solo se cambia “el color”, según Mauricio, pero se sostiene la conflictividad.

*Creo que el conflicto sí continúa, y continúa pues nunca hubo una justicia verdadera. Y como te comentaba antes, solo ha sido silenciado. Hay personas que fueron actores importantes que siguen ahí como si nada, aún repercutiendo en la vida política de El Salvador.*

(Rocío, 27 años, hija de oficial)

*las causas que generaron el Conflicto, para mí, continúan. Cambiaron como el color o algunas cosas, no sé, características, pero las causas estructurales [como] la injusticia, la exclusión, marginación social, falta de oportunidades, siento que esas todavía están.*

(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)

Por último, los y las jóvenes estipulan que el Conflicto también continúa a partir de sus secuelas,

las cuales tampoco han sido tratadas. Por ejemplo, el fenómeno de las pandillas es uno de los resultados, y de acuerdo a Mario, “es la guerra que vivimos ahora cuando salimos a la calle”. Tal como se vivió en el pasado del Conflicto, se mantiene en riesgo la vida de las personas, con lo cual no se garantiza “la estabilidad física y emocional, económica de las personas”, según Camila. Al hacer la comparación entre pasado y presente, Camila aprovecha para hacer la crítica al pacto que los gobiernos han hecho con estos grupos delictivos, pues, según ella, siempre ha traído muerte: “siempre hay gente que se muere, entonces para mí eso es un conflicto...”.

*es la guerra que vivimos ahora cuando salimos a las calles, que lo que llevamos no sabemos si es nuestro ya, por el crimen organizado, las pandillas y todo eso.*  
(Mario, 26 años, hijo de tropa)

*es un conflicto como de “bueno, ahora hacemos tratos con las maras, pero las maras pueden seguir matando”. Siempre hay gente que se muere, entonces para mí eso es un conflicto... entre las pandillas y todos los gobiernos que han desfilado en este país, porque todos han hecho tratos con ellos. Para mí, eso es un conflicto, porque sabes que al final lo que importa es la vida de las personas y la vida de las personas es la que sigue en riesgo, la estabilidad física y emocional, económica de las personas. Otra vez hay manera de solucionarlo, pero todavía no estamos preparados para eso (...). Ojalá que se solucionara, pero probablemente no va a pasar en el futuro mediano o corto.*  
(Camila, 29 años, hija de oficial)

De igual manera, la continuidad del Conflicto se mantiene por la ausencia de una verdadera reparación de los efectos directos e indirectos de este acontecimiento violento, puesto de manifiesto en las dificultades emocionales de quienes lo vivieron y su descendencia. Josselyn lo caracteriza de buena forma, al aseverar que “el Conflicto continúa sentimentalmente para las personas que tuvieron una pérdida”. Esa idea de la continuidad sentimental de este pasado es muy sugerente, pues evidencia los impactos de la violencia pasada en un plano poco visible, pero indudablemente significativo. La misma línea sigue el relato de Esteban, pues reflexiona sobre la “gente que sigue luchando y buscando a sus familias”, a propósito del fenómeno de la desaparición forzada. Según el joven, “para ellos siempre sigue y va a seguir” el Conflicto, ya que lo “viven día a día”.

*el Conflicto continúa sentimentalmente para las personas que tuvieron una pérdida, en este caso mi familia. A pesar de que mi abuela no pueda vivir, quizás, mucho tiempo ya, siempre quedará eso en la familia de que sucedió algo. Entonces es más sentimental.*  
(Josselyn, 20 años, hija de tropa)

*para ellos siempre sigue y va a seguir, pues, gente que sigue buscando a sus hijos, que no se mudan del cantón porque dicen: “no, por si regresa algún día sabrá que aquí estoy”; o gente*

*que ya le generó problemas mentales de que no sale de la casa por eso mismo del Conflicto Armado... sigue, sigue, pues, la matanza de El Mozote, todas las personas que viven día a día eso. O sea, gente que sigue luchando y buscando a sus familias, que tienen esa memoria de que “puya, allá en mi cantón pasó esto, soy sobreviviente de esto”. Para ellos siempre va a seguir, pues, y lastimosamente, así como van las cosas siento en el país van a desaparecer cuando ellos fallezcan... No va haber esa persona como decir “él estuvo en el Conflicto, él lo vivió, él puede hablar por los que ya no están”, porque, quiérase o no, ni se menciona el Conflicto Armado... como que [es] un libro que quedó ahí tirado, y ahí se va a quedar empolvado. Y me parece triste, porque quien olvida vuelve a vivir [la historia].*  
(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

La cita anterior de Esteban no deja de sorprender. Asume una postura empática hacia aquellas personas víctimas del Conflicto Armado que siguen sufriendo sus secuelas al día de hoy. La sorpresa se origina porque quien está hablando es un joven que no vivió formalmente tal acontecimiento, y sin embargo se conecta con el dolor de quienes sí. Pero, sobre todo, asombra porque también es hijo de un oficial de la FAES, institución involucrada en la violación a derechos humanos, y responsable de masacres como la de El Mozote, que él mismo joven reconoce. Es más, Esteban hace una crítica implícita al olvido del Conflicto, “como que [es] un libro que quedó ahí tirado, y ahí se va a quedar empolvado”, pues esta situación conlleva a repetir, en el futuro, un pasado difícil para la población.

Precisamente, al preguntarles sobre las posibilidades de un conflicto en el futuro, jóvenes como Santiago, Esteban, Tatiana, Camila y Victoria dan una respuesta afirmativa. Ante una pregunta como esta, y valiéndose del mecanismo de la imaginación, se despierta en ellos y ellas una reacción emocional de preocupación, la cual es originada por la constatación de que las condiciones sociales, políticas y económicas favorecen que esto ocurra. Entre ellas se destaca la alta tasa de homicidios experimentada a lo largo del posconflicto, la crisis económica y la crisis política con un gobierno catalogado de corte “fascista”, con un presidente que da señales de querer perpetuarse en el poder.

Camila es clara al expresar: “me da miedo que vuelva a pasar” un conflicto armado como el de los ochenta, porque ve y escucha de parte de su padre lo que implica vivir un acontecimiento como este (“veo lo que le pasó, lo que la guerra le hizo a mi papá”). Ante esa corroboración, concluye que no quiere que “nadie de mi familia viva eso”. Es interesante que ella mencione que por tener a un familiar que vivió de manera trágica ese pasado, nazca en ella el miedo por su repetición, y por consecuencia esté en contra de que se den las condiciones para ello. En una línea parecida se ubica el relato de Carmen, ya que, por las memorias de la abuela de su compañero de vida, dimensiona que la guerra era “terrible”. Y que por la situación actual donde se registran “bastantes muertes”, es probable que pueda “venir otra guerra como la de antes”. En otras palabras, la joven dimensiona lo trágico que fue el pasado bélico, a partir de las memorias de su familiar, quien

interpreta que, por los constantes homicidios en el presente, “se está viviendo” una situación parecida al Conflicto Armado.

*me da miedo que vuelva a pasar, o sea, un miedo que probablemente una persona que no conoce a alguien que estuvo en la guerra no tiene. Yo particularmente lo tengo, porque escucho lo que mi papá... o sea, veo lo que le pasó, lo que la guerra le hizo a mi papá, y digo: “no, no está bien. No quiero vivir eso. No quiero que nadie de mi familia viva eso.*  
(Camila, 29 años, hija de oficial)

*la gente lo que dice que ya va a venir otra guerra como la de antes. Oigo que dice la abuela de mi compañero de vida: “ya parece cuando era la guerra”, dice. Entonces le digo yo: “¿y así era la guerra?”. “Dios me guarde”, me dice, “antes era más terrible”. Como dicen que hay bastantes muertes y todo eso, y se matan unos contra otros. Y antes, dice que así era la guerra, que se mataban unos contra otros, y no les importaba. Que hoy como que así se está viviendo, dice ella.*  
(Carmen, 28 años, hija de tropa)

Los casos de Camila y Carmen revelan algo particular, y es que su preocupación por la repetición de un conflicto armado en el futuro está relacionada a la cercanía de un familiar que vivió el pasado bélico. En el caso de la primera joven, su padre; y el de la segunda, la abuela de su compañero de vida, además de su padre y madre. La cercanía a estas figuras les permite imaginar y también sentir el dramatismo que un evento como este conlleva, ligado a muerte y daños físicos y emocionales. En otras palabras, es posible interpretar que ambas figuras familiares les acercan al pasado, desde su convivencia del presente, pero también condicionan la manera de imaginar su futuro. Además, dicha cercanía puede favorecer una postura en contra de las condiciones que favorece la violencia y la guerra, lo que, quizá, sea más difícil para una persona que no tiene tal vínculo familiar.

Otro elemento que puede favorecer la repetición de un conflicto armado en el futuro es lo “económico”, como lo hace ver Esteban. En su análisis está que, si la economía en el país no mejora, “va a volver a pasar” un conflicto armado como el del pasado, el cual tuvo relación con dificultades en la misma área. Lo que llama la atención de este joven es que enlaza el conflicto futuro con el presidente actual, a quien caracteriza como “un poquito extremista con sus opiniones y con sus decisiones”. Con ello, Esteban también ubica las razones no solo en lo económico, sino también en lo político.

*hablando desde un punto económico, nunca se vio una superación o un avance hacia eso, y pues, me quedo pensando: si no mejora en algún momento, va a volver a pasar. Más ahora con este presidente que tenemos, verdad, que es bien... un poquito extremista con sus opiniones y con sus decisiones.*  
(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

Precisamente, otra de las razones para pensar en la repetición de un conflicto armado en el futuro tiene que ver con la crisis sociopolítica del presente, ligada a prácticas autoritarias y al militarismo. Tanto Victoria y Tatiana hacen una caracterización de esta cuestión. La primera joven lo hace al traer a cuenta las señales del presidente de querer reelegirse, cuando dice que “estamos llegando al mismo nivel de lo que pasó antes: una persona que no se quiere salir del poder”. Para ella, lo que va a ocurrir es que “la población no va a soportar” que un presidente realice este tipo de prácticas, y esta asumirá acciones contundentes: “vamos a volver a lo mismo, va a haber otra revolución, va a haber otro conflicto”.

De manera similar, Tatiana deja ver que en El Salvador existe actualmente “un gobierno como de ese corte un poco fascista, como esa tendencia nueva a querer ser súper autoritario”. Recuerda el acontecimiento de la toma de la Asamblea Legislativa por parte del presidente en 2020, haciendo uso de militares, lo que le hace pensar que otro conflicto armado esté también en su futuro. Para ella, eso es “lo peor que puede pasar” en el país, “que volvamos a caer en ese ciclo nuevo, cuando ni siquiera hemos cerrado el primero”.

*había visto unas fotos en Instagram acerca de que hubo una manifestación, acerca de que se va a permitir la reelección. Había un cartelito que decía: “cuando el autoritarismo es un hecho, la revolución es un derecho” o algo así. Entonces, yo digo, vamos a volver a lo mismo, va a haber otra revolución, va a haber otro conflicto... y si tomamos en cuenta [que] tienen una afinidad a la militarización del país... desde mi punto de vista estamos llegando al mismo nivel de lo que pasó antes: una persona que no se quiere salir del poder, que no está llevando las cosas de forma equitativa, justa y que la población no va a soportar. Entonces, es volver a lo mismo. Qué va a pasar si esta persona sigue haciendo esto, y sigue comportándose de esta manera. Va a llegar un momento en la que la población va decir: “No, ya no. Ya no puedo”.*  
(Victoria, 22 años, hija de tropa)

*¿Y crees que en ese futuro va a estar todo esto del conflicto armado? Sí, porque hace falta... me gustaría pensar como “bueno, ya lo enterramos todo, ya se solucionó y ya”, y no. Así como van las cosas... a veces me temo que eso se va a revivir, por lo que le decía, que siento que estamos en un gobierno como de ese corte un poco fascista, como esa tendencia nueva a querer ser súper autoritario; ese tema de que habían militares en la Asamblea, o sea, para mí fue un momento... me dio miedo, así como terrible... Y lo peor que puede pasar es que volvamos a caer en ese ciclo nuevo, cuando ni siquiera hemos cerrado el primero. Entonces sí, creo que va a estar presente.*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

Por último, otro de los puntos sobre la continuidad o repetición del conflicto en el futuro tiene que ver con idea de transmisión entre generaciones. Mario, Santiago y Josselyn dan cuenta explícita



de este fenómeno, quienes identifican que aquellos que vivieron el Conflicto Armado son parte de la socialización de las nuevas generaciones, lo que condiciona su manera de ver la realidad. Por ejemplo, Santiago cae en cuenta que “ahorita están empezando a ser padres la gran mayoría que haya sobrevivido”, quienes probablemente “ya tendrán uno o dos hijos”. “¿Qué va a pasar?”, se pregunta el joven, en alusión a la transmisión de memorias entre generaciones, pues puede que queden “un poco inciertas las anécdotas” del pasado. Ante esa incertidumbre, para Josselyn, las generaciones “van a estar sacando más dudas del porqué el Conflicto Armado”, con lo cual, “aunque pasen años y años de que fue que se dio”, expresa, este seguirá presente “tras generación, tras generación”.

***¿Qué implicaciones tiene el Conflicto Armado en el presente del país, según tu valoración?***

*Este siempre será un tema, aunque pasen años y años de que fue que se dio, van a pasar generaciones, tras generación, tras generación de la población nuestra, que van a estar sacando más dudas del porqué el Conflicto Armado.*

(Josselyn, 20 años, hija de tropa)

*ahorita están empezando a ser padres la gran mayoría que haya sobrevivido. ¿Qué va a pasar? ¿Qué viene? Y así se dejan un poco inciertas las anécdotas que, pues sí, hubieron niños; estamos hablando de personas de 45 años [que] ya tendrán uno o dos hijos. ¿Qué está pasando ahí? ¿Qué pasó con el resto de su vida? ¿Se truncaron? ¿no pudieron avanzar por causa del Conflicto? Varios que perdieron la vida... y así con cosas que dejan un poco saborcito amargo.*

(Santiago, 22 años, hijo de oficial)

Mario reflexiona sobre la probabilidad de que se transmita la dinámica de polarización entre las generaciones. El joven reconoce que a lo largo del posconflicto se dio la disputa político ideológica entre el partido ARENA y el FMLN, una lucha sostenida durante el Conflicto Armado. Ahora se da cuenta que la polarización se mantiene entre los simpatizantes de ambos partidos contra aquellos de la nueva fuerza política Nuevas Ideas. De ahí viene su crítica, al considerar que a la niñez y adolescencia se le está socializando para mantener una lucha dañina, similar a la que él experimentó. “Yo soy hijo de un excombatiente, entonces traía una historia en aquel momento, estar en contra de alguien”, explica Mario, pues la misma socialización en su hogar le empujó a declinarse por un bando. “Y ahora lo están viviendo los niños y adolescentes de la actualidad, que son hijos de los que son simpatizantes de Nuevas Ideas y están viendo al de ARENA y FMLN como alguien malo”.

*yo no estoy de acuerdo con algo que en su momento hizo ARENA, con lo que en su momento hizo el FMLN, ¿pero estarlo recordando día con día?, ¿estarle mostrando a nuestros niños, nuestros adolescentes esa pelea? Y los niños y los adolescentes de este momento van a crecer con esto. Para que vea, la historia se sigue repitiendo... Yo soy hijo de un excombatiente, entonces traía una historia en aquel momento, estar en contra de alguien. Y ahora lo están viviendo los niños y*

*adolescentes de la actualidad, que son hijos de los que son simpatizantes de Nuevas Ideas y están viendo al de ARENA y FMLN como alguien malo.*  
(Mario, 26 años, hijo de tropa)

Para cerrar con la descripción de la continuidad del conflicto en el presente y futuro, vale mencionar que todos los relatos anteriores ponen en evidencia que este grupo de jóvenes hacen uso de las memorias del Conflicto Armado para reflexionar sobre la coyuntura actual de país, y su evolución próxima. Es decir, sus memorias del pasado que no vivieron no es mero deleite histórico, más bien funcionan como punto de comparación con lo que están viviendo en su presente, y determinan qué tanto se ha progresado como país.

Por ejemplo, un tema alarmante para algunos jóvenes como Tatiana es la instauración de un gobierno con “tinte fascista”, similar a los del pasado. Justamente, esta joven recuerda que “antes” no había libertad de expresión, y en la actualidad, una de las “principales quejas” hacia el gobierno es que “dentro de poco ya no vamos a poder decir lo que pensamos”. De forma similar, Victoria hace este juego pasado presente para reflexionar sobre las acciones que se han realizado para favorecer la reelección presidencial. “Yo creo que se está repitiendo mucho de la historia anterior”, asevera la joven, cuando recuerda que en el pasado se mantuvo la práctica de querer perpetuarse en el poder. El hecho de tener presente dicho pasado que ella no vivió, le hace concluir que abrir paso a la reelección presencial “es como regresar a cometer el mismo error, porque sí en la Constitución ya estaba escrito que una persona no puede ser reelecta seguido”.

*Del gobierno que se tiene actualmente, una de sus principales quejas es que dentro de poco ya no vamos a poder decir lo que pensamos. En mi cabeza es como “pero tampoco antes”, y por eso la gente se levantó, por gobiernos más como fascismos. Entonces, en su momento yo una vez dije: “no, este gobierno tiene un su tinte fascista medio raro”.*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*Yo creo que se está repitiendo mucho de la historia anterior, porque hace poco... no recuerdo si fue la Asamblea, no me acuerdo muy bien quién fue, pero autorizaron que se pueda hacer una reelección. Entonces podemos llegar a tener ahí un fallo en la política, y decir que esta persona que está ahora va a seguir en el mismo papel (...). Y al menos yo lo veo relacionado mucho con el pasado, porque antes era: “pues, yo me pongo y voy a seguir, y ya”. Es como regresar a cometer el mismo error, porque sí en la Constitución ya estaba escrito que una persona no puede ser reelecta seguido.*  
(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Aunque no solo la memoria a nivel nacional funciona para reflexionar sobre el presente. Victoria utiliza las memorias de su padre en la FAES durante el Conflicto Armado, para criticar las iniciativas de militarización por parte del gobierno actual. Ante una campaña gubernamental para

que la juventud salvadoreña se incorpore a la FAES, las memorias del padre le sirven a la joven para reflexionar que la incorporación obligada del padre a esta institución trajo consigo experiencias negativas en él y su familia. Por ello, considera que estimular a las juventudes actuales a ser parte de la FAES sin mostrarles todo el panorama “es bien injusto”, pues no se les explica que estarán lejos de casa, el salario puede ser distinto al esperado, “que van a recibir malos tratos toda su carrera”, en otras situaciones.

*en qué cabeza cabe decir: “sí, métanse [a la FAES], porque El Salvador seguro, y que no sé qué, el honor y todo eso”, pero no estás dando toda la realidad. Es como lo mismo que le pasó a mi papá, los están casi que arrastrando a esa vida cuando no saben, y son muchachos... Entonces, el incentivar a diestra y siniestra es bien injusto, porque no les van a mostrar lo que es la realidad, y lo que va a ser su realidad después. No tanto en proceso de adiestramiento, sino en su vida, que no van a estar en su casa, que se van a tener que ir lejos, que probablemente no les paguen tanto como ellos creen que se paga, que van a recibir maltratos toda su carrera, porque siempre va haber alguien arriba de vos.*  
(Victoria, 22 años, hija de tropa)

De la cita anterior de Victoria es de resaltar la manera en que las memorias de su padre como militar le permiten comprender de una forma más amplia lo que sucede en su presente, siendo joven. Se da cuenta que la misma situación de las juventudes durante el Conflicto Armado pueden vivir las de la actualidad: la incorporación a una institución armada sin el conocimiento adecuado de lo que implica esto. Es “lo mismo que le pasó a mi papá”, dice Victoria, “los están casi que arrastrando a esa vida cuando no saben, y son muchachos...”. En definitiva, los relatos de este grupo de hijos e hijas de militares evidencian su propia construcción de memorias del pasado bélico, lo que plantea, a su vez, las interrogantes sobre qué tan importante es para ellos y ellas seguir haciendo memoria.

### **c) Posturas y valoraciones sobre la memoria y el olvido del Conflicto Armado**

A la hora de preguntarle a los y las jóvenes sobre su postura respecto al hacer memoria del Conflicto Armado, resulta llamativo que casi la totalidad del grupo de jóvenes considera importante esta acción. Las razones que acompañan esta valoración son variadas, desde considerar que la memoria permite comprender el presente de la sociedad y evitar que este tipo de eventos se repitan, hasta resaltar los beneficios de la memoria para la sanación de heridas del pasado, y el restablecimiento del tejido social. Solo dos jóvenes explicitaron su preferencia por el olvido, debido a los dolores que genera en las personas y sus familias el recordar este pasado.

Una de las razones enfatizada por los hijos e hijas de militares sobre la importancia de hacer memoria es que permite comprender “dónde estás y por qué estás aquí”. Es decir, tanto a nivel social como personal, el conocimiento sobre qué fue lo que pasó, favorece que se identifiquen las

causas de las situaciones del presente, y se otorgue un sentido a lo que se vive en la actualidad. Como lo describe Santiago, entender el pasado del Conflicto Armado, a través de la memoria, también lleva entender “cómo funciona tu mundo ahorita”. Y este mundo no solo es el exterior, sino el interior, ya que los jóvenes reconocen la relación de las memorias con su vida personal (un tema que será abordado en el siguiente apartado). Precisamente, Rocío expone que es valioso establecer un espacio de memoria donde se favorezca la conexión entre el Conflicto Armado “con tu propia experiencia”, “con lo que querés ser a futuro”.

*siempre he considerado que el pasado es bien importante conocerlo, para saber dónde estás y por qué estás aquí. No puedo vivir tranquilo sin saber eso, pues, si han pasado muchas cosas en bastantes rubros, el pasado te influye fuertemente [en] cómo estás aquí, por qué estás aquí.*

*Entonces, considero siempre importante conocerlo, mas no como clavarse... pero sí es importante saber, pues, entenderlo. Y te ayuda un montón a entender cómo funciona tu mundo ahorita.*

(Santiago, 22 años, hijo de oficial)

*[se debe] resaltar la importancia de tener estas imágenes visuales del Conflicto Armado, donde tú podás llegar, y no solo ver una fotografía, sino conectarte con tus recuerdos, con tu propia experiencia, con lo que querés ser a futuro...Es algo sumamente enriquecedor.*

(Rocío, 27 años, hija de oficial)

A la comprensión de las dinámicas del presente por el acto de memoria, también se le suma su importancia en mejorar el tejido social. De acuerdo a estos jóvenes, el pasado ha condicionado las dinámicas psicosociales del presente, “a nivel de vida cotidiana”, como lo menciona Mauricio. Con sus reflexiones, este joven se da cuenta que el pasado le alcanza a él y al resto de la sociedad, cuestión que antes pensaba que no, que solo “afectaba más que todo a la gente que lo vivió”. De ahí su énfasis en la importancia de la memoria “a nivel de tejido social”, en el cual están inmersos los distintos actores sociales, las distintas generaciones.

En esa misma línea, la memoria se menciona como un elemento clave para la sanación de las heridas emocionales y sociales provocadas por el Conflicto Armado. Esto es así, porque de parte de los y las jóvenes hay una consideración de que hablar lo vivido “ayuda a sanar un poco”. Dan cuenta que la represión de lo que se piensa y siente sobre lo que se sufrió no es saludable. En realidad, se necesita experimentar la escucha del “mundo” sobre la perspectiva propia. Victoria describe lo que las personas pueden sentir si comparten sus memorias del Conflicto Armado: “el mundo ya sabe mi perspectiva de eso, ya no estoy callada, hay alguien que me escucha”.

Todo esto tiene que ver con la importancia de “dar un reconocimiento”, como lo expresa Tatiana, a las personas y sus “luchas que eran válidas”. La apuesta por el olvido invalida las experiencias difíciles vividas por las distintas personas que vivieron directamente este acontecimiento, además

de que ha favorecido la “problemática que tenemos”. Para Tatiana, el ejercicio de memoria debe ir enfocado a saber qué fue lo que pasó, y también a conocer y escuchar las historias de estas personas.

*nadie mencionaba la importancia que tiene a nivel de tejido social... a nivel de la vida cotidiana, la actualidad, etcétera. Entonces, pensaba que era algo que afectaba más que todo a la gente que lo vivió (...). Ahora como que lo dimensiono un poco más, aunque quizás no piense tanto en ello, pero sí lo dimensiono. Entonces, creo que mucho tiene que ver la universidad, la carrera [estudiada].*

(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)

*yo siento que es bastante importante seguir construyendo esto de la memoria histórica, porque el solo hecho de que la gente que lo vivió, la gente que lo sufrió hable y diga: “esta es mi realidad”, eso ayuda a sanar un poco. Quizás no en totalidad, quizás no van a regresar el montón de muertos, el montón de desaparecidos, el montón de gente que se perdió, pero por lo menos esa gente va a poder expresar lo que ellos piensan, lo que ellos sienten, para decir: “el mundo ya sabe mi perspectiva de eso, ya no estoy callada, hay alguien que me escucha”.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

*Creo que el hecho de que solo sea como “ya pasó, ya estuvo, ya olvidémonos de esas cosas” es lo que ha causado toda la problemática que tenemos. De uno u otro modo hay que dar un reconocimiento hacia esas personas, hacia esas vidas, hacia esas luchas que eran válidas. (...) Sepamos sus historias, sepamos qué pasó, escuchemos, porque ellos ya no pueden [contar su historia].*

(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

De las razones más repetidas sobre la importancia de hacer memoria, está aquella que remite a aprender de los errores del pasado, con la finalidad de no repetirlos. En otras palabras, los hijos e hijas de militares valoran que el recuerdo del Conflicto Armado evita que se repita un acontecimiento como este, de ahí la relevancia tanto para el presente, como para el futuro. Por ejemplo, Aurora comparte a través de su relato que habría que hacer memoria para que no se dé “una guerra otra vez”, por tanto, “es importante que las generaciones que vienen conozcan (...) lo que el país tuvo que pasar”.

La idea de no repetición con énfasis en las nuevas generaciones también es sostenida por Mario, quien claramente expone que “la memoria y el recordarlo sirve para no cometer errores a futuro”. Llama la atención que su reflexión se mueve en un plano político también, cuando expresa que los futuros “funcionarios públicos” deberían de conocer qué fue lo que pasó durante el Conflicto Armado, pues al saber “todas las repercusiones que tuvo”, “no van a volver a quererlo hacer”. Este

tipo de análisis no es menor, ya que advierte de la continuidad de malas prácticas en la esfera pública, aunque los actores sean de generaciones jóvenes.

*es la historia de El Salvador... creo que sí es importante que las generaciones que vienen conozcan, conozcan y sepan por lo que el país tuvo que pasar. Que conozcan un poco de la historia (...) para que no se vuelva a cometer como ese mismo problema, y volver a caer como en una guerra otra vez. Creo que es bueno conocer un poco sobre la historia del país.*  
(Aurora, 28 años, hija de tropa)

*[hacer memoria] va a servir a futuras generaciones (...) personas que pueden ser en un futuro, como por decir, funcionarios públicos. Y no vayan a caer en este error nuevamente, porque si saben que ya existió, todos los efectos que esto tuvo, todo lo que causó, todas las repercusiones que tuvo, cuando conozcan todo esto, pues, obviamente, no van a volver a quererlo hacer. Y si no existe una memoria de esto que sucedió, vamos a volver a caer en la misma situación. Trayendo un ejemplo, yo sé que mis papás no quisieran que yo viviera una guerra, porque ellos lo sufrieron. Entonces, si ellos no contaran la historia, y hubieran borrado el “chip”, volviéramos a la misma situación, y yo viviera ese acontecimiento que va a dañar psicológica, física y todo a nivel personal y social. Entonces la memoria y el recordarlo sirve para no cometer errores a futuro, y saber que existió algo mal que tuvo sus defectos, que tuvo sus negativos, para que no vuelva a suceder.*  
(Mario, 26 años, hijo de tropa)

Las citas anteriores ponen el foco en la relación entre las memorias del Conflicto Armado y las nuevas generaciones. Precisamente, son los mismos jóvenes quienes consideran importante que dichas generaciones asuman una postura activa sobre ese pasado no vivido, a través de la reflexión sobre cuáles son sus impactos actuales en la sociedad y las personas. Jóvenes como Rocío reconocen que la sociedad en general, y la juventud en particular, deberían hacerse “preguntas activas” a propósito del Conflicto. Por ejemplo, “¿cómo lo viven en tú casa?, ¿cómo crees que lo piensan?, (...) ¿cómo lo está viviendo tú mamá?, ¿cómo lo vive tú papá?”. En definitiva, se vuelve imprescindible un involucramiento en la construcción de memorias, a partir del diálogo con los otros que vivieron dicho pasado, pero también con los que no.

A partir de esta forma reflexiva de acercarse al Conflicto Armado, se reconocería, de acuerdo a Victoria, que “no todo es negro, blanco”; es decir, que hay matices, y que el sentido de lo que pasó va a variar dependiendo de “la realidad de cada quien”. Sus consideraciones, como la de otros jóvenes, es que las nuevas generaciones puedan “crear su criterio”, echando mano de los elementos históricos a su disposición. Se embarcaría en la construcción de conocimiento respecto al pasado, el cual puede ser utilizado para actuar en su propia realidad. Al igual que Mario, Victoria ve como población clave “jóvenes que se quieren meter a la política”, además de aquellos que, desde un

plano académico, se dediquen a la investigación de la memoria histórica de la guerra, “aunque ellos no la vivieron”.

*[hay que] reflexionar todo lo que te rodea, pero haciéndote preguntas activas. No solo tú asumiendo que estás en un lugar, sino preguntándote: ¿cómo lo viven en tú casa?, ¿cómo crees que lo piensan?, ¿qué piensan de la guerra tus hermanas?, ¿cómo lo está viviendo tú mamá?, ¿cómo lo vive tú papá? Son preguntas activas que uno debería hacerse, la sociedad debería hacerse después de pasar un conflicto como el que nosotros pasamos, la guerra civil.*  
(Rocío, 27 años, hija de oficial)

*no todo es negro, blanco... y la perspectiva va a variar de la realidad de cada quien. Entonces, yo digo que cuando estos jóvenes ya vean que de ambos lados hubieron cosas irregulares y malas, ellos van a poder crear su criterio y decir: “ok, pasó esto por esto”. Y van a unir hechos históricos: pasó este movimiento o esta represalia o hubo este asesinato, no sé qué... y decir: “ok, ahora este conocimiento que yo tengo lo puedo ocupar para mi realidad”. Jóvenes como los que somos ahora investigando acerca de la memoria histórica, jóvenes que se quieren meter a la política, jóvenes que quieren seguir recabando en la historia, aunque ellos no la vivieron, pero desde una perspectiva quizás que beneficie, y que ya no cree más conflicto.*  
(Victoria, 22 años, hija de tropa)

La cita anterior introduce otro de los elementos clave en el hacer memoria de este grupo de hijos e hijas de militares. Victoria aboga por recordar el Conflicto Armado, “pero desde una perspectiva quizás que beneficie, y que ya no cree más conflicto”. Su postura por la memoria es aquella “no tan de pleito”, como lo menciona Santiago, sino aquella que busque romper con la conflictividad del presente, y colabore en encontrar “soluciones de esos problemas que han quedado en base al Conflicto”, de acuerdo a Esteban. En otras palabras, se asume como importante a la memoria, siempre y cuando sea un elemento que sume a la solución de los problemas actuales, y no que sirva para mantener la pugna constante entre los distintos actores sociales.

Santiago insta a la memoria del Conflicto Armado, con la finalidad de “ir abriendo un poco más la perspectiva”, además de “ir perdiendo un poco esa bipolaridad” arrastrada a lo largo del posconflicto. Habría, entonces, que encontrar “el punto medio de entender qué pasó, y poder solucionar todo eso que pasó”. Con esa mirada conciliadora y enfocada en soluciones para las secuelas del Conflicto, Esteban le apuesta a que, con la memoria, nos preguntemos “¿qué podemos hacer para que esto pare y para no volver a que pase de nuevo?”.

*El Conflicto Armado era un evento muy relevante que merece la atención y estos esfuerzos [como la investigación], para ir abriendo un poco más la perspectiva. Permitir que más gente pueda entenderlo más abiertamente, e ir perdiendo un poco esa bipolaridad, para que el criterio*

*ya sea un poco más objetivo y no tan de pleito. Más de buscar algún tipo de acuerdo, el punto medio de entender qué pasó, y poder solucionar todo eso que pasó, pues.*  
(Santiago, 22 años, hijo de oficial)

*las secuelas del Conflicto Armado van a seguir hasta que se encuentre una solución de cómo mantener y decir: “ey, esto se creó en base a esto, en base a conflictos, ¿qué podemos hacer para que esto pare y para no volver a que pase de nuevo?”, y [buscar] soluciones de esos problemas que han quedado en base al Conflicto.*  
(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

Además de Santiago y Esteban, otros hijos e hijas de militares como Mauricio, Tatiana, Rocío, Victoria y Mario concuerdan que el hacer memoria del Conflicto Armado no debe ser para mantener el conflicto mismo, la polarización social tan arraigada en la sociedad; más bien para comprender(nos), buscar soluciones y reparar. En esa sintonía, resulta imprescindible la consideración de las distintas versiones del pasado, particularmente aquella que verse sobre el bando militar, el cual es poco conocido, según lo exponen. El desconocimiento de estas memorias militares tiene que ver con distintos factores, entre los que destaca el miedo a hablar, por las posibles represalias que conlleve, como ir a la cárcel.

Los relatos de Victoria y Tatiana retratan de buena forma esta dinámica de silencio por parte de las memorias militares, identificadas de primera mano en sus familias y ellas mismas. Precisamente, Tatiana considera que a la base del miedo están estas ideas de “nos van a fregar” o “nos van a meter presos” si se habla del pasado. Esta tendencia impide que “aprendamos nuestra propia historia”, y mejor se le apueste al olvido. Lo mismo establece Victoria, a partir de sus propias experiencias como hija de militar; ya que, según ella, “hay un estigma con esto de los militares”, lo cual le ha obligado a “ocultar” e “invalidar” su propia historia de vida y la de su padre, lo que le parece inadecuado, pues “ambos lados han sufrido”.

*creo que como sociedad hay que empezar tratando de quitarse eso que lo que hay que hacer es olvidarlo, porque no, hay que... merece ser hablado de eso, y que aprendamos nuestra propia historia. Pero mientras haya un esfuerzo de no querer hablarlo, no querer desenterrarlo [no será posible] ... Y hay mucho miedo siento yo. Siento que hay mucho miedo, así como... “es que nos van a fregar” o “nos van a meter presos”, lo que sea. Creo que hay mucho de eso que tampoco permite [hablar del pasado].*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*quizás mi experiencia no sea igual a la de otras personas que van a venir, pero esta es mi realidad, y por tantos años, por toda la vida la he tenido que ocultar o que invalidar; o sea, decir: “púchica, aquel sufría más”, solo porque hay un estigma con esto de los militares, pues. Y yo no fui parte, yo no soy una persona que sea parte de, o anime a alguien a ser parte de, nada*



*que ver. Como decía, pues, yo me considero bastante neutra, porque ambos lados han sufrido, entonces no me voy a poner de ninguno de los dos, pero sí como mi experiencia así familiar sí me toca, entonces yo dije: “bueno, si no voy, va alguien más; pero, entonces, ¿cuándo voy a hablar de esto?”.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

La cita anterior de Victoria demuestra una reflexión profunda de su parte, además de caracterizar los impactos subjetivos experimentados, a propósito de un pasado no vivido (temática a ser abordada en el siguiente apartado). Su tenencia a "ocultar" e "invalidar" su propia "realidad" por este miedo constante a sufrir represalias, conduce a preguntarse: ¿qué efectos tiene esto para su identidad personal y social? Por otro lado, la joven muestra un deseo genuino de hablar del pasado, y compartir aquello que su papá no puede; ahí su atrevimiento a ser parte de la investigación. Podría interpretarse que estos jóvenes entrevistados han sido el medio a través del cual su padre ha habla de su pasado bélico, porque quizá poco ha podido. Serían, entonces, las nuevas generaciones quienes podrían facilitar las condiciones necesarias para que la generación que vivió el Conflicto Armado pueda hablar, pueda sanar.

Puede pensarse que esas condiciones ya se van generando, cuando se identifica que estos hijos e hijas de militares asumen una postura por escuchar las distintas versiones del pasado, y no solo una en específico. Quizá, su condición del después les da la posibilidad de mirar con mayor amplitud el panorama del pasado para darse cuenta que, tanto un bando como el otro sufrió los embates de la guerra, razón suficiente para escuchar qué fue lo que vivieron. De nueva cuenta, los relatos de Victoria y Tatiana representan de buena forma estas ideas.

La primera joven empieza aseverando que “a partir de hablar la gente sana”, de ahí su postura por hacer memoria. Además, cree que “reprimir la memoria histórica no es justo, porque al final lo que pasó antes puede volver a pasar”. Con la finalidad de evitar aquello, le apuesta al trabajo de la memoria “desde un sentido objetivo”, lo que significa el asumir que, de los bandos, “ninguno fue totalmente bueno, ninguno fue totalmente malo”. Habría, entonces, que “construir la historia completa para saber realmente cómo se dio”.

Algo similar propone Tatiana, quien da pista de qué hacer en nuestra sociedad de posconflicto. Pone la metáfora de llenar una mesa de fotos/historias que permita ir construyendo "una imagen un poco más completa", que favorezca la comprensión de lo que pasó, y a partir de ahí “decidir qué vamos a hacer” como sociedad. “Pero para eso hay que desenterrar todo”, expresa claramente, y “de ambos lados”. Evidentemente este ejercicio no es fácil, ella concluye que siendo parte de la investigación pudo “desenterrar un poquito”, “pero hacen falta muchas cosas”. Este relato deja implícita la idea de un largo proceso social, en el que todos y todas estamos implicados.

*¿Consideras que es importante seguir haciendo memoria del conflicto armado? Sí, porque siento que a partir de las historias la gente sana, o sea, a partir de hablar la gente sana. Y reprimirlo, también aparte que no es algo beneficioso, tampoco es justo. O sea, reprimir la memoria histórica no es justo, porque al final lo que pasó antes puede volver a pasar, y se puede evitar con saber la historia justamente. Entonces, yo digo [que] no hay que llegar a eso del olvido de no existió, no hubo, no hay. No hay que llegar a eso, sino que hay que seguir construyendo lo que pasó, pero desde un sentido objetivo. Decir: “esto fue lo que pasó, hubieron diferentes actores, ninguno fue totalmente bueno, ninguno fue totalmente malo, pasó estos diferentes hechos históricos como las matanzas, porque eso pasó, o sea, de que pasó, pasó”. (...) Yo creo que eso es bueno, o sea, construir la historia completa para saber realmente cómo se dio.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

*es como imaginarme toda esta mesa llena de fotos [señala las fotos que llevó para la entrevista], y ya completamos bastante. Falta. Ya completamos bastante de este lado, pero también, quizás, podemos ir al mismo tiempo con aquella, para ir formándonos una imagen un poco más completa, y decidir qué vamos a hacer. Pero para eso hay que desenterrar todo, ajá, eso es lo que siento que hay que hacer. O sea, para mí esto fue como un desenterrar un poquito, y hay cosas que yo he podido contar y todo, pero hacen falta muchas... ¿De ambos lados? De ambos lados, correcto. Y por eso me llamó mucho la atención poder participar de esto, porque sí siento que son historias que hay que decir.*

(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

En esta cita anterior, Tatiana expresa que las historias de ambos lados “son historias que hay que decir”, y para ello habría que embarcarse en un proceso de desenterrar el pasado, que no es fácil. Lo complicado se debe, entre otros factores, a que esta acción es muy dolorosa, porque implica recordar acontecimientos trágicos para las familias salvadoreñas. Precisamente, la mayoría de jóvenes concuerda que es importante hacer memoria en un plano general, no obstante, cuando se trata de un plano más íntimo, vinculado a la familia, la postura se vuelve más compleja. Así lo demuestran los relatos de Josselyn y Raquel, quienes también consideran la vía del olvido.

El relato de Josselyn es interesante, pues refleja el dilema de recordar u olvidar. Le apuesta a lo primero, porque es importante para llevar un registro; pero también se decanta por lo segundo, “para no tocar esos sentimientos, esa memoria, volver a recordar ese dolor de lo vivido”, cuando se hace desde un plano personal. En ese caso, es “mejor que quede así”, en silencio. Ante ese dilema, su postura “es como un sí y un no” recordar. En el caso de Raquel, ella le apuesta al olvido claramente, y por razones similares: “que se olvide”, “por lo que sufrieron mis padres”.

*¿Consideras que es importante seguir haciendo memoria del Conflicto Armado? Sí, es importante hacer memoria del Conflicto Armado, porque quedan en registros físicos de lo*

*sucedido. Pero ya si hablamos así de manera personal de la gente, se puede pensar de que mejor que quede así, para no tocar esos sentimientos, esa memoria, volver a recordar ese dolor de lo vivido. A pesar de que ya hayan pasado años, verdad, es como que todavía está muy presente.*

*Entonces es como un sí y un no.*  
(Josselyn, 20 años, hija de tropa)

*Yo digo que mejor ya olvidar ya, usted, porque lo que mis papás sufrieron ahí, no es muy bueno. ¿Entonces, para usted mejor...? Que se olvide. ¿Por qué? Por lo que sufrieron mis padres.*  
(Raquel, 25 años, hija de tropa)

Más allá de las consideraciones al olvido por las jóvenes antes mencionadas, otros hijos e hijas de militares mantienen la intención de transmitir las memorias del Conflicto Armado a su propia descendencia. Jóvenes como Mario, Camila, Mauricio y Tatiana, de darse el caso, les compartirían a sus propios hijos los recuerdos que en su momento les han transmitido a ellos. No obstante, las intenciones y las formas de transmisión tendrían sus condiciones. Por ejemplo, Mario enfatizaría que su padre, combatiendo como militar, también “fue víctima de ese acontecimiento que otras personas ocasionaron”; no callaría, porque “es bueno contarlo”. En el caso de Camila, también transmitiría la historia de su padre, pero solo aquello “chistoso”, pues lo “malo que le pasó, ¿para qué?, si ya con verlo va a entender que le pasó algo malo”. Vale recordar que su padre sufrió discapacidad por el accidente con una mina antipersona.

*Y en tu caso, ¿tú le contarías a tus hijos todas estas experiencias que conoces de tu papá y las vivencias que él te ha contado? Sí, yo sí se las contara, porque igual, como digo, es algo que no me causa, como decirlo, repercusiones personales, decir que yo no me sienta orgulloso de él. Sé que fue un acontecimiento que no lo provocó él, sino que él fue víctima de ese acontecimiento que otras personas ocasionaron. Entonces pienso yo que es bueno contarlo.*  
(Mario, 26 años, hijo de tropa)

*Todas estas historias que has contado de tu papá, de sus experiencias en la guerra, ¿vos las transmitirías a tu descendencia? Sí, pero lo mismo que él me transmitió a mí que eran las vivencias, lo chistoso. Podíamos pasar horas hablando de las cosas chistosas que le pasaron. De algo malo que le pasó, ¿para qué?, si ya con verlo [alguien] va a entender que le pasó algo malo [accidente con mina antipersona]. O sea, ¿para qué querés saber más?, ¿para qué querés ensuciarle la mente a alguien? Mejor que lea un libro de lo que pasó, para que le querés ensuciar la mente a alguien.*  
(Camila, 29 años, hija de oficial)

Para Mauricio “sí sería importante” esta transmisión de memoria a su posible descendencia, aunque preferiría que fuesen sus padres quienes se lo transmitieran directamente a los posibles nietos. El joven aclara que no contaría con orgullo que su padre fue combatiente militar, sino que

enfataría el sufrimiento que este pasó durante el Conflicto Armado, quizá, buscando la validación intergeneracional de estas experiencias adversas. Llama la atención que tendría intenciones distintas a las de Camila, quien prefiere contar solo lo “chistoso”, porque con lo malo se puede “ensuciar la mente” de alguien. Habría aquí dos formas de valorar las memorias de dolor, las cuales condicionarían qué transmitir y qué callar: una que busca hablar de lo sufrido para validarlo, y otra que solo contaría lo agradable, porque lo otro afecta subjetivamente.

*en caso de tener hijos, creería yo que sí sería importante [contarles del pasado]. Quizás, no que lo sepan de mí, pero que lo sepan directamente de mis papás. Que sepan cuál es la historia, que yo sé que también tendrían la disposición y la capacidad de hablarlo. Entonces, no sé, sería interesante... (...) No lo contara como “qué chivo [genial] anduvo combatiendo”. No, realmente fuera como de “anduvo combatiendo, le toco combatir... la pasó mal... y que te cuente mejor él”, creo que algo así, nunca me he puesto a pensar como en eso.*  
(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)

Tatiana cree que, de tener hijos: “yo diría todo lo que sé sinceramente, porque creo que es mejor decir las cosas que uno sabe”. No obstante, esperaría a que sus hijos sean grandes para compartirles específicamente lo que sabe de su padre como militar en el Conflicto Armado. Resulta llamativo que no mantendría “en secreto” este pasado, “no se lo ocultaría”, dando a entender que este resguardo podría ser contraproducente, así como ella lo ha experimentado a lo largo de su vida. Ahora bien, resaltaría, de igual manera, su desconocimiento de qué es lo que hacía su padre como militar, porque sabe poco o no lo sabe. En ese sentido, les aclararía a sus futuros hijos: “esto es lo que yo sé, esto es lo que yo te puedo decir”.

*me pongo a pensar como en este ejercicio y yo enseñándoselas si tuviera hijos. Entonces, si me preguntaran: “¿quién era? o ¿quién fue mi abuelo?”, quizás empezaríamos acá [señala foto de padres jóvenes], y le diría como “vaya, abuela, abuelo... esta era yo pequeña, y esas son cosas que hice en la universidad que me gustaron mucho” (...). Y estas [fotos de padre como militar], yo siento que yo no sería capaz de no decirlas. Si yo tuviera hijos, creo que no sería alguien que tomara en secreto quién fue militar. Creo que sí lo haría, pero no le pondría mucha importancia, o no hablaría tanto de eso, probablemente hasta que sean personas grandes y les pueda decir todo, o por qué no se hablaba de eso en la casa (...). Siento que un niño curioso me preguntaría: “¿y que hacía?”. Y le diría: “pues, no sé”, la verdad es que no sé. (...) Sí siento que yo diría todo lo que sé sinceramente, porque creo que es mejor decir las cosas que uno sabe... **¿O sea que no lo ocultarías?** No se los ocultaría. (...) Creo que sí les contaría todo. Solo que sí, sería como “esto es lo que yo sé, esto es lo que yo te puedo decir”.*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

Aunque las formas y contenidos de transmisión varíen entre los y las jóvenes, resulta relevante la intención misma de hacerlo. Ante un contexto histórico de posconflicto que ha buscado

estructuralmente imponer el silencio y olvido, las acciones de hijos e hijas de militares iría en dirección contraria. La opción por no ocultar lo poco que se sabe de su padre a la futura descendencia de estos jóvenes, implicaría una ruptura significativa a un patrón familiar al cual se han enfrentado constantemente: el silencio. Es posible interpretar, entonces, que las nuevas generaciones podrían tomar acción contra la cultura del silencio y, con intención de reparar de las heridas del pasado y aprender de este, buscarían contar.

### ***5.2.2 Lo que me hace ser quién soy: memorias de hijos e hijas de militares y su proceso de exploración personal***

Esta es la primera trama narrativa que emerge a partir de los relatos de vida de los jóvenes hijos e hijas de militares, desempeñados como oficiales y como tropa. Tal trama gira en torno al mismo joven, y cuenta sobre quién es y por qué es así. Se hace un recorrido por el proceso de exploración personal que dichos jóvenes han experimentado, que los vincula con este gran acontecimiento del Conflicto Armado, con la participación de su padre en él, tanto como personaje protagónico como fuente de relato.

#### **a) Conexión personal con un pasado no vivido: socialización y afectaciones directas**

Todos los y las jóvenes entrevistados nacieron después del 16 de enero de 1992, fecha en que se firmaron los Acuerdos de Paz que dieron fin formal al Conflicto Armado. Como ya se ha mencionado, estos jóvenes no vivieron directamente tal acontecimiento; no obstante, sus relatos de vida ponen de manifiesto que existe una conexión importante con el mismo, lo que ha condicionado su subjetividad y sus relaciones sociales. En buena medida, dicha conexión es posible por la mediación de su padre militar y su familia, pues las experiencias del pasado paterno y familiar hicieron posible su existencia, y condicionaron su rumbo de vida durante el posconflicto.

En esa línea, la mayoría de jóvenes, a excepción de un par de hijos de tropa, reconocen que su existencia ha sido posible porque aconteció el Conflicto Armado, en el cual su padre fue un personaje participante en el bando militar. Ya lo asevera Camila: “¿qué es el Conflicto Armado para mí? Es lo que le cambió la vida a mi papá, pero probablemente por lo que nosotros nacimos [ella y hermanos]”. Por tal motivo, el significado de qué es para ellos el Conflicto Armado remite, en buena medida, a la posibilidad de existir, tanto su familia como su persona. Es llamativa esta consideración, pues un pasado de violencia que podría ser lejano para esta población, en realidad, es asumido explícita o implícitamente como parte de sí mismos: “prácticamente existo por el Conflicto Armado”.

*Si me preguntas para mí personalmente... ¿qué es el Conflicto Armado para mí? Es lo que le cambió la vida a mi papá, pero probablemente por lo que nosotros nacimos [ella y hermanos]. Entonces, si eso no hubiera pasado yo no estaría acá. (...) Si no hubiese sobrevivido [su papá],*

*obviamente yo no estaría aquí, y si él no hubiera tenido el accidente, entonces su carrera hubiese llegado a otro punto y no hubiese conocido a mi mamá y yo tampoco estaría aquí. Entonces, no sé, no se sabe, pero es parte de la vida de él y obviamente es parte de mi vida...*  
(Camila, 29 años, hija de tropa)

*mis padres se conocen, mi padre siendo combatiente, mi padre militar y mi madre estando trabajando con [un organismo internacional] en ese entonces. Se conocen en el proceso de los Acuerdos de Paz; entonces prácticamente existo por el Conflicto Armado...*  
(Santiago, 22 años, hijo de oficial)

*Te traigo la representación de qué es el Conflicto Armado para mí, pues, como te digo: sin el Conflicto Armado creo que no existiéramos ni mi hermano ni yo, ni mi papá estuviera con mi mamá, y solo Dios sabe dónde estuviera mi abuelita.*  
(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

A través del relato de los y las jóvenes es posible identificar que el acontecimiento del Conflicto Armado, y la participación del padre militar en él, se configura como punto de origen de la vida familiar; y en algunos casos lo reconocen como el inicio de la misma historia del joven. La conexión con dicho pasado suele seguir una ruta similar en la mayoría de casos: el papá participa en el pasado desde el bando militar, en algunos casos sufre un accidente, y es por la misma vía militar que conoce a la madre de los y las jóvenes. Dicho encuentro posibilita una unión afectiva que desemboca en el origen de la familia que son ahora, y en la cual se han socializado a lo largo del posconflicto.

Por ejemplo, Esteban relata que su padre se desempeñaba en artillería, y se desplegaba en el pueblo de donde es originaria la madre del joven, donde se conocieron. En el caso de Mauricio, su padre sufre un accidente durante un combate, es llevado a un hospital donde la madre del joven se desempeñaba como enfermera, y ahí se conocen. Historias parecidas donde sus padres se encuentran por situaciones ligadas al Conflicto Armado o al área militar se identifican en los relatos de vida de Santiago, Mauricio, Esteban, Camila, Raquel, y Carmen.

***¿Cómo hubiera sido tu historia sino se hubiera dado el Conflicto Armado? Desconozco, porque de hecho mi papá conoció a mi mamá, porque él estaba en artillería ahí por [menciona un lugar] y mi mamá es de [menciona un lugar]. Entonces él iba al pueblo y la conoció. O sea, creo que si no se hubiera dado en el Conflicto Armado no estuviera acá, por así decirlo.***  
(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

*si mi papá no hubiera vivido lo que vivió, yo no sería lo que soy, así lo veo yo. (...) no quiere decir que sea respuesta cien por ciento del Conflicto, pero lo que pasó en el Conflicto permitió*

*que mi familia sea la familia que se dio, pues. Probablemente no se hubieran conocido mis papás, [porque] se conocieron por la vía militar y por compañeros de guerra...*  
(Camila, 29 años, hija de tropa)

Lo relatado anteriormente pone de manifiesto una valoración positiva de lo ocurrido por parte de los y las jóvenes. En su proceso activo de darle sentido a lo que pasó, aparecen interpretaciones como la de Camila, quien cree que en cierta medida ella y su familia son respuesta al sufrimiento experimentado por su padre durante el Conflicto Armado: “lo que pasó en el Conflicto permitió que mi familia sea la familia que se dio”. Asimismo, Santiago resalta que no todo fue negativo en el pasado, ya que por tal experiencia emergieron “varias cosas positivas que hay que aceptarlas”, entre ellas su nacimiento y la formación de su familia actual.

*si bien hubieron montón de atrocidades por parte del Conflicto, un par de cosas buenas salieron; no estoy diciendo que yo sea una cosa buena... (se ríe) Me refiero... Nueva vida, una nueva historia... Entonces, por eso es que traía esta foto principalmente... Se insiste bastante en todo lo negativo del Conflicto, pero sí hay varias cosas positivas que hay que aceptarlas, pues, que son un hecho. Ese era el motivo real de traer esta foto.*  
(Santiago, 22 años, hijo de oficial)

En la misma línea, la consideración del Conflicto Armado como un acontecimiento fundacional de la vida familiar se refuerza al plantear la interrogante del qué hubiera pasado si dicho pasado no se hubiera dado. Aquí aparece una reacción de sorpresa en los y las jóvenes, ya que son preguntas que no se habían hecho, además de las dificultades de imaginar una vida familiar, paterna y personal sin la experiencia bélica. Mauricio lo reconoce al decir que “Me cuesta imaginármela, verdad, una vida sin eso, sin que mi mamá y mi papá hayan estado inmersos en ese tema del Conflicto...”; y Rocío es más contundente al concretizarlo con su vida propia: “no me imagino mi vida sin una guerra”.

*Si la guerra no se hubiera dado ¿cómo crees que sería tu historia ahora? Hijole... (se ríe)  
Pues, no sé si estuviera para empezar... pero imaginando que mis papás se hubiesen conocido...  
No sé, me hubiese gustado imaginar que sería como... mi papá siendo arquitecto, algo que le gusta... Me cuesta imaginármela, verdad, una vida sin eso, sin que mi mamá y mi papá hayan estado inmersos en ese tema del Conflicto...*  
(Mauricio, 29 años, hijo de tropa)

*Imaginate, esta es mi historia, pero ¿qué hubiera pasado si lo hubieran matado [a su padre]?  
¿Qué pasa con el resto de la historia?*  
(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

*no me imagino una vida sin ese Conflicto (...), y básicamente es porque esos conflictos han existido en toda la historia de la humanidad, en cada una de las sociedades. (...) Mientras siga la prevalencia de unos intereses sobre otros de manera desigual creo que siempre se va a dar eso. Así que no te pudiera contestar esa pregunta, porque no me imagino mi vida sin una guerra.*  
(Rocío, 27 años, hija de oficial)

Además de la consideración del Conflicto Armado como punto de origen de la vida familiar, la conexión de las y los jóvenes entrevistados con este pasado no vivido se refuerza con el descubrimiento de que la historia de su padre y familia es la suya también. Se observa que en varios de los relatos de vida de estos jóvenes se hace una apropiación de la historia del padre como continuidad de la suya, en la medida que tales experiencias han condicionado directamente la vida del joven hasta ahora. Por ejemplo, Mauricio dice: “esta es mi historia también. Te la estoy presentando. También es mía...”, mientras le comparte a su novia las fotografías de su padre siendo militar en el pasado bélico, como si se tratara de la revelación de otra faceta de su propia identidad, que su novia no conocía.

En esa misma línea, siempre en interacción con fotografías, Tatiana reflexiona que su historia empieza antes de su propio nacimiento, pues se ubica en el momento en que su padre forma parte de la FAES durante el Conflicto. La razón de tal interpretación estriba en que “mucho de lo que él [su padre] hizo aquí, aunque no quiera, sí se ha filtrado en mi vida”; es decir, tiene una relación a la configuración de su subjetividad.

*yo le mande fotos a mi novia (...), le mande muchas de las de mi papá. Entonces me puse a pensar... o sea, esta es mi historia también. Te la estoy presentando. También es mía...*  
(Mauricio, 29 años, hijo de tropa)

*Este es el lado de él que no conozco, pero aquí obviamente empieza mi historia [señala foto del padre como militar en el Conflicto Armado], porque mucho de lo que él hizo aquí, aunque no quiera, sí se ha filtrado en mi vida o en lo que es hoy o en los gustos que he ido teniendo o en cómo me he ido desarrollando como persona...*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

Ahora bien, la consideración del pasado paterno como parte de su relato de vida no significa que sea una réplica de experiencias o personalidades. En otras palabras, los y las jóvenes reflejan con su relato que su propia historia no es una reproducción del papá, lo que posibilita la distancia suficiente para evaluar dicho pasado durante el cual no habían nacido. Este hallazgo pone de manifiesto una tensión importante en las memorias de esta población, ya que su proceso de exploración personal es inacabado, y en su dinámica aparece la interrogante de cuán propia o ajena es la historia del padre respecto a la vida personal.



Lo anterior se ejemplifica con el caso de Santiago. En un primero momento, este joven reconoce expresamente que el pasado es “parte de mi historia”, y por lo mismo “no podría ni negarlo, ni obviarlo”. En un segundo momento, él mismo aclara que “lo que haya pasado no fuiste tú”, en alusión a que las acciones que realizó el padre durante el Conflicto Armado no le pertenecen a él; por tal motivo, no siente vergüenza por su propia historia, ni por la de su padre: “tener pena de tu pasado no resuelve nada”, sentencia. La situación descrita refleja un punto de complejidad en el relato de vida para los hijos e hijas de militares, ya que se encuentran en la incertidumbre de qué tanto del pasado paterno hacerlo propio, y qué tanto declararlo como ajeno a su vida.

De esto dependería la emergencia de determinadas emociones al hacer memoria, así como las afectaciones subjetivas que el relato mismo pueda generar. No es lo mismo recordar un pasado asumido como propio, que uno que se considera poco vinculado a la vida personal.

*es parte de su identidad, y quiérase o no, es parte de mi historia es algo que no podría ni negarlo, ni obviarlo.*

(Santiago, 22 años, hijo de oficial)

*lo más importante, lo que haya pasado no fuiste tú; y segundo, así es tu historia y tener pena de tu pasado no resuelve nada.*

(Santiago, 22 años, hijo de oficial)

Es importante señalar que no todos los hijos e hijas de militares visualizan esta conexión de vida con el pasado bélico, lo que también es otra evidencia de la complejidad y diversidad de esta población. Casos como los de Mario y Raquel exponen que el Conflicto Armado no tiene mayor incidencia en su “vida personal”, pues no identifican que los efectos negativos de dicho pasado les alcancen. Al respecto, queda abierta la interrogante para pensar si tales consideraciones se deben a que su exploración personal todavía está en una etapa inicial, y quizá más adelante descubran la interrelación con este acontecimiento. De momento consideran que si la guerra no se hubiera dado su vida seguiría “igual como está ahora, bien”.

*Si la guerra no se hubiera dado, ¿cómo crees que sería tu historia de vida ahora? Pensaría que sería la misma, en el sentido de que, como repito, yo no he sentido mucho los efectos negativos o la incidencia de esta en mi vida personal...*

(Mario, 26 años, hijo de tropa)

*Si la guerra no se hubiera dado, ¿cómo cree usted que sería su vida ahora? Pues yo digo que igual como está ahora, bien.*

(Raquel, 25 años, hija de tropa)

Y es que la conexión de vida de los hijos e hijas de militares con este pasado bélico no se da de manera espontánea, necesariamente. Algunos jóvenes ya habían estado cuestionándose sobre estos temas antes de participar en la investigación; no obstante, otros pudieron identificar que sus propios relatos de vida están atravesados por un acontecimiento que no vivieron, gracias al proceso de entrevista y fotoelicitación. En otras palabras, la puesta en diálogo de sus memorias personales, paternas y familiares con una tercera persona, en un espacio medianamente seguro, les llevó a atar cabos sueltos, y con ello, a experimentar emocionalmente dicha conexión. Se evidencia, entonces, la importancia de las relaciones sociales en el proceso de construcción de posmemorias, las cuales pueden facilitar o dificultar las aproximaciones al pasado no vivido.

Un ejemplo de este punto es el caso de Mauricio, quien logra conectar su “vida personal” con la “memoria histórica” del Conflicto Armado, específicamente la memoria de su padre y su familia. Un momento de tal descubrimiento fue cuando le mostró las fotografías de su padre como militar a su novia, con lo cual se da cuenta que la historia de su padre también es suya. Otro momento se da en medio de la entrevista con uno de los investigadores, la cual califica como “la parte más emocional” de ese diálogo. El joven siempre ha considerado que la memoria histórica es importante, pero no había podido conectarla de una manera más directa con su vida. Expresa: “hasta ahorita estoy conectando esta historia con mi vida personal”, para luego cuestionarse por qué, dada esta vinculación, nunca ha recogido las historias familiares: “ahorita no podría dar una respuesta”, se sincera.

*me he cuestionado de que... (...) sé tan poco de mi papá... que es como... Creo que es importante hacer la memoria histórica, pero por ratos como que no lo conecto. Hasta ahorita voy conectando, y que fue la parte más emocional [durante la entrevista] ... hasta ahorita estoy conectando esta historia con mi vida personal y esa parte más personal. Es como ¿por qué no lo he hecho? Y ahorita no podría dar una respuesta, pero sí es como importante. Y llegué a un punto en que me cuestioné, escuchando las historias de mi mamá y mi abuela, (...) esto de ¿por qué no recoger esto?, ¿por qué no recoger esta información?, ¿por qué no aprender?*  
(Mauricio, 29 años, hijo de tropa)

La cita anterior de Mauricio abre paso para evidenciar que la conexión de estos jóvenes con el Conflicto Armado no solo es racional, sino que se caracteriza por un componente emocional fuerte; el descubrimiento dicha conexión fue para este joven “la parte más emocional”. Es decir, hay un componente afectivo clave que es material de construcción para esa conexión entre la vida del joven y el Conflicto Armado (lo que se discutirá a profundidad en otro apartado). Y tiene sentido, ya que la vinculación de los y las jóvenes con este acontecimiento está mediada por las memorias del padre y la familia, lo que ya involucra cercanía e intimidad. Bien lo dice Josselyn: “A pesar de que no fui, no fue en ese momento la época en que yo viví (...) también los sentimientos de la misma familia te generan alguna reacción”.

*¿Qué quisieras expresar con esta fotografía cuando la mostrás? Pues al mostrar esta fotografía es como... la parte algo personal, por decirlo así, de la, de la familia. Y entonces lo que yo muestro en esto es como, ese, no sé si decirlo, sentimiento de querer recordar todo esto.*

*A pesar de que no fui, no fue en ese momento la época en que yo viví, si no que fue tiempo después, como que también los sentimientos de la misma familia te generan alguna reacción, con respecto a la época que sucedió esto.*

*(Josselyn, 20 años, hija de tropa)*

La movilización emocional experimentada al hacer memoria en los hijos e hijas de militares refuerza la idea de que sí existe cercanía del Conflicto a sus vidas, y que los recuerdos de la familia y el padre les mueven a experimentar un “sentimiento de querer recordar todo esto”, a pesar de que “no fue en ese momento la época en que yo viví”, como lo dice Josselyn. Vale mencionar que, nuevamente, las fotografías tienden a favorecer la emergencia de procesos de memoria más profundos y afectivos.

Lo anterior se relaciona con el otro punto de conexión entre la vida del joven y el acontecimiento del Conflicto Armado, el cual se basa en la experiencia del sufrimiento vivido por el padre, la familia y el joven, tanto en el pasado bélico como en el posconflicto. Así, se identifica que, por un lado, estos jóvenes enganchan empáticamente con las experiencias de sufrimientos de sus padres y familiares producto del Conflicto Armado, lo que les lleva a imaginar qué pudo haber sido vivir tales experiencias. Por otro lado, los hijos e hijas de militares también han vivido directamente las secuelas del Conflicto, lo que implica experimentar los sufrimientos propios de la violencia pasada, como fallecimiento o desaparición de familiares, erosiones en la convivencia social, entre otros aspectos.

Con el primer punto, se evidencia que los y las jóvenes se aproximan al pasado no vivido a través de la empatía, con la cual se colocan en los zapatos de su padre para reconocer las experiencias de sufrimiento que este tuvo en el pasado, y que le siguen pasando factura en el presente. Aunque este punto será profundizado en otro apartado, es preciso señalar que la vinculación afectiva del joven con el familiar le empuja a asumir al Conflicto Armado como un acontecimiento de relevancia, del cual hace memoria directa o indirectamente.

El caso de Camila ilustra adecuadamente dicha situación, pues ella es testigo de “eso” con lo “que probablemente lucha todos los días” su padre, y por lo cual “no recibe la empatía suficiente”. Tal lucha remite a los impactos del Conflicto en él, tanto emocionales como físicos, los cuales le generan un sufrimiento constante. La joven se coloca en el lugar del padre a través de la comparación de una marca física que ella tiene producto de una operación por enfermedad, con la marca física (amputación de piernas) del padre a raíz de la explosión de una mina, durante su desempeño como militar en el pasado. Es posible interpretar que Camila hace una conexión personal y afectiva con su padre del presente y del pasado, la cual le une, a su vez, con el Conflicto

Armado que ella no vivió: ambos están marcados corporalmente por situaciones de sufrimiento pasado y presente. Dicho sufrimiento personal hace que la joven empatice de mejor forma con lo que siente su padre.

*me puse a pensar que no recibe la empatía suficiente que debería de recibir por eso que probablemente lucha todos los días... ¿Y con qué crees que lucha todos los días? Obviamente, pues, desde que se levanta en la mañana y ve que, digamos, que no puede salir a correr para hacer ejercicio [por la amputación de piernas], obviamente ahí, pues, recuerda... Yo tengo una cicatriz de una operación de una enfermedad, y es como que cada vez que me la veo... o sea, cada vez que recuerdo todo lo que pasó y todo lo que sentí, más trato de no pensar en eso, pero hay veces al recordarlo... Y es una cicatriz que si no me veo en el espejo toda la mañana no me acuerdo que la tengo, pero él literalmente hasta para ir a tomar un vaso de agua tiene... y con los años se le van volviendo un poco más pesadas las prótesis. Y se le ve, se nota. Entonces es como, obviamente, todos los días una lucha.*

(Camila, 29 años, hija de tropa)

El último punto de conexión de los y las jóvenes con el Conflicto Armado es más directo y concreto. Tiene que ver con las afectaciones o secuelas de este pasado en la sociedad en general, y en sus vidas en específico. Recordemos que ellos nacieron después de enero de 1992, en los inicios del periodo del posconflicto; es decir, en la etapa de reconfiguración de la vida política y social del país con todas sus implicaciones a distinto nivel. Por lo mismo, no extraña que más de la mitad de las y los jóvenes entrevistados, entre descendientes de oficiales y de tropa, reconozcan que ha habido impactos de este pasado en su vida. Eso sí, existen diferencias importantes a considerar, pues algunos enfatizan las secuelas en el ámbito social, y otros resaltan también las afectaciones en lo familiar y personal.

En el relato de esta población emerge la idea de que el Conflicto Armado ha afectado a toda la población, tal como lo hace ver Santiago: “todos los que estamos aquí parados fuimos afectados por eso”. Y es que este acontecimiento implicó, según ellos, daños en lo político, social y económico, que ha marcado la vida de las distintas generaciones. Esto se ve reflejado en la polarización política sostenida en el posconflicto, en la falta de oportunidades para la juventud, en los problemas de seguridad en relación a las pandillas y la delincuencia, entre otras problemáticas.

Este mismo joven observa que dicho pasado se ha colado en el “día a día” de la sociedad, y “afecta hasta como caminas en la calle”. Para él y otros hijos e hijas, el miedo y la intranquilidad que se experimenta cotidianamente es un arraigo que se trae del pasado bélico. Y es una experiencia que ellos la han vivido directamente, entre las que destacan haber sufrido algún tipo de acto de violencia social, como en el caso de Esteban. Por lo mismo, queda instalada la pregunta si realmente el periodo que se vive en la actualidad es de paz, pues para Santiago no es posible “sentir

esa paz de esos famosos Acuerdos”, que se establecieron antes de su nacimiento: “sí están los Acuerdos, pero no logro ver la paz todavía”, sentencia de manera contundente el joven.

*pues aparte de mi vida, siempre toda la nación, todos los que estamos aquí parados fuimos afectados por eso. Son cuestiones que han determinado cómo se está moviendo el país post de eso. Considero que ha afectado este Conflicto a cómo es vivir hoy en día, como es la vida, del día a día, pues. Casi podría sonarte exagerado, pero afecta hasta como caminas en la calle... Todavía hay cierta ansiedad, no podés caminar tranquilo, no podés vivir, sentir esa paz de esos famosos Acuerdos. Entonces, sí están los Acuerdos, pero no logro ver la paz todavía.*  
(Santiago, 22 años, hijo de oficial)

*las secuelas de la guerra, sí, pues... la delincuencia, las pandillas. Todo es consecuencia de la guerra, y lo he vivido, pues, o sea, me han asaltado una infinidad de veces...*  
(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

Los jóvenes identifican que, de lo anterior, “todo tiene una raíz en el Conflicto Armado”, como lo comenta Rocío. Tiene que ver con una mala gestión de los Acuerdos de Paz, sumado a las incompetencias y corrupción de los distintos actores políticos como la Asamblea Legislativa, el gobierno, y los partidos políticos. En esa línea, los hijos e hijas de militares manifiestan que la experiencia de conflictividad del pasado, también se ha sostenido a lo largo del periodo de posconflicto. Bien lo dice Tatiana: “uno siente que nunca sale de lo mismo (...) ya no tenemos una guerra así, pero nunca se ha dejado de sentir como esa división”. Ellos y ellas han sido espectadores de tal polarización en su momento por el partido ARENA, ligado a la derecha y militares; y el partido FMLN vinculado a la izquierda y a la guerrilla. Esta riña político ideológica ha erosionado, a su vez, la convivencia familiar, frente a la cual a esta población le ha tocado “crecer con eso”.

Si bien estas secuelas descritas están ubicadas en un plano macro, eso no significa que no les alcance a estos jóvenes a nivel personal. En otras palabras, la situación sociopolítica del país que, según ellos tiene las raíces desde el Conflicto Armado, les impacta directamente, y condiciona sus proyectos de vida, pues experimentan la falta de oportunidades de crecimiento, lo que les conduce a pensar irse del país en busca de mejores oportunidades. Al menos Santiago, Mauricio, Rocío, Camila y Raquel mencionaron explícitamente sus intenciones de migrar. Rocío es sincera al compartir: “he llegado a un punto en el que ya no creo en mi país. Y solo quisiera irme a otro lado”. Para ella, el país “ya no tiene futuro”.

Al hablar de la situación sociopolítica del país, en algunos momentos del relato emerge un tono fatalista en este grupo de jóvenes. Se liga a este sentir de que “nunca se sale de lo mismo” como lo describe Tatiana. Ya sus padres han sufrido un pasado violento lleno de limitaciones en cuanto oportunidades de crecimiento, y ahora ellos sufren las secuelas de dicho pasado, pero con la suma

de las exigencias de un presente convulso, también con violencia, falta de oportunidades, y ahora con un creciente deterioro a la poca democracia lograda en el posconflicto.

*uno siente que nunca sale de lo mismo, o sea, sí siento que ya no tenemos una guerra así, pero nunca se ha dejado de sentir como esa división. Antes que fuera este gobierno [ligado a Nuevas Ideas] y que únicamente se veía entre ARENA y FMLN, era lo mismo: si eras de ARENA, era porque estabas en pro de los militares, y si eras del FMLN [eras] guerrillero. Ya no estaba la guerra vigente, entre comillas, pero si estaba eso, como otra forma de ver las cosas... en discusiones con familiares... porque la familia de mi mamá no es de ese corte como conservador derecha, sino que es al contrario. Entonces, crecer con eso, con discusiones que yo escuché, como: “Es que usted no sabe lo que está hablando”, cosas así. Entonces como esa división entre familiares...*

(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*Creo que todo lo que estamos viviendo en la actualidad, llamemos el conflicto pandillas, por esa situación económica, situación social, todo tiene una raíz en el Conflicto Armado. (...) Políticamente la situación actual sí me está afectando. Y yo estoy bastante clara que tiene sus raíces en los Acuerdos de Paz, y en las personas que quedaron después de ellos en el poder, llamemos Asamblea, partidos políticos, presidencia, gobierno. (...) **Y a nivel personal, ¿sentís que te ha afectado también?** También, porque he llegado a un punto en el que ya no creo en mi país. Y solo quisiera irme a otro lado, sacar mi maestría y quedarme en otro lado, porque creo que mi país ya no tiene futuro; entonces, sí es bastante personal.*

(Rocío, 27 años, hija de oficial)

El fragmento del relato de Tatiana arriba descrito conduce a ubicar las consideraciones del impacto del Conflicto Armado en las familias también. Podemos estipular, siguiendo sus relatos, que la tensión y conflictividad propia del pasado se coló en la dinámica familiar, desembocando en determinadas formas de relacionarse. La joven lo reflejan al expresar que “ya no estaba la guerra vigente (...), pero si estaba eso, como otra forma de ver las cosas”. En su caso, ella ha sido testigo de discusiones por cuestiones ideológicas, lo que socaba la convivencia familiar. Lo mismo se observa en otros jóvenes, como Mario y Rocío, para quienes la tensión se aumenta respecto a “cómo identificarse” en cuanto a preferencias políticas, si tienen opiniones contrarias a aquellas sostenidas por sus figuras significativas como sus padres.

Un caso emblemático es el de Mario, un joven que, siendo hijo de un militar con rango de tropa, ha mantenido una simpatía por la izquierda. Su familia es residente de un territorio del departamento de Chalatenango donde el Conflicto Armado impactó con fuerza. Por tanto, no extraña que tenga familiares del lado materno que formaron parte de la guerrilla; pero también tenga familiares, como su mismo padre, que participaron en el bando militar. En el posconflicto, tales experiencias vitales y las memorias de las mismas han condicionado las relaciones familiares,

y el posicionamiento identitario de Mario. Para él, las secuelas de este pasado se han traducido en riñas ideológicas sin sentido: “yo iba a la escuela a pelearme con mis compañeros defendiendo a la guerrilla”. Pero también en ocultar sus preferencias de pensamiento distintas a las del padre, para no ofenderle o generar más conflictividad.

Es importante resaltar que esta situación de conflictividad de opiniones y preferencias, no solo se trata de un impase momentáneo y superficial; en realidad, ha condicionado los procesos mismos de memoria en estos jóvenes, ya que han tenido que saber qué decir, qué callar, y en qué momentos. Además, su impacto alcanza las complejidades de la subjetividad, por estas dificultades en tener una identidad social y política clara, como se mencionó anteriormente.

*toda esta familia por parte de mamá casi ha sido siempre de pensamiento de izquierda. Y por el lado de papá todos han sido de pensamiento y el lado de derecha. (...) Entonces, es como que uno... como le decía al principio, uno no sabe cómo identificarse...*  
(Mario, 26 años, hijo de tropa)

*¿Esas secuelas de la guerra te alcanzan a ti o no? quizás sí un poco en el sentido de que uno debe de ser bien, como decirlo, tiene que ir madurando en esto de las secuelas, tiene que ir uno madurando. ¿Por qué?, porque yo repito, yo siendo hijo de un militar, yo iba a la escuela a pelearme con mis compañeros defendiendo a la guerrilla, y yo era hijo de un militar, y me peleaba con personas que sabía que eran simpatizantes de derecha.*  
(Mario, 26 años, hijo de tropa)

Además de esta tensión y división en la familia, producto de las experiencias del pasado, también existen otras secuelas más comprometedoras. En concreto, las familias de estos hijos e hijas de militares han tenido que lidiar con la pérdida y desaparición de sus seres queridos acontecidas en el pasado bélico. Tanto jóvenes descendientes de tropa como de oficiales (por ejemplo, Tatiana, Rocío, Mario, Josselyn) comparten las memorias de estas situaciones, que marcan la dinámica familiar hasta el día de hoy. Como bien lo dice Josselyn, esto implica que el Conflicto Armado “continúa sentimentalmente para las personas que tuvieron una pérdida”. En las familias se mantiene la huella de que “algo sucedió”, un evento que les marca, y para el caso estos jóvenes, también les conecta emocionalmente con el pasado no vivido.

*el Conflicto sí continúa sentimentalmente para las personas que tuvieron una pérdida, en este caso mi familia. A pesar de que mi abuela no pueda vivir quizás mucho tiempo ya, siempre quedará eso en la familia de que sucedió algo [fallecimiento de familiar], entonces es más sentimental.*  
(Josselyn, 20 años, hija de tropa)

Una historia que ilustra las secuelas del fallecimiento de familiares es la que relata Tatiana. Sus padres sufrieron la pérdida de un hijo recién nacido, quien sería el hermano mayor de la joven. Para Tatiana, tal situación está relacionada a la participación de su padre como militar en el Conflicto Armado, ya que generó estrés en la madre de la joven (sumado a una caída), y eso pudo haber afectado el proceso de embarazo. La joven reflexiona que este pasado que no vivió le afecta porque, así como “todo el mundo perdió a alguien”, ella perdió a un hermano. Es interesante cómo ella utiliza la fotografía del padre siendo militar en el pasado, con la fotografía del funeral de su hermano recién nacido para señalar que lo primero tuvo que ver con lo segundo. Se establece ahí una conexión entre el pasado bélico y la vida de la joven en el posconflicto, a través de la figura del padre militar como personaje en el relato del Conflicto.

*le pregunte a mi mamá: ¿y por qué murió?, ¿por qué lo perdiste?, ¿qué pasó? Y básicamente me dijo que porque había sufrido mucho cuando mi papá estuvo preso, y que para ella fue muy estresante. Creo que dice que se cayó en algún momento... lo que sí sé es que nació así, como muerto... Y siempre he sabido como a no preguntar mucho sobre eso, porque sé que debe... para ella como mamá, oí que estaba sola cuando pasó esto... tuvo que haber sido súper difícil...*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*la vez pasada [usted] me pregunto: ¿cómo te afecto a ti el Conflicto Armando? A pues ahí todo el mundo perdió a alguien, creo, pues en mi caso yo perdí un hermano. Siento que tiene que ver mucho esto [señala foto del padre siendo militar en el Conflicto] con esto [señala foto del funeral del hermano], porque quizás ella no se hubiera estresado, no se hubiera caído y no sé, a veces... (sollozos).*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

Otro ejemplo de los impactos directos en las familias de estos hijos e hijas de militares es la situación de desaparición forzada de algún familiar. El caso de Rocío retrata a cabalidad este acontecimiento, quien cuenta que “la primera historia” que recuerda vinculada al Conflicto Armado es la desaparición de su tío-abuelo; historia transmitida por su madre, la cual “marca un precedente en todo este imaginario que tengo sobre el Conflicto”. Cuando la madre de la joven tenía 11 años, un tío “súper cercano” a ella, fue capturado y desaparecido por los militares, a consecuencia de “conflictos personales”. Desde entonces no se supo nada de este familiar, lo que se traduce en una secuela significativa en la familia, identificada por Rocío en la interacción que ella establece con su abuela (madre del desaparecido) y su mamá (hermana del mismo).

Lo que refleja Rocío con su relato es una situación de tensión familiar relacionada al pasado bélico. Por un lado, la madre de la joven se casó con un militar, es decir, un miembro del bando que desapareció al “querido hermano” de la abuela (mamá de su mamá). Al parecer, Rocío contiene cierto reproche ante esto, pues sus padres mantienen cierta favorabilidad hacia este bando, además de una ideología conservadora. Por otro lado, la joven se define abiertamente de ideología de



izquierda, y es crítica hacia el actuar de la FAES del pasado. Desde su posición de descendiente y joven del posconflicto, Rocío expresa: “qué injusto la situación en mi familia” por la desaparición del familiar, pero también por la relación estrecha con lo militar por su padre. Es posible identificar un tono de frustración en lo expresado, que emerge por la conjugación de lo vivido en el pasado y también en el presente de posconflicto.

*la primera historia que yo recuerdo, y que marca un precedente en todo este imaginario que tengo sobre el Conflicto, es cuando mi mamá me cuenta, yo estaba pequeña, que su tío, que era su tío súper cercano, querido hermano de mi abuela, fue capturado por los militares. Llegaron a su casa a traerlo, y esto era, no porque él era guerrillero, sino porque un militar lo denunció, porque tenían conflictos personales. Y llegaron a la casa un día en la noche. A todos los pusieron boca abajo en el suelo. Mi mamá tenía como quizás 11 años, algo así. Entonces eso fue lo primero, decir como qué injusto la situación en mi familia: una persona que nunca se supo de su paradero...*

(Rocío, 27 años, hija de oficial)

Es importante señalar que las secuelas del Conflicto Armado también se expresan de manera sutil. Además del fallecimiento y desaparición de familiares, los relatos de los y las jóvenes evidencian que las “heridas en las personas que vivieron ese contexto” remiten también al truncamiento del proyecto de vida del padre y de la madre, otrora jóvenes en medio de una guerra. Por ejemplo, sus imposibilidades de seguir estudiando y desarrollándose como profesionales son afectaciones que se siguen colando en la cotidianidad silenciosamente, y que han condicionado la manera en que los y las jóvenes han ido construyendo su relato de vida.

Por ejemplo, Victoria reconoce que su apuesta por convertirse en una profesional con excelencia se debe a la inspiración de su padre y madre, quienes no pudieron seguir estudiando por las exigencias del contexto. Ahora que ella tiene la oportunidad de hacerlo, quiere aprovecharlo en honor a lo que sus progenitores no tuvieron. Aquí hay un tema de género importante también, pues suelen ser las madres de los y las jóvenes quienes asumieron el rol tradicional de cuidado en varios casos, mientras que el padre asumió el rol de proveedor con su trabajo militar. Victoria identifica la marca del pasado en la vida de su mamá, quien, a pesar de no participar en ninguno de los bandos, fue afectada: “veo las heridas en mi mamá, porque ella quería seguir estudiando”.

*es algo de lo que quizás no hablamos en la casa, porque es bastante triste, y se pueden ver esas heridas en las personas que vivieron ese contexto, hayan sido parte o no de esto de los militares se puede ver... **En el caso de tu papá, ¿podés ver las heridas?** Sí, sí, porque... bueno, de ambos, de mi papá y de mi mamá. Mi mamá no es parte, nunca fue parte, pero sí fue afectada por eso, porque ella tuvo que dejar de estudiar, y tuvo que empezar a trabajar directamente. Entonces, veo las heridas en mi mamá, porque ella quería seguir estudiando...*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Las historias familiares que comparten Tatiana, Rocío y Victoria son conmovedoras. Representan las historias de sufrimiento que las familias salvadoreñas cargan consigo. Representan, a su vez, la manera en que estas jóvenes comprenden que el Conflicto Armado les ha afectado a su familia y a ellas también. Que a más de 30 años de firmados los Acuerdos de Paz aparezcan estas historias con la carga emocional con que son contadas, y que sorpresivamente el relato sea transmitido no por los actores directos, sino por su descendencia, nos hace pensar en que lo anterior refleja también la configuración de un trauma familiar. Uno que se sostiene por los distintos miembros, pertenecientes a distintas generaciones.

Para algunos hijos e hijas de militares, uno de los efectos de la herida familiar producto del Conflicto es la experiencia del silencio, que a su vez desemboca en tensión social, pues se sabe que algo pasó, pero no hay claridad de qué y cómo. Victoria lo describe en la cita de arriba cuando reconoce que “es algo de lo que quizás no hablamos en la casa, porque es bastante triste”; no obstante, “se pueden ver esas heridas en las personas” que simbolizan el dolor del pasado, del que no se quiere hablar. El relato de Tatiana secunda esta idea al aseverar: “siempre he sabido como a no preguntar mucho sobre eso”; es decir, se aprende a no preguntar, porque hacerlo conlleva remover recuerdos dolorosos. Por lo mismo, Esteban cuestiona su legitimidad para interrogar a su padre: “yo no soy nadie”, asevera, para luego argumentar que tales interrogantes conllevan a “abrir heridas”, las cuales “pueda ser que [su padre] las haya sellado bien, como las haya cerrado mal”.

*yo no soy nadie como para decirle [a su padre]: “Mirá, ¿por qué no me hablas de esto? Me siento resentido por esto. ¿Por qué no me querés contar?”, porque no sé qué vivió, y al hablar eso él va a abrir heridas que no quiere volver a abrir, verdad. Que pueda ser que las haya sellado bien, como las haya cerrado mal...*

(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

En otras palabras, en los hijos e hijas de militares emerge el reconocimiento de las heridas familiares que se han arrastrado a lo largo del posconflicto, las cuales posibilitan la conexión con el Conflicto Armado, el cual, como ya lo dijo Josselyn, “continúa sentimentalmente”. Tales heridas siguen doliendo, y como miembros de la familia también, los y las jóvenes se ven interpelados por ellas, pues “los sentimientos de la misma familia te generan alguna reacción”, de acuerdo a Josselyn. En este punto, es posible identificar una vinculación con el pasado no vivido, a partir de la apropiación de las memorias de sufrimiento tejidas en las familias que revelan un posible trauma familiar.

El relato de Rocío ejemplifica esto, pues para ella, “esta historia que no pudimos conocer”, es parte de los “dolores de nuestra familia”, a la cual ella, evidentemente, pertenece. En su caso particular, quiere romper el silencio familiar instalando una pregunta de corte emocional, que obliga, a sus

antecesores, a un ejercicio de memoria sobre su tío-abuelo desaparecido por militares. Pero lo interesante es que la pregunta no está formulada en función del pasado, en términos de cómo vivieron este hecho, sino en función del presente y su vivencia actual: “¿qué es lo que sienten ahora?”. Queda abierta la duda sobre cuál sería una posible respuesta, y si esta dejaría satisfecha a la joven.

*¿Qué harías con esas fotografías? (...) la de mi mamá, pues no creo que la miraría a cada rato, pero sí tenerla ahí guardada... y saber que existe algo, una parte de esta historia que no pudimos conocer, parte de nuestra familia, parte de dolores de nuestra familia. Y tal vez ganas de preguntarle a las demás personas cercanas a él [tío-abuelo desaparecido por militares], a las hermanas de mi abuela: ¿qué es lo que sienten ahora?*  
(Rocío, 27 años, hija de oficial)

Ahora bien, es necesario recordar que esta población no es homogénea, siempre hay variedad de pensamientos y sentimientos en su proceso de memoria. En buena medida, lo que expresan en sus relatos está condicionado por sus posiciones sociales, además de la profundidad de su propio proceso de exploración personal respecto al Conflicto Armado. Jóvenes que ya han reflexionado al respecto, revelan que en los primeros años de vida no hay consciencia de la afectación de este hecho en sus vidas. Es en los años posteriores que logran identificar el impacto en su vida particular y en la sociedad en general. En otros casos, como el de César, todavía no ha habido tal identificación del impacto, no obstante, se deja abierta la duda: “tal vez inconscientemente sí lo esté viviendo y no sé cuál es”.

*lo veía como tiempos muy lejanos, a pesar de que había sido diez, 15 años atrás. Y ya después un poquito más adelante creo que comencé a dimensionar de que “ok, eso fue hace poco, hay gente que todavía tiene secuelas, hay injusticias que todavía están, y situaciones que todavía no se han aclarado”. Entonces, ya ahí como que uno dimensiona qué implica la guerra o qué implicó una guerra para el país, qué nos implica todavía. Pero sí, eso ya vino después. Al inicio era: “ah, hubo una guerra, pero allá lejos, allá en los tiempos en los que no existía”. Pero estaba ahí nomás, dos años antes de que yo naciera.*  
(Mauricio, 29 años, hijo de tropa)

*de la guerra, una repercusión que haya visto... o tal vez inconscientemente sí lo esté viviendo y no sé cuál es...*  
(César, 18 años, hijo de tropa)

Por último, es preciso resaltar las opiniones de aquellos jóvenes que consideran que el Conflicto Armado no les afecta directamente. Entre ellos se puede destacar a Santiago, Mario, Raquel, Carmen y Aurora. Las razones de tal consideración tienen que ver con que no lo vivieron, y esto conlleva a no sentir grandes secuelas emocionales por ello. Carmen expresa que su condición de

haber nacido después hace que no se sienta afectada, porque “no es como vivirla [a] que le cuenten”. Asimismo, aparece la consideración de que las secuelas las observan más en un plano de sociedad y no tanto a nivel personal.

Llama la atención que la mayoría de jóvenes que dicen no verse afectados por el conflicto son hijos e hijas de tropa, y en algunos casos solo fue posible realizar una sesión de entrevista, porque las jóvenes desertaron del proceso (Raquel, Carmen y Aurora). Es importante hacer esta observación, ya que, como se ha dicho anteriormente, en algunos casos la entrevista favoreció una reflexión mayor respecto al pasado, y con ello, lograron identificar tales puntos de conexión. Además, el uso de las fotografías en la segunda sesión de entrevista promovió memorias más íntimas y cercanas. Lamentablemente, las jóvenes mencionadas no lograron tener dicha experiencias.

*del Conflicto, más bien, solo quiero saber más sobre él. Me genera más como esa emoción de quererlo saber más. Obviamente no lo sufrí, entonces no puedo... trato de empatizar, pero no me genera como una decepción el Conflicto...*  
(Santiago, 22 años, hijo de oficial)

*¿Considera que de alguna manera esto pudo haber afectado su vida? Yo digo que a mí no, siento que no me ha afectado, verdad, porque, como le digo, no la viví. Solamente me la contaron, y pues... no es como vivirla [a] que le cuenten, verdad. Entonces, pues, para mí siento que no, que no, no me ha afectado...*  
(Carmen, 28 años, hija de tropa)

*¿Crees que de alguna forma el Conflicto Armado ha afectado tu vida? Creo que no. Quizás porque, como no la viví, yo siento que no, realmente no me ha afectado. (...) quizás si mi papá hubiese fallecido o algo, y yo estuviera como bebé, o si estuviese embarazada, tal vez sí, porque no tengo a mi mamá, a mi papá, por culpa del Conflicto.*  
(Aurora, 28 años, hija de tropa)

Tras todo este recorrido por parte del relato de los hijos e hijas de militares, es posible concluir que el pasado del Conflicto Armado no es tan lejano a la vida de esta población. En algunos casos más claro y en otros menos, las memorias de lo vivido por el padre militar y la familia durante ese periodo, sumado a sus propias experiencias durante el posconflicto, les conducen a darle sentido a su presente, considerando este pasado como fundamental. Lo anterior es posible gracias a la conexión sentimental de los y las jóvenes con el sufrimiento del padre y la familia en general, que les recuerdan que “algo” pasó antes de que ellos nacieran, y que ha condicionado la dinámica actual.

Ahora bien, las memorias respecto a ese “algo” no son del todo explícitas o abiertas. Sus padres y demás familiares no les cuentan todo o, en algunos casos, los mismos jóvenes prefieren no preguntar por su temor a no remover heridas del pasado. Esta situación resulta compleja, y caracteriza el caso particular de esta generación del después: ellos y ellas sostienen una conexión a un pasado que no vivieron, que interpela la vida propia y familiar, pero del cual no se puede saber abiertamente todo. La manera en que se lidia con esta situación varía, al parecer, dependiendo de la profundidad del proceso de exploración personal, y las particularidades de las condiciones sociales a su alrededor.

### **b) Las memorias como condicionantes de subjetividad en hijos e hijas de militares**

Tal como se describió en el apartado anterior, los relatos de los jóvenes hijos e hijas de militares ponen de manifiesto una conexión entre sus vidas y el acontecimiento del Conflicto Armado. Dicha conexión se vuelve más profunda al considerar que este tiene implicaciones en la configuración de su subjetividad, es decir, en la forma de ser como personas, con su identidad, valores y comportamientos. En buena medida esto ocurre gracias a los procesos de socialización dados en su familia, en interacción cotidiana con su padre, participante directo de este pasado como militar. La lógica detrás es que la experiencia bélica vivida por el padre y la familia les moldeó subjetivamente, y con estos impactos del pasado criaron a los y las jóvenes durante el periodo de posconflicto. De ahí la tendencia a determinadas formas de ser.

Los relatos de Camila, Esteban y Victoria ejemplifican esta idea, en la medida que, como lo dice esta última joven: “todo este Conflicto que hubo nos hizo ser las personas que somos, me hizo ser la persona que soy”. Esto significa que la ocurrencia de dicho acontecimiento violento, sumado a las experiencias vividas por el padre, han sido factores condicionantes de las formas de socialización en su descendencia, lo que claramente expone Camila al decir que “todo lo que él vivió ahí, mucho se refleja en mi vida (...) en cómo me criaron, en cómo fue con nosotros”. Para Esteban, la experiencia bélica con “sus buenas y sus malas intenciones”, formó al padre, lo cual, “quiérase o no, me lo ha inculcado a mí”.

*Es parte de la vida de él [el Conflicto Armado], y obviamente es parte de mi vida, verdad, porque obviamente después de todo lo que él vivió ahí, mucho se refleja en mi vida, o sea, en cómo me criaron, en cómo fue con nosotros, obviamente después del accidente [lesión por mina] que tuvo del Conflicto Armado.*  
(Camila, 29 años, hija de oficial)

*¿Qué ha significado el Conflicto Armado en tu vida? Bueno, más que todo... quiérase o no, formó a mi papá, y cómo él fue formado ha intentado formarme a mí. Con sus buenas y sus malas intenciones que ha tenido la guerra, se lo pasaron a mi papá, y eso, quiérase o no, me lo ha inculcado a mí.*

(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

*A pesar de todo, para bien o para mal, todo este Conflicto que hubo nos hizo ser las personas que somos, me hizo ser la persona que soy, porque posiblemente si ellos no hubieran estado tanto tiempo separados por su trabajo y todo, mi mamá no hubiera sido como fue, no nos hubiera criado como nos crio. Y sin llegar al egocentrismo, creo que nos crio bien, (...) los dos, la verdad, los dos, lograron crear gente de bien.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Algunos jóvenes como Esteban, Tatiana, Camila, Victoria y Aurora ponen de manifiesto que la socialización a la cual han estado expuestos no ha sido un proceso lineal y fluido. Con sus memorias revelan que a veces han experimentado una crianza dura y disciplinada, mezclada con acciones que tienen a la base un amor filial por parte de su padre y familia. Con todo, suele resaltarse que sus padres “lograron crear gente de bien”, como lo dice Victoria en la cita anterior. Esto se traduce en gozar de características identitarias y comportamentales de provecho, como ser inteligentes, ordenados, disciplinados, responsables y resilientes. Sus padres tuvieron que vivir situaciones límite que les forjaron estos rasgos, los cuales fueron transmitidos a su persona.

*mi papá nos ha criado con disciplina, haciendo las cosas bien. O sea, si te dicen a las 12 del mediodía, tenés que estar a las 12 del mediodía (...). Si prometés algo, das tu palabra. Aguantá, (...) preguntate antes de que vayas a renunciar si realmente ya no aguantás, porque hay peores situaciones en la vida en donde renunciar probablemente no es una opción.*

(Camila, 29 años, hija de oficial)

*Lo de ir ordenado y todo, ya como característica de personalidad, luego impacta en uno. Algo que me acuerdo que sí tiene que ver con la vida militar era de dejar como ordenadita la cama. Algo que nos decía [su padre]: “dejen la cama ordenada, no sé qué, bla, bla, bla”. Ahora ya ni se fijan, pero sí mantengo mi cama ordenada, mi cuarto (...), pero sí es una característica que tiene mucho que ver con mi papá.*

(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)

Las dos citas anteriores permiten visualizar de nueva cuenta la conexión padre-hijo-pasado, la cual se expresa en las características comportamentales de este grupo de jóvenes. De igual manera, esta vinculación puede ir más allá e implicar parecidos físicos entre el padre y el hijo que remiten a la experiencia del Conflicto. Por ejemplo, en otro momento se ha expuesto el caso de Camila, quien compara su cicatriz por una operación, con los daños corporales que su padre sufrió producto de la explosión de una mina, buscando, así, conectarse empáticamente con su padre mediante rasgos físicos. Aquí también la joven expresa que tiene “las facciones” de su papá como otro vínculo filial.

En esta línea, el caso de Mauricio es significativo. El joven le muestra una fotografía de su padre siendo militar joven a su novia, quien le refleja que se parece físicamente a él. Aquí acontece una conexión a través de los rasgos físicos entre el hijo y el padre, promovida por la fotografía como objeto de memoria, que le empuja al joven a imaginarse en el pasado. Ubicado en este tiempo, Mauricio llega a preguntarse: “¿yo hubiese peleado también?”, “¿yo hubiese hecho lo mismo que él?”. En otras palabras, el parecido físico con su padre en el pasado promueve que se instalen interrogantes significativas en el joven, a las cuales no puede darle una respuesta definitiva. Lo que sí es evidente que se vincula con ese pasado que no vivió, pero que interpela su presente, en interacción con su padre.

*Y esas fotos de tu papá joven, con el uniforme, ¿qué te hacen sentir? (...) pensándolo un poco, no ésta [foto], sino otra que vi, que me llamo la atención, que mi novia me dijo: “se parece a vos”, y yo... [gesto de sorpresa] Y justo en esos días yo estaba pensando como en eso de “¿yo hubiese peleado también?”, “¿yo hubiese hecho lo mismo que él?” Ahorita llego a la conclusión de que no, pero escuchándola [a su novia] y digo: “¿será que sí?”. Entonces, me dio como esa curiosidad...*

(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)

*...yo saque mucho de él, tengo el carácter de mi papá, tengo las facciones de mi papá, sobre todo de mi papá.*

(Camila, 29 años, hija de oficial)

Ahora bien, como en otros momentos se ha hecho ver, estos jóvenes no se muestran como receptores pasivos de las experiencias de sus padres; así como tampoco se consideran un calco de las características de ellos. Hay dos jóvenes que señalan, de primera mano, distinciones respecto a la forma de ser de sus padres, llegando incluso a tener rasgos antagónicos. Una de ellas es Tatiana, quien dice mostrar más sus emociones, en contraposición a la formación militar recibida por su padre. El otro caso es del Rocío, quien mantiene un pensamiento de izquierda contrario al de su familia. Asimismo, ella cree que el mismo acontecimiento del Conflicto Armado es “bastante importante, porque ha sentado mis valores”; tales valores se refieren a la lucha por la justicia social. Es más, este pasado se cuela en la vida de la joven no solo en lo que es actualmente, sino en sus proyecciones de futuro: “el Conflicto Armado tiene una preponderancia importante en lo que soy y en lo que quiero ser.”

El caso de Rocío es interesante, porque, ante la resistencia de su padre en compartirle sus memorias del Conflicto Armado, ella se ha acercado a dicho pasado mediante otras fuentes, como los libros y sus estudios en política. Es decir, no explicita que sea su padre quien haya tenido una influencia en sus valores o ideología política, sino otros elementos fuera de la familia. Tal situación puede interpretarse como esta postura activa de las nuevas generaciones por entender el pasado y, por consecuencia, entenderse a sí mismos, a pesar de las resistencias en sus familias.

*yo creo que soy bien diferente [a su padre]. Yo siento que soy como lo normal en disciplinado, o sea, tampoco tan dura. Yo me considero como bien suave, no así fría, sino como una persona que muestra más sus emociones. Quizás mi mamá siempre y su modo: “sos inteligente igual que tu papá”.*

(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*¿Qué valoración le pondrías al Conflicto Armado en tu vida? De hecho, creo que es bastante importante, porque ha sentado mis valores como persona adulta. Luchar por la justicia, porque en mi país ha existido la injusticia desde hace muchos años, y que parte de ahí [de situaciones como el Conflicto], de cosas inconclusas. Yo siempre lo digo: uno de los libros que marcó lo que yo quería hacer, y en lo que yo creía ha sido “Un día en la vida” de Manlio Argueta. Y ahí fue cuando yo entendí el dolor que podía causar en la gente perder a su familiar a raíz de un Conflicto Armado. Algo que yo no quiero que se repita. Y de ahí van también todos esos valores que yo me considero más de izquierda que de derecha: justicia social que es lo que queremos. Yo soy internacionalista y me encanta la política, es uno de mis hobbies. Entonces creo que sí, el Conflicto Armado tiene una preponderancia importante en lo que soy y en lo que quiero ser.*

(Rocío, 27 años, hija de oficial)

Los gustos y las preferencias por distintos temas y actividades son otro aspecto de la subjetividad condicionado por el pasado en este grupo de jóvenes. Casos como Rocío, Tatiana, Victoria y Mario exponen explícitamente que sus preferencias por el activismo social, los derechos humanos, la psicología, la educación, la ideología de izquierda, entre otros, han sido condicionados de una u otra forma por el acontecimiento del Conflicto Armado y la participación del padre en él. Tatiana reflexiona que su interés por estudiar Psicología tiene a la base la necesidad de comprender a la sociedad “enferma” en la que ella vive, configurada desde experiencias de guerra. Si el Conflicto no se hubiese dado, ella hubiese estudiado otra carrera como Ingeniería; y de haber sido así, cree que su vida “hasta sería más fácil”.

En esta misma línea, Victoria considera que su interés por el tema de los movimientos sociales y la lucha por los derechos humanos tiene relación con la falta de oportunidades que sus padres vivieron en medio del Conflicto Armado; su padre como soldado, y su madre como ama de casa. También sus gustos por el área de Educación, a la vez que su marcada convicción en graduarse de la universidad, tienen vinculación con que sus padres no pudieron estudiar: “que les hayan quitado eso, a mí me duele bastante, porque yo lo he tenido todo”. Victoria pone de manifiesto que su preocupación por los estudios “es algo que llevamos [ella y sus hermanos] por su vivencia de aquel tiempo”. Es decir, “a raíz (...) de esta memoria inculcada, de este dolor, de esta herida” producida por la vivencia de sus padres siendo jóvenes en el Conflicto es que se han ido moldeando sus preferencias de vida.



*Si la guerra no se hubiera dado... mmm... quizás... uy... quizás hubiera estudiado otra cosa, quizás hubiera sido ingeniero... Porque yo cuando decidí estudiar Psicología, no era un simple: “ah, depresión” y cosas así, sino era más como “siento que vivo en sociedad que está enferma, entonces quiero entenderlo”. (...) Creo que mi vida hasta sería más fácil en ese sentido, como “yo me dediqué a los números, llegué a una fábrica y ya no me interesan los procesos de la gente”.*

(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*no sé de dónde viene ese rasgo, pero todo esto que tiene que ver con movimientos sociales me toca bastante, porque esto de derechos humanos es un rubro que me encanta, porque yo digo: “hay mucha gente que no tiene los privilegios que otros tienen”. Entonces, eso siempre lo he tenido bien presente, no sé por qué, quizás por lo mismo de mis papás que no tuvieron la oportunidad [en medio del Conflicto Armado], quizás por eso, no sé...*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

*Y hay marcas que se pasan, como esto: yo nunca he sido una estudiante excelente, pero a raíz de esta, como decirlo, de esta memoria inculcada, de este dolor, de esta herida, sí ha sido como: “yo me tengo que graduar a como dé lugar”. Y por eso me gusta bastante el área de educación, porque ellos [sus padres] no pudieron estudiar (...). Entonces que les hayan quitado eso, a mí me duele bastante porque yo lo he tenido todo, (...) siempre he tenido una buena educación, considero yo, y fue algo que ellos quizás han tratado de sanar por sus hijos porque mis hermanos y yo hemos recibido una educación buena o lo mejor que ellos han podido darnos (...) entonces creo que mis hermanos y yo lo hemos visto y es algo que llevamos por su vivencia de aquel tiempo...*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Es importante mencionar que el peso del pasado se traduce también en tensiones para los y las jóvenes, respecto a la expresión de sus gustos y preferencias. Casos representativos como el de Rocío y Mario son muestra de ello, ya que ambos jóvenes se definen abiertamente de pensamiento de izquierda, aunque su padre sea de un pensamiento de derecha. También el caso de Tatiana, quien muestra un interés por el trabajo en comunidades en vulnerabilidad, un gusto poco celebrado por su familia. Tiene sentido, entonces, que sea difícil para ellos expresar abiertamente sus preferencias, por las implicaciones que esto pueda tener en la convivencia familiar.

Mario comparte la memoria de un encontronazo que tuvo con su padre, porque, siendo adolescente, vistió la camisa de Monseñor Romero para un aniversario de su martirio. Cuenta que los amigos de su papá expresaron: “el hijo del militar con la camisa del guerrillero”, lo que provocó el enojo en el mismo padre. Mario dejó de vestir dicha camisa, porque pudo sentir el “enojo”, el “resentimiento” de su padre por esta acción, la cual, en el fondo, ponía de manifiesto que su hijo tenía preferencias contrarias a su forma de pensar.

*Recuerdo que un día, un 24 de marzo, mucho antes de que fuera beatificado, yo tendría quizás unos 15, 16 años recuerdo yo de que me puse una camisa de Monseñor Romero, entonces los amigos de mi papá en ese momento dijeron puya miren el hijo del militar con la camisa del guerrillero y se lo comentaron a él (...) entonces él se enojó, quizás no porque yo me la había puesto, sino que a saber de qué modo sus amigos se lo dijeron (...) yo ya no me volví a poner la camisa por esa razón porque yo sentía aquel enojo [de su padre]. (...) En ese momento yo sí vi el resentimiento de él...*

(Mario, 26 años, hijo de tropa)

La anécdota de Mario puede catalogarse como representativa del impacto del pasado en la subjetividad de esta población, ya que hay afectaciones respecto a qué pensar, qué decir, qué hacer, incluso cómo expresarse en términos de vestimenta. Hay un peso importante en la vida de este grupo de jóvenes, por su condición de hijos e hijas de militares que combatieron en el Conflicto Armado. Tal condición les lleva a experimentar una serie variada de emociones que pueden contradecirse entre sí como el orgullo y la vergüenza. Además, a consecuencia de sus posturas de memoria respecto al pasado, emergen sentimientos ligados a su propia identidad, como sentirse hipócritas, malagradecidos, traicioneros, entre otras características, a consecuencia disentir con las posturas familiares.

A continuación, se describen las valoraciones que estos jóvenes hacen sobre ser hijo e hija de militar, comenzando por aquellas posturas más claras respecto a sentir orgullo por ello, para luego relevar aquellas otras que muestran contradicción en sí. En esa línea, la única joven que claramente expresa este sentimiento de orgullo es Camila, quien reconoce que le da “un montón de orgullo” ser hija de un militar, sentimiento que se potencia por “el amor” que su padre le tiene a la FAES. Reconoce que pueden existir otros casos donde el padre se desvinculó de dicha institución, pero en el suyo hay una correspondencia entre lo que siente el padre por su condición de militar, y lo que siente la joven como hija de militar. Muestra de ello es que cada vez que se celebra el Día del Soldado, suele hacer una publicación en redes sociales felicitando a su padre.

Otro caso parecido es el de Victoria, aunque su expresión de orgullo no es tan clara y explícita. En realidad, este sentimiento no es por ser hija de un militar, sino por los esfuerzos que su padre, en su rol de padre, hizo para sacar adelante a su familia (esta distinción entre ser padre y ser militar se profundiza en el siguiente apartado). La joven confiesa que oculta a las demás personas su condición de hija, pero no lo hace porque le genere vergüenza; más bien, lo hace por su miedo a sufrir algún tipo de represalia de aquellos que tenga una postura radical contra la FAES. En ambos la emoción que prevalece es, precisamente, el orgullo. En la primera joven de una forma explícita y ligada al padre militar, y en la segunda joven menos expresa y con el foco en el padre, más no en lo militar.

*Ser hija de un militar, y más de un militar con el amor que le tiene, que mi papá le tiene a la Fuerza Armada, es... Me imagino que deben de haber hijos de militares que, pues, quizás pidieron la baja y no volvieron a saber nunca... o dejaron esa vida por completo o siguen viviéndola o qué sé yo. Pero mi papá le tiene un amor a la Fuerza Armada igual que quizás al de nosotros [ella y hermanos] (...). A mí eso me da un montón de orgullo, me entendés, es como que cada Día del Padre y cada Día del Soldado ahí va la foto para arriba [a redes sociales], como siete años la misma foto, verdad (risas). Pero para mí es un gran orgullo.*  
(Camila, 29 años, hija de oficial)

*Yo creo que es más orgullo que otra cosa, porque yo siempre he dicho que no mencionó que él fue [militar], no porque me avergüence, sino por seguridad.*  
(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Este orgullo manifestado en Camila y Victoria por ser hija de militar no se identifica en el resto de jóvenes. En realidad, la situación es más compleja y difusa, porque hay casos donde el orgullo no está presente, pero tampoco la vergüenza. Esto significa que está ausente una tendencia a manifestar abiertamente que se es hijo de militar, como lo hace Camila haciendo uso de las redes sociales; pero tampoco implica que haya una intención de ocultarlo por vergüenza a ello. A modo de ejemplo, Mauricio expresa: “no lo veo con orgullo, ni lo oculto” el hecho de ser hijo de militar que combatió en el Conflicto Armado; más bien, lo considera “un dato curioso” que comparte si le preguntan. Aunque vale mencionar que, contrario al padre de Camila, el suyo manifiesta un desencanto por la FAES, de la cual ha perdido contacto. Quizá ello promueva en el joven una ausencia de este sentimiento de orgullo.

Santiago también revela un pensamiento en la misma línea: “no me apena decir que soy un hijo de un militar”, expresa, a pesar de que dicha institución tenga “mala famita”, por lo que hizo en el pasado. En su caso, matiza su postura al llevar su condición de hijo a un plano histórico: “es parte de mi historia como ciudadano de este país, como hijo de militar”. Podría interpretarse que con ello hace una valoración más aséptica, que emocional, al ligarlo a la historia y a la ciudadanía, lo que le permite sortear aquellas emociones que le despierten vergüenza por las acciones de los militares durante el Conflicto Armado. No le “apena” su condición, pero tampoco explicita que le llene de orgullo.

*cuando yo digo que mi papá es militar, no lo digo con orgullo, obviamente, no lo digo como “mi papá fue militar”, sino que es como de un dato curioso como si fuera médico, fuera abogado, fuera cualquier otra profesión. Pero lo que me llama la atención es la reacción de las personas, no esperan que yo soy hijo de militar... Una amiga [me] dijo: “no pareces nada relacionado a lo militar”, pero mi papá es militar... Eso no lo veo con orgullo, ni lo oculto, lo cuento con quienes me lo preguntan, pero es justo eso, como que si fuese una pregunta más...*  
(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)

*no me apena decir que soy un hijo de un militar, más por la mala famita que se les tiene... (...).  
Al tener una descendencia bastante militar, entonces sí considero que eso es parte de mi historia  
como ciudadano de este país, como hijo de militar...  
(Santiago, 22 años, hijo de oficial)*

Las valoraciones de ser hijo o hija se complejizan aún más cuando se tiene una postura de rechazo y condena hacia las acciones de la FAES en el pasado, y estas entran en riña con el afecto hacia el padre que fue militar. De ello emerge una sensación de extrañeza, de sentirse como “bicho raro” en comparación a otros jóvenes que desconocen o no se preocupan por las memorias del pasado; además de una dificultad por establecer una identidad clara basada en sus preferencias sociales y políticas. Los casos de Mario, Rocío y Tatiana ponen en evidencia esta complejidad, ya que los tres han tenido convivencia directa con víctimas civiles y exguerrilleros; además de que los dos primeros jóvenes expresan abiertamente su preferencia por la ideología de izquierda. Emerge aquí una contradicción con la postura de su padre y demás familiares, que les conduce a una encrucijada: “el hijo ya no sabe qué decisión tomar”, respecto a cómo identificarse, según relata Mario.

La familia de Mario tiene la particularidad de estar conformada por miembros que formaron parte tanto de la guerrilla como de la FAES, de ahí que el lado materno tenga preferencia por la ideología de izquierda, y el lado paterno por la ideología de derecha. A lo largo del posconflicto, Mario ha tenido que lidiar con la disonancia de su preferencia ideológica, distinta a la de su padre, aunque en correspondencia con la de la madre. Una situación parecida le ha tocado sortear a Rocío, con la particularidad que ella es la única con una forma de pensar diferente a la de toda su familia. De ahí que considere que, si solo conociera la historia del lado de su padre, ella sería “una persona completamente distinta”: alguien apático a las problemáticas del país, como suelen ser personas conocidas a ella. Su condición de hija de militar, su empatía y conocimiento hacia las problemáticas nacionales y su postura en pro de las víctimas del Conflicto, le llevan a identificarse como “bicho raro”, si se compara a otros jóvenes.

*los que somos hijos de padres que han sido excombatientes o militares, pues posiblemente esto puede traer como que ellos [los padres] quieran incidir en nuestras decisiones como hijos, como nueva generación. (...) Si tenemos padres que, por un lado, son (...) de un bando, y la madre o el padre del otro bando, entonces hay una contradicción... entonces hay un conflicto, porque ya el hijo ya no sabe qué decisión tomar, eso pienso yo. Que puede ser un aspecto negativo, porque la identidad que yo decida tomar se va a basar tanto a lo que pueda decir mi papá, a lo que pueda decir la mamá, y la decisión propia que yo tengo. Y la decisión que yo tenga obviamente va a desfavorecer a uno de los dos.  
(Mario, 26 años, hijo de tropa)*

*si solo tuviera la historia del lado de mi papá, yo sería una persona completamente distinta. Podría ser que sería más apática con lo que está pasando en El Salvador, y yo me considero sumamente lo contrario: una persona empática, y que de verdad entiendo qué es lo que está pasando. Y me considero también como un bicho raro, porque no todos mis compañeros de, o personas conocidas, de mi esfera de conocidos maneja esta misma información y son personas jóvenes.*

(Rocío, 27 años, hija de oficial)

En esta misma línea de la identidad, Tatiana confiesa que se siente como la “hija del malo” por ser descendiente de militar, en la medida que ubica a la FAES del lado victimario, lo que no le quita el aprecio que siente hacia su padre. Puede que estas consideraciones estén influenciadas por sus varias experiencias colaborando en comunidades de sobrevivientes del Conflicto, las cuales le han llevado a profundizar en su exploración personal como hija de militar, desembocando en una tensión subjetiva importante. Ella siente aprecio hacia las poblaciones de sobrevivientes afectadas por las prácticas militares durante el Conflicto, pero también hacia su padre que se destacó como militar. Tal disyuntiva la hace sentirse partida “en mitad y mitad”, ya que le apuesta a que se haga justicia por el pasado, pero tendría dificultades si esta justicia castigara a su padre. De ahí que se sienta como “traidor” e “hipócrita”, tanto con su “propia familiar” como con la “otra gente”.

*esta eso como prácticamente sos traidor, y podés llegar a ser hasta un poco hipócrita con la otra gente, como decir: “yo quiero justicia, pero mientras no toquen a los míos”. Entonces yo creo que es eso, como vivir en constante partido, en mitad y mitad... No sé, no estoy segura de lo que se siente. “Sos hija del malo”, esa es una conclusión, un malo que fue usado, que al momento no sabe que fue usado... Y vivir con eso de no dejar de sentirse como que sos un traidor hacia tu propia familia, hacia lo que te enseñaron siempre, y, al mismo tiempo, hipócrita, porque pues sí... si mi papá hubiera sido el involucrado con lo de los Jesuitas, yo no sé si vendría y diría lo mismo: “Sí, es que fue malo”. Probablemente pelearía y dijera: “no, es que estaba haciendo lo correcto”, no sé...*

(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

Esta complejidad identitaria también se expresa en los sentimientos que sobre su condición de hijo e hija. Al igual que los casos de Mauricio y Santiago, y también los de Rocío y Mario, Tatiana ha llegado a un punto donde “sentirme orgullosa o sentirme a avergonzada no sé”. En buena medida, esa duda se instala por la tensión entre el afecto que siente hacia su figura paterna (“o sea, es mi papá”), sumado al reconocimiento de las habilidades destacadas de este (“inteligente es”); en contraposición a la valoración que ella tiene por lo que hizo su padre en el pasado: “lo que hizo [como militar] está mal”. Tatiana confiesa que estar en esta tensión “incomoda un montón”, al mismo tiempo que admite implícitamente que sus dudas y contradicciones son válidas: “no sé si algún día voy a dejar de sentir eso de... si me voy a sentir orgullosa o me da pena, o puede ser ambas, está bien que sea ambas”.

*uno prácticamente crece y te das cuenta como “yo soy como hijo del malo”. (...) Así sentirse, como “yo soy hijo del malo”, o sea de las personas que pudieron haber parado las cosas o no sé. (...) Por eso lo explicaba al principio que sentirme orgullosa o sentirme avergonzada no sé, y hasta el momento tampoco lo sé, porque, o sea, es mi papá; pero yo sé que lo que hizo está mal. Entonces, ¿cómo venís tú y le decís a tu papá: “no, si fuiste un asesino”? O sea, ¿cómo?, ¿cómo le decís eso a una persona?*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*Te incomoda un montón porque es como “¡púchica, no sé [qué sentir]!”. No sé si algún día voy a dejar de sentir eso de... si me voy a sentir orgullosa o me da pena, o puede ser ambas, está bien que sea ambas. ¿O sea, que estás ahí en esa disyuntiva de orgullo, vergüenza? Exacto, porque yo digo pues es mi papá, inteligente es, podía hacer bien su trabajo...*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

La situación de Tatiana podría ubicarse del lado contrario de Camila, quien siente orgullo por su padre y la FAES, a tal punto de publicar en redes sociales su admiración hacia este en el Día del Soldado. Tatiana hace lo opuesto, como lo describe en la siguiente cita: “yo nunca he hecho eso”. La hermana de la joven suele poner en redes sociales “Felicidades al mejor coronel”, pero ella no, “porque puede ser un poco incómodo”. Tal incomodidad se debe a su situación de estar dividida: su familia tiene un historial militar, pero ella también “conoce personas que vienen del otro lado”, es decir, de aquellas que sufrieron las consecuencias de lo que “tus papás hicieron”. Es fuerte darse cuenta que la joven ha tenido que ocultar parte de su identidad en distintos contextos: que es hija de militar a víctimas del Conflicto; y a su familia, que ha trabajado con dichas poblaciones. ¿Es posible que la joven llega a integrar ambos mundos? De ser así, ¿cómo se logra?

Con el recorrido de los casos de estos jóvenes, surge la idea de la importancia de prestar atención al historial de cada caso para comprender qué pasa. Es probable que el acercamiento constante y directo con población víctima haya hecho que Tatiana tenga este sentir. Distinto a Camila que no ha tenido tal acercamiento, por ejemplo.

*no me recuerdo cuando es el Día del Soldado, pero cada vez que es el Día del Soldado ella [su hermana] lo pone en sus redes sociales, y pone una foto de mi papá, y pone así como: “Felicidades al mejor coronel”, que no sé qué, y para ella es como súper, y yo nunca he hecho eso, jamás, porque es como: “¿qué?” “¿tu papá es militar o fue militar?” Entonces para evitar eso... Literalmente creo que solo mis personas más conocidas lo saben, porque puede ser un poco incómodo. Y también uno conoce personas que vienen del otro lado, o sea, que sufrieron como consecuencias de lo que tus papás hicieron. Obviamente no es mi culpa, pero no dejás de sentirte, así como... culpa, pero más que nada yo diría como vergüenza...*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

Una de las repercusiones emocionales más significativas en los hijos e hijas de militares es el miedo, tanto por las memorias del pasado, como por su condición de ser hijo. Si bien el orgullo y la vergüenza aparecen en algunos casos, el miedo está presente en todos, o en la mayoría de jóvenes entrevistados. El origen de esta emoción radica, principalmente, en la consideración de que se pueden sufrir represalias como familia por la participación activa del padre como militar durante el Conflicto Armado. De ahí la resistencia de estas en contar abiertamente, y de los jóvenes en compartir su historia. Pareciera ser que este miedo se socializa y sostiene en las familias de militares, y, como se describirá más adelante, tiene un impacto importante en la subjetividad de los y las jóvenes, y en la manera en que estos se mueven en sus distintas actividades cotidianamente.

A lo largo del proceso de entrevista con este grupo de jóvenes acontecieron situaciones que corroboran la aparición del miedo producto del pasado no vivido. Por ejemplo, con tres jóvenes hijas de tropa (Aurora, Raquel y Carmen) solo fue posible hacer la primera sesión de entrevista, pues, para la segunda, postergaban la fecha o dejaban de responder a la comunicación, como forma de resistencia a continuar con el proceso. Aurora reconoció posteriormente que el tema le había despertado preocupaciones sobre posibles repercusiones hacia su padre si ella compartía parte de sus memorias. Es posible que tal situación haya pasado con las otras dos jóvenes, sumado a que ellas vivían en un contexto desfavorecido socioeconómicamente, lo que les demandaba dedicar tiempo y esfuerzo a sus actividades labores.

Josselyn, otra hija de tropa, mostró constantes dudas y resistencias en iniciar el proceso de entrevista. La comunicación era tropezada, tardó en definir una fecha de entrevista, insistió en que fuera virtual, aunque se le ofrecieron distintas facilidades. En la primera sesión, prefirió no poner la cámara, y en algunos momentos hablaba en voz baja como queriendo no ser escuchada por las personas que estaban en su casa en ese momento. De nuevo, se identifican resistencias y dudas en ser parte del proceso de investigación. Victoria, la hija de tropa restante, al principio dijo que conocía a un joven con el perfil de investigación buscado, para luego reconocer que, en realidad, era ella misma la persona a quien hacía referencia. En medio de la entrevista confesó que esta acción fue movida por la desconfianza y miedo a la temática. Es más, ella cuenta que “estaba planteando si venir o no [a la entrevista]”, pues, de acuerdo a la joven, “da miedo, da mucho miedo (...) qué puede pasar cuando alguien más sepa [que es hija de un militar]”.

También César, en su condición de hijo de tropa, reveló que luego de la primera sesión de entrevista se quedó con “poquito de miedo”, porque tenía duda si mencionó algún nombre que pudiera “molestar” a alguien más. Llama la atención que, a pesar del miedo, este joven decidió realizar la segunda sesión de entrevista, así como también Josselyn y Victoria. Contrario a las otras tres jóvenes que desistieron. Es importante resaltar que todas estas resistencias se dieron particularmente en hijos e hijas de tropa, población a la cual fue difícil de contactar y proceder a

entrevistar. Es posible que su condición social y económica, relacionada al rango que su padre desempeñó en el Conflicto Armado, tenga que ver con esta situación. Con los hijos e hijas de oficiales el proceso de entrevista fue mucho más fluido, aunque es preciso resaltar que siempre se identificaron recelos para ser parte del estudio.

Así, aunque menos marcado, los hijos e hijas de oficial mostraron algunas resistencias al proceso de entrevista. Una situación explícita es la de Esteban, quien confiesa que no pudo llevar a la entrevista algunas fotos de su padre como militar durante el Conflicto, porque su misma familia se lo prohibió. De nuevo, la razón fue por “el miedo a que lo conecten [a su padre], de que su hijo está hablando de hechos del Conflicto”. En otras palabras, se prefiere el ocultamiento o anonimato de quién es su padre como militar, “porque, quiérase o no, le puede afectar a él [su padre], me puede afectar a mí en el trabajo”. De ahí también la insistencia que este joven mostró en querer revisar la transcripción de entrevista para omitir información si era necesario.

*¿Siempre han tomado medidas de seguridad? Siempre, siempre. Si de hecho yo me estaba planteando si venir o no, en algún momento, por el miedo, pues. Porque sí da miedo, da mucho miedo porque... no es tanto el sentirme orgullosa o no de lo que pasó, pero sí de qué puede pasar cuando alguien más sepa [que es hija de un militar].*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

*más que todo era un poquito de miedo [sentido luego de la primera sesión de entrevista], porque dije: “¿y si mencioné un nombre?” Y, no sé, a alguien le molesta después. Entonces, de ahí solo dije: “bueno, ya, bueno”. Es decir, son los nombres que censuré, porque de ahí los demás no dije nada que me parezca a mí preocupante.*

(César, 18 años, hijo de tropa)

*te quería traer una [fotografía] donde estaba la promoción de él [su padre], y salen todos así, preparados para darse verga prácticamente. Y más que todo por eso [no le permitieron sus padres llevarla], pues, el miedo a que lo conecten, de que su hijo está hablando de hechos del Conflicto, verdad. Porque, quiérase o no, le puede afectar a él [su padre], me puede afectar a mí en el trabajo...*

(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

Ligado a lo anterior, se identifica en el relato de los y las jóvenes una tendencia familiar al miedo, desconfianza y ocultamiento por las memorias del Conflicto Armado. Estas características son transmitidas hacia los hijos e hijas, lo que condiciona la manera en este grupo se aproxima al pasado no vivido desde su presente. Las situaciones arriba descritas, como la de Esteban con la prohibición de usar las fotografías, dan cuenta de esta tendencia. Así lo secunda Victoria al decir: “somos muy reservados, al menos del lado de los militares”, con lo cual se prioriza que se tenga primero la confianza suficiente en las demás personas para abrirse con estos temas. De ahí que



tenga sentido las resistencias durante el proceso de entrevista, pues ante lo novedoso de ser entrevistados, apareció la duda hacia los investigadores de “no sé si puedo confiar en vos”.

*Creo que eso es algo que siempre he visto: somos muy reservados, al menos del lado de los militares he visto yo. De los guerrilleros, no me he familiarizado, así como que mucho para decir sí esto pasa bastante. (...) He visto que se interioriza bastante eso de “no te conozco”, “no sé si puedo confiar en vos”, por eso prefiero no acercarme hasta estar segura de que puedo confiar en vos. Entonces, a mí me ha pasado mucho y ha sido por eso, por otras cosas también, verdad, no totalmente por eso, pero eso tiene un gran peso a la hora de relacionarme con alguien...*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Tatiana también identifica esta tendencia al miedo sobre el pasado en la familia de militares, al aseverar: “siento que hay muchísimo miedo como de este lado [militar]”. Esto desemboca en un miedo transmito a ellos y ellas como descendencia, y a su postura de desconfianza respecto a revelar que son hijos de militares. Como también lo señala Tatiana, a la base “hay miedo de que les puedan hacer algo [a sus padres], siento que eso sí lo compartimos todos [hijos e hijas de militares]”. Esa característica compartida es posible por estos procesos de socialización familiar, como bien lo señala Victoria: “nosotros hemos sido educados, por decirlo así, y hemos aprendido a no hablar sobre ello”. Queda la duda si dicha educación ha sido explícita o se ha configurado a través de procesos implícitos y silenciosos. De lo que hay más certeza es del miedo de revelar su procedencia: “nos da miedo qué es lo que puede pasar al decir yo soy descendiente de...”.

*en cualquier historia hay, hay miedo de que les puedan hacer algo [a sus padres], siento que eso sí lo compartimos todos [hijos e hijas de militares], o sea alguien que defiende o alguien que no [defiende a la FAES], siempre está el miedo. No creo que alguien venga acá y diga: “sí, yo quiero [que su padre vaya a juicio]” (...). Al hijo de alguien o hija que piense eso no me lo imagino. Por eso siento que no lo quieren desenterrar, porque saben como: “yo mismo le voy a trazar el camino para que lo juzguen”. Siento que hay muchísimo miedo como de este lado [militar], como viendo todo lo que le pasó a la gente, pero a él no quiero que le pase, entonces, dejémoslo así.*

(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*hay una limitante bien grande a la hora de hablar y hay que tener cuidado (...). Nosotros hemos sido educados, por decirlo así, y hemos aprendido a no hablar sobre ello (...). Entonces por eso de buenas a primaras creo que habemos varios que no estamos como tan dispuestos a hablar abiertamente, no porque no nos sintamos mal por lo que pasó, sino porque nos da miedo qué es lo que puede pasar al decir yo soy descendiente de... O yo sé esto porque tengo una fuente directa que estuvo ahí, entonces nos da miedo eso...*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

A la base de la socialización del miedo en las familias están las memorias del Conflicto Armado, aquellas que revelan la participación activa del padre en dicho acontecimiento, pero también aquellas que cuentan sobre las distintas vicisitudes experimentadas por los familiares como jóvenes en medio de una guerra. Tales experiencias pasadas son compartidas a sus hijos para aleccionarles sobre cómo desenvolverse en un presente con características de violencia e inseguridad. El efecto de ello es que dichos jóvenes estén limitados por sus familiares a la hora de moverse cotidianamente, sobre todo, fuera de sus casas. Ya lo asevera Mauricio cuando expone que una de las secuelas del Conflicto es “la paranoia, y más que todo del lado de mi mamá, de no dejarnos salir por toda la violencia que ella vivió y vio durante el periodo [del Conflicto Armado]”.

Jóvenes como Mauricio y Victoria ponen en evidencia la intervención de las memorias del Conflicto en la transmisión del miedo dentro de las familias. Al preguntárseles cómo sería su vida si tal acontecimiento no se hubiera dado, reconocen que “el tema de la permisividad”, por ejemplo, sería distinto, pues a raíz de las experiencias vividas por sus padres, se instaló en ellos una postura de protección hacia sus hijos que les ha limitado ciertas libertades. Ponen de ejemplo que, al querer salir de sus casas, ha aparecido este mensaje de “no salgan es bien peligroso”, el cual es acompañado de historias del Conflicto Armado que justifican esta preocupación: “no salgas a la calle, porque te puede pasar esto, y en la guerra pasaba no sé qué”; “si yo aguanté tanto tiempo [en el Conflicto], por un día no te vas a morir aquí en la casa”.

*no sé si realmente hubiera sido distinto un poco el tema de la permisividad, mi mamá creo que por lo mismo del Conflicto que veía... era un periodo de “no salga, es muy peligroso afuera” ...*

*Ya estábamos, claro el país no dejó de ser peligroso, pero siempre como este mensaje: “no salgan es bien peligroso”, y nos contaba alguna historia de la guerra o algo por el estilo.*

*Entonces quizás hubiese sido un poco distinto, verdad. Y imaginar un país en el que las cosas hubieran sido distintas, porque esa sí siento que es un poco una secuela del Conflicto, de hecho, como la paranoia, y más que todo del lado de mi mamá, de no dejarnos salir por toda la violencia que ella vivió y vio durante el periodo.*

(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)

*también ha llenado la vida de inseguridades, porque el ser parte de esta, como decirlo, ser parte del linaje de esa familiaridad, de estos exmilitares es difícil a la hora de ser persona en la calle, porque, quiérase o no, esto de “hay que mantenerse atento”, “hay que mantenerse alerta”, que “no te podés confiar” y “tenés que andar esto, y no sé qué...”, siempre forma parte de uno. Creo que eso siempre va a formar parte de uno y no hay forma de quitárselo, fueron enseñanzas en mi caso desde niña, que me decían: “no salgas a la calle porque te puede pasar esto y en la guerra pasaba no sé qué...”. Y cuando queríamos salir con mis hermanos o lo que sea era como de: “si yo aguanté tanto tiempo, por un día no te vas a morir aquí en la casa”. Entonces, quiérase o no, hay como pequeñas situaciones que a uno lo van afectando, y que ahora que uno*

*es adulto, entre comillas, todavía siguen pasando. Por ejemplo, yo me considero una persona bastante independiente y salgo a la calle, pero en la calle no puedo estar tranquila, si ando sola es peor, porque estoy: “esa persona me va siguiendo, esa persona tiene no sé qué o tiene la mano en el bolsillo...”.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

La cita anterior de Victoria es llamativa, porque también revela la configuración de subjetividad de la joven, condicionada por las experiencias del pasado bélico experimentado por su padre y madre. Da cuenta que el miedo, la desconfianza, la inseguridad son rasgos que ella ha interiorizado producto de la socialización de sus padres, quienes sufrieron un Conflicto Armado que les obligó a desarrollar dichas características para sobrevivir. La joven comparte que este acontecimiento violento que no vivió le ha “llenado la vida de inseguridades”, pues ella forma “parte del linaje de esa familiaridad, de estos exmilitares”, y esta pertenencia consolidada a través de su socialización, se vuelve “difícil a la hora de ser persona en la calle”: hay que “mantenerse alerta”, “no te podés confiar”.

Para Victoria, el miedo es un rasgo distintivo que forma parte de su identidad, ya que lo ha interiorizado desde pequeña y, por consecuencia, se vuelve difícil de modificar: “siempre forma parte de uno, creo que eso siempre va a formar parte de uno y no hay forma de quitárselo, fueron enseñanzas en mi caso desde niña”. Aparte de ser un aspecto arraigado a lo largo del tiempo, ella considera que suele ser inconsciente, como lo dice en la siguiente cita: “tal vez no esté presente, consiente, pero siempre lo aplico”. La idea de siempre aplicarlo tiene que ver con las decisiones e interacciones que la joven establece con otras personas, las cuales, en definitiva, se ven afectadas. Por ejemplo, suele “desconfiar” de sus compañeros, porque le da miedo que “pase algo”, si estos se enteran de su historia de vida como descendiente de militar. Como se comentará más adelante, este daño a las relaciones sociales conduce a pensar en el fenómeno del trauma psicosocial.

*hay cosas interiorizadas que quizás no fueron como concedidas para dañar, o sea, esto de la precaución y todo eso; pero que aun así llevamos, es indirecto, pues. Por ejemplo, yo no voy a desconfiar de un compañero porque sí, o sea, yo desconfió porque me da miedo que pase algo. Entonces, siento que es más como con esto de los esquemas e ideologías que nosotros llevamos consigo. Entonces, yo digo: “tal vez no esté presente, consiente, pero siempre lo aplico”.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Es preciso resaltar que el miedo experimentado por ser hijo e hija de un militar que combatió en el Conflicto Armado está vinculado, en buena medida, a dos grandes razones. La primera tiene que ver con las posibles represalias que puede sufrir el joven, el padre o la familia en general, por la participación de dicho familiar en el pasado, lo que desembocaría en daños materiales directos (ser enjuiciado, por ejemplo). La segunda razón estriba en el miedo a sufrir la invalidación de la propia historia paterna cuando sea compartida. Ya que los jóvenes creen que el bando militar se

suele asociar a lo negativo, consideran que se les va a reprochar que sus memorias no tienen derecho a ser escuchadas. Pueden existir otros motivos, no obstante, los relatos de la mayoría se mueven en esos puntos que serán descritos a continuación.

Respecto a la primera razón, el hecho de sufrir cualquier tipo de daño por la participación del padre en el bando militar es lo que ha ido configurando su miedo. Por un lado, este daño estaría motivado por algún tipo de represalia, como lo dice Victoria: “nos da miedo que alguien venga, y le haga daño a alguien o que secuestren a alguien de nosotros”. Y por el otro lado, el daño está ligado a sufrir consecuencias penales por posibles actos cometidos por el padre que podrían ser imputados como crímenes. Aurora confiesa que le da “un poco de miedo” cuando escucha las noticias de enjuiciamientos de militares por hechos del pasado, pues le hace pensar que pueden “seguir enjuiciando personas, a algún familiar, porque no solo mi papá es militar en mi familia, hay más militares” (todo lo vinculado a la justicia y las memorias militares se profundizará en el siguiente apartado).

El temor se agrava, porque existe el desconocimiento de qué fue lo que hizo el padre como militar, por el escaso contenido de memorias de esta figura. Aquí aparece la duda de “no sé si mi papá le hizo daño a alguien”, como lo expresa Aurora. Ya se ha mencionado antes que el silencio de las memorias impera en la dinámica familiar, y aquí se comprende que está relacionado al miedo por las consecuencias de la participación del pasado en el presente. Ante tal incertidumbre por lo que pasó y por lo que pueda pasar, los hijos e hijas “preferimos no hablar”, confiesa Victoria: “por no decir algo nadie se va a morir, pero por decirlo sí. Entonces, mejor callados”.

*Para ser sincera, a veces me da, así como, como que un poco de miedo [escuchar noticias sobre enjuiciamiento a militares], porque es lo que te estaba comentando... No sé si mi papá le hizo daño a alguien... Entonces, sí sé que a los líderes que están como enjuiciando en estos momentos, a los que eran como los líderes, [es] porque mandaban a asesinar. Por una parte, está bien, porque están haciendo justicia para los familiares de los que fallecieron. Pero sí, es como que, no sé... da... tengo como un poco de miedo que algún momento aparezca ahí, no sé, que van a seguir enjuiciando personas, a algún familiar, porque no solo mi papá es militar en mi familia, hay más militares.*  
(Aurora, 28 años, hija de tropa)

*a ese punto quizás es el grado de precaución, porque literalmente nos da miedo que alguien venga y le haga daño a alguien o que secuestren a alguien de nosotros. O sea, nosotros hemos pensado mucho en eso y me lo han dicho: “mirá, es mejor no mencionarlo, porque el día de mañana yo no sé si a vos te llevan, o sea, ¿y yo qué voy a hacer?”. A mí me da miedo como hablarlo y decir: “puya, si alguien sabe dónde vivo y sabe esto, puede ir a hacer algo, puede herir a mi mamá, o puede herir a mi papá, mi abuela, mi tío...”. Para evitar ese tipo de situaciones, que quizás nunca vayan a pasar, pero que nos da miedo que pasen, preferimos no*

*hablar, o sea, es como: “mirá, por no decir algo nadie se va a morir, pero por decirlo sí.  
Entonces, mejor callados”.*  
(Victoria, 22 años, hija de tropa)

La segunda razón de la emergencia del miedo es por sufrir la invalidación de la historia paterna como participante del bando militar, y por consecuencia de la historia familiar y personal del joven. Se prefiere no hablar del Conflicto Armado o no revelar que se es hijo o hija de militar, porque consideran que pueden recibir comentarios ofensivos de otras personas que no dimensionan los dolores que hay en los participantes de este otro bando; de ahí que se les recrimine que esas memorias no merecen ser escuchadas. Ya lo dice Tatiana: “esas son historias que quizás no se les va a dar mucha importancia”, y por lo mismo, si ella exige darles importancia, cree que se le replicará: “pero es que eso es ridículo... (...) ¿su papá cuánta gente mató?, ¿vos crees que merece [consideración]...?, tu papá mató a diez y a vos [te mataron a] uno, o sea, no te deberías de estar quejando”.

A la base de la invalidación de las memorias militares se cree que está el “estigma social” hacia este grupo, lo que para algunos “es obvio y es válido”, ya que la institución militar está relacionada a la mayoría de crímenes cometidos en este periodo. No obstante, como lo asevera Victoria, tal estigma conlleva la cristalización de una “imagen bastante dura de estas personas que participaron”, que se aplica a todos los militares, sin considerar sus particularidades. Esto impide que los hijos e hijas puedan “contar lo que realmente han sido estas personas que tanto le importan a uno”, pues lo que pueden recibir son recriminaciones al querer limpiar la imagen del padre militar: “si yo le digo esto a alguien que sufrió en la guerra me va a decir: estás loca o estás mintiendo o vos lo decís porque no conocés o no viviste [el Conflicto Armado]”.

Con los relatos de Tatiana y Victoria podemos observar que el callar las memorias del padre militar por miedo a la invalidación tiene sus efectos en el mismo padre, pero en los y las jóvenes también. Hacia el padre y demás militares se les impone una etiqueta de inhumanidad, sin saber los motivos que les llevaron a ser parte de la institución y participar en el Conflicto. Por tanto, rechazar las historias del bando militar “causa que se deshumanicen estas otras historias”, de acuerdo a Tatiana, ya que no se tiene en consideración que “no decidieron estar ahí, o sea, que ellos no quisieron quitarse esa humanidad que tantos piensan que no tiene”, según Victoria.

Ante esta encrucijada de querer contar otra versión de los hechos, de rescatar la imagen del padre como alguien con humanidad, pero no poder por el miedo a la invalidación, surgen reacciones emocionales en los y las jóvenes como el enojo y la tristeza. Pareciera ser que tales emociones deben ser reprimidas, por la misma situación de no poder expresar libremente lo que se piensa y siente sobre el pasado por miedo a determinadas consecuencias. Esto puede evidenciarse en Tatiana, quien reconoce que su tristeza por los impactos del Conflicto en ella y su padre son invalidados por su contexto social: “no se me permite estar triste por esto”. Lo mismo expresa

Victoria cuando dice que “me duele, me enoja, pero trato de no hablarlo, porque no es algo que se comprenda”, el hecho de que su padre fue obligado a formar parte de la FAES.

*esas son historias que quizás no se les va a dar mucha importancia, (...) lo ven irrelevante. Yo siento [que es] como: “ustedes no se deberían de estar quejando”. Siento que ha sido como bien desvalorizado todo eso y, por lo mismo, a mí me dio miedo decirlo, porque siento que alguien me va a decir: “pero es que eso es ridículo...”. ¿Cómo que tu historia no vale, algo así? Como que mi historia no vale, como: “¿su papá cuánta gente mató?”, “¿vos crees que merece [consideración]...?”, “tu papá mató a diez y a vos [te mataron a] uno, o sea, no te deberías de estar quejando”. Entonces, siento que hay mucho de eso, y obviamente hay un resentimiento por falta de que no se dio importancia a otras personas. Y, pues sí, es como el mecanismo en que la gente exige la atención y la justicia que merecen. Pero, al mismo tiempo, eso sí siento que causa que se deshumanicen estas otras historias, o, a mí, por lo menos, que no se me permite estar triste por esto.*

(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*siento que me enoja mucho este aspecto de que uno no puede contar lo que realmente han sido estas personas que tanto le importan a uno, que han sido parte de este Conflicto, por lo mismo de todo este estigma social. Y es obvio y es válido también, o sea, que las personas tengan una como imagen bastante dura de estas personas que participaron, y lo comprendo. Pero, a veces, como familiares, es como si tuviéramos que tener cuidado al decir dónde trabaja cierta persona, o dónde trabajó o qué fue lo que hizo, qué experiencias tiene (...), porque me van a preguntar por qué sé tanto, me van a preguntar por qué estoy relacionada con eso cuando no debería, entre comillas...*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

*también tenemos que saber que hay personas, como ya lo he mencionado bastante y reitero mucho en eso, que no decidieron estar ahí, o sea, que ellos no quisieron quitarse esa humanidad que tantos piensan que no tiene. Entonces, eso quizás es lo que más me duele, me enoja, pero trato de no hablarlo, porque no es algo que se comprenda. Si yo le digo esto a alguien que sufrió en la guerra me va a decir: “estás loca”, o “estas mintiendo”, o “vos lo decís porque no conoces o no viviste [el Conflicto Armado].*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Es de resaltar que, de nuevo, aparece el silencio en esta población; en este caso, promovido por los temores a ser recriminados por las memorias del padre en su rol de militar. Se guarda silencio sobre varios tópicos: su condición de hijo e hija de militar, el contenido de las memorias del padre, sus conocimientos sobre la historia, y cualquier otra opinión que lleva a desmentir que todos los militares son iguales. Toman la decisión de soportar el no poder hablar y validar su propia historia, por miedo a sufrir alguna consecuencia negativa. Ya lo expone Tatiana: “yo casi nunca lo

menciono, porque yo sé que va a ser un tema de conversación y probablemente hay cosas que yo no quiera escuchar”. También Victoria: “esta ese tope de mejor me quedo callada, mejor no toco el tema, porque si no van a saber que yo soy [hija de militar]”.

La invalidación de las experiencias del pasado, el silencio respecto a quién es su padre y su condición como hijo, la represión de las emociones por los impactos del pasado en la familia y el joven, todo esto empuja a pensar sobre la transmisión intergeneracional del trauma. Se observa un malestar emocional que se sostiene tanto en el padre como en la descendencia, que condiciona su forma de identificarse ante los demás y de relacionarse con estos. Además, dicho fenómeno enfrenta a dificultades importantes para ser abordado: ¿cómo se supera un trauma si no es posible expresar libremente el malestar emocional que el pasado conlleva, tanto en los padres como en los hijos?

*también que me imagino que existen muchas más personas con mi misma experiencia, lo único que yo casi no conozco personas que son hijos de exmilitares; por el contrario, conozco personas que son descendientes de combatientes de la guerrilla. Entonces, siempre es como un momento bien incómodo, verdad... ¿Cuándo te relacionas con ellos se vuelve incómodo? Es incómodo, y en muchas ocasiones, le soy sincera, nunca he dicho... cuando me han preguntado como qué hacen tus papás o su papá específicamente, yo casi nunca lo menciono, porque yo sé que va a ser un tema de conversación, y probablemente hay cosas que yo no quiera escuchar...*

(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*no es negable los actos que pasaron en la guerra, obviamente, y no hay que quitarle valor a todas las experiencias. Pero también no hay que decir: “todos son así o todos fueron así”, porque no es la realidad, y no es lo que yo sé que es la realidad, para mí al menos. Entonces, a la hora de hablarlo, pues, esta ese tope de mejor me quedo callada, mejor no toco el tema, porque si no van a saber que yo soy [hija de militar].*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

A propósito del fenómeno del trauma, y de los impactos del pasado en la vida de los y las jóvenes, el miedo por su condición de hijo de militar les pasa factura a algunos de ellos en distintas áreas de su vida, como en las relaciones de amistad o en el contexto universitario. Ya se ha mencionado antes que las relaciones sociales de esta población se ven marcadas por la desconfianza. De nueva cuenta, el caso de Victoria es representativo de ello, ya que reconoce: “yo no me puedo relacionar con alguien que después se vuelva muy amigo mío y después tenga que saber [que es hija de militar]”. En la universidad ella impone una “barrera” con sus compañeros, para que no trascienda la relación a un plano personal, donde puedan enterarse de su procedencia (“de aquí no vas a pasar”, expresa imaginariamente).

En el caso de Victoria, la afectación del Conflicto Armado en su condición de hija de militar es tan fuerte, que ella llegó a cuestionarse si tener o no novio, pues tenía que decirle en algún momento que su papá fue combatiente. Es potente identificar que producto del pasado de su padre, ella tenga condicionadas sus relaciones sociales, a tal punto de que tenga que desconfiar de las demás personas constantemente. Cabe preguntarse ¿qué tipo de convivencia se va configurando ante esta situación si hay miedo, desconfianza, silencio? Podríamos interpretar que con su caso se ejemplifica la presencia de trauma psicosocial, sostenido de forma intergeneracional, ya que la herida del pasado de violencia ha afectado la forma de relacionarse entre las distintas generaciones, y se sigue sosteniendo en dichas relaciones sociales.

*yo no me puedo relacionar con alguien que después se vuelva muy amigo mío, y después tenga que saber [que es hija de militar]. Entonces es como: “sos mi compañero, sos mi compañera, pero ahí murió y ya. O sea, voy a convivir contigo, y voy a trabajar y todo, pero hasta ahí... ya en lo personal: barrera. O sea, ya no se puede, de aquí no vas a pasar...”.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

La condición de hija de militar ha frenado la participación en el contexto universitario, al menos en Camila, Tatiana y Victoria. En el caso de Camila parece ser que desistió de ingresar a la Universidad Centroamericana UCA por su historia vinculada a las luchas sociales, y haber sufrido el asesinato de seis jesuitas, a manos de la FAES. Además, ella tuvo una mala experiencia haciendo el recorrido por el Museo de los Mártires de la UCA, cuando todavía era estudiante de colegio. Para Camila fue impactante escuchar un discurso que se resumía en que “los militares son lo peor”, ya que entraba en choque con el aprecio que le tiene a su padre militar: “¿Ah, me estás diciendo que la figura que yo tengo [su padre], a la que más admiro es lo peor...?”.

*una universidad súper prestigiosa [la UCA], está bien... pero entré ahí siendo una hija de militar... y no era la única, o sea, tenía compañeros, porque en mi colegio nos llevaban a un tour [al museo de los Mártires]. Entonces fue como... que te sentís, así como... vaya, o sea, porque yo... mi percepción es que el tour fue como “los militares son lo peor”. “¿Ah, me estás diciendo que la figura que yo tengo [su padre], a la que más admiro es lo peor...?”.*

(Camila, 29 años, hija de oficial)

Las otras dos jóvenes, Tatiana y Victoria, han sido estudiantes de la UCA. Aunque revelan que tuvieron sus preocupaciones a la hora de decidir ingresar a la misma, porque se tiene el estereotipo de que este centro de estudios es de “izquierda” o está en contra de la FAES. El miedo en ellas era que fuesen descubiertas como hijas de militar, y que por ello sufrieran algún tipo de represalias o trato diferenciado. Como es de imaginarse, la estrategia adoptada por ellas ha sido principalmente el silencio: “no voy a decir nada, porque en base a lo que diga me van a juzgar a mí”.



*yo estaba ahí [en referencia a su colegio] donde yo podía libremente decirlo: “Mi papá hizo esto” y sentir como ese cierto orgullo. Yo no sé si habrá habido algún niño ahí que era hijo de un excombatiente, no sé. Probablemente ellos sintieron lo que yo sentí al venir a este contexto [la UCA], porque en mi cabeza siempre fue como: “No, aquí va a haber gente como súper de izquierda”, y eso de “te van a querer lavar el cerebro”, como esas cosas... Entonces [estaba] esa necesidad de formar como una protección, así como: “no voy a decir nada, porque en base a lo que diga me van a juzgar a mí”, y por cosas [del pasado] que yo siempre dije: “no tengo nada que ver en eso...”.*

(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*a la hora que yo dije [que] me voy a meter a una universidad, yo dije: “ay, es que no quiero ir ahí”, porque yo decía [que] es difícil, pues, el poder convivir [por ser hija de militar] y también por el precio (risas). Yo dije: “voy a ir a otro lado, pero yo sé que la UCA es una buena universidad, y que tiene una perspectiva bastante social”, siempre me ha gustado eso. Y dije: bueno, si he vivido toda una vida lidiando con esto, lo voy a hacer, pero no voy a hablar definitivamente de esto, y no voy a solicitar una beca como mi hermana”. Entonces dije: ok, vamos a ver qué tal, y si tengo problemas me voy a otro lado y ya, o sea, no le veo tanto problema, pero sí tenía como ese miedo.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Siendo ya estudiantes universitarias, han tenido ciertas dificultades en involucrarse abiertamente en actividades de participación estudiantil, por esto mismo de no querer ser descubiertas. Tatiana, contrario a lo que se podría esperar, fue capaz de participar en estos espacios que incluso le llevaron a trabajar con sobrevivientes del Conflicto Armado. No así Victoria, quien reconoce que evita a toda costa abordar el tema de la memoria histórica en sus clases, aunque sea de mucho interés para ella.

El miedo que Victoria siente a la hora de tratar el tema de la memoria histórica no es menor. Reconoce que la memoria es importante para el país, pero tiene temor a sufrir repercusiones por su condición de familiar de militar si expone su procedencia y punto de vista. Le huye al tema, así como debe de haber otros jóvenes con la misma tendencia. ¿Cómo se puede garantizar el acercamiento de estas otras poblaciones al tema de la memoria sin que exista este miedo? Habría que reflexionar, entonces, sobre cómo favorecer las condiciones necesarias para que se escuchen estas otras visiones.

*es bien contradictorio porque la UCA tiene espacios de participación estudiantil que tienen que ver mucho con la memoria, y a mí me encantaría participar, pero a la hora de hablar más de este Conflicto (...) va haber algo más, entonces, yo dije: “no, mejor no, prefiero no meterme en eso...”.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

*muchas veces tratamos de no ser partícipes de ciertos temas (...). Yo tenía que investigar para algo de mi carrera acerca de la memoria histórica, y no fue mi elección agarrar ese tema; de hecho, yo lo quería evitar. No me voy a oponer, porque yo sé que es importante, y porque tiene mucho que ver con la realidad de ahora que tenemos, y esa me interesa bastante. Pero sí, no lo quería tocar realmente, porque me daba miedo a la hora de discutir con mis compañeros acerca del tema...*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Para finalizar este apartado, vale hacer una mención sobre las formas en que esta población sortea las dificultades arribas descritas. El peso de su condición de hijos e hijas de militares, ligado al miedo que esto genera, les lleva a construir estrategias para moverse en distintos contextos, con la finalidad de no sufrir consecuencias desagradables desde su contexto familiar y social. La mentira es la acción más común, relacionada a qué es lo que hace y a qué se dedica su padre, como se identifica en Victoria y Tatiana. No obstante, esta última joven también le ha mentado a su misma familia sobre su participación en actividades relacionadas a la memoria en comunidades de sobrevivientes. Tatiana reconoce que “ha sido básicamente como con mentiras, mentiras” la manera en que ha sorteado su situación; mentiras hacia “ambos lados”, por cierto, como un símbolo de ruptura hacia el binarismo sostenido en el posconflicto, propio de las nuevas generaciones.

*nunca les dije, así a ciencia cierta como: “esto voy a ir a hacer”, por ejemplo. Saben que vine a una entrevista, pero no saben de qué. No les voy a decir: “sí, fíjate que estoy contando como...”, porque si no va a ser como: “¿Y por qué [estás contando]?”. Y siento que hasta podría generar cierta preocupación en ellos, como: “¿y qué estás diciendo?” o “¿por qué?”, “¿qué has dicho?” y cosas así. Entonces, así ha sido básicamente como con mentiras, mentiras, y también a las personas con las que he convivido tampoco les he dicho como: “sí, fíjate que mi papá fue militar”. Quizás mentiras como de ambos lados.*

(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

Todo lo descrito con anterioridad pone en evidencia la complejidad entre el pasado del Conflicto Armado, y las implicaciones subjetivas y relaciones de los hijos e hijas de militares. El acontecimiento bélico, con la participación del padre militar en este, interpela de distinta forma la vida de este grupo de jóvenes. Los impactos están ligados a su identidad, a los sentimientos por su condición de hijos como el orgullo y la vergüenza, y el miedo por posibles daños. Todos estos puntos han afectado a distinto nivel sus relaciones sociales, y la convivencia establecida con personas cercanas y lejanas. Los relatos de cada joven son muestra significativa de que el Conflicto Armado sigue presente en el presente, a partir de las memorias sostenidas entre las distintas generaciones.

### ***5.2.3. Entre la admiración y el cuestionamiento: el dilema de tener un padre militar***

La siguiente trama se articula a partir de la aproximación que los y las jóvenes tienen respecto a la historia de su padre durante el Conflicto Armado, lo que inevitablemente condiciona en alguna medida su relación actual en el posconflicto. En sus relatos los y las jóvenes exploran distintos temas, entre los que se incluyen los sentimientos y reflexiones que les evoca la figura paterna en su rol como militar, pero también como persona en general. Siendo que en el primer caso haya muchos sentimientos complejos e incluso contradictorios, y en la segunda una clara admiración fruto de reconocer una historia de sufrimiento en sus padres.

Por otra parte, inevitablemente la trama misma lleva a estos jóvenes en su narrativa a revisar dos aspectos en sí mismos. Por una parte, su propia postura en relación con la FAES y a la posibilidad de que su padre, al haber pertenecido a la institución, pudiera estar involucrado en actos que pudieran ser juzgados. Por otra parte, y como consecuencia a la primera, su propia postura respecto a que se haga justicia por los crímenes cometidos durante el Conflicto Armado.

Estos dos aspectos se plantean como auténticos dilemas para los hijos e hijas de militares, los cuales intentan resolver a lo largo de su narrativa, a partir de lo que sí conocen de la historia de sus padres. Una forma de resolución suele ser el enfatizar en que la admiración es hacia ellos como personas y en su rol paterno, pero no necesariamente en su rol militar. Otra forma de resolución en su narrativa consiste en concebir que sus padres también fueron víctimas del Conflicto Armado, y que las afectaciones de dicho conflicto siguen presentes hasta el día de ahora en la vida de sus progenitores. Aunque esto no resuelve del todo lo que los jóvenes notan como una contradicción respecto a su postura de justicia, sí que les permite otorgarle un significado a esa historia militar paterna que se les presenta borrosa pero conflictiva.

#### **a) La historia militar paterna como huella de sufrimiento, pero también de admiración**

Al revisar el relato de los y las jóvenes en relación con la historia de su padre, uno de los primeros aspectos que se evidencian son los distintos tonos de tristeza, dolor o incluso sufrimiento con que pincelan los acontecimientos, esto a pesar de que desconocen mucho de su historia y aparecen claros vacíos en torno a la misma. Estos tonos surgen a partir de la descripción de diferentes sucesos vitales, circunstancias y afectaciones que los papás tuvieron que enfrentar en tiempos de Conflicto, y cuyas secuelas siguen afectando aún en el presente de posconflicto, dos aspectos que, a pesar de los vacíos mencionados, los y las jóvenes sí pueden reconocer con bastante seguridad.

Entre las primeras afectaciones valiosas de explorar se identifica aquella relacionada a la relación filial entre el padre y el hijo e hija, que de hecho tiene que ver con dinámicas configuradas por el género. En su mayoría, las familias nucleares de las y los jóvenes se constituyen como biparentales y basadas en el vínculo heterosexual. Si a esto se le agrega la condición militar del padre, en

algunos relatos la distribución de roles de género es bastante marcada. Esto implica que el rol paterno tenga que ver con lo relacionado a la esfera pública, en este caso su rol dentro la institución militar, lo que implicó, por ende, que no estuviera tan presente en la vida de los y las jóvenes, y que el rol de crianza estuviera casi exclusivamente otorgado a la madre u otro tipo de cuidadores como abuela o abuelo.

Esto se explicita bastante en el relato de Camila. En su caso, el papá estuvo ausente en su crecimiento debido a su labor como militar, pero también por lo difícil que fue para él asumir su rol de padre tanto por su juventud, como por su recién incidente traumático en relación con la pérdida de sus dos piernas. La distribución de roles de género también es bastante marcada: una madre joven que tuvo que ser acompañada por los padres de su esposo en su rol de crianza, pues su esposo no estuvo presente como padre de sus hijos debido a su trabajo militar:

*Sí, o sea como te digo ellos tomaron como, o sea mi abuelo era como mi papá y mi abuela era como mi mamá. Mi abuela dice, mis abuelos decían y mi abuela dice todavía que yo les cuesto como hija, verdad, porque mi mamá estaba súper joven y mi papá estaba, o sea, ponete a pensar que como mi papá tuvo el accidente a los 25 años y me tuvo como a los 27 años, a como yo lo veo dos años no son suficiente para superar un trauma así. Y probablemente, o sea el hecho, no sé, probablemente cuando yo nací él todavía no estaba listo para ser papá y fue como que mis abuelos al contrario de ignorarnos a mi mamá y a mí fue como: no, ahora ustedes son parte de, de la familia, aquel tiene sus cosas que hacer, verdad, pero no por eso ustedes van a... como a... a perder, verdad, entonces fue como que esa parte sí le agradezco un montón.*  
(Camila, 29 años, hija de oficial)

Esta realidad plantea la interrogante sobre cómo fue la relación filial padre-hijo/hija considerando el tipo de profesión de los padres de estos jóvenes. Al respecto, los relatos que más ilustran esta dinámica son los de Victoria, Esteban, Carmen y Camila. Para los tres primeros jóvenes es claro que hubieran deseado que sus padres estuvieran más presentes en su vida. En el caso de Esteban esto se evidencia sobre todo en los momentos y sucesos significativos de su vida (graduaciones y ritos religiosos), y cómo esta ausencia paterna le afectó emocionalmente. Victoria lo ilustra más del lado de su hermana, cuya infancia sí implicó la ausencia de su padre durante los años del Conflicto, explicitando que debido a esta ausencia muy probablemente el vínculo no se pudo dar, de tal forma que incluso en el presente, ya con su padre retirado y en casa, no es un vínculo que se pueda construir del todo.

*en mi caso, que yo fui la última, no me afectó tan directamente, pero en el caso de mi hermana mayor pues sí, porque ella vivió incluso el conflicto. Entonces eso de que él no estuvo presente, de que mi mamá tuvo que estar sola, que ella no sabía si él iba regresar entonces creo que eso se va introyectando en las personas y hay relaciones que quizá se van minando y que al fin... algunas se puedan recuperar y otras no, o es más difícil poderlo hacer. Incluso ya a la hora que*

*la persona se retira y está más presente hay como un choque verdad de que “él no estuvo, entonces no sé cómo interactuar con él o qué hacer”.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

*yo me di cuenta ya bastante de la ausencia de él cuando estaba...cuando me gradué del colegio eh, fue en el 2014, creo que andaba en Taiwán mi papá y de ahí cal...y ahí dije: “puta, este”, la primera comunión, la confirmación tampoco estuvo, y ahora tampoco la graduación. Yo dije:*

*“¡puta!, capaz cuando me gradué del...de la universidad tampoco va a estar, va a estar haciendo algo del trabajo”, dije: “al rato puede ser así porque todavía sigue trabajando el viejo”. Entonces sí, él no ha estado en varios hechos importantes de mi vida por el simple hecho de estar trabajando.*

(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

*fíjese lo miraba a los 15 días, así, porque no venía él la mayoría de tiempo; lo mandaban destacado para otros lugares como por ejemplo para el Miramundo, para todos esos lugares a él lo mandaban cuando... a patrullar. (...) Sí, pues claro, nos hacía falta, verdad, pero a la vez, como le digo, la necesidad.*

(Carmen, 28 años, hija de tropa)

Ahora bien, respecto a afectaciones que tienen que ver más directa y exclusivamente con el padre, se identifican dos principales: por una parte, la discapacidad física sufrida por accidentes en el campo de batalla; y, por otra parte, el proyecto de vida truncado y la libertad de elección perdida debido a las razones por las que entraron a la FAES. Además de otro tipo de afectaciones que, si bien no fueron tendencia, ilustran la huella de trauma en los padres de los y las jóvenes.

Respecto a las marcas corporales como claro signo de afectación durante el Conflicto, estas se ilustran en distintos relatos. En el relato de Mario, cuyo padre tiene esquirlas de bomba en su cráneo, las cuales hoy en día le generan dolor en bajas temperaturas; en el de Camila, cuyo padre perdió ambas piernas en combate; en el de Esteban, cuyo padre perdió la audición en un oído; y en Mauricio, quien incluso adopta una postura de imagería para tratar de empatizar con cómo se pudo haber sentido su padre frente a la pérdida de una de sus piernas, y cómo esto pudo haber afectado su proyecto de vida.

*...por la etapa en la que estoy creo que dimensiono cómo él se podría haber sentido porque más o menos una idea similar, verdad, en la que pues sí, él perdió la pierna, comenzaba como a... pues sí esas aspiraciones, eh... casarse, etcétera. Entonces creo que como entiendo un poco... conecto un poco con esa historia y me da como esta idea de qué difícil realmente ha de haber sido para él, y como que dimensiono como este desencanto ya con la persona, no sé cómo explicarlo, pero ya como lo conecto con él, verdad, con que es mi papá, entonces sí me da como ese sentimiento de tristeza.*

(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)

En esa línea, un elemento que fue una tendencia marcada es que en la mayoría de los relatos de hijos e hijas de padres militares (sobre todo en categoría tropa) se ilustra que la llegada de su papá a la FAES no fue una decisión propia o que respondiera a un legado familiar, sino al contrario: en César, Esteban, Mario y Aurora su padre llega a la FAES por reclutamiento forzoso; en Victoria y Raquel su padre se ve obligado a ingresar a la FAES viéndolo como un medio de subsistencia para mejorar la condición económica precaria de sus familias; y en Josselyn, más bien por un mandato familiar.

En todos los casos, pues, el haber ingresado a la FAES no fue en absoluto una decisión autónoma y libre, lo que implicó para varios las interrupciones de metas o sueños. Así lo describe Mauricio tratando de imaginar los deseos finales de su papá respecto a un proyecto de vida muy distinto al de la vida militar, y su posterior desilusión con la institución, que se traducen en que no sienta orgullo por el papel que le tocó jugar durante el Conflicto y sus intentos posteriores por estudiar algo distinto a la vida militar.

*siempre sentí que le interesaba más, porque mi papá estudió un tiempo después de la guerra arquitectura y no se graduó, entonces siempre sentí que mi papá era como... la aspiración de mi papá era más del lado de estudiar algo fuera del conflicto. Sí siento que está como un poco esa secuela de decir eh... “no me siento como a gusto con el tema de la guerra y de haber sido como militar”, no es como este orgullo de otras familias o de otras casas (...). En su momento, eso sí me lo dijo mi papá, “en su momento yo creía que era la opción correcta”...sí estaba como de acuerdo verdad, en que “se pelease por defender lo que para mí era importante” pero... sí hay cosas, por ejemplo, que mi papá reconoce que el ejército hizo mal, hay cosas que igual... siento como ese desencanto un poco con, con el ejército y con esa parte en general de su vida, no siento como ese orgullo de decir “ah, sí capitán”, sino que es más el hecho y cabal verdad, en como lo refleja hacia nosotros, es más hasta el hecho de estudiar como otra cosa verdad.*

(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)

También en el relato de Esteban es evidente que el proyecto de vida de su padre es interrumpido por su ingreso a la FAES. En él se explicita aún más cómo la necesidad económica de su familia lo lleva a renunciar a sus verdaderas aspiraciones vocacionales estudiando medicina, y lo lleva a significar a la FAES como una verdadera oportunidad para subsistir y ayudar a su familia.

*él cuando tenía 15 años aplicó para la... una beca en la [Universidad] Nacional, él quería ser... quería estudiar medicina, se tardaron un mes en la respuesta para decirle que sí verdad, pero dos semanas antes ya se había metido él a la Escuela Militar. Entonces él es bien religioso y dijo “bueno, quizás Dios quiere que sea militar, pues aquí voy a seguir”, y así siguió. Entonces él...*

*para él lo militar fue una opción para darle de comer a mi abuelita y a mis hermanos, verdad, porque él es el menor de los tres, pero ellos vivían en una “champita” en Guazapa.*  
(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

Es a partir de estos proyectos de vida interrumpidos, el verse obligados a ingresar a la FAES como medio de subsistencia, o el reclutamiento forzado, que en algunos relatos aparecen nociones de concebir a su padre militar como una víctima del contexto sociohistórico. En los relatos de César y Mario aparece directamente por el reclutamiento forzado del mismo. César incluso hace un corte temporal paradójico, mencionando que automáticamente, al ser reclutado, su padre se convirtió en una víctima: “prácticamente después de lo que él vivió ahí simplemente para mí es como una víctima”.

En el caso particular de Victoria, aunque su padre no fue reclutado forzosamente, ella lo concibe como una víctima de las circunstancias, pues se vio obligado a ingresar a la FAES para subsistir y sostener económicamente a su familia. Este hecho llevó a que su proyecto de vida de ser maestro se interrumpiera, aspecto que es descrito por la participante como “algo de lo que quizás no hablamos en la casa porque es bastante triste”, una tristeza que incluso ella misma duele por él.

*No tan forzoso, de parte de su familia fue como: vas a ir, y ya. O sea, no tenés decisión, él incluso era menor de edad. Por eso es que me duele tanto que los metan a todos en una sola bolsa porque yo digo, él no quiso y era menor que yo ahora, entonces es algo que me duele porque de ambas partes yo provengo de que mis padres eran de un entorno bastante pobre, que a veces no tenían zapatos, que tuvieron que dejar de ir a la escuela, porque ya no podían mandarlos, o sea no podían mandarlos en el sentido de que no tenían ni para el pasaje, ni para mandarles a comer algo, o sea en ese entorno. Y ellos querían estudiar...creo que eso es lo que más me duele, porque no eran personas que hayan querido ingresar, o sea ninguno de mis familiares tuvo como esa ansia de “uy sí, yo voy a ir”, si no que tuvieron que ir porque necesitaban sobrevivir en esa sociedad, en esa pobreza. Y es algo de lo que quizás no hablamos en la casa porque es bastante triste y se pueden ver esas heridas en las personas que vivieron ese contexto.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

*creo que él tenía un gran potencial para ser maestro y creo que es lo que más me duele, porque él ya no pudo seguir porque obviamente dentro de esta organización no es como que tengan tiempo para decir voy a estudiar otra cosa, o voy a hacer otra cosa, entonces siento que eso quiérase o no lo frustra a uno y a él.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

*para mí, él está ahí no porque quiere, porque tengo entendido que, pues a él lo agarraron, lo llevaron a la fuerza y prácticamente después de lo que él vivió ahí simplemente para mí es como*

*una víctima, o sea sí. No lo torturaban ahí ni nada. Pero simplemente: “me dieron un arma, ¿y yo qué puedo hacer?”.*  
(César, 18 años, hijo de tropa)

*todos fuimos víctimas porque los que fueron reclutados en lo militar también fueron utilizados, no es cosa de que ellos querían, tampoco muchos no querían, pero les toco entonces todos fuimos al final en el tiempo de la guerra todos fueron víctimas de un mal líder, de un mal gobierno por decir algo, entonces eso pues los dos sufrieron y que lástima que fue así, que no fue resuelto de otra manera.*  
(Mario, 26 años, hijo de tropa)

En el caso de Tatiana, este concebir a su padre como víctima debido al contexto sociohistórico tiene que ver con haber sufrido un proceso de ideologización propio de quienes se entrenaban para ser militares. Según ella, esto es lo que hace que su padre no se dé cuenta que al final muchos militares fueron usados peleando una batalla ajena a ellos mismos.

*como le decía la vez pasada yo siento que ellos, todos ellos eran víctimas también pero no sabían, según ellos estaban haciendo lo correcto y creo que también con ellos jugaron bastante y estaban luchando algo que ni siquiera era de ellos, entonces siento que ellos fueron como súper engañados...*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*en ese sentido llegué a una conclusión que básicamente él, él fue víctima de algo que ni siquiera sabe que fue una víctima, o sea en mi cabeza llegué a interpretar eso: “Púchica, él las cosas que hizo pensando...”, porque obviamente uno le pregunta a personas así y te dicen: “yo estaba defendiendo la patria, era mi trabajo, yo estaba del lado bueno”. Y luego pensás y es como: no, yo creo que es... sumamente equivocado. Y no lo sabe, como eso de todas personas que estaban ahí, estaban equivocadas, o sea una lucha prácticamente perdida en ese sentido, como: no, no tenían la razón y también los usaron y ustedes también perdieron sus vidas.*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

Si los y las jóvenes logran identificar las afectaciones que sus padres experimentaron durante el Conflicto Armado, es importante destacar que también logran hacer inferencias de cómo este pasado de sufrimiento sigue manifestándose en el presente en ciertos comportamientos, los cuales son concebidos por los jóvenes como posibles secuelas de trauma. Los relatos de Mario, Camila, Aurora y Victoria dan cuenta de ello explícitamente, quienes imaginan que lo vivido por sus padres en esa época pudo haber generado una huella de trauma en ellos; aunque siempre esté presente la incertidumbre, pues, como ya se mencionó, no saben a ciencia cierta qué sufrieron los papás, ya que son aspectos de los relatos no contados.



Según Camila y Aurora, la huella de trauma se puede observar en el sueño intranquilo de ambos padres. Aurora incluso ilustra a cabalidad que dicho sueño intranquilo es fruto justamente de ver morir a muchos de sus compañeros y amigos en batalla, situación que también enfrentó el papá de Victoria. En el caso de Camila, aunque tal cual como menciona “realmente no lo conozco desde antes de la guerra”, ella puede inferir que sea una huella de trauma, pues durante la guerra no podía dormir tranquilo por estar alerta de que en cualquier momento los capturaran.

*mi papá la mitad de mi vida, más de la mitad de mi vida estaba dormido y vos pasabas dos metros a la par de su cuarto y él te sentía, se levantan a como: ¡¿Qué paso?! O sea, súper ofuscado. Para mí él había sido normal, para mí las personas hacen eso todo el tiempo, pero luego me puse a pensar que probablemente quedó traumado de no poder ni siquiera dormir una noche tranquilo en la guerra (...) se quedaba dormido con el miedo “en cualquier momento nos van a encontrar y nos van a matar” Entonces probablemente [por eso] la manera. No sé porque realmente no lo conozco desde antes de la guerra, pero probablemente [por eso] esa reacción de cuando él se quedaba dormido y no descansaba (o sea para mí eso no era descansar.*  
(Camila, 29 años, hija de oficial)

*mi mamá dice que mi papá quizás hasta sueña cuando, no sé, porque varias veces, como que varias noches como que despierta como un poco asustado, quizás, como, o sea recordar...ver fallecer o sea ver morir a sus amigos, él dice que bastantes amigos fallecieron en los brazos de él o que él veía por ejemplo cuando les caía una bomba, o sea completamente destruidos ellos.*  
(Aurora, 28 años, hija de tropa)

*¿De alguna manera ese es como algún efecto de la guerra en él? Como repito, no sé si todo el tiempo él había sido así, pero sí puede ser un efecto de la guerra, pues se está viendo, porque él es bien sensible ante videos y cosas así.*  
(Mario, 26 años, hijo de tropa)

Ahora bien, a pesar de que los y las jóvenes logran inferir posibles secuelas de trauma en sus padres, son estos mismos padres quienes no necesariamente las reconocen, de acuerdo al relato de sus hijos. Esto se explicita sobre todo en los relatos de Aurora y Victoria, quienes describen que, a pesar de estas afectaciones, sus padres no las reconocerán como tal, ni mucho menos el impacto emocional que las mimas han provocado en ellos. Aurora incluso lo atribuye a su propia formación profesional: “más los militares que son unas personas de carácter fuerte, jamás van a querer como ayuda [psicológica]”; y en el caso de Victoria es más bien un no poder hablar al respecto, acaso porque, tal cual como en el papá de Aurora, reconocerlo puede afectar su imagen militar de ecuanimidad.

*¿Y vos como te sentís respecto a esto? ¿Respecto a que no quiera contar algunas cosas y así? A mí no me gusta. No por no saberlo, porque creo que no... tampoco me afectaría tanto el decir:*

*“mirá, pasó esto” detalladamente, sino que no me gusta el hecho de que él no pueda como salir de eso, como salir de ese... de este... ¿Cómo decirlo? Como de ese encerramiento, ese estancamiento de que no puedo seguir adelante por lo mismo de que no puedo hablar. Eso es lo que me molesta, eso es lo que me pone triste porque realmente no puedo obligarlo tampoco, y no lo voy a intentar porque yo sé que ese proceso tampoco es mi responsabilidad, y tampoco lo voy a saber manejar. Si en algún caso llega a pasar algo más grave o una crisis o algo entonces prefiero que él lo vaya haciendo conforme él se sienta cómodo, aunque yo me sienta así verdad, un poco triste, un poco enojada que él no pueda avanzar.*  
(Victoria, 22 años, hija de tropa)

*Entonces, es como que psicológicamente como que les afecta a ellos, y más los militares que son unas personas de carácter fuerte jamás van a querer como ayuda... Ayuda psicológica. Ajá, para poder como, no sé, sobrellevar eso, como ese trauma y porque creo que igual son humanos... traumados deben estar de ver tantas personas muertas y todo lo que vivieron.*  
(Aurora, 28 años, hija de tropa)

Finalmente, no se puede concluir respecto a las afectaciones sin mencionar que los relatos de César, Josselyn y Tatiana evidencian que los silencios familiares responden justamente a esta historia de dolor difícil de abordar y reconocer. Victoria, por ejemplo, logra reconocer este historial de dolor a cabalidad, identificando, como ya se mencionó, que su papá no lo logra reconocer. En el relato de Josselyn es claro que esto lleva a sus familiares a que no quieran abordar ese tema, y por lo mismo, a que la joven no haga demasiadas preguntas, aunque muestre curiosidad respecto a su historia familiar en relación con el Conflicto Armado.

*no he querido profundizar en el tema porque me daría curiosidad, entonces el detalle está en que, si yo saco a relucir esos sentimientos de parte de la familia o le saco solamente el Conflicto Armado es como que, no verdad, hasta ahí dejémoslo, ya no siguas.*  
(Josselyn, 20 años, hija de tropa)

*no se toca realmente, es un tema bastante delicado. Dentro incluso de la familia no se toca, y siento que hay muchas personas que se han tenido que callar y justamente esta persona que participó tiene muchas cosas que hablar porque conmigo habla, habla así abiertamente, pero hay cosas en las que prefiere quizás no mencionar y que yo tampoco voy a preguntar porque hay un dolor detrás de eso. Y hay muchas cosas que él ha visto y que le han dolido mucho, o sea compañeros que murieron, que él vio morir, gente desaparecida, tanto dolor, tantos sueños que ya no se cumplieron, tantas metas a las que ya no pudo llegar porque lo obligaron, entonces creo que todo eso, bueno desde la perspectiva, él tendría que tratarlo verdad, con alguien que lo escuche, con un psicólogo o alguien pues, pero no lo va a hacer definitivamente, pues por lo mismo.*  
(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Con todo, si es evidente para los y las jóvenes las afectaciones que sus papás enfrentan por haber peleado durante el conflicto, incluso como para identificar las secuelas de estas en el presente, vale la pena revisar cómo el padre y la familia se aproxima a ese lado militar y a la FAES como institución. De entrada, al revisar los relatos se evidencia que dicha aproximación está altamente determinada por esa huella de trauma en el padre en específico, pero también en la familia en general. Así también, es importante aclarar que muchas de las ideas que los jóvenes expresan al momento de describir cómo la familia se aproxima a su propia historia militar, están basadas justamente en ciertas actitudes que adoptan los miembros frente a ello, además de acciones concretas que realiza el padre. Es este material que los y las jóvenes observan lo que los lleva a hacer inferencias sobre el posicionamiento de sus familias respecto a la FAES.

Una forma en la que se evidencia ese rechazo hacia el mundo militar es cuando sus familias disuaden a los jóvenes de tomar como proyecto de vida la opción militar. Un relato donde se evidencia esto e incluso se infieren las afectaciones que dicho (no) legado ha tenido en la familia, es el relato de Victoria, en el que se destaca un alto componente de temor al ser reconocidos como una familia con padre militar, y siendo un sistema donde es la madre quien disuade completamente a sus hijos de seguir ese (no) legado. En su relato es tajante el rechazo de su mamá con todo objeto que tenga que ver con la institución, y el sufrimiento que le provoca la idea de que sus hijos puedan formar parte de la misma:

*¿Tu mamá tiene como más rechazo a lo militar? Sí, sí, definitivamente, si incluso al principio que él [su papá] ya había salido tenía cosas vea, que se tuvo que traer de su trabajo y ella eso si hubiera tenido la potestad de quemarlo lo quema, o sea literal le dijo en algún momento que quemara cosas vea, ella sí tiene como ese “no quiero saber nada de eso”. Incluso yo no me recordé la vez pasada, mi hermano quiso meterse y él sí tenía como la intención, quizás no tan fuerte, pero sí tenía la intención y mi mamá le lloró, le lloró y le dijo que no, le dijo que si se metía que no lo iba a ir a ver porque le iba a doler demasiado verlo.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Así también se encuentran los relatos de Esteban y Raquel donde es el papá el que disuade de que su hija o hijo tome una carrera militar. Importante destacar que en estos dos casos la decisión de los papás de ser militares estuvo basada en ver la carrera militar como una forma de subsistencia, más que un proyecto de vida como tal, lo que claramente pudiera estar influyendo en esta negativa hacia los hijos. En Esteban esta negativa incluso se presenta bajo la forma de súplica: “El nunca... me suplicó, me inculcó de que no, vos tenés que ser otra cosa...” y en Raquel en un claro reconocimiento de no querer que su hija sufra lo mismo que él sufrió, siendo que de hecho Raquel vea la FAES también como una opción de subsistencia, aún en la actualidad.

*...yo por ayudarles a mis padres, verdad, porque a como estamos ahorita que todo está caro verdad, yo dije; “¡Ay! Yo me voy a meter, aunque sea a trabajar ahí en ‘nanita’, aunque sea porque yo puedo”.*

(Raquel, 25 años, hija de tropa)

*Ahora para meterse ahí le piden de todo. Ajá, por eso él [su papá] me dice: “No, hija, usted ahí no”, me dice, “no quiero que sufra como yo sufrí ahí”. Ajá, mi mamá dice que de mi edad se metió ahí, imagínese.*

(Raquel, 25 años, hija de tropa)

Un relato importante de destacar es el de Camila, donde si bien es cierto el legado militar estaba muy presente en la familia, y, a diferencia de los otros relatos, hay un gran orgullo familiar por pertenecer a la institución, el padre también disuade a su hija de comenzar una carrera en esa línea. La decisión pareciera desprenderse de un imbricado entre la socialización de género, por su condición de mujer, ya que creían que por ello no iba a aguantar esa vida; y el temor propio de un padre que sabe lo sacrificado que es un proyecto de vida militar independientemente el género, un sacrificio marcado y simbolizado en la pérdida de sus dos piernas.

*después ya mi papá dijo: “sí, yo a vos te veo que hubieses podido aguantar”. Pero también era como de, creo que no quería eso para mí porque obviamente también la carrera militar le quitó oportunidades que quizás él ahora ya gran... o sea ya mayor ve y dice como “quizás si yo hubiera, no hubiese esto, no hubiese tenido el accidente o quizás yo hubiera podido no séirme del país o tener una carrera un poquito más, o sea más exitosa”, qué sé yo, ¿me entendés! Obviamente siempre pensamos en qué pudo haber sido, entonces creo que él dijo: “yo ya sé qué es esta vida y yo no quiero esta vida para ellos, para ella, si ella se queda acá” entonces...*

(Camila, 29 años, hija de oficial)

Por otra parte, otra forma de aproximarse a lo que pareciera ser un (no) legado, se encuentra en lo que Mauricio describe como una actitud casi opuesta al orgullo militar, que en su vida se tradujo en que su familia no lo dejara jugar con objetos que tuvieran relación con lo militar:

*Siempre lo he pensado y yo creo que mi papá no tiene una buena relación con su lado más militar. Yo por ejemplo no recuerdo... a mi familia no le gustaba que yo jugara con armas, no le gustaba que yo... mi papá no quería que en ningún momento que yo fuera militar y en mi cabeza se me cruzo “voy a ser militar”, justamente mis opciones eran medicina o psicología.*

(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)

Respecto al (no) legado y orgullo militar en los padres concretamente, también existen ciertas actitudes que adoptan en relación con su vida militar que generan ciertas inferencias en los jóvenes respecto a su posible rechazo o desencanto con lo militar. Mauricio, por ejemplo, destaca que su

padre no parece tener amigos militares. Algo similar ocurre con Esteban quien destaca que su papá nunca los ha llevado a reuniones con sus amigos militares, atribuyéndoselo a que este ha buscado “sacarnos esa idea de que es buena idea ser militar”. Por otra parte, Mauricio interpreta que el desapego de su papá en torno a sus objetos militares, como el uniforme e incluso un reloj que le dio la institución en reconocimiento a su trayectoria, es fruto de un posible desencanto por dedicarle su vida a dicha profesión, frente a lo que pudo haber sido su vida teniendo otra carrera profesional.

Mauricio infiere el posible desencanto con lo militar en que su padre en algunos momentos de su vida intentó estudiar arquitectura, aún y cuando ya tenía su carrera militar hecha. Así también en el caso de Esteban, él concibe que la decisión de su padre de estudiar algo fuera de la vida militar responde a querer hacer algo desligado de lo militar tras retirarse, mencionando además que a su papá nunca le gustó que le dijeran su rango.

Es evidente, pues, que los jóvenes infieren de ciertas actitudes y comportamientos de sus papás que lo militar no es un legado que les gustaría mantener en la familia, y en varios de estos padres este (no) legado es fruto de que en su propia historia la carrera militar no fue una opción de vida, ni mucho menos vocación, sino un medio de subsistencia o un deber, y que su verdadera vocación estaba puesta en otro proyecto de vida. En el relato de Esteban esto es evidente, su padre le suplica que estudie otra cosa, pues, como se mencionó anteriormente, su padre quería estudiar medicina, pero para proveer económicamente a su familia era mucho más sostenible una profesión militar.

*Él nunca... me suplicó, me inculcó de que no, vos tenés que ser otra cosa, verdad, porque... vaya, él cuándo tenía 15 años era eso verdad, él aplicó para la... una beca en la nacional, él quería ser... quería estudiar medicina, se tardaron un mes en la respuesta para decirle que sí verdad, pero dos semanas antes ya se había metido él a la escuela militar, entonces él es bien religioso y dijo “bueno, quizás Dios quiere que sea militar, pues aquí voy a seguir” verdad, y así siguió verdad, entonces él... para él militar fue una opción para darle de comer a mi abuelita y a mis hermanos verdad, porque él es el menor de los tres pero ellos vivían en una “champita” en Guazapa. Por eso, mi abuelita eh... de ir a vender a flores al mercado o arrancaba güisquiles de un lado y así verdad, entonces esa era una opción viable por así decirlo, que sabes que mes a mes media vez vos estés vivo, por así decirlo, va a caer una mensualidad, un pago, verdad.*

(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

*se puso a pensar [su padre]: me pagan por estudiar y ser militar, yo tendría que pagar para ser un doctor verdad, no se puede dar, o sea, no podía darse el lujo de estudiar 8 años para ser doctor sin darle de comer a mi abuelita, porque mi abuelita, ella le daba de comer a mis tíos y a mi papá vendiendo flores en el mercado, ese era su sustento pues, o sea, entonces mi pá dijo: “puta, me van a pagar, eh, 5 veces más de lo que hace mi abuelita”. Pues, el sacrificio, como se conoce.*

(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

En esa línea, y como ya se mencionó en apartados anteriores, en varios relatos aparece la historia militar del padre como fruto del reclutamiento forzado, y es por ello que algunos jóvenes se cuestionan sobre lo distinta que pudiera haber sido su vida si hubieran optado por algo diferente a lo militar, como en el relato de Mauricio, en cuyo caso sí fue una decisión un tanto más autónoma por parte del padre el decidir pertenecer a la FAES. Este joven se permite inferir que lo más seguro es que su padre hubiera tenido mayor satisfacción al estudiar arquitectura, pues no parece tener mucha afinidad con la institución. Lo que sí es claro de este fragmento, como de muchos en este tema, es que la perspectiva del joven está basada en las inferencias que hace respecto a lo que ve y conoce de su padre, es decir, qué posible respuesta su padre daría frente a una pregunta no hecha.

*yo creo que ahora él quizás se hubiera cuestionado, sería interesante verdad, preguntarle a él cómo sería para él, pue si... si tuviese que volver a escoger, verdad. ¿Qué haría? No sé qué respuesta me daría, pero yo sí creo que se lo pensara. ¿Vos qué crees? No sé... yo creería que, si tuviese como la opción de poderse quedar y saber y tener la seguridad de que iba estudiar arquitectura y sacar su título, que sí se quedara en eso más que ser militar, precisamente. No sé verdad, sería interesante preguntarlo, pero aja, creo que por ahí iría la respuesta porque no... no siento como este ni encanto, ni nada por la vida militar...*

(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)

Al revisar los relatos que los y las jóvenes hacen sobre la historia de vida del padre es evidente que se destaca una historia de sufrimiento y proyectos truncados. Y acaso debido a ello es que, en la mayoría de los relatos de los hijos e hijas de militares, un denominador común es expresar admiración hacia su padre, en buena parte debido a ese historial de sufrimiento. No obstante, la razón de dicha admiración varía, en correspondencia hacia qué faceta del padre se le preste atención. En primer lugar, emerge una admiración que hace distinción entre el padre como persona y el padre como militar, siendo lo primero lo que se admira. En segundo lugar, algunos jóvenes se aproximan a la admiración hacia su padre sin hacer distinción entre ambos aspectos. Y, por último, los jóvenes dicen admirar a sus padres como personas separadas de su rol militar, pero los sucesos a partir de los cuales surge la admiración tienen que ver directamente con su historia militar, lo que hace preguntarse si la admiración seguiría, aunque ellos no hubiesen sido militares.

Quienes distinguen su admiración en “mi padre como persona”, y no por su rol militar, son Rocío, Esteban, Aurora y Victoria. Esteban incluso explicita que “antes que todo, que sea militar, pues es mi papá”. Al respecto, en los relatos de Aurora y Victoria es importante destacar que en su discurso hacen hincapié en esa distinción persona-militar como si quisieran dejar muy en claro que existe una diferencia vital entre ambas perspectivas. En ambos casos el énfasis es evidente:

*Entonces, en tu caso, ¿la admiración sigue? Pero a mi papá (se ríe). Es como a mi papá... A él como persona.*

(Aurora, 28 años, hija de tropa)

*entonces quizás en ese aspecto no es tanto... mi orgullo no es tanto con su grupo, con los militares, sino más con mi papá, creo que ahí está... Enfocado a él, a su figura.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Lo interesante de destacar en ambos relatos es que, a pesar de enfatizar en que su admiración radica hacia él como persona, varios de los elementos que admiran tienen que ver inevitablemente con la forma de sobrellevar la historia de sufrimiento que la vida militar implicó. Por ejemplo, Aurora admira su valentía y fortaleza dejando a su familia, aguantando hambre e incluso viendo morir a sus compañeros; Victoria, por su parte, admira su fortaleza por enfrentarse a una vida tan dura, y sobre todo a contra de su voluntad.

*¿Le tenías como cierta admiración, entonces? ¿Y ahora? También lo admiro, porque obviamente todo lo que pasó no fue fácil. O sea, tuvo que dejar a su familia, aguantar hambre, ver morir a sus compañeros... también el sufrir atentados; entonces, creo que sí es de valientes, porque estaba en un momento muy crítico el país y sobrevivió, pues. Gracias a Dios sobrevivió y... incluso, he escuchado que sufrió como varios atentados, se salvó de varios, incluso de morir...*

(Aurora, 28 años, hija de tropa)

*entonces es honrar eso, el tener la valentía y, por decirlo así, como la fortaleza de decir “yo no quiero esto [una vida militar], tengo que hacerlo y lo voy a hacer por ellos [la familia del padre]”. Eso es lo que a mí me parece necesario honrar y de sentirme orgullosa, porque no cualquiera va y sobrevive una guerra o vive esa vida tan difícil, yo no lo hubiera aguantado francamente. Entonces, yo digo que es justo que yo como su hija lo honre; entonces esa es mi percepción de lo que fue.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Con todo, la pregunta implícita es si esa admiración hacia él como persona estuviera si no fuera por ese historial de sufrimiento propio de su profesión. Y al respecto, el relato de Victoria parece transitar entre una admiración hacia él como persona, pero también hacia la vida militar de manera general. Esto lleva a pensar que la admiración exclusiva al papá como persona, en algunos casos también está determinada por su rol militar.

*yo sigo admirando esta vida militar por lo difícil que es y porque no cualquiera llega a superar el primer paso que es la escuela, yo la sigo admirando bastante. Y yo digo pues si yo me hubiera metido obviamente hubiera sido una persona totalmente diferente de lo que quizás la gente*

*piensa que hubiera sido, pero no puedo hablar de eso. O sea, me dicen: “puya esa gente qué se mete”, y yo, sí, o sea tenés razón. Aunque por dentro esté como “no sabes lo que ellos se enfrentan, no sabes si serías capaz”.*  
(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Un relato en el que se explicita aún más este planteamiento es el de Camila, con quien se explora si su alta admiración hacia su padre estaba por encima de lo militar. La participante afirma que sí, que incluso su padre “todas las cosas que hace las hace bien”, aunque “no es perfecto”; no obstante, se puede inferir que muchas de las características que la participante admira en su padre (apoyarlos económicamente a sus hijos a pesar de su mayoría de edad, ser cariñoso, e incluso no tener adicciones y haberse hecho cargo de ellos, su familia) están claramente determinadas por la difícil historia militar que tuvo que pasar, cuyo hito de vida se ilustra con la amputación de sus piernas. A la larga, es como si la participante admirara a su padre a partir de esta historia de sufrimiento que carga consigo.

*De mi círculo social de amigos, o no tienen papá, o su papá se separó de su mamá, o los abandonó, o hizo cosas malas. Y mi papá no hizo nada de eso, mi papá es ser humano... se equivoca, ha tenido sus errores, pero hasta el sol de ahora ahí está. (...) Y mi papá se quita el pan de la boca teniendo hijos adultísimos y nos lo da a nosotros. Él no duda, como poner a su familia primero, en poner lo correcto.*  
(Camila, 29 años, hija de oficial)

*Entonces no estoy diciendo que no tuvieron traumas, claro que tenían traumas, pero el nivel de personas que eran era más grande que esos traumas, el nivel de personas que querían criar era más grande que esos traumas, entonces para mí eso dice mucho.*  
(Camila, 29 años, hija de oficial)

La huella del trauma como pauta de admiración es algo que también se identifica en el relato de otros jóvenes como Victoria y César, quienes asocian la dura vida que el padre tuvo con la posibilidad de haber sido un padre violento o alcohólico, y su admiración radica finalmente en que no fue así, a pesar de ello. De fondo, pareciera que tanto Victoria y César conciben el estilo de vida de sus padres como la excepción a la vida militar. Como dice Victoria: “no dejó que esa vida lo absorbiera”, en referencia a lo que implica ser militar y a lo sufrido en el Conflicto. Es como si, después de todo, la vida militar fuera algo negativo en sí mismo, algo de lo que sus padres no se empaparon a pesar de su dura historia.

*Es que ese hombre yo lo admiro, es súper admirable. Es, digamos pues como realmente debe ser un hombre. Fue un hombre que a pesar de las circunstancias sigue en pie porque sale de una guerra, fácilmente se pudo haber transformado en un alcohólico por haber botado su vida.*  
(César, 18 años, hijo de tropa)



*él sí lo logró en el sentido de que no dejó que esa vida lo absorbiera totalmente. Obviamente hay cosas que él no ha sanado, hay cosas que él no exterioriza, pero a comparación con otras personas que lo han vivido, es totalmente diferente. O sea, hay personas que... bueno lo voy a decir así, hay militares que son alcohólicos y que con eso solventan todos los traumas que tuvieron o todo lo que cargan y él no, él se iba más a trabajar a... como a consumir su energía en eso y aun no se puede estar quieto básicamente. Y el saber que él pudo lograr todo eso sin necesidad de este tipo de vicios es, creo, admirable porque cualquiera se tira a la desgracia y es entendible hasta cierto punto, pero él no.*  
(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Es importante destacar que, en el caso de Victoria, pareciera que esta distinción entre su papá como persona y su papá como militar responde a asociar este último rol con un conjunto de significados que la participante no aprueba, como el hecho de que “tener presencia militar va acompañado con guerra”, y en ese contexto se provoca “un dolor grande” a muchas personas.

*...ahora, con respecto a quizás con lo que tiene que ver ser militar en general, no me gusta mucho la idea. Francamente no es que me provoque algo positivo o negativo, (...) quiérase o no tener presencia militar va acompañado con guerra, va acompañado con conflicto y eso no me gusta porque yo siento que... no necesariamente hay que llegar a un conflicto para solucionar un problema social. Entonces eso es lo que no me gusta quizás con ese grupo como tal, o con esa dinámica, porque es como no lo veo necesario, o sea hay otra forma. Entonces si podemos evitar un dolor grande evitémoslo, no veo la necesidad de tener eso, entonces quizás en ese aspecto no es tanto... mi orgullo no es tanto con su grupo, con los militares, sino más con mi papá, creo que ahí está...*  
(Victoria, 22 años, hija de tropa)

De hecho, como ya se vio en el relato de César y Camila, para varios jóvenes la vida militar va asociada con ciertas características moralmente cuestionables no solo por el componente bélico en sí mismo, sino por el estilo de vida que se persigue. Estas pudieran ser otras posibles razones del porqué los jóvenes deciden separar a su papá como persona, y como militar: se vuelve incómodo admirar a una persona que profesionalmente se le prepara para hacer guerra y de quien se espera un estilo de vida con características cuestionables. Además de que dichos jóvenes conocen de manera directa a su padre en rol de padre, y desconocen bastante su rol de militar. Por tanto, enfatizan con propiedad su admiración hacia lo buen padre que ha sido, mas no a su vida militar, pues “es como estar hablando de otra persona”, como destaca Tatiana.

*En el fondo... es que siento es... es como estar hablando de otra persona, o sea es tan como lejano que yo siento que es otra persona que yo nunca he conocido, como eso que le dicen o sea coronel, yo nunca he conocido ese coronel.*

(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

Es evidente pues que la mayoría de jóvenes adjudican la admiración que tienen por su padre hacia él como persona, intentándolo desligar de su rol militar, a pesar que las razones por las que lo admiran están íntimamente relacionadas con el mundo de lo militar. De aquí que se desprendan distintas interrogantes, una ya planteada: ¿se admiraría de la misma manera si no tuviera esta historia fruto de su profesión militar?, pero también ¿a qué se debe que los jóvenes tengan que hacer este énfasis en separar a su papá como persona, y como militar? ¿será acaso que les incomoda que su papá sea militar?, y en caso sea así, ¿por qué? Al respecto de estas interrogantes, un buen punto de partida puede ser lo mencionado por Victoria, lo cual comienza a dar luces sobre las posibles respuestas a estas interrogantes: ser militar está asociado con distintos aspectos moralmente cuestionables, siendo uno de ellos el aspecto bélico.

### **b) Si mi padre fuera malo y se exigiera justicia: aproximaciones a dos dilemas**

El componente bélico que implica ser parte de la FAES conlleva inevitablemente que se despierten ciertas inquietudes respecto a qué pudo haber hecho el padre durante el Conflicto Armado. Y esto a su vez plantea la interrogante de cómo los y las jóvenes abordan la posibilidad de que sus padres, en su rol de militar, efectivamente hayan estado implicados en actos criminales o moralmente reprochables en el marco de la guerra, que generaran dolor en otras personas, sean civiles o los miembros de la guerrilla.

Esta interrogante es vivida como un auténtico dilema en los relatos. Y esto es así ya que los y las jóvenes van desarrollando una noción de qué pudiera implicar haber pertenecido a la FAES durante el Conflicto Armado, pero no saben a ciencia cierta qué implicó específicamente para el padre. Esto se debe, en parte, por el imaginario colectivo alrededor de la FAES, pero también por experiencias directas de los y las jóvenes con algunos agentes socializadores que los acercaron a la historia del Conflicto Armado desde la perspectiva de los civiles o la izquierda.

Sin embargo, sucede que, particularizando en su padre, existen muchos vacíos sobre qué hizo él específicamente durante el Conflicto. En algunos casos, porque la familia o su papá en específico no les ha contado sobre su historia militar, o si lo hacen es de manera superficial. En otros casos el desconocimiento radica en que los hijos e hijas deliberadamente deciden no preguntar, a pesar de que quisieran saber. Lo que sí es claro en ambos escenarios es que los y las jóvenes acceden a la historia de la FAES aún y cuando no se hable del tema en el hogar. En Victoria, por ejemplo, este caer en cuenta fue casi inevitable, según ella porque “quíerese o no este tema es bastante común en los salvadoreños”.

*Entonces ya cuando uno crece se va dando cuenta de otros contextos, de otras vidas, de otras opiniones, y pues yo me juntaba con gente y quíerese o no este tema es bastante común en los*

*salvadoreños que hablamos de lo que pasó, de lo que sigue pasando. Entonces a mí me contaron la otra cara de la moneda, que ellos [los militares] también hicieron daño, que ellos también llegaron a hacer cosas horrosas, verdad. Entonces el darse cuenta de eso y el saber que alguien de mi familia participó en eso me cambió el mundo de la noche a la mañana porque yo decía: ok, entonces ¿Qué es lo que hicieron? ¿ellos qué hicieron?*  
(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Es de destacar también que el conocimiento sobre qué hizo la FAES en algunos participantes surge al tener contacto con otras realidades, historias y personajes de la guerra que, como ya se mencionó, aproximan a los jóvenes a la historia desde la perspectiva de las víctimas civiles o la izquierda. Es esto lo que facilita la toma de consciencia sobre lo que pudo haber vivido y hecho su padre durante el Conflicto; contrario a la experiencia que tienen con la propia historia militar del progenitor, la cual es, en la mayoría de casos difusa, fragmentada e incluso llena de muchos vacíos.

Lo anterior se evidencia, por ejemplo, en los relatos de Esteban, Mario, Rocío y Tatiana. En el primero, la negativa a abordar el tema en el hogar tanto por su padre como por el resto de la familia es tal que incluso le prohibieron acceder a ciertos álbumes de fotos del padre que tenían que ver directamente con el Conflicto. En el caso de Mario, este joven sabe del pasado bélico no precisamente por su papá, sino por otras personas de la zona donde vive. Estas otras historias le hacen imaginar lo que pudo haber vivido su padre en el pasado, relacionado a situaciones desagradables que prefiere no saber, y con ello evitar que a su padre esto “le moleste”.

*Y no quiero saber, porque yo sé que he tenido una simpatía por la izquierda y que en su momento yo pueda decir algo que a él le moleste o que pueda darme cuenta de cosas, o sea es bien... ¿Hay cosas que él vivió que quizás no quisieras saber? Que quizás no quisiera saber, y que sé, por ejemplo, de otras personas Porque como aquí fue un lugar bien específico en el tiempo de la guerra, un pueblo que sufrió mucho, entonces por otras personas sé cosas que sucedieron. Entonces posiblemente que también él haya vivido en su momento.*  
(Mario, 26 años, hijo de tropa)

Similares son los casos de Rocío y Tatiana. Ellas desconocen qué hizo el padre debido a que la familia no profundiza en la historia militar, pero, a diferencia de Mario, sí quisieran saberlo. En esa línea, las jóvenes tienen experiencias directas con sobrevivientes del Conflicto Armado, como víctimas civiles y guerrilleros, que son quienes les ayudan a tener claridad, justamente, sobre lo que hizo la FAES, accediendo a la historia a través de esos lentes. En el caso de Rocío, el acceder a la historia desde esta perspectiva la lleva a tener una inclinación ideológica de izquierda, reconociendo que, de la historia militar, no conoce más que lo que ha podido leer o escuchar de estos relatos, pues su padre “solo toca temas superficiales” que apenas plantean su perspectiva de las cosas. Esta negativa a profundizar en el tema es algo que también ha aparecido en otros relatos como el de Josselyn, Raquel y Victoria.

*Y del lado de mi papá siento que hay un vacío, porque él nunca ha hablado de esto en la casa, él nunca te cuenta, solo te dice como “ah, sí, yo estuve en Morazán”, pero nunca ha llegado a contarte una experiencia, así como yo la he escuchado de un guerrillero.*  
(Rocío, 27 años, hija de oficial)

En el caso de Tatiana, ha accedido parcialmente a la historia militar de su papá, no porque este le haya platicado al respecto, sino situaciones puntuales que han dado la pauta para que la breve narración aparezca. A modo de ejemplo, en una reunión social el papá tuvo contacto con alguien que había perdido un familiar en uno de los operativos en los que este había participado, lo que le animó a contar al respecto tras la reunión. A pesar de ello, en lo cotidiano, la participante reconoce que su padre como militar “es otra persona que yo nunca he conocido”, y que sabe que existe porque en su casa hay muchos objetos militares que se lo recuerdan, pero cuya historia desconoce. Tal cual como Rocío, quien concluye que “nada de las imágenes que yo tengo en mi cabeza incluyen a mi papá en un Conflicto Armado”, y que todo su conocimiento en torno a ello (que no es poco) viene de otras fuentes, incluso de una que sí es familiar, su tío abuelo materno desaparecido, pero del padre directamente, poco o nada.

*es como estar hablando de otra persona, o sea, es tan como lejano que yo siento que es otra persona que yo nunca he conocido, como eso que le dicen o sea coronel, yo nunca he conocido ese coronel...*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*nada de las imágenes que yo tengo en mi cabeza incluyen a mi papá en un Conflicto Armado. Porque yo no lo logro situar ni siquiera en el tiempo a él durante el Conflicto Armado. Entonces la verdad que todas las imágenes que yo tengo y que se me vienen a la cabeza son cosas que yo he visto en museos, y esta imagen que te conté de mi mamá y de su tío, que fue el desaparecido. Pero de ahí a mi papá no lo ubico en ese imaginario que tengo en el Conflicto Armado, que me parece sumamente interesante, pues, porque en la realidad él estuvo ahí pero no... no está en mi cabeza.*  
(Rocío, 27 años, hija de oficial)

*es extraño, porque uno vive en un cuartel casi [en referencia a su casa], como un museo, pero tampoco es que sepas de dónde viene cada una de esas cosas, solo sabes que están ahí porque ahí anduvo tu papá, porque tu papá fue militar...*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

Si en Rocío y Tatiana es difícil figurarse a su padre en su faceta militar por ese desconocimiento de su historia, fruto de que éste no se las ha contado, en otros relatos son en realidad los y las jóvenes los que deciden no profundizar mucho en ello y, por tanto, en la posibilidad de que sus

padres hayan hecho algo desagradable de descubrir. Esto se debe a dos motivos, ambos movilizados por la emoción común del temor. Por un lado, el miedo a que el padre se sienta mal al revisar su historia probablemente llena de dolor; y por otro, el miedo a descubrir cosas que modificarían radicalmente la imagen que los y las jóvenes tienen de él.

El primero temor es claramente descrito por Mauricio y Esteban como un miedo a abrir heridas en el padre, Camila lo reconoce como una posible huella de trauma, y Victoria describe este trauma más bien como un no querer dañar a la familia retomando un tema que parece ser “delicado” dentro del hogar. Cabe destacar que estos temores llevan a estos jóvenes a que transiten en un tire y encoge en querer saber, pero al mismo tiempo no, a excepción de Camila, de quien se verá más adelante que confía en la palabra de su padre y, por ende, no desea cuestionarlo.

*Y muchas veces hay una barrera del miedo a preguntar porque es nuestra familia, no queremos dañar a nuestra familia, entonces uno se da cuenta de que a veces hay temas delicados. Y este es un tema delicado.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

*yo no soy nadie como para decirle: “Mirá, ¿Por qué no me hablas de esto?, me siento resentido por esto” “¿por qué no me querés contar?”, porque no sé qué vivió y al hablar eso él va a abrir heridas que no quiere volver a abrir. Que pueda ser que las haya sellado bien, como las haya cerrado mal.*

(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

*No hablamos mucho de eso. Entonces creo que la manera de él de protegerse él y protegernos a nosotros. (...) O sea, porque también hay que entender que lo que vivió no fue fácil, no cualquiera lo vive y obviamente hay un trauma, yo puedo ver cómo hay traumas.*

(Camila, 29 años, hija de oficial)

En el caso de Mario, su explícito “no quiero saber” remite a un temor de decir cosas que a su padre lo molesten, pero sobre todo porque el joven tiene una posición ideológica que tiende más a la izquierda, y por tanto teme descubrir cosas que chocarían con dicho posicionamiento. Similar a Mauricio, cuyo tire y encoge entre querer saber, pero al mismo tiempo no, radica en un querer saber por curiosidad, pero no querer enterarse de cosas que no lo enorgullecerían como hijo, aún y cuando las sospecha, reconociendo que en su vida sí ha habido cierto proceso de idealización de su padre. Esta noción de que la imagen de su padre cambiaría al enterarse de cosas que pudo haber hecho durante el Conflicto, es algo que también aparece en otros relatos, específicamente en los de Rocío y Victoria, quienes expresan una auténtica incomodidad al imaginarse a su padre desde esta perspectiva. Rocío incluso lo explicita en un “¿y si él mató a alguien? No quiero pensar en eso”.

*Y no quiero saber, porque yo sé que he tenido una simpatía por la izquierda y que en su momento yo pueda decir algo que a él le moleste o que pueda darme cuenta de cosas, o sea es bien... ¿Hay cosas que él vivió que quizás no quisieras saber? Que quizás no quisiera saber, y que sé, por ejemplo, de otras personas Porque como aquí fue un lugar bien específico en el tiempo de la guerra, un pueblo que sufrió mucho, entonces por otras personas sé cosas que sucedieron. Entonces posiblemente que también él haya vivido en su momento.*  
(Mario, 26 años, hijo de tropa)

De cualquier forma, es importante destacar que, aunque estos jóvenes no conocen a cabalidad la historia del padre como militar, el solo hecho de ir comprendiendo a medida iban creciendo qué podía involucrar el que su papá perteneciera a la FAES, ya implicó en sí mismo un proceso de desidealización, como lo describe Rocío, “bastante trabajoso”. Rocío es clara en ilustrar que se idealiza al padre desde la inocencia de la niñez, y Victoria caracteriza esa inocencia en quien aún no asocia los símbolos militares con violencia y muerte: “pero cuando uno crece se da cuenta de dónde estuvo ese casco, dónde estuvo esa bota y lo que eso conlleva”.

*uno de pequeño no se da cuenta, para uno lo que tiene en las manos es, yo qué sé, un casco, una bota o cosas inofensivas, pero cuando uno crece se da cuenta de dónde estuvo ese casco, dónde estuvo esa bota y lo que eso conlleva a las personas que participaron. Entonces al darme cuenta yo de eso pues me pongo a pensar o a asimilar que quizás la imagen que yo me creé no es la verdadera imagen, y que estas personas que yo tanto quiero y que estas personas que yo tanto admiro y que quiero seguir el ejemplo no son totalmente buenas. O sea, en el sentido de que tuvieron que haber hecho cosas difíciles para poder sobrevivir a este momento, entonces el darme cuenta de eso es: ok, entonces no quisiera seguir ese camino exactamente.*  
(Victoria, 22 años, hija de tropa)

A pesar de ello es importante destacar que, en última instancia, se sigue manteniendo cierta resistencia a cambiar tal imagen del padre, es por ello que se alejan de explorar memorias que pudieran modificarla significativamente. Este alejamiento se expresa de múltiples maneras. Ya vimos en Rocío que es un tajante no querer pensar en ello, y en Mauricio es un evitar preguntarse ciertas cosas que ya impliquen detalles incómodos, como la pregunta directa de ¿habrá matado a alguien?

*una vez me preguntó un amigo: “¿Tu papá mató a alguien?”, me imagino digo yo, pero yo nunca he estado de: “¿Y cómo fue?, ¿cómo le disparaste?”, etc. Siento que también son detalles como un poco morbosos, pero... son detalles que no sé, como que ya chocan con la figura que uno tiene del papá... o con la figura que uno actualmente... como de la persona que uno conoce, entonces... no sé qué tan cómodo, que tan importante es para mí saber esto.*  
(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)

*llegar a esta conclusión de mi pensar, que él podría haber matado a alguien o haber estado en un conflicto donde civiles salieron lastimados. Para mí fue bastante trabajoso llegar a eso, o sea que mi cerebro... porque creo que mi cerebro lo veía más como inocencia: ah él es militar, y mientras fui creciendo no lo asimilaba de tal manera por la misma idea que tu tenés en tu casa de esa persona.*

(Rocío, 27 años, hija de oficial)

Un posicionamiento bastante particular respecto a concebir al papá como malo, y que marca una diferencia con la tendencia de los demás relatos, es el de Camila. La joven intenta empatizar con las víctimas del Conflicto Armado y reconoce sus propios sufrimientos, pero no cuestiona al papá en ningún sentido y cree fielmente en su palabra, a pesar de que identifica que él está ocultando experiencias adrede. En este relato, sin embargo, es importante destacar que la historia del padre es una de las que más explicita su huella de trauma en el padre, porque este perdió sus dos piernas en un accidente con una mina.

***Y cuando le preguntaron eso [si había matado a alguien durante el conflicto] ¿Qué respondió?*** Solo nos dijo como: “en la guerra pasan cosas buenas y en la guerra pasan cosas malas” y ya, no nos dio como una mayor explicación, ahora ya grandes te puedo decir que probablemente él en su mente, se vino, se vino en la mente qué fue lo que pasó durante todo ese tiempo, pero, o sea, era mayor o sea qué más iba a ser yo. ***¿Y te quedaste satisfecha con esa respuesta?*** Sí, o sea como yo en ningún momento... voy a cumplir 30 años, en ningún momento de mi vida le he cuestionado, he cuestionado por qué tuvo que haber sido militar y por qué tuvo que haber estado ahí.

(Camila, 29 años, hija de oficial)

*quizás porque hay un uniforme en medio, nadie habla de los traumas de ellos, de cómo les cambió la vida de los que sobrevivieron. Te estoy hablando porque yo conozco un hombre bueno, que es mi papá. Probablemente hay otro tipo de gente que no puedo hablar de él, pero conozco a mi papá y aun, o sea, y, y si yo veo que mi...yo veo cómo mi papá es en los otros sentidos de su vida de correcto, entonces no creo que esté equivocado.*

(Camila, 29 años, hija de oficial)

En este proceso de toma de consciencia sobre la posibilidad de que su padre haya cometido algún hecho reprochable, surgen distintos efectos emocionales en los y las jóvenes, principalmente de vergüenza, temor y culpa. Respecto al temor, como ya se vio anteriormente, este se puede inferir de manera implícita en algunas partes de los relatos, sobre todo en aquellos donde los participantes manifiestan no querer saber cosas de sus padres que no les agradarían, como ya se vio que ocurre en los relatos de Victoria, Mauricio y Mario. Ahora bien, uno de los relatos en donde más se explicita esto es el de Aurora. Ella es capaz de poner en palabras claras que justamente le daría miedo descubrir que su padre “pudo también lastimar a una persona” al “defender a su grupo”:

*sí me da como un poco de miedo, no sé, el saber que él pudo también lastimar a una persona. Entonces como obviamente tuvo que defenderse, tuvo que defender su grupo, entonces, prefiero quedarme con la incógnita si realmente... Ajá... (se ríe)*  
(Aurora, 28 años, hija de oficial)

En el relato particular de Rocío, su aproximación al imaginarse a su papá habiendo cometido un delito es un tanto distinta. Si bien en partes de su relato se puede inferir que sí hay un temor a saberlo, dicho sentimiento en vez de provocar huir de la historia paterna —como ocurre en Mauricio, Mario y Victoria— en realidad termina transformándose en un sentimiento nuevo: el odio tajante. Dicho odio es fruto del claro posicionamiento de la participante respecto a personas que cometen asesinatos. Y es acaso por esto que la participante no puede tolerar ni el pensar la situación, pues incluso implicaría un conflicto al pensar que quien cometió un acto deplorable para ella, es, justamente, su propio papá, y “Nunca imaginas a tu papá estar en ese lugar”.

*¿Ya te habías preguntado antes que hubieras hecho? Sí, como te contaba, no exactamente en este caso, pero sí como que ¿y si él mato a alguien? No quiero pensar eso.*  
(Rocío, 27 años, hija de oficial)

*¿y si hubiera sido papá? Sentiría un total rechazo, quizás hasta odio. Como... le dejaría de hablar. Como un repudio total porque para mí las personas que lo cometieron son seres totalmente locos, con un gran odio en su corazón, pasionales, no gente pacífica, no gente que busca el bien si no...No sé ¿Qué sentiste cuando te hice esa pregunta sobre tú papá? Nunca imaginas a tu papá estar en ese lugar. Ni lo quisiera pues.*  
(Rocío, 27 años, hija de oficial)

Respecto a la vergüenza, esta se explicita sobre todo en los relatos de Mauricio y Tatiana. En el caso de Mauricio, el participante lo reconoce como una situación hipotética, porque por el tipo de cargo que su papá tuvo cree que no pudiera haber estado involucrado en nada, pero en caso fuera verdad le provocaría un poco de vergüenza:

*Si hubiese estado en algo así me gustaría saber. Que yo realmente me sentiría como... yo creo que ahí sí me sentiría como de... un poquito como de... avergonzado. Quizás como decir: “juela vea, si estuviste, cómo es esto”. Quizás por el tipo de conflicto que sé que estuvo un poco mi papá, o el tipo de actividades que hacía... sé, estoy un poco más tranquilo. Por lo que mencionaba vea en su momento ya cuando tenía como ciertos rangos vea, él ya se encargaba más como esto de... hacer como este reclutamiento del personal, verdad, hacer como esta investigación de la gente, trabajo más como de inteligencia si se le puede llamar eh... y eso, más allá de esta parte más bélica, etc.*  
(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)



En el caso específico de Tatiana la situación se complejiza un poco más al punto que la vergüenza se traduce en culpa. Para ella es conflictivo pensar en sentir vergüenza por el rol militar de su padre por sus dos posturas encontradas: la joven tiene una posición política concreta respecto a ciertos acontecimientos del Conflicto, posición que implica desaprobación lo cometido por la FAES; pero también tiene un gran aprecio por su papá, pues lo considera una persona buena y dulce, además que “se ha esforzado por darme lo mejor”. Es por ello que en Tatiana el sentimiento de vergüenza también está marcado por ese ir y venir de “es mi papá, pero yo sé que lo que hizo está mal”, reconociendo que como padre es una persona sumamente cariñosa, pero como militar no se sabe cuán diferente pudiera ser, o que incluso “otra persona podría quizás considerarlo como alguien como... no sé, como un tirano, malo, frío”.

El relato de Tatiana ilustra claramente el dilema al que se enfrentan este grupo de hijos e hijas de militares, y que finalmente no pueden resolver más que con la pregunta que Tatiana sí decide explicitar: ¿y mi papá es malo o no es malo? De esto se desprende mucho conflicto y confusión, emociones que en la participante también son claramente reconocidas, de acuerdo a lo expuesto en los fragmentos de relato siguientes:

*uno prácticamente crece y te das cuenta como yo soy como hijo del malo. Así sentirse, como yo soy hijo del malo, o sea de las personas que pudieron haber parado las cosas o no sé, o sea sentís como: “Púchica”, y ahí por eso lo explicaba al principio que sentirme orgullosa o sentirme avergonzada...no sé. Y hasta el momento tampoco lo sé porque o sea es mi papá, pero yo sé que lo que hizo está mal entonces cómo venís tú y le decís a tu papá: “No, si fuiste un asesino” o sea ¿Cómo? ¿Cómo le decís eso a una persona?*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*mi papá ha sido bueno conmigo y probablemente... y la verdad es que no lo sé, no sé qué tan cruel fue él con otras personas, pero conmigo nunca ha sido como cruel, entonces es complicado como ponerse a pensar en eso: cómo la misma persona que es como bien dulce contigo y buena persona y que se ha comportado y se ha esforzado por darme lo mejor, otra persona podría quizás considerarlo como alguien como... no sé, como un tirano, malo, frío...*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*obviamente no es mi culpa, pero no dejás de sentirte, así como... o sea... Es eso de decir: “Púchica” o sea darte cuenta o ver como...como la otra perspectiva de las cosas y decir, bueno: “¿Y mi papá es malo o no es malo?” O “¿fue malo o no fue malo?” entonces lidiar como con eso, y ponerse a pensar en eso y decir, “¿quién tiene la razón acá?”, o cómo fue eso. Obviamente de mi lado me lo cuestioné muchísimo, o sea nunca fui una persona que dijo: “¡No! No voy a escuchar lo que digan, eso se merecían, que se murieran” y todo eso, sino que empecé a tener como un montón de conciencia como: No, las cosas eran más complejas de lo que uno*

*cree, y con lo que te crían. Entonces ahí para mí fue como: No... O sea, culpa, pero más que nada yo diría como vergüenza, así como... Ajá, como vergüenza, así como... no... y es esa como disonancia entre decir: “¿Me siento orgullosa como realmente... o me da, o me da pena?”*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

Tatiana nos muestra a través de su relato cómo este dilema implica muchas veces un tire y encoge en lograr hacer una separación entre lo que su padre pudo haber hecho desde su rol de militar, y lo que hizo en sus otros roles, en este caso, como padre de familia. En un principio la participante describe ser incapaz de poder separar ambos aspectos; sin embargo, a lo largo del proceso de entrevista, la participante va descubriendo que es capaz de hacer una distinción entre los actos buenos que su papá tuvo como papá, y los actos que tuvo como militar, y que estos actos, junto con la FAES como institución, no necesariamente los debe aprobar. Al respecto, es bastante concluyente: “Yo voy a defender a mi familiar, no a la organización, porque la organización es otra cosa”.

*entonces una de ellas [una amiga] me dijo como: “Tu papá ha sido un buen papá para ti”, o sea solo eso me dijo, cuando me dijo eso me puse a llorar y me puse a llorar bastante. Entonces me dijo: “no, no, tranquila, el hecho de que él haya hecho como otras cosas y es como otras facetas no es lo mismo que ha sido contigo”. Como personalmente vea sino más que nada como... eso me hizo... obviamente yo juzgo mucho como esas conductas de su parte, creo que soy bastante como crítica en eso, y el hecho de separar como “bueno esto es lo que hizo él siendo militar, y esto es lo que es él siendo mi papá” es complicado separarlo.*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*por eso a veces siento que es necesario hacer como la separación, porque que yo defienda a un militar no significa que yo defienda a la Fuerza Armada, sino que definiendo a esa persona y eso no... tanto la gente que es familiar como la gente de afuera no lo entiende, porque hay muchas personas que como antes mencionaba agarran bando, y o sea que yo sea hija de un militar no significa que yo voy a agarrar el bando de los militares. Es como lo que le decía: no puedo negar el sufrimiento de alguien más, o sea no puedo ser simplemente de un lado porque soy persona con criterio, al menos yo pienso que así soy. Entonces no quiero agarrar una posición. Yo voy a defender a mi familiar, no a la organización, porque la organización es otra cosa.*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

Otra forma de resolver el dilema parte de la premisa de que, aunque el padre pertenezca a la institución, no necesariamente significa que cometió algún acto reprochable, ya sea porque el rol que jugó en el Conflicto no era tal como para sospechar sobre ello (como se explicita en el relato de Mauricio, previamente ilustrado) o porque el papá simplemente no puede ser malo debido a su historia personal. Esto último es ilustrado en el relato de Victoria, cuyo padre se ve obligado a ingresar a la FAES para poder sostener económicamente a su familia, aspecto que configura

grandemente la percepción de la joven al afirmar que su papá no es malo (en este caso, victimario), sino más bien víctima, algo que se profundizará más adelante.

De este relato también se destaca que la joven tiene una relación bastante cercana en términos afectivos con su padre, lo que claramente puede facilitar que lo conciba como una persona buena, similar al caso de Tatiana. La participante también se atreve a matizar, afirmando que, por una parte, no todos los militares son necesariamente malos, pues no “todos adrede cometieron cosas yucas, o fuertes o crímenes”. Y por otra parte porque las personas en general no necesariamente son totalmente buenas o malas.

*cuando nos ponemos en lo personal no estás hablando de una persona “X” para mí, o sea estás hablando de mi papá (...). Entonces no es tan fácil como decir todos son así porque no los conocen, o sea directamente pues no pueden decir que todos son malos o que todos adrede cometieron cosas yucas, o fuertes o crímenes. (...) Entonces creo que eso aplica para todo, nadie es bueno y nadie es malo y muchas veces más que todo es: nadie es totalmente bueno y nadie es totalmente malo.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

A partir de este dilema, pues, es importante exponer cómo los y las participantes se aproximan al tema de la justicia en relación con los delitos cometidos durante el Conflicto Armado de manera general, y respecto a su padre en particular. Cabe mencionar que, tal cual como la posibilidad de que su padre haya cometido un delito, este tema se presenta en la narrativa de los participantes como otro auténtico dilema, que transita de manera general en estar a favor de la justicia, pero no saber cómo posicionarse respecto a ella cuando ya implica a su padre, para la cual algunos y algunas también retoman algunas estrategias de resolución.

Fue tendencia en los relatos identificar que los hijos e hijas de militares están de acuerdo con que se haga justicia, pero su postura frente a esta se moviliza y complejiza cuando ya se piensa en función de su papá. Esto se describe sobre todo con Tatiana, Mauricio y Victoria, en quienes el deseo de justicia, pero el afecto por el padre, evocan sentimientos contradictorios difíciles de resolver en una postura concreta. Mauricio lo describe a cabalidad “justo como esa contradicción: como que quiero que se haga, pero... ya... en lo familiar sería como ¡híjole!”, y Victoria describe el dilema desde las dos posibles posturas que se pueden adoptar, y las implicaciones políticas que ambas tienen: “es como seguir esta política del olvido, o dar justicia a las personas víctimas”. En su relato también es importante destacar que, a pesar de que no sabe con exactitud qué implica haber sido víctima, pues no lo es, sí puede hacer el ejercicio empático de imaginar lo doloroso que puede ser.

*es un tema delicado esto de la memoria histórica porque yo digo: no puedo estar ni a favor ni en contra, o sea ninguno de los dos lados es totalmente beneficioso. Entonces es bien difícil a la*

*hora de verlo porque yo sé... o bueno, no sé exactamente o no lo he vivido esto de perder a alguien que me lo secuestren, que se me desaparezca, pero me imagino cuán doloroso tiene que ser, pero decir también no considero que sea lo más oportuno abrir esto porque se va a desatar algo bien difícil, entonces es como seguir esta política del olvido o dar justicia a las personas víctimas o sea si yo fuera jueza en esta vida y decir , yo decido qué es lo que va a pasar, yo no sé, no sé qué haría. Porque las dos cosas son justas y las dos cosas son injustas a la vez...*  
(Victoria, 22 años, hija de tropa)

También es importante destacar que este nuevo dilema al que varios de estos jóvenes se enfrentan en relación a la justicia también tiene implicaciones emocionales para ellos, que son similares a las evocadas en el dilema de su padre como malo: transitar entre el orgullo, pero también la vergüenza de ser hijo o hija de militar, desconociendo, pero cuestionándose sobre lo que pudo haber hecho o no su padre. Justamente, sobre si la justicia también lo implica a él, y por ello el sentirse “partido, en mitad y mitad”, pues se desea justicia para las víctimas, pero eso se siente como traición al padre. Al mismo tiempo se piensa en la posibilidad de que esta justicia no pase por él, pero esto se siente como hipocresía hacia las víctimas. Al final, este nuevo dilema no se logra resolver más que con varios “no sé”, que demuestran justamente lo difícil que es para los y las jóvenes lidiar con el mismo.

*...entonces esta eso, como prácticamente sos traidor y podés llegar a ser hasta un poco hipócrita con la otra gente, como decir “yo quiero justicia, pero mientras no toquen a los míos”. Yo creo que es eso, como vivir en constante partido, en mitad y mitad, como yo creo que, que.... no sé, no estoy segura de lo que se siente. Sos hija del malo, esa es una conclusión, un malo que fue usado, que al momento no sabe que fue usado y vivir con eso de... no dejar de sentirse como que sos un traidor hacia tu propia familia, hacia lo que te enseñaron siempre y al mismo tiempo hipócrita porque pues sí...porque eso le digo yo, no sé si mi forma de ver las cosas fuera distinta, si mi papá hubiera sido el involucrado con lo de los jesuitas y si mi papá fuera esa persona, yo no sé si vendría y diría lo mismo: “Sí, es que fue malo”. Probablemente pelearía y dijera “No, es que estaba haciendo lo correcto, que no sé qué”, probablemente, no sé.*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*Claro, creo que ahí tiene el tema, por ejemplo, imaginemos, en el hipotético caso verdad que... De repente mi papá fuera como señalado como parte de un batallón que hizo algo verdad dentro de la guerra, ahí sí fuera como de...sí me gustaría que se hiciese justicia, pero es mi papá, ahí si fuera como no sé, no sé, y no sé cómo se sentirán también las personas que sí como que están en esa situación...*  
(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)

Al respecto, es interesante destacar cómo Mauricio logra ir concretizando una postura en torno al dilema. El joven reconoce lo contradictorio que es querer que se haga justicia, pero cuestionarla

cuando ya implica lo familiar, resolviendo al final que un escenario “ideal, pero difícilmente pasan esas cosas”, sería que su padre se responsabilizara por sus actos, lo cual, justamente, reconoce como “el ideal” que quisiera de su actuar. Esta resolución en el joven pudiera deberse a que fuera más fácil para él asumir su deseo de justicia si su padre se responsabilizara de sus actos, pues eso significaría que su padre ha decidido también estar a favor de la justicia, y, por tanto, Mauricio ya no estaría partido en dos posturas.

*Hay como una especie de... ¿qué sería?... ¿contradicción? Que de hecho me acuerdo de la sesión pasada que para ti se tiene que hacer justicia, pero si ya... en el caso, en el caso hipotético... fuese tu papá es como de... Sí, aja, no fuese tan fácil y justo como esa contradicción: como que quiero que se haga, pero... ya... en lo familiar sería como hijole eh... Aunque, creo que si fuera como de (...): “o sea si vos lo hiciste en su momento, ni modo verdad respondes vos esto”. Creo que sí es algo que... no sé, sí me gustaría pensar que si lo hiciera verdad fuera como “responde por eso verdad eh... y te vamos a apoyar dentro de lo posible verdad, pero no... o sea no vamos a tapar cosas que pues sí, sucedieron vea” eh... y me gustaría creer que mi papá si fuera como de “respondamos”, el ideal, verdad, pero difícilmente pasan esas cosas.*

(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)

Así también, otra forma de resolución frente al dilema se describe en los relatos de Camila y Victoria, quienes exploran que debe ser una justicia que se aplique a quien dio la orden, no a quien la ejecutó. En Victoria este deseo surge al reconocer que muchos de los que ejecutaron los actos probablemente no querían pertenecer a la institución, pero su historia de vida los llevo a ello, como su padre mismo. De fondo no se puede descartar que la forma de plantear este argumento también implica mucha contradicción en ambas, acaso porque, como ya se ha descrito, es un dilema que inevitablemente implica posturas contradictorias que los y las participantes no logran resolver, aunque hacen un esfuerzo genuino por hacerlo.

En el caso de Camila esta contradicción aparece al destacar que la justicia debiera ser aplicada, en el caso de la FAES, a quienes dieron las órdenes, pero luego es bastante enfática en aseverar que debe “ser parejo”, en alusión a que en el país hubo un presidente exguerrillero al que no se ha condenado. Victoria, por su parte, habla de que hubo necesidad de enjuiciar por los crímenes cometidos durante el Conflicto Armado antes de poner una Amnistía, pero en otro momento asevera que le resulta imposible pensar en el fin del Conflicto sin dicha amnistía.

*Ese es el problema de este país, que las cosas, que hay muchas cosas que pasaron que hizo la FAES que probablemente eran órdenes, pero obviamente está pagando quien las hizo, no quien dio la orden porque nadie quiere decir quién dio la orden. Porque tú sabes que ahí políticamente ya no nos vemos bien. Esa es una, y segunda que fuera bueno que lo hicieran*

*parejo. O sea, pusimos a uno de presidente, que anduvo ahí... del otro lado, eso sí es distinto, pero al otro está allá, fue juzgado allá en España, entonces es como...*  
(Camila, 29 años, hija de oficial)

*hay mucha discusión acerca de esto de la amnistía de cosas que no se lograron cerrar y todo eso, pero yo digo obviamente no fue algo justo, eso jamás lo voy a negar porque yo digo pues la gente tiene derecho a saber, pero también si no hubiera existido eso hubiera habido otro levantamiento, es imposible pensar en, al menos para mí, es imposible pensar en el fin de la guerra sin esa ley, sin ese acuerdo.*  
(Victoria, 22 años, hija de tropa)

*La idea de cometerlos no fue idea de todos, como decir de este pelotón, tuvo que haber una cabeza definitivamente, y siento que es justo juzgar esa cabeza o sea como decir ¿quién dio la orden? o sea ¿a quién se le ocurrió hacer este acto atroz o sea de venir y matar gente? Entonces siento que es justo o hubiera sido justo que los juzgaran en aquel momento para cerrar de verdad, o sea decir “aquí están ellos y se les va a juzgar por lo que tuvieron que hacer”. Y tener en cuenta aquel contexto (...), siento que eso hubiera sido realmente justicia social, el juzgar en el momento antes de cerrarlo, siento que eso fue un gran problema porque obviamente ahora todavía hay heridas y hay culpables que no han sido... que no han llevado su proceso de justicia. Entonces mi perspectiva es que desde el momento en que cerraron con la amnistía sin juzgar a nadie de ambos lados fue un error, por decirlo de esa forma, porque no se dio un cierre ante la justicia.*  
(Victoria, 22 años, hija de tropa)

En este punto es importante mencionar que algunos de los jóvenes si bien no justifican explícitamente que su padre haya cometido un delito en el Conflicto, un punto de empatía en algunos relatos radica en concebir que su padre estaba siguiendo las órdenes de una institución a la que se vio en la necesidad o la obligación de pertenecer; institución que tiene como base la disciplina y el mandato. Así lo describe Victoria, quien de hecho hace hincapié que por ello es importante particularizar en cada caso y tener una visión crítica frente a las generalizaciones, porque la realidad es mucho más compleja. Su postura la podemos resumir en un hincapié a la idea “no todos los militares son malos”, en especial si esta última persona era un joven sesgado ideológicamente o que de alguna forma estaba obligada a pertenecer a la institución.

*en aquel tiempo había jóvenes y ¿qué va a saber un joven de lo que es bueno, de lo que es malo? Y de lo que está haciendo. De ambos lados creo que siempre hay una ideología detrás, tanto desde los exguerrilleros como de los militares va a haber una ideología, y esa ideología puede ser aceptada por un joven fácilmente (...). Entonces yo digo pues tanta gente que quizás no sabía lo que estaba haciendo, pero a todos los meten en “son malos y lo hicieron porque querían”. Yo digo no todos, si me dijeran eso yo podría decir no todos son malos, algunas*

*personas siguieron órdenes y en aquella época no hacías caso y te mataban, o sea así de fácil, de ambos lados. No es tan fácil decir pues “los militares” (enfatisa la palabra “los”), y eso yo sé que es una forma de hablar, pero la palabra tiene poder, entonces aquí siento que se maneja ese discurso de, “los militares” (enfatisa la palabra “los”), todo ese grupo, cuando no necesariamente es todo ese grupo, entonces quizás por eso no, por ese punto específico es que considero que no es conveniente para mi persona como involucrarme.*  
(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Finalmente, no se puede dejar de lado el destacar que el tema de la justicia en los y las jóvenes está altamente determinado por el temor que les provoca que su papá sea condenado y que sufra en el cumplimiento de esa condena. Tatiana muy bien describe el temor y cómo este provoca parte de la contradicción de aproximarse al tema bajo la forma “a él perdónenlo, pero no perdonen a los demás”. Tatiana incluso se atreve a describir que este temor puede ser un sentimiento compartido con otras familias en una situación similar a la suya, como justamente es el caso de la familia de Aurora, quien reconoce que ese temor también es porque en su familia no solo su papá es militar, y que por tanto la justicia pudiera pasar no solo por él, sino por estas otras personas. A pesar de ello, al igual que con Tatiana, el hecho de que su familia tenga relación con la FAES no le impide a la participante reconocer el derecho de las víctimas a la justicia.

*si yo supiera como que lo van a involucrar en algo que a mí me dolería porque obviamente la reacción mía fuera... si llegaran a mi casa un día a tocar y dijeran “nos lo vamos a llevar”, yo creo que sería como... como... “No, no quiero”, o “no, déjenlo” o “a él perdónenlo, a él perdónenlo, pero no perdonen a los demás” ¿Ya?*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

*Por una parte, está bien, porque están haciendo justicia para los familiares de los que fallecieron, pero sí es como que, no sé, da... tengo como un poco de miedo que algún momento aparezca ahí, no sé, que van a seguir enjuiciando personas a algún familiar, porque no solo mi papá es militar en mi familia, hay más militares. ¿O sea que de tu parte estás como, este miedo de, no sé qué, que no sólo enjuician a estos líderes sino a tus familiares? Ajá. Ok, pero, pero, pero me llama la atención, porque me decís que por un lado está bien... Están haciendo justicia, están haciendo justicia porque como murieron personas inocentes, pues, personas inocentes.*  
(Aurora, 28 años, hija de tropa)

Todo lo anterior pone de manifiesto la complejidad de la trama en relación a la vida del padre militar, la cual evidencia claramente el peso del pasado en la vida de dicho padre, y por transferencia en la vida de los hijos e hijas. La forma en que se construyen tales relatos de está exenta de tal complejidad, ya que tiene que ver con hacer memoria de un acontecimiento que no se vivió directamente. De los mecanismos usados para tal construcción se hablará en lo que sigue.

#### **5.2.4. Mecanismos psicosociales en el proceso de construcción de posmemorias**

Como se ha desarrollado en los apartados anteriores, los hijos e hijas de militares, quienes no vivieron el Conflicto Armado, evidencian que dicho pasado está arraigado en la construcción subjetiva de su identidad personal y familiar, en sus dilemas personales sobre justicia, en sus búsquedas por entender el Conflicto Armado y sus secuelas. Con ello, se hace importante dilucidar: ¿cómo este grupo de jóvenes pueden hacer memoria de un pasado que no vivieron?, ¿qué recursos usan para elaborar ese pasado?, ¿cómo opera la memoria del Conflicto Armado en ellos? En este tercer apartado se desarrollarán estas interrogantes, poniendo el énfasis, no tanto en el contenido, sino en el uso de sus memorias y todos los mecanismos psicosociales para su funcionamiento, los cuales les permiten apropiarse de un pasado no vivido directamente.

##### **a) Sentir aquello que no había dimensionado: La movilización emocional como puente de posmemorias**

Los relatos compartidos durante el proceso de entrevista de estos jóvenes evidencian la construcción de posmemorias sobre el Conflicto Armado que no vivieron. Sin duda, existe una separación temporal entre la ocurrencia del acontecimiento en el pasado vivido directamente por su padre, familiares y conocidos; y la propia vida del joven en su condición de generación del después. Pese a ello, se establece una unión con el pasado a través de las experiencias compartidas entre estos distintos actores, mediante historias, imágenes, comportamientos. En estas experiencias compartidas, es menester evidenciar que los y las jóvenes construyen sus propias memorias, las cuales no son una réplica exacta de lo vivenciado por sus progenitores. De ellas hacen sus valoraciones sobre ese pasado, lo cual dota a estas posmemorias de dinamismos y cuestionamientos, como pueden constatarse en las citas siguientes:

*entonces para mí el Conflicto Armado pues, yo lo veo...por ejemplo de las masacres del Mozote y todas esas cuestiones para mí... nacer en esa época tuvo que haber sido difícil.*  
(César, 18 años, hijo de tropa)

*Y a causa de eso imagínese que el temor que había antes que ni a jugar podía salir uno atrás porque ya, este, pues sí, una bomba perdida y todo eso y fue así como él [vecino], dice, se le cayó una bomba perdida y fue así como él quedó así, cutillo, pero gracias a Dios quedó vivo, mire.*  
(Carmen, 28 años, hija de tropa)

*por lo mismo que te digo, esta gente fue su etapa de desarrollo emocional, mental, como persona e invirtieron diez años de ese desarrollo en un Conflicto Armado ¿Qué son ahora? ¿Qué están haciendo ahora? ¿Cómo están influyendo en las nuevas generaciones ahora?*  
(Santiago, 22 años, hijo de oficial)



Las narrativas anteriores muestran esas valoraciones retrospectivas sobre las experiencias que narran de otros o que logran imaginar, por ejemplo: “tuvo que haber sido difícil”, “el temor que había antes”, “invertieron diez años de ese desarrollo en un Conflicto Armado”. Asimismo, pueden incluir narrativas cercanas o distantes de su vida personal, mencionando las experiencias de la masacre de El Mozote, o personas de su comunidad, incluso imaginar a personas que no conocen, pero que saben que estuvieron en combate. Por último, se implican en ese pasado de forma personal al mencionar: “entonces para mí el Conflicto Armado” o “imagínese que el temor que había antes que ni a jugar podía salir uno” e incluso cuestionando ese mismo pasado: “¿Qué son ahora?, ¿Qué están haciendo ahora? ¿Cómo están influyendo en las nuevas generaciones ahora?”. Lo que expresa ese carácter activo de las posmemorias.

En el proceso de elaboración de posmemorias en estos hijos e hijas de militares, se evidencia a la movilización emocional como un mecanismo psicosocial clave. Dicho elemento emocional funciona como un puente que ayuda a los y las jóvenes a aproximarse (elaborar memorias) sobre un pasado no vivido, que les vincula de forma personal. Por ejemplo, cuando las y los jóvenes identifican que el recuerdo del Conflicto Armado remite a su persona (experiencias, sistema de creencias y valores, subjetividad, historia de vida, afectos, entre otros), esto les genera una movilización emocional, que hace más cercano y más propio dicho acontecimiento a sus vidas. Son varias las emociones que se identifican en los relatos como miedo, tristeza, enojo, vergüenza, culpa, orgullo, esperanza. A modo de evidenciar la participación de la movilización emocional, se exponen a continuación, los casos de Mauricio, Aurora, Josselyn, Victoria, César y Esteban, en donde operan algunas de estas emociones (tristeza, miedo, esperanza).

En el caso de Mauricio, al ser consultado sobre lo que le hace “sentir” el Conflicto Armado, este profundiza en sí mismo y conecta ese pasado a su historia personal, algo que “no lo había hecho”. Al elaborar el pasado en conexión vida personal-Conflicto Armado, se permite imaginar lo que pudo haber sentido su padre al perder su pierna: “qué difícil realmente ha de haber sido para él”, lo que le mueve al joven a experimentar un “sentimiento de tristeza”. Aquí ocurre una situación significativa, ya que Mauricio se conecta con su padre, haciendo uso de la emotividad que le genera recordar su sufrimiento, lo que a su vez se lleva a vincularse con un pasado no vivido: “Lo conecto con él, con que es mi papá” haciendo alusión a una vinculación de su propia vida con el Conflicto Armado.

*¿Y a ti que te hace sentir cuando de repente haces memoria del Conflicto Armado, cuando viene a tu mente este periodo? Bueno ahorita pensándolo, conectándolo con mi historia personal que no lo había hecho ha sido interesante, me da un poco de sentimiento creo... Creo que es como tristeza porque nunca había como dimensionado el hecho como... como él se podría haber sentido porque más o menos [tengo] una idea similar verdad, en la que pues si verdad, él [papá] perdió la pierna... [yo] conecto un poco con esa historia y me da como esta*

*idea de que difícil realmente ha de haber sido para él y como que dimensiono como este desencanto ya con la persona, no sé cómo explicarlo, pero ya como lo conecto con él, verdad, con que es mi papá entonces si me da como ese sentimiento de tristeza.*  
(Mauricio, 29 años, hijo de oficial)

En los relatos de Josselyn y Aurora, ambas hijas de tropa, también se evidencia la movilización emocional de la tristeza al hacer memoria del Conflicto Armado, que les empuja a relacionar su vida personal con dicho acontecimiento. Las dos jóvenes concuerdan que sienten tristeza al recordar las muertes o pérdidas familiares de la gente en aquel pasado. Esto les lleva a vincularse de forma personal con ese pasado que vivieron sus antecesores al mencionar: “incluso los amigos de mi papá y él perdió muchos amigos durante el Conflicto” o “siempre queda presente en la persona que lo vivió y sino queda la generación de lo que lo pasaron esa vivencia”. Josselyn se vincula a ese pasado mediante la tristeza sentida por las pérdidas de amigos de su padre, y Aurora se conecta como generación que vive el Conflicto Armado (sus secuelas de tristeza por pérdidas humanas) transmitidas por la generación anterior.

*Realmente pienso en las personas que perdieron a sus familiares, como tristeza, porque creo que, bueno, incluso los amigos de mi papá y él perdió muchos amigos durante el Conflicto.*  
(Aurora, 28 años, hija de tropa)

***¿Y qué emociones sientes cuando recuerdas sobre el Conflicto Armado? Fíjese que emociones que me surgen al Conflicto Armado es algo de tristeza por tantas muertes que hubo, tanta gente inocente que murió... ¿Y crees que el conflicto continúa? En sí, siento que sí continúa el Conflicto Armado porque igual queda presente en las personas y por más que, que pasaron años y años eh, siempre queda presente en la persona que lo vivió y sino queda la generación de lo que lo pasaron esa vivencia en eso.***  
(Josselyn, 20 años, hija de tropa)

Otra forma en como la movilización emocional vincula la vida de los y las jóvenes con el Conflicto, se manifiesta en la apertura de otros a perspectivas diferentes de ese pasado. Así lo expresa Victoria, otra hija de tropa, quien siente esperanza al escuchar que hay comentarios u opiniones de algunas personas que no se cierran conocer las experiencias de los militares en el pasado bélico, sobre todo, porque considera que existe un estigma en torno a ellos, que dificulta validar su sufrimiento: “me revolvió un poquito adentro porque era... hay esperanza”. Esa emoción le permite vincularse de forma personal a un pasado no vivido, debido a su deseo de que se conozcan las perspectivas diferenciadas de los militares: “no todos son malos”.

Como en el caso de Mauricio y Aurora, la figura del padre media el proceso de construcción de memorias, y la conexión con el Conflicto Armado. Se puede interpretar que dicha figura paterna

favorece la emergencia de emociones de una manera relativamente intensa, que favorece que el pasado no vivido se experimente cercano.

*me dio un poquito de esperanza porque realmente por lo mismo de que nosotros tenemos de que sabemos que la gente piensa mal, esperamos que piensen mal, pero al ver estos comentarios yo decía “ok” por lo menos hay una opinión o una pequeña opinión que está a favor y que por lo menos a pesar de que... ¿Cómo decirlo? A pesar de que no alaben a los militares pero que dicen “por lo menos están ahí” entonces yo decía “ok” y eso me revolvió un poquito adentro porque era... hay esperanza de que quizás no toda la sociedad acepte esto o tenga la perspectiva de decir “no todos son malos”.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

Otra emoción importante que opera en la construcción de memorias de este grupo de jóvenes es el miedo. Como en los casos anteriores, esta emoción también les conecta con el pasado no vivido, tal como puedo observarse en los casos de César y Estaban. De forma particular, sus relatos anticipan la participación del elemento de la imaginación y empatía en interacción con la emoción, proceso que será profundizado más adelante. Así, César se imagina siendo un joven durante el Conflicto Armado y siente miedo; Esteban asume una postura empática al imaginarse el miedo de su abuela al mandar a su hijo a la guerra. En las dos citas el miedo se vuelve un puente al pasado cuando mencionan: “si yo hubiese estado ahí pues nada, hubiese estado encerrado en mi casa” en el caso de César o “nadie quiere que maten a su papá pues” en Esteban.

*yo creo que ser un joven, no...no sé de cuánto [de edad] se llevaban a los jóvenes, pero tener, yo que sé, mínimo de 12 para arriba era totalmente de miedo porque vaya, imagínese usted se encuentra en...yo que sé, en medio de un tiroteo pues, ahí yo creo que los civiles, el civil tenía miedo y luego ser joven era mucho peor, entonces bueno si yo hubiese estado ahí pues nada, hubiese estado encerrado en mi casa.*

(César, 18 años, hijo de tropa)

*es bien yuca ya, asimilar el miedo que pudo haber sentido mi abuelita de tener a, a su hijo en, en la guerra pues, en la propia guerra y un, nadie quiere que maten a su hijo de 16 años, 18 años pues, eh, como nadie quiere que maten a su papá pues, estando uno chiquito.*

(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

Estas narrativas evidencian varios puntos importantes a considerar. En primer lugar, las memorias que tienen mayor relevancia para los y las jóvenes, y hacia las cuales las emociones son expresadas con mayor intensidad, son las memorias cargadas de dolor, lo cual es consecuente a la característica de sufrimiento del evento bélico. En segundo lugar, dichas memorias de dolor suelen ser, en buena medida, de dolor familiar. Es decir, la movilización emocional es mayor cuando se recuerdan las memorias vinculadas a la figura paterna y al círculo familiar. En tercer lugar, aunque

las emociones frecuentes estén vinculadas a sentimientos de dolor, también emergen otras, como la esperanza; además, dichas emociones no solo son promovidas por personas cercanas, sino por otros actores del Conflicto Armado, como las víctimas de masacres. Esto refleja que la movilización emocional funciona de diversa manera y posee una mayor apertura en las posmemorias. Por último, pareciera ser que, entre mayor movilización emocional, mayor cercanía tiene el Conflicto Armado a sus vidas. Por ello, aquellos recuerdos de eventos que les generan poca movilización emocional personal (por ejemplo, los Acuerdos de Paz), no les son tan significativos y se sienten lejanos. Distinto a las memorias que elaboran cuando hay una vinculación emocional personal, como las experiencias límite de sus progenitores.

Todo lo anterior pone en evidencia que la vinculación de la propia historia personal con el recuerdo del Conflicto Armado es posible y, al mismo tiempo, provoca una movilización emocional (tristeza, esperanza, miedo), que se vuelve un elemento clave en la construcción posmemorias. Es importante resaltar que no son los únicos recursos que usan los hijos e hijas de militares para elaborar sus memorias del pasado. De igual manera, en interacción con la movilización emocional, se identifica a la empatía y la imaginación como mecanismos psicosociales clave.

#### **b) La empatía y la imaginación en la construcción de las posmemorias**

Los relatos de vida de este grupo de hijos e hijas de militares evidencian otros dos mecanismos psicosociales clave, los cuales son pieza fundamental en el proceso de construcción de posmemoria: la empatía y la imaginación. Ambos mecanismos psicosociales aparecen en varias de las narrativas de memoria, usualmente interactuando entre sí, a tal punto de que se vuelve difícil poder separarles del todo. Así como la movilización emocional, estos mecanismos están presentes en las narrativas de todos los y las jóvenes entrevistados, y suele aparecer con más fuerza cuando se elaboran memorias familiares íntimas. A modo de describir sus formas de operación en los relatos de vidas del grupo de jóvenes, primero se hace un abordaje del uso de la imaginación, para luego exponer la emergencia del mecanismo de la empatía, y la interacción de ambos en el proceso de apropiación de un pasado no vivido.

La imaginación como mecanismo psicosocial para la construcción de posmemorias es un recurso muy utilizado, ya que permite reelaborar el pasado no vivido desde la perspectiva del joven y lo posiciona como un actor que se imagina estar viviendo el pasado, incluso aquellas experiencias límites. Si bien existe un proceso de transmisión por la generación anterior, esto no implica una simple repetición de historias, sino que pasa por la elaboración propia de esta población, en la que se incluye el componente lo afectivo. A modo de ejemplificar estas ideas, vale la pena describir la aparición de estos mecanismos en los relatos de Santiago y César.

Santiago hace memoria de una situación límite vivenciada por su padre en medio de una batalla cuando fungía como militar. Este fue acorralado durante casi una hora, por un francotirador

perteneciente a la guerrilla, lo que puso en riesgo su vida. El joven se imagina a sí mismo en la experiencia límite que vivió su padre, logra ponerse en sus zapatos mediante esa proyección imaginativa: “solo imaginarme que pasa por la cabeza de alguien en una situación así ha de ser cosa horrible, solamente esa fuerza de voluntad para aguantar ahí”. Logra sentir las emociones de estar en dicho suceso: “imagino que llega un punto donde ya solo se rinden, la desesperación, la ansiedad ha de ser bien, ha de consumir bastante”; y, además, expone su deseo de no vivir ese acontecimiento de guerra por lo desgarrador que es: “pensar eso va, que se siente estar ahí, no tengo mucha intención, interés por conocerlo”.

*no quiero imaginarme estar cuarenta y cinco minutos pensando si vale la pena seguir luchando por tu vida o no, sabiendo que no tenés muchas opciones más que intentar salir sin una pierna o no salir en absoluto. Entonces... solo imaginarme que pasa por la cabeza de alguien en una situación así ha de ser cosa horrible, solamente esa fuerza de voluntad para aguantar ahí, no se mucha gente en esa situación imagino que llega un punto donde ya solo se rinden, la desesperación, la ansiedad ha de ser bien, ha de consumir bastante y eso es lo que siento digamos en esa parte de la historia, es pensar eso va, qué se siente estar ahí, no tengo mucha intención, interés por conocerlo.*  
(Santiago, 22 años hijo de oficial)

En la posmemoria de César, la imaginación opera a través de una pregunta: “¿Y si hubiese sido yo?”, en referencia a haber sido actor en el pasado bélico. Esto da paso a la elaboración de narrativas donde se proyecta como un combatiente del Conflicto Armado, caracterizando diversas situaciones como estar armado o sufrir el reclutamiento forzado propio de la época. Es decir, así como Santiago lo hace, este joven se coloca imaginativamente en el pasado no vivido, para lograr dimensionar qué implicaciones habría tenido de estar allí. A su vez va expresando emociones: “estaría pensando como un poco preocupado”, y falta de la propia autonomía y seguridad, que es común en situaciones de violencia política de guerra: “no poder hacer nada al respecto porque no estoy de mi propia voluntad, sino que me tienen a la fuerza. Simplemente soy una víctima de todo lo que pasa”.

Un punto significativo de este mecanismo imaginativo en César es que logra integrar la vivencia del soldado y del guerrillero salvadoreño: “andar ya el uniforme es un peligro, porque hay personas que quieren matarte y también si sos guerrillero hay soldados que quieren matarte”, evidenciando el riesgo de muerte y la sensación que se experimenta en combate: “Si hubiera sido yo, viviera todo el tiempo “paniquiado” [miedoso] anduviera, así como afligido”, “estuviera pues preocupado. Siempre anduviera en alerta y nunca con la... tranquilidad, con un nivel de estrés bastante fuerte”. En otras palabras, el joven logra romper con el binarismo de los bandos, y se imagina las exigencias sufridas por ambos, resumidas en permanecer en un constante miedo de muerte.

*¿Y si hubiese sido yo? Yo con un arma ahí “juela”, yo estaría pensando cómo un poco preocupado a la vez, porque en ese contexto también el ejército me está reclutando, estoy haciendo todo esto y simplemente estoy viendo, viendo las cosas que suceden, no poder hacer nada al respecto porque no estoy de mi propia voluntad, sino que me tienen a la fuerza. Simplemente soy una víctima de todo lo que pasa... Si hubiera sido yo, viviera todo el tiempo “paniquiado” [miedoso] anduviera, así como afligido porque juela, andar ya el uniforme es un peligro, porque hay personas que quieren matarte y también si sos guerrillero hay soldados que quieren matarte. Entonces yo estuviera pues preocupado. Siempre anduviera en alerta y nunca con la... tranquilidad, con un nivel de estrés bastante fuerte.*  
(César, 18 años, hijo de tropa)

La cita anterior de César anticipa ya la emergencia del mecanismo de la empatía, aquella acción de colocarse imaginativa y emocionalmente en el lugar de la otra persona, ya sea en el pasado o en el presente. Tomando como base el relato del grupo de hijos e hijas de militares, podría interpretarse que la empatía tiene a la base la interacción con la movilización emocional y la imaginación. Así, se exponen como ejemplo de este proceso los relatos de Esteban, Camila y Mario, dos hijos de oficial y uno de tropa, para dilucidar la construcción de memoria con la intervención de la empatía.

Precisamente, el caso de Esteban caracteriza el juego entre la imaginación y la empatía al poner sobre la mesa el sufrimiento de su padre, mediante preguntas y enunciados hacia este como actor militar en el pasado: “¿Por qué no me hablas de esto?”, “me siento resentido por esto”, “¿por qué no me querés contar?”. Estas son interrogantes y frases que desearía hacerle a su progenitor, las cuales surgen por no conocer completamente ese pasado militar. A pesar de ese vacío de relato, Esteban puede imaginar las secuelas emocionales que afectan al padre: “no sé qué vivió y al hablar eso él, va a abrir heridas que no quiere volver a abrir”, y simultáneamente comprende el peso de esa herida: “pueda ser que las haya sellado bien, como las haya cerrado mal”.

Lo anterior le mueve a empatizar con ese sufrimiento emocional al negarse a realizar sus propias inquietudes desde el inicio de relato: “yo no soy nadie como para decirle...”. Vemos, entonces, cómo esta posmemoria es dinamizada por los propios recursos de empatía e imaginación del joven, quien es capaz de hacer memoria, e imaginar y sentir sus secuelas, a pesar de no conocer completamente el pasado del padre.

*yo no soy nadie como para decirle “¡Mira!, ¿Por qué no me hablas de esto? “Verdad, “me siento resentido por esto” “¿por qué no me querés contar?”, porque no sé qué vivió y al hablar eso él, va a abrir heridas que no quiere volver a abrir, verdad. Que pueda ser que las haya sellado bien, como las haya cerrado mal pues.*  
(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

El mismo juego entre empatía e imaginación en la construcción de posmemorias también es evidenciado en Camila. La joven reflexiona en la empatía que le brinda a su padre, la cual considera que no es suficiente en relación con la lucha diaria que hace su progenitor, en alusión a la pérdida de las piernas por un accidente con una mina, lo cual le limita aspectos cotidianos de su vida. Al igual que Esteban, Camila resalta las secuelas que ha dejado en su padre el Conflicto Armado, en su caso, tanto físicas como emocionales; tales marcas ella las visualiza diariamente en la interacción con este.

La joven realiza un ejercicio de comparación, donde convergen la pérdida física de las piernas del padre y una operación de la hija que ha dejado una cicatriz: “es como que cada vez que me la veo, o sea cada vez que recuerdo todo lo que pasó y todo lo que sentí, más trato de no pensar en eso”. La conexión con el dolor físico del padre por su accidente y la joven con la operación, favorece que Camila imagine los sentimientos de su padre y sea empática con su dolor físico: “con los años se le va volviendo más pesada, se le van volviendo un poco más pesadas las prótesis y se le ve, se nota”.

*me puse a pensar que no recibe la empatía suficiente que debería de recibir, por eso que probablemente lucha todos los días, eso. ¿Y con qué crees que lucha todos los días? Obviamente, desde que se levanta en la mañana y ve que, digamos, que no puede salir a correr para hacer ejercicio, obviamente ahí, este pues recuerda... ..yo tengo una cicatriz de una operación de una enfermedad y es como que cada vez que me la veo, o sea cada vez que recuerdo todo lo que pasó y todo lo que sentí, más trato de no pensar en eso... ..pero él literalmente hasta para ir a tomar un vaso de agua no es como “voy a ir a tomar un vaso de agua” sino que “ah”... y con los años se le va volviendo más pesada, se le van volviendo un poco más pesadas las prótesis y se le ve, se nota.*  
(Camila, 29 años, hija de oficial)

Mario es otro joven que destaca en su narrativa por ser, al igual que los demás descendientes de militares entrevistados, una persona sensible al pasado doloroso, y ante ello, utiliza la empatía y la imaginación en la construcción de sus posmemorias. Comienza con el cuestionamiento a sí mismo, sobre lo que puede generar el desinterés o falta de empatía hacia las víctimas del Conflicto Armado: “si yo no me sensibilizo, si no tengo empatía yo puedo decir a mí no me interesa si los enjuician o no al final yo no salgo afectado”. Ello sirve para generar una postura más sensible y conectada a la vida del joven, al imaginar si algún familiar hubiera sido víctima durante el suceso histórico: “pero que tal hubiera sido en aquel momento, hubiera sido mi familia la que me arrebataron yo estuviera con aquello en mi corazón que quisiera saber quiénes fueron”. En otras palabras, la utilización de la imaginación, mediante el supuesto de tener a algún familiar fallecido, le permite ser empático con aquellas personas que han perdido a algún familiar en el Conflicto Armado. Para Mario, conocer la verdad sobre quiénes fueron los actores de hechos deshumanizantes es un acto de justicia y, al mismo tiempo, empatía con las víctimas.

*yo digo, entre mis adentros si yo no me sensibilizo, si no tengo empatía yo puedo decir a mí no me interesa si los enjuician o no al final yo no salgo afectado, pero que tal hubiera sido en aquel momento, hubiera sido mi familia la que me arrebataron yo estuviera con aquello en mi corazón que quisiera saber quiénes fueron, entonces que sea un acto de justicia, un acto de empatía con las personas que fueron víctimas de esto.*  
(Mario, 26 años, hijo de tropa)

En otros apartados se ha evidenciado que una de las particularidades de este grupo de jóvenes es su tendencia a romper con el binarismo arrastrado desde el Conflicto Armado. Esta idea se refuerza al identificar que la empatía por las vicisitudes del pasado no se limita al bando militar, sino incluyen a las otras fuerzas en contienda. Así lo evidencia Camila al expresar que “si tratamos de ser empáticos y ponernos en el lugar de las personas que vivieron la guerra independientemente el lado donde estaban”. Esta joven, como otros, logra imaginar y reconocer las emociones que pudieron haber sentido los combatientes de cualquier bando al aseverar: “esa persona sintió miedo, sintió terror, se sintió solo, se sintió nostálgico, sintió todos los sentimientos que un ser humano... pudo haber sentido”.

*O sea, si tratas de ser empático, o sea si tratamos de ser empáticos y ponernos en el lugar de las personas que vivieron la guerra independientemente el lado donde estaban y si estamos hablando de una persona psicológicamente estable, te puedo decir que esa persona sintió miedo, sintió terror, se sintió solo, se sintió nostálgico, sintió todos los sentimientos que un ser humano, dentro de lo que históricamente es percibido como normal pudo haber sentido...*  
(Camila, 29 años, hija de oficial)

Los casos de Tatiana y Victoria también refuerzan la idea anterior, con la particularidad de que abogan por que sean reconocidas las historias de sufrimiento experimentadas por actores del lado militar. Según ellas, estas narrativas de “los militares que participaron”, suelen no ser escuchadas y también estigmatizadas, lo que lleva a invisibilizar y deshumanizar la vida de los combatientes militares, y por consecuencia de sus familiares. Lo interesante de sus relatos es que las jóvenes no desvalidan las memorias de las víctimas de la población civil y guerrilla; en realidad, las reconocen y empatizan con ellas, ya que creen que, por el Conflicto Armado, “hay una fractura que es de parte de todos, no solo de un lado”.

*yo sé que las víctimas y los familiares de víctimas han sufrido mucho y eso es innegable, pero también los que participaron en ese conflicto, no por haber participado van a ser inhumanos como lo mencionaba antes, ellos también sufrieron y eso es lo que nunca se ve, siento yo que nunca hay voz para aquellos que participaron y obviamente no es por... no es por opacar el sufrimiento que las víctimas tuvieron jamás, nunca. Pero también siento que se deberían de tomar las experiencias de ellos. **¿De los militares?** Sí, de los militares que participaron y de los*



*que no también porque siempre fueron marcados pues por esa historia, por este antecedente, entonces siento que es justo decir ellos también sufrieron y ellos van a estar marcados toda su vida, o sea.*

(Victoria, 22 años, hija de tropa)

*eran militares probablemente asesinaron mucha gente, pero en el fondo quiero pensar que no dejaban de ser personas, o sea no dejaban de ser personas que de verdad en el fondo, no creían que estaban haciendo lo correcto o sea en mí... Pero hay como este lado que se les ha, y es bien difícil decirlo, pero siento que como que se les ha deshumanizado en muchos sentidos, entonces este creo que hace falta como pintar un poquito ese cuadro y no quiero decir con eso de que se, que las cosas queden impunes si no más como que veamos las cosas desde ese lado, que hay una fractura que es de parte de todos no solo de un lado, si no que de ambos que también hay familias que sufrieron consecuencias, que esa es la mía siento que esa es como la mía más grande.*

(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

El recorrido hecho hasta acá evidencia la aparición de la movilización emocional, la imaginación y la empatía como mecanismos psicosociales para la construcción de posmemorias en jóvenes descendientes de militares. Ahora bien, dichos mecanismos favorecen el juego entre el presente y pasado evidenciado en las memorias de estos jóvenes. Es decir, no solo les acercan al pasado, sino que también les empujan a considerar las dinámicas de su presente. Los relatos de Tatiana, Santiago y Esteban ejemplifican de buena forma esta situación.

Tatiana siente empatía hacia su padre en el presente, cuando imagina un escenario donde este es juzgado por posibles actos del pasado. Dicha empatía nace, entre otras razones, porque considera que su padre no es la misma persona del pasado, con lo cual se pregunta: “¿Por qué? ¿Por qué tiene que pagarlo él entonces? (...) es bien confuso y probablemente suena como bien contradictorio, pero es que así lo vivo en la cabeza”. Lo confuso y contradictorio se complejiza cuando la joven hace uso de su imaginación para preguntarse qué pasaría si su padre hubiese tenido participación en casos como las masacres de El Mozote. Desde su presente, da cuenta que la empatía se podría ver condicionada al imaginar otros escenarios, lo que plasma un dilema personal.

*es bien feo porque, así como vos no quisieras como que le hagan eso a tu familia o a tu padre tampoco quiero que le hagan eso a la mía, porque en mí, en mí, pues si en mi pensamiento este, ya no es él mismo [refiriéndose al padre] este, entonces ¿Por qué? ¿Por qué tiene que pagarlo él entonces? Entonces ajá, es bien confuso y probablemente suena como bien contradictorio pero es que así lo vivo en la cabeza y es que es como, no sé, siento que quizás podría haber cómo un poco más de apertura, o un poco más de empatía hacia estas otras historias que no se han dicho, que tampoco es cosa como muy fácil... por ejemplo yo no me imagino como le decía que hubiera sido, o sea que pensaría yo si mi papá hubiera sido el responsable de los jesuitas o*

*lo del Mozote u otras masacres no sé, no sé qué pensaría yo como al respecto pero obviamente...  
como hijo que quiere a su familia que es como no, que no le hagan nada ya pasó.*  
(Tatiana, 25 años, hija de oficial)

Como se expuso anteriormente, Santiago hace memoria de una situación límite vivida por su padre con un francotirador de la guerrilla. Esta historia es de lo más interesante, ya que, en el periodo del posconflicto, el padre de Santiago se encontró con esta persona que estuvo a punto de quitarle la vida, y ahora ambos mantienen una relación de amistad. El joven utiliza la imaginación como recurso para comprender, tanto en el pasado como en el presente, la lucha y el acercamiento que tuvo su padre con la persona que pudo haberlo asesinado en el Conflicto Armado.

Así, imagina el odio que pudieron tenerse en el pasado, para luego imaginar que se inició en ambos personajes un proceso reflexivo que les lleva a comprender lo que les ha pasado: “llega a ese punto en el que entienden que al final ambos solo eran peones de interés de otra gente y pues solo están siguiendo órdenes, lo que pasó, pasó”. Esta postura reflexiva les permite dejar atrás ese conflicto para acercarse, a partir de la comprensión de que ambos fueron utilizados y sufrieron. En el presente, a Santiago le impacta que sean compañeros, lo cual retoma como lección en su propia historia de vida y los cataloga como ejemplo nacional.

*me imagino, obviamente en el momento se han de haber odiado hasta el alma, pero ajá, como  
llega a ese punto en el que entienden que al final ambos solo eran peones de interés de otra  
gente y pues solo están siguiendo órdenes, lo que paso, paso y ajá llegar como dejar ese  
conflicto atrás para llegar al punto de ser cercanos, ser compañeros pues es un hecho bien, bien  
impactante y creo que es una lección de vida personal y como nación también debería un  
ejemplo bien fuerte.*  
(Santiago, 22 años hijo de oficial)

De la misma manera, Esteban también utiliza el mecanismo de la imaginación y la empatía para comprender acciones del pasado y del presente en la construcción de su posmemoria. Así como el padre de Santiago, el padre de este joven le compartió una situación límite vivida en medio del Conflicto Armado: su padre cotidianamente cumplía con determinadas actividades encomendadas cerca del cuartel en el cual estaba destacado. Estas actividades las hacía desarmado. Un día se encontró accidentalmente con un guerrillero, y pensó que este atentaría contra su vida. Para su sorpresa, el guerrillero no lo hizo, al contrario, le dijo: “callate, voy a seguir mi camino, vos seguí el tuyo”. Esta historia resuena en la cabeza de Esteban, y le hace preguntarse por qué este guerrillero no asesinó a su padre.

Desde su presente, suele imaginar varios escenarios en el pasado: miedo a ser descubierto, honor en combate, ver a los ojos y sensibilizarse con el temor a morir, valor moral. Concluye que no es posible determinarlo, solo el guerrillero sabrá las razones. No obstante, a partir de esta acción con

tintes compasivos, Esteban se vuelve empático con el guerrillero. Espera que en la actualidad “ojalá que todavía siga vivo” esta persona, a quien define como “el señor” imaginándolo desde el presente, para luego corregirse y catalogarlo como “ese joven”, imaginándolo en el pasado.

*¿por qué el guerrillero no actuó? Pudo haber sido porque no querían alertar a los militares, pero también vio desarmado a tu papá ¡vea! Pudo haber sido o miedo de que lo alertaron o cuestión de honor verdad, de que no se ataca a alguien desarmado o simplemente fue como ver los ojos de susto de alguien, como que me va a matar, ya quizás pudo haber sido ya algo más moral de parte de él verdad, solo él sabrá verdad, ojalá que todavía siga vivo el señor, ese joven.*

(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

El tránsito de la empatía y la imaginación en el plano temporal pasado-presente, además de funcionar para la comprensión de lo sucedido y lo actual, sirve también para protegerse ante el dolor o bien como un recurso para continuar la vida, como nos lo demuestran Aurora y César descendientes de tropa.

En el primer caso, Aurora se imagina la posibilidad de que su padre haya lastimado a otros en el Conflicto Armado (experiencia pasada), argumentando la defensa de la vida de su padre y la de su grupo. Esto le hace caer en cuenta que prefiere no saber (experiencia presente) si su padre ha cometido algún acto deshumanizante, lo cual lo expresa con un “ajá” acompañado de una risa nerviosa, con lo cual opta por detener cualquier memoria o movilización dolorosa. En otras palabras, el recurso de la imaginación puede llevar a ubicar al padre en situaciones difíciles de asimilar (por ejemplo, haciéndole daño a alguien), por lo cual, mejor se suspende esta acción imaginativa. Vale mencionar que Aurora desertó luego de la primera sesión de entrevista, lo que pueda tener relación con ya no querer profundizar imaginativa y emocionalmente sobre este pasado.

Por su parte, en su deseo por saber, César le pregunta a su padre sobre situaciones del Conflicto Armado donde se haya arrepentido (experiencia pasada), a lo que su padre responde afirmativamente. Ante esa afirmación que va acompañada de gestos, sentimientos, significados, César se vuelve empático con su padre, por lo cual decide no seguir indagando más (experiencia presente). A partir de la conexión empática con su padre en el presente, el joven llega a la conclusión que debe ser difícil para su padre recordar el Conflicto Armado, lo que se agrava por su condición de salud. Esto hace que opte por platicar otras cosas y mantener la relación amena con su padre.

*él pudo también lastimar a una persona. Entonces como obviamente tuvo que defenderse, tuvo que defender su grupo, entonces, prefiero quedarme con la incógnita si realmente... (se ríe).*

(Aurora, 28 años, hija de tropa)

*yo le pregunté a él y le dije “vos, este...vos este...viste cosas ahí que te arrepentís?”, y me dijo que sí, y pues, desde que él me dijo eso, ya no le volví a preguntar... porque yo me pongo a pensar verdad, la gente...revivir esos momentos ha de ser bien difícil y más él como está, entonces hablamos de otras cosas ya.*  
(César, 18 años, hijo de tropa)

Para ir finalizando, es preciso evidenciar que los hijos e hijas de militares son sensibles al dolor de las personas que sufrieron los embates del Conflicto Armado, tanto aquellos cercanos a sus vidas, como aquellos que no conocen. Ellos y ellas toman posturas diversas, entran en conflicto, se cuestionan a sí mismos, respetan procesos personales, sienten tristeza, enojo, indignación, incluso son capaces de denunciar las injusticias de los militares en sus actos deshumanizantes.

En cuanto a las posmemorias familiares, los mecanismos psicosociales están actuando junto al dolor compartido. En el caso de Rocío, se cuestiona cómo la madre puede sobrellevar su vida a pesar de la desaparición de su hermano (tío de Rocío). La joven se imagina tener un hermano, lo que la hace ser empática con la experiencia de su madre, con lo cual concluye que dicho suceso le causaría muchísimo dolor. Por su parte, Victoria considera como un estancamiento o encerramiento el silencio que debe de guardar sobre la historia del padre militar, lo que le impide continuar con su vida. Esto genera en ella enojo y tristeza al ver el sufrimiento de su padre. Se vuelve empática al respetar su silencio (no lo obliga a hablar), comprende que es un proceso personal del progenitor, y pone en duda si ella tiene las herramientas para afrontar situaciones de crisis relacionadas con su padre.

*Yo no sé cómo mi mamá puede aún vivir con eso, o sea si yo tuviera un hermano, o un tío porque en ese caso era un tío cercano que desapareció, no se me daría tanto dolor, muchísimo dolor...*  
(Rocío, 27 años, hija de oficial)

*no me gusta el hecho de que él no pueda como salir de eso, como salir de ese... de este... ¿Cómo decirlo? Como de ese encerramiento, ese estancamiento de que no puedo seguir adelante por lo mismo de que no puedo hablar, entonces eso es lo que me molesta, eso es lo que me pone triste porque realmente no puedo obligarlo tampoco, y no lo voy a intentar porque yo sé que ese proceso tampoco es mi responsabilidad y tampoco lo voy a saber manejar vea, si en algún caso llega a pasar algo más grave o una crisis o algo entonces prefiero que él lo vaya haciendo conforme él se sienta cómodo, aunque yo me sienta así verdad, un poco triste, un poco enojada que él no pueda avanzar.*  
(Victoria, 22 años, hija de tropa)

De igual manera, cuando el hacer memoria involucra a otros actores más lejanos a sus vidas, y se vincula con el dolor de las pérdidas humanas, son capaces de empatizar e imaginar como si ellos

también fueran afectados por esos sucesos. Incluso pueden denunciar con contundencia los actos de deshumanización de la FAES, a pesar de que sus progenitores formaron parte de esa institución. Esta situación es valiosa, pues, como parte de la generación del posconflicto, los y las jóvenes pueden ser capaces de romper con el gueto familiar, y también conectar con otras historias también de dolor.

El ejemplo de lo anterior puede identificarse en el relato de Esteban, a quien le provoca tristeza hablar de “historias cortadas” por el Conflicto Armado. Comprende que actualmente hay muertos, pero valora que en la guerra la muerte es violenta y se empatiza al mencionar “que nadie merece una muerte violenta”. Mario por su parte, narra los hechos de violaciones a derechos humanos en el Conflicto, y utiliza la imaginación para recordar todo ese escenario. De esto se vale para afirmar que son actos inhumanos por parte de las FAES de esa época, y se cuestiona el proceder de la institución cuando, desde su perspectiva, se pudo resolver de otra manera.

*¿Qué sentís ahorita cuando hablas de esas historias cortadas? Es tris... Bueno, la verdad... “cuantas alas no se cortaron ahí verdad”, eh, es triste la verdad porque, todo el día hay falle...hay muertos verdad, por “X o Y” razón, pero en la guerra creo que es más yuca porque, o sea, es bien violenta la muerte y creo que nadie merece una muerte violenta pues.*  
(Esteban, 27 años, hijo de oficial)

*llegaron y separaron a los niños, niñas, hombre, mujeres y los torturaban, violaban a las señoritas, a las adolescentes era un..., yo me imagino en ese momento aquel gran temor, la gente me imagino lloraba, gritaba pidiendo auxilio, pidiendo paz, pidiendo que no se violaran sus derechos en aquel momento que no se conocía mucho sobre los derechos. Y yo me imagino todo ese escenario y me digo que acto más inhumano de parte de los militares en esa época, que represión este causar y por qué hacer este tipo de situación pudiéndolos, como hablamos en la entrevista pasada, pudiéndolo solucionar de otra manera.*  
(Mario, 26 años, hijo de tropa)

Hasta este punto se ha visibilizado cómo opera la movilización emocional, la imaginación y la empatía como mecanismos psicosociales en la construcción de posmemorias en jóvenes descendientes de militares. Vale mencionar que no son los únicos, no obstante, tienen una participación significativa en la apropiación de un pasado violento no vivido. Además, como ya se ha mencionado, intervienen en la interacción tanto del pasado como del presente con aquellos actores que sí vivieron de primera mano este acontecimiento. Comprender estos procesos de construcción de memorias sería clave para la implementación de estrategias en pro de la verdad, justicia y reparación.

## 6. Discusión

Los resultados descritos con anterioridad ponen en evidencia el proceso de construcción de las memorias del Conflicto Armado salvadoreño en los hijos e hijas de militares. A través de dicho proceso, emerge el contenido de sus memorias ligadas a sucesos personales, familiares y sociales; y dentro del contenido se identifican tramas narrativas que relatan sobre personajes, lugares, hechos, entre otros. Una de las tramas gira en torno al joven, tanto en su condición de hijo e hija de militar, como de miembro de la generación del posconflicto; y la otra trama versa sobre la figura del padre, precisamente, en su rol paterno, así como en su condición de combatiente de la FAES en el pasado. Además, se evidencia que el proceso de construcción de memoria en este grupo de jóvenes es posible gracias a la participación de ciertos mecanismos psicosociales que favorecen la conexión con el pasado no vivido, tales como la movilización emocional, la imaginación y la empatía. Todo envuelto en un proceso dinámico de constante interrelación.

Se puede afirmar, por tanto, que se alcanzaron los objetivos de la investigación, ya que los resultados posibilitan la comprensión de la construcción de dichas memorias, a partir de sus contenidos, tramas narrativas y mecanismos psicosociales, en sintonía con la pregunta de investigación, ahora con elementos sustanciales para ser desarrollada: ¿Cómo se construyen las memorias del Conflicto Armado salvadoreño en jóvenes descendientes de militares?

La construcción de memorias en los hijos e hijas de militares se basa en la interacción social que el grupo de jóvenes establecen con la generación que vivió directamente el Conflicto Armado, aquella a la que pertenece su padre y demás familiares; así como a distintas fuentes de relato presentes en su contexto social. La familia de los jóvenes, como espacio y fuente de memoria, es la que posee mayor peso, ya que hacia ella se establece una “conexión profunda” de intimidad y afecto, promovida principalmente por la memoria del sufrimiento familiar, tal como lo observa Hirsch (2008) en su trabajo sobre posmemoria. El Conflicto Armado juega un rol central en la dinámica familiar, ya que el relato de los jóvenes ubica este hecho como un acontecimiento fundacional de la familia misma, y, por consiguiente, de la existencia del joven. De esta manera, a partir de dicha conexión profunda, las memorias del padre militar y demás familiares se vuelven una especie de puente que aproxima a estos jóvenes al pasado que no vivieron, pero que les interpela a distinto nivel.

También hay otras fuentes de relato importantes como la escuela, la universidad, los libros, los sitios de memorias, entre otros. Su peso es menor, ya que la intimidad y afecto no es significativo como en la familia, pero no dejan de tener relevancia; sobre todo, porque de estos recursos los y las jóvenes se han valido para construir memoria cuando sus familias se cierran. Tanto en el contexto familiar como social, la construcción de memorias implica, pues, marcas simbólicas, materiales e institucionales (Jelin, 2002).

Lo anterior da cuenta que los hijos e hijas de militares no hacen memoria en el vacío, en su cotidianidad se relacionan con estas personas y objetos que facilitan saber sobre el acontecimiento violento que no vivieron, y condicionan el proceso mismo de recordar. Con aquellas personas que vivieron el Conflicto se establece un espacio relacional donde los jóvenes demuestran tener participación: entran en acuerdos, desacuerdos, preguntan, dudan, cuestionan. Esto remite a una dinámica de “dialogía intergeneracional” (Reyes *et al.*, 2015) que, para el caso, posibilita relaciones de aprendizaje (saber sobre acontecimientos históricos, o formas de lidiar con la adversidad) y conflicto (dudar de la honestidad de la FAES, indagar lo que pasó, preguntar si se asesinó a alguien).

El proceso de transmisión no es pasivo, más bien se caracteriza como un diálogo que pone de manifiesto lo activo e interactivo del proceso de construcción de memorias que los jóvenes llevan a cabo, en el cual aparecen tensiones, conflictos, contradicciones, dilemas. No solo se quedan en la mera repetición, en su lugar, asumen posturas propias, presentan divergencias ideológicas, entre otros elementos que tensionan la convivencia familiar. En realidad, existe en ellos un interés genuino de aproximarse al pasado no vivido y darle sentido, para una mayor comprensión de su presente en términos personales, familiares y sociales. Y tal aproximación tiene la particularidad de trascender el binarismo establecido por los bandos en contienda, y ofrecer nuevas perspectivas de abordaje del pasado, fuera de la lógica polarizada propia del Conflicto y posconflicto, como también lo observan Alas (2021) y Chacón Serrano (2017) en jóvenes en Chalatenango.

La transmisión adquiere, en mayor medida, una forma narrativa, manifestación del lenguaje como constitutivo de sus memorias (Vázquez, 2001). Sin embargo, esta narración no es lineal ni completa, sino que presenta fragmentos y vacíos, que los y las jóvenes se ven en la obligación de asumir en su proceso constructivo, y que compensan mediante la interacción e interpretación de las marcas en sus padres (cicatrices, comportamientos), los objetos materiales (emblemas militares, reconocimientos, etc.) y ciertos espacios que les remiten igualmente al Conflicto Armado. Tal como lo observa Hirsch (2008), estas transmisiones fisuradas las reelaboran mediante la imaginación, la proyección y la creación de dicho pasado acompañadas de preguntas, narrativas, performativas; es decir, a falta de narrativas claras y completas, siempre se transmiten significados mediante procesos silenciosos (Jelin, 2002).

En buena medida, estas particularidades narrativas tienen que ver con la presencia del silencio familiar en relación a las memorias del Conflicto Armado. Los hijos e hijas de militares perciben malestares y renuencias de su padre y demás familiares a la hora de hablar sobre dicho pasado, lo que guarda relación con la participación activa del padre en la FAES, institución vinculada al 85% de los crímenes denunciados en la Comisión de la Verdad para El Salvador (1992-1993). De ello emerge una tendencia a callar o contarles a medias, como también se ha identificado en descendientes de perpetradores en Suramérica (Moral *et al.*, 2020; Lazzara, 2020). Tal dinámica suele intrigarles, y hacia la cual asumen una postura de aceptación, en la medida que adoptan la

cultura familiar del silencio; o de reproche, pues suelen cuestionar la ausencia de relato, y lo compensan yendo a otras fuentes.

La dinámica del silencio o del callar en el padre y las familias de estos jóvenes se corresponde con varios factores: por un lado, con la incapacidad discursiva debido a la experimentación del trauma, como se ha identificado en sobrevivientes de violencia en otros contextos (Aranguren, 2008; Van Alphen, 1999), y que los mismos jóvenes reconocen en sus padres; y, por otro lado, con el temor a sufrir represalias o ser malentendidos por su actuación militar, o con su intención de no transgredir la “calma” del después (Dobles, 2009; Pollak, 2006). Todo esto es observado por los hijos e hijas de militares, quienes, en algunos casos, asumen una postura de hablar en lugar de su padre, porque reconocen que este no puede y quizá nunca logre hacerlo. De ahí que, el hijo o la hija se constituya como un puente que acerca las memorias del padre al presente de posconflicto, y con ello favorezca la validación de las experiencias de sufrimiento, que se han ido configurando como trauma en su progenitor y en la familia.

Ante este panorama, se reafirma que la transmisión intergeneracional entendida como dialogía, se configura como espacio relacional donde el padre y demás familiares fungen de puente para acercar a los hijos e hijas al pasado del Conflicto Armado no vivido; pero también son los hijos quienes asumen un rol de puente del pasado al presente, ya que buscan ser el medio por el cual las memorias de sufrimiento de su padre como militar sean conocidas, dada la incapacidad de este de hablar en la coyuntura actual. Así, en la línea de lo planteado por Peller (2014), estos jóvenes, en su condición de generación del posconflicto y de hijos de militares, rompen con la hegemonía del silencio, y se van constituyendo como actor social legítimo en los temas concernientes al pasado, presente y futuro de la sociedad salvadoreña. Solo el hecho de haber participado en las entrevistas para este estudio es un acto de valentía y subversión, que va en contra de la tendencia al olvido y silencio dentro y fuera del contexto familiar.

En el marco de dicha dialogía intergeneracional, emerge la construcción de memorias propias del Conflicto Armado por parte de los hijos e hijas de militares, lo cual es posible a través de las relaciones sociales mediadas por el lenguaje y demás marcas simbólicas. Es decir, estos jóvenes han construido una narrativa propia del pasado, la que entra en interrelación con otras, tanto de quienes vivieron la experiencia directa como de quienes no (Alas, 2021; Chacón Serrano, 2017; Cornejo *et al.*, 2013; Hirsch, 2008; Jara, 2016; Jelin, 2002; Reyes *et al.*, 2015; Voigtländer, 2016). Estas memorias podrían caracterizarse como posmemorias, ya que se configuran en la relación de transmisión entre la primera y segunda generación, donde esta última ha elaborado dicho pasado en historias, imágenes y comportamientos, y es mediado por un fuerte componente afectivo, íntimo y personal (Hirsch, 2008; Quilez, 2014).

En la construcción de las posmemorias de este grupo de hijos e hijas de militares participan, entre otros elementos, determinados mecanismos psicosociales que promueven hacer memoria de un



pasado no vivido; es decir, se valen de ellos consciente o inconscientemente para explorar el pasado, darle sentido, usarlo en función de examinar su presente y pensar a futuro. Tal como fue identificado por Chacón Serrano (2017) en descendientes de exguerrilleros, aparecen en el proceso de estos jóvenes la movilización emocional, la imaginación y la empatía, sumado a la interacción con los objetos y espacios de memoria.

La movilización emocional es provocada por el contenido de sus relatos, y se caracteriza por variar entre la tristeza, el miedo, la alegría. Con la imaginación exploran lo que pudieron haber vivido sus familiares durante el Conflicto, o lo que pudieron haber experimentado ellos de haber estado en ese acontecimiento. La empatía se dirige hacia sus familiares como personajes que sufrieron en el pasado, y como fuentes de relato que experimentan malestar al recordar en el presente; pero también hay empatía hacia las demás personas sobrevivientes, incluyendo combatientes de la guerrilla y civiles. A todo esto se suman ciertas prácticas como preguntar por el pasado, visitar sitios de memorias, comparar lo relatado, y documentarse con lecturas y películas. Si bien perciben que no les cuentan toda la historia, ellos demuestran formas de llenar esos vacíos, unir los fragmentos de relato. Las tensiones que pueden identificarse entre los jóvenes y sus familiares tienen que ver, en buena medida, con este carácter activo.

Todo lo anterior hace emerger el contenido de sus memorias, aquellas que se construyeron en la interacción con el investigador a lo largo de las dos sesiones de entrevista, lo que respalda la visión de la memoria como proceso, y también como producto. Allí aparecen, pues, personajes, hechos, disputas, espacios y temporalidades, que en conjunto forman tramas narrativas (Cornejo *et al.*, 2013; Ricoeur, 2000), que relatan sobre el pasado del Conflicto Armado, pero que van más allá e incluyen el posconflicto. Como ya se ha mencionado, una gira en torno al padre como personaje y fuente de relato; y otra versa sobre la vida del mismo joven, en su condición de hijo de militar y de miembro de la generación del posconflicto. Es preciso resaltar que tales narrativas no son definitivas; en realidad, se modificaron en el mismo proceso de entrevista, y seguro continuarán en constante cambio, en la medida que el proceso de exploración de estos hijos e hijas se profundice, y el contexto social y político varíe.

Ubicados en su contexto actual, estos jóvenes utilizan las memorias del Conflicto Armado y de la participación de su padre en él, para reflexionar sobre las dinámicas de su presente. De ahí su consideración de que el Conflicto continúa, ya que las causas que lo ocasionaron, como la injusticia social, se mantienen, y la lucha ha pasado a un plano político ideológico que polariza al país. Asimismo, reconocen que el auge de la militarización enciende las alarmas, pues saben a través de la experiencia de su progenitor, que esta vía no es la ideal, aunque se venda con tintes de renovación (Orellana, 2020; Verdes-Montenegro, 2019). Tampoco descartan que se repita un acontecimiento bélico en el futuro, si las condiciones sociales y políticas promovidas por el gobierno de turno se recrudecen.

En definitiva, los relatos de vida de los hijos e hijas de militares demuestran que existe una conexión importante entre sus vidas y el acontecimiento del Conflicto Armado, pese a no haberlo vivido. Con ello se rompe el sentido común, que nos haría creer que solo la experiencia directa cuenta como condicionante personal y social. En realidad, este grupo de jóvenes es interpelado por el pasado, a partir del reconocimiento del sufrimiento de sus padres como combatientes de la FAES, y en su condición de sobrevivientes. Pero también podemos pensar que ellos y ellas son, si cabe la palabra, sobrevivientes de las secuelas que dicho acontecimiento ha dejado (continuidad de la guerra ideológica, falta de oportunidades, fallecimiento y desaparición de familiares, rupturas de proyectos de vida, entre otros), aunque con afectaciones variadas, dependiendo de las condiciones sociales y económicas experimentadas. Ha sido dentro del marco de la recomposición del país y sus familias donde se han socializado, lo que abre las interrogantes sobre las configuraciones subjetivas y relacionales que surgen de ello.

Precisamente, sus memorias permiten identificar que dicho pasado llega a condicionar su subjetividad, lo que es determinado, en buena medida, por su condición de hijo e hija de militar. Lidiar con el pasado de su padre como miembro de la FAES implica una carga importante para la mayoría, ya que no hay certeza de lo que él hizo en este rol castrense, aunque está la consideración implícita de que pudo ser algo malo. De ahí que su identidad pueda experimentarse como ser traidor o hipócrita hacia su padre, por un lado; y hacia las víctimas afectadas por la FAES, por el otro. A esto se suma la emergencia de sentimientos de miedo, vergüenza y orgullo por esta misma vinculación con su padre y su historia militar. No es de extrañar que tal situación afecte la manera de relacionarse con su familia, con sus pares, y con otras personas ligadas a los otros bandos.

Todo lo anterior, concerniente a la experiencia de continuidad del Conflicto en el presente, la identificación del trauma en el padre y sus familias, los condicionamientos subjetivos ligados a sentimientos de traición e inseguridades, los impactos en sus relaciones familiares y sociales, entre otras situaciones, son evidencia de que el Conflicto Armado, como acontecimiento violento, está impregnado en el entramado social actual. En concordancia con la propuesta de Das (2007; 2008), las memorias de este grupo de jóvenes evidencian que dicho pasado está presente en la forma de habitar la sociedad, a través de las relaciones sociales y las instituciones, lo que desemboca en una afectación a un nivel personal, familiar y social.

Esta conexión entre el Conflicto Armado salvadoreño y los jóvenes hijos e hijas de militares empuja a reflexionar sobre la necesidad de incluir a las nuevas generaciones formadas en el contexto del posconflicto en los procesos de verdad, justicia y reparación; y también a considerar con seriedad el reto de escuchar otras voces poco conocidas, como las memorias militares. Orellana (2005) nos recuerda que “la sociedad salvadoreña debe enfrentarse a su doloroso pasado para poder constituirse como tal, y no continuar en un presente ilusoriamente tranquilo, pero con características similares” (p. 196); lo que coincide con la propuesta de Das (2008), quien reconoce que la comprensión de la violencia del pasado en el presente se vuelve accesible desde el

sufrimiento humano, obviamente incómodo y doloroso. En definitiva, esta aproximación con perspectiva intergeneracional se vuelve imprescindible para consolidar los cimientos de una reconciliación nacional todavía no lograda, la cual debería de sumar al proceso democrático hoy por hoy amenazado.

En lo que sigue, se discutirá con mayor detalle sobre las implicaciones de las memorias del Conflicto Armado de estos jóvenes en los procesos de verdad, justicia y reparación, para así argumentar que tales procesos deben de ser promovidos desde una perspectiva intergeneracional. Para ello, el contenido de sus memorias, las tramas narrativas, y la participación de los mecanismos psicosociales ofrecen elementos sustanciales para argumentar que estas otras voces precisan ser escuchadas, en la medida que contienen un potencial significativo para generar las condiciones necesarias hacia una reconciliación social.

## **6.1. Verdad**

A continuación, se hace una discusión respecto al tema de verdad en vinculación con las memorias de los hijos e hijas de militares. En primera instancia, se discute sobre las implicaciones que dichas memorias tienen en los procesos de reconstruir qué fue lo que pasó en el Conflicto Armado, asumiendo que existen diferencias entre las dinámicas a nivel social y familiar. En un segundo momento, se discute sobre el potencial que los hijos e hijas de militares tienen para promover procesos de memoria más amplios e inclusivos, que le den paso a la escucha de nuevas voces sobre los impactos de la violencia bélica.

### ***6.1.1. Implicaciones de las memorias de los hijos e hijas de militares en los procesos de verdad sobre el pasado***

Luego de un acontecimiento de violencia masiva como lo fue el Conflicto Armado salvadoreño, la pregunta sobre qué fue lo que pasó es imprescindible, en función de comprender y aprender desde el presente, y para reparar aquello afectado. A pesar de las imposiciones de narrativas que pretenden instaurar el olvido como forma de negar tal pregunta (Chacón Serrano *et al.*, 2021; Orellana 2005), esta sigue emergiendo en durante el posconflicto, desde aquellos actores que vivieron directamente el Conflicto, pero ahora también desde aquella población joven que nació después. Distintas investigaciones ya nos demuestran que la generación posconflicto también tiene una participación importante en la reconstrucción de la verdad de lo ocurrido, a partir de un proceso intergeneracional de memoria (Alas, 2021; Chacón Serrano, 2017; González *et al.*, 2019; Mejía y Melgar, 2020; Voigtländer, 2016).

Los resultados del presente estudio evidencian que los hijos e hijas de militares de igual manera participan en la reconstrucción de qué fue lo que pasó, aunque con particularidades propias que precisan ser resaltadas con la finalidad de comprender qué es lo que aportan de sí en estos procesos

de verdad. A grandes rasgos, la reconstrucción sobre el pasado del Conflicto Armado se da a dos grandes niveles: a uno social (nacional) y a uno familiar. Ambas construcciones de memoria tienen sus diferencias, que dinamizan de forma particular la manera en que se recuerda lo acontecido, las valoraciones por los hechos y actores implicados, y las formas de transmisión de tales narrativas.

Las narrativas construidas en relación a lo que pasó a nivel social siguen una lógica de conflicto, es decir, de narrar sobre la disputa de ciertos bandos. Dicha lógica está presente en el recuerdo del pasado, en el presente que viven estos mismos jóvenes y posiblemente en su futuro. Estas narrativas suelen ser menos emocionales, más alejadas de la vida personal del joven, aunque más claras y concretas, con una secuencia lineal. En cambio, las narrativas a nivel familiar tienen componentes distintos, pues esta lógica de conflicto no aparece, en su lugar, las memorias están compuestas por distintas anécdotas respecto al padre y demás familiares, con un alto componente emocional y de cercanía a la vida del joven. Se caracterizan, entonces, por ser narrativas fragmentadas, con ambigüedad, vacíos, y sin un orden determinado, lo que se corresponde con la teoría respecto a las posmemorias (Hirsch, 2008; Quilez, 2014), y con lo identificado por Chacón Serrano (2017). Estas diferencias advierten sobre las posibles variaciones en los procesos de reconstrucción de la verdad, dependiendo de cuál sea la ubicación del relato.

Las memorias respecto a qué fue lo que pasó a nivel social se apegan a los elementos históricos convencionales sobre el Conflicto Armado. La mayoría hijos e hijas de militares demuestra conocimiento histórico del origen y bandos en contienda, solo tres jóvenes hijas de tropa reconocieron explícitamente su desconocimiento al respecto. En términos generales, según relata el grupo de jóvenes, el Conflicto Armado se originó por condiciones sociales, políticas y económicas desfavorables para la población (causas internas), que empujaron a un alzamiento en armas; y también debido a la influencia de potencias mundiales (Estados Unidos y la Unión Soviética) en el marco de la Guerra Fría (causas externas). Los bandos enfrentados fueron la guerrilla FMLN, y la FAES en conjunto con la oligarquía o grupos de poder.

Los jóvenes estipulan que los motivos que llevaron a los combatientes tanto de la guerrilla como de la FAES a enfrentarse están ligados a la necesidad por dificultades sociales y económicas, y no tanto por una convicción o ideal. En su lugar se resalta que ambos lados sufrieron a consecuencia de la manipulación de personas en el poder, que cuidaban sus propios intereses. Lo interesante de esta consideración es que rompen con una lógica binaria entre los bandos, al enfatizar el sufrimiento que les unifica, y con ello trascendiendo la distinción de buenos y malos; una tendencia parecida a la identificada por Alas (2021) en descendientes de exguerrilleros.

Esta comprensión del pasado favorece prestar atención a aquellos factores estructurales que empujan a las personas en situación de vulnerabilidad a ser parte de dinámicas de violencia, más allá de limitar a rasgos personales la decisión de ingresar a una guerra. Ahora bien, es llamativo que en esta lectura del pasado no aparece el componente político a la base de la participación en

el Conflicto. Por ejemplo, en otros estudios se ha identificado que los hijos e hijas de excombatientes de la guerrilla reconocen el sufrimiento de sus familiares al formar parte de esta organización; pero este va acompañado de un posicionamiento político, aquel relacionado a ser parte de una lucha armada en función de construir una sociedad con bienestar común (Alas, 2021; Chacón Serrano, 2017). En el caso de los hijos e hijas de militares no es del todo explícito, en buena medida, porque algunos padres fueron obligados a ser partes de la FAES, ya sea por reclutamiento forzado o por presiones familiares; y también porque sus padres no les han contado qué les motivó a incorporarse.

El tema del sufrimiento de los bandos en contienda puede relacionarse con el desconocimiento histórico sobre el origen y bandos en contienda en algunas hijas de tropa. Ya de por sí la reconstrucción del pasado familiar es complejo y ambiguo, lo que se problematiza más al no contar con un marco histórico que brinde mayor comprensión a las experiencias vividas por las familias y sociedad. Si no se tiene un marco histórico en el cual circunscribir estas memorias es posible que el componente emocional se imponga (Chacón Serrano, 2020), e impida una transición de un momento meramente emocional a un posicionamiento ético y político respecto a la comprensión del pasado (Quijano, 2018).

Jara (2013) señala que “el sufrimiento también puede generar formas de acción política” (p. 4), no obstante, en el caso de este grupo de jóvenes queda la duda si la forma que reconocen el sufrimiento en ambos bandos tiene ese potencial para posicionarse ética y políticamente, frente a las experiencias de injusticia (como el reclutamiento forzado) que empujaron a algunos de sus padres a incorporarse a la lucha armada. Precisamente, el sentar posturas claras es complejo en esta población. Lo evidencia la investigación de Sepúlveda (2019) en hijos de militares activos en Colombia, quienes muestran dificultades al momento de posicionarse políticamente frente a algo, tanto porque dimensionan que esto pudiera afectar a sus familias, como porque les resulta incómodo hacerlo.

De ahí también que las valoraciones sobre el Conflicto Armado no tengan una postura única, y más bien se configuren como un dilema de si valió o no la pena que este acontecimiento se diera. En general, aseveran que sí valió la pena, porque se consiguieron cambios favorables para la sociedad, como garantizar que se escuchara las necesidades de las personas; no obstante, también expresan que no valió la pena por todas las afectaciones a distinto nivel, especialmente por el “derramamiento de sangre” en la población, a lo que se suma la percepción de pocos cambios en el presente, dada la continuidad de la violencia y la polarización social.

Aunque hay cierta ambigüedad en sus valoraciones, lo que sí es concreto es su postura en contra la violencia ejercida en el pasado. Expresan su deseo porque la situación conflictiva del país se hubiese resuelto de forma distinta a la armada, poniendo sobre la mesa la interrogante de si otras vías de resolución eran posibles. Es interesante esta postura, porque sus relatos son de hijos e hijas

de militares, miembros de una institución que en su identidad está el ejercicio de la violencia armada frente a las problemáticas de la nación. De ahí también su condena a la ejecución de las distintas masacres cometidas durante este periodo, bajo la responsabilidad de la FAES. Es importante remarcar este último punto, ya que su reconstrucción de lo que pasó no pone en tela de juicio los crímenes de lesa humanidad, a pesar de que su padre haya sido miembro de la institución que los ejecutó.

En realidad, los hijos e hijas de militares explicitan una condena hacia estos crímenes como las masacres del Mozote o de la UCA, lo que se corresponden a su crítica por el “derramamiento de sangre” que conllevó el Conflicto Armado, a partir del ejercicio de la violencia. Lo anterior es posible interpretarlo como un posicionamiento ético y político inicial ante la verdad que reconstruyen del pasado, en un proceso reflexivo recién iniciado en sus vidas personales. Evidentemente, de lo que todavía no tienen certeza es qué hacer respecto a esto, porque conlleva asumir reflexiones más profundas y delicadas que como sociedad no nos hemos atrevido a encarar. Además, lo anterior está fuertemente interrelacionado con la verdad a medias de sus memorias familiares, es decir, qué fue lo que pasó con su padre y demás familiares en el pasado, lo que problematiza aún más estos procesos.

Las memorias concernientes a lo que pasó a nivel familiar suelen ser, como ya se ha mencionado, más ambiguas, fragmentadas, con mayores desconocimientos, y acompañada de una carga emocional considerable. Esta particularidad a este nivel tiene que ver con que lo relatado cuenta sobre figuras significativas a la vida del joven, para el caso, su padre y otros familiares. Hacia tales figuras hay una conexión afectiva que condiciona la manera de construir e interactuar con el tema del Conflicto Armado en el presente. Asimismo, se supedita a dinámicas de la familia misma, pero también a dinámicas propias del joven; ambas interviniendo en la comprensión del pasado vivido, a la luz de su presente, como se identifica en algunos estudios sobre descendientes de perpetradores en el Cono Sur, a propósito de las dictaduras de Chile y Argentina (Canet, 2020; Lazzara, 2020; Moral *et al.*, 2020).

Aunque los participantes del presente estudio no pueden ser definidos como hijos e hijas de perpetradores, las investigaciones anteriores ofrecen puntos de diálogo, que se corresponden con la dinámica familiar identificada en estos hijos e hijas de militares: una que se configura en silencios, medias verdades y mentiras respecto al pasado. Esta situación es favorecedora de la ambigüedad y desconocimiento que estos jóvenes muestran en su construcción de memorias. No se cuenta o se cuenta a medias, sin tener un marco completo que permita comprender qué pasó, cómo y por qué, lo que les coloca en una situación incómoda y de tensión, frente a las exigencias de reconocimiento público por la verdad y las complejidades familiares particulares (Moral *et al.*, 2020; Lazzara, 2020).

A propósito de la complejidad familiar, es curioso que este mismo contexto suele instalar la pregunta por el pasado, ya que las marcas físicas y emocionales en el padre, sumado a ciertos objetos como diplomas o indumentaria militar remiten al Conflicto Armado, pero con la dificultad de no saber exactamente qué historia están contando tales marcas y objetos. Puede interpretarse que dicha dinámica promueve una forma de recuerdo pre-narrativo, del ámbito de lo emocional, sin la forma de narración todavía, lo que incita a más preguntas que respuestas. La investigación de Faúndez *et al.* (2013) con nietos de personas torturadas durante la dictadura chilena respalda la intervención de la carga emocional en la relación silencio y recuerdo. Hay conexión con el dolor sufrido por los abuelos y abuelas de esta población, a pesar de que la experiencia de la tortura no es compartida a detalle por sus familiares, y en su lugar habita un silencio familiar. Sin embargo, se transmite un componente emocional, que los descendientes intentan simbolizar a través de imágenes mentales que les permitan comprender lo no narrado.

A propósito de la carga emocional y las imágenes mentales que los nietos de torturados manifiestan, para este estudio, los resultados evidencian que los hijos e hijas de militares hacen uso de la movilización emocional, la imaginación y la empatía para reconstruir el pasado, en interacción con las marcas, los objetos y los espacios. Así, el entendimiento por lo que le pasó a su padre no es un simple proceso cognitivo, más bien implica la interacción de todos los elementos psicosociales antes mencionados, lo que trasciende un deseo o capricho individual por no querer contar sobre el Conflicto Armado.

Es curioso que una dinámica parecida de silencio y tensión también ha sido identificada en descendientes de exguerrilleros y exrefugiados en una comunidad de Chalatenango (Chacón Serrano, 2017). Estos jóvenes suelen interpretar que sus familiares no les cuentan toda la historia, en parte, porque son memorias comprometedoras e incómodas para ser relatadas y escuchadas, con lo cual se valen de la imaginación y empatía para llevar esos vacíos, y darle forma al relato ambiguo. Asimismo, en esta comunidad hay marcas en los espacios que remiten al Conflicto Armado como murales y letreros en zonas públicas, lo que equivale a los objetos como cuadros en las paredes de la casa de los hijos de militares. La diferencia es que en las comunidades no se ocultan las memorias que guardan tales objetos, en las familias de estos jóvenes sí suele pasar. En estos casos no hay un soporte comunitario que valide las memorias que puedan emerger del contexto familiar, lo que empuja a que estas familias se cierren, y sus memorias queden limitadas a este espacio, en un proceso de relegamiento social (Gaborit, 2015).

La dinámica del propio joven también interviene en la construcción del pasado paterno y familiar, ya que acontece el dilema de querer saber la verdad, pero al mismo tiempo no. El querer saber está empujado por el deseo de darle sentido a la vida del padre, la familia, e incluso la suya propia, de ahí que suelen haber jóvenes que, ante la negativa del padre por contar, mayor es la intriga que se forman, lo que establece una forma de relación social conflictiva. Pero también se impone el no

querer saber qué hizo el padre, sobre todo porque cabe la posibilidad de haber realizado actos moralmente negativos, y la admiración hacia este como padre se caería.

A lo anterior se suma también el miedo de los hijos e hijas de militares por posibles repercusiones hacia su padre por el pasado. No saben qué fue lo que hizo, no obstante, cabe la posibilidad de que sus actos puedan ser enjuiciados y haya una penalidad al respecto. Asimismo, acontece el miedo por la invalidación de la historia familiar, la que sea considerada poco relevante o no merecedora de ser sabida. No aparece en sus relatos una figura que sea la responsable de tal invalidación, aunque se relaciona con que ellos perciben que la FAES es asociada públicamente como perpetradora de crímenes. De nueva cuenta se configura una dinámica que entorpece la emergencia de memorias dentro del contexto familiar, y más bien sea favorecedora de silencio.

Es interesante preguntarse, ante esta dinámica particular, ¿qué implicaciones conlleva no querer saber por parte de estos jóvenes?, ¿tienen el derecho a no querer saber?, o más bien, ¿estarían en la obligación de escuchar y revelar la verdad de sus padres, aunque esta sea incómoda y dolorosa? Nuevamente los estudios con descendientes de perpetradores en Suramérica ofrecen elementos importantes para promover la discusión al respecto. Las posturas de estos son variadas, entre un deseo de verdad que moviliza a la acción política y la justificación de que el contexto posibilitó los actos como forma de integrar sentimientos de culpa. La complejidad aumenta en las formas que tienen de encarar el pasado, pues también depende de las circunstancias familiares particulares, ya sea que el vínculo familiar sea con el padre, o con otro miembro más lejano, o que pertenezcan a la segunda o tercera generación (Lazzara, 2020; Moral *et al.*, 2020).

En el caso de los hijos e hijas de militares es notorio un fuerte lazo emocional y de admiración hacia la figura del padre, señal de la cercanía por su vínculo filial y su pertenencia a la segunda generación. Quizá esto intervenga en que todavía no haya un deseo de verdad familiar que movilice a la acción política, y más bien haga difícil de asumir un posible legado incómodo. Aunque estos jóvenes participantes no pueden considerarse descendientes de perpetradores, es posible imaginarse el rumbo que pueden tomar sus dilemas en su condición de descendientes de militar. Una posibilidad es el deseo de construirse a sí mismos una identidad que trascienda de la marca genética familiar a un posicionamiento ético, como se identifica en familiares de perpetradores que conforman la agrupación “Historias Desobedientes” en Suramérica (Lazzara, 2020). ¿Cuáles serían las condiciones de posibilidad en El Salvador para que se configure esto?

Todo lo anterior deja en evidencia que la dinámica social y familiar respecto a la verdad del pasado es de tensión en los hijos e hijas de militares. Es clara su postura a favor de conocer la verdad del pasado a nivel social, pero no tanto en la familia, con sus dilemas de querer y no querer saber. Sin duda, esta situación conlleva implicaciones en los procesos mismos de verdad, pues no saber impacta en términos de comprender la situación familiar de su presente: por qué su padre es así, su mamá y demás familiares. Además, las memorias quedan guetificadas, sin la posibilidad de



entrar en interrelación con otras, que permitan identificar que los impactos de la violencia trascienden los bandos, y no solo están afuera, sino que impregnan los tejidos íntimos de las familias.

También conlleva implicaciones con los procesos de justicia, porque no se sabe adecuadamente qué daño fue ocasionado; y de igual forma afecta el proceso de reparación, por no poder validar las afectaciones vividas si no se sabe cuáles son. En definitiva, los relatos de los hijos e hijas de militares hacen una ruptura con el mito de que la juventud no se interesa por el pasado. En el caso de este grupo de jóvenes, hay un deseo genuino por saber qué pasó, pero con los condicionantes de su situación personal, contexto familiar y social, que no pueden ser pasados por alto.

### ***6.1.2. Potencial de memoria de descendientes de militares en la construcción de la verdad del Conflicto Armado***

Como se ha mencionado en párrafos anteriores, los hijos y las hijas de militares hacen memoria del Conflicto Armado, sienten e imaginan lo sucedido y son capaces de cuestionar el propio pasado, además de reflexionar su presente, haciendo uso de sus memorias. Esto abre paso a la inquietud: ¿por qué estos hijos e hijas de militares están interesados en recordar un pasado no vivido?, y aún más importante, ¿cómo sus memorias podrían beneficiar a la sociedad salvadoreña en los procesos de verdad?

Lo primero en destacar es el interés real y legítimo que tienen estos hijos e hijas de militares en conocer y entender lo sucedido durante el Conflicto Armado, en contraste e interrelación con las dinámicas sociales y familiares presente en su coyuntura: por un lado, a nivel nacional existe un ocultamiento y silenciamiento de la verdad, para establecer una memoria más institucionalizada, desde el discurso oficial, que evade las responsabilidades del Conflicto Armado (Ching, 2016, 2019; Orellana, 2005 ). Y, por otro lado, las memorias más íntimas y familiares que también tiene elementos de silencio y olvido, por razones más personales, de truncamiento en el proyecto de vida y de temor por las consecuencias negativas al hablar por parte de sus progenitores como explican sus hijos e hijas. Esto conlleva a considerar que un primer elemento de discusión es que las memorias de estos jóvenes evidencian una forma diferente de hacer memoria, que va más allá de las que hacen otras generaciones.

Se evidencia la importancia para los y las descendientes de militares el comprender el pasado que les interpela, lo cual hacen desde una mirada mucho más amplia que la de sus padres. Ahí es donde radica un punto de inflexión en la manera de hacer memoria, que no es tanto el recordar el pasado de forma automática, estática e inalterable, todo lo contrario, su énfasis está en las reflexiones que emergen al construir sus memorias del Conflicto Armado, que son dinámicas y están en relación al presente que viven. Son memorias que llevan componentes críticos, confrontativos y plantean “preguntas activas” como las llama Rocío. Un claro ejemplo es la reflexión crítica de Tatiana y

Victoria, respecto a las dinámicas de silencio u olvido del Conflicto Armado por el hecho de ser descendientes de militares. Ellas están claras en el miedo que representa hablar por las represalias (morales o jurídicas), pero también mencionan que esta tendencia impide “que aprendamos nuestra propia historia” y que se perpetúe “un estigma con esto de los militares”, lo cual les obliga a “ocultar” o “invalidar” sus propias historias de vida, la de sus familias y por ende la de su padre.

El ejercicio de memoria de estos jóvenes se vuelve un aparato reflexivo que busca darle sentido a su presente desde la comprensión del pasado. Como se mencionó previamente, la violencia del Conflicto Armado es un contenido de memoria hacia el cual muestran un rechazo común, por la cantidad de muertes y afectaciones físicas y emocionales, y por su preferencia hacia otras formas de resolver dicho enfrentamiento. Asimismo, catalogan como secuela del Conflicto Armado la violencia social de las pandillas que ahora ellos viven, y que vinculan al enunciar en frases cómo la de Mario: “es la guerra que vivimos ahora cuando salimos a la calle”, o la de Camila: “siempre hay gente que se muere, entonces para mí eso es un conflicto.”

Dichos enunciados cobran mayor sentido cuando se hace la revisión de las políticas de seguridad durante el posconflicto, implementadas por los gobiernos de turno, que comenzaron a militarizar las actividades de seguridad pública y protección civil, con aumento de efectivos, presupuesto y publicidad de una nueva FAES (Aguilar, 2017; 2019; Baltazar-Landeros, 2020). A pesar de que los Acuerdos de Paz conllevaron a la disminución de efectivos militares y no vincularse en tareas de seguridad pública (Aguilar, 2017; Córdova Macías, 1995/2009), estos jóvenes nos recuerdan en sus palabras críticas, el no cumplimiento de dichos acuerdos, y su rechazo a las medidas violentas de resolución de conflictos sociales que proceden desde el Conflicto Armado.

Todo lo anterior conlleva a pensar en el potencial de las memorias de estas nuevas generaciones en los procesos de verdad; ya que es una generación que desea saber el pasado no vivido, comprender su presente y no repetir de los hechos deshumanizantes. Con esta postura, los hijos e hijas de militares transgreden el sentido común que llevaría una falsa premisa: siendo hijos e hijas de militares no desean saber la verdad y ocultar lo ocurrido a escala social; al contrario, estos descendientes de militares comparten el componente claro de saber lo ocurrido, porque ninguno de estos jóvenes quiere volver a repetir lo que vivieron sus padres. Pero, ¿a qué se debe esta contramemoria?, ¿de dónde surge esta inquietud de saber lo ocurrido para no repetir errores del pasado?

Como se ha mencionado anteriormente, hacer memoria para estos hijos e hijas de militares tiene características de dinamismo en su presente y para comprender este significado de no repetición del pasado, habrá que entender sus razones. Estas oscilan entre el dolor que está presente a nivel físico, emocional y social en sus padres, madres y que se plasman en esas memorias más íntimas, hasta el pensar en las causas que han llevado a las secuelas del mismo Conflicto Armado, que no

desean repetir, pero que consideran se están brindando las condiciones para ello, según sus memorias a nivel nacional.

En los resultados encontramos el dolor con el que, los hijos e hijas de militares, han tenido que lidiar debido a las pérdidas de algunos familiares cercanos, que incluso algunos y algunas no lograron conocer, pero se sienten cercanos, como en los casos de Rocío (desaparición de tío materno) y Josselyn (asesinato de tío paterno), ¿cómo es posible esto?, ¿Cómo empatizar ante el dolor del otro u otra? Es precisamente en la forma en cómo ellos y ellas utilizan los mecanismos psicosociales para hacer memoria lo que les acerca a ese dolor. Son muy empáticos porque logran sentir y comprender el dolor en sus padres, madres, familias, en sus silencios, llantos escondidos, miradas perdidas al recordar, en las historias cortadas, en sus ritos religiosos, fotografías guardadas etc. Imaginan el afecto que existía antes de los hechos deshumanizantes y también logra generar la movilización emocional del dolor tras la pérdida. El mismo dolor comparten cuando existen pérdidas de miembros físicos, como lo ocurrido con el padre de Mauricio (pierde las piernas con una mina antipersona), y de igual forma el padre de Camila (que pierde las dos piernas), esta última menciona lo difícil que es la movilización de su padre hasta para tomar un vaso con agua, cargando ella con responsabilidades de cuidado y apoyo hacia su progenitor, ya que ella considera que él (padre) hace una lucha todos los días.

Ciertamente estas secuelas están vinculadas con afectaciones emocionales y sociales, de forma un poco más sutil, pero que dañan el bienestar propio y familiar de estas juventudes descendientes de militares. Alteraciones del sueño en sus progenitores, el silencio de hablar sobre la familia (militar) por miedo a represalias, demostraciones de afecto limitado de padres hacia sus hijos e hijas, desconfianza de los otros que no tienen descendencia militar, entre otros son algunas consecuencias de ese pasado que no desean repetir y que están evidenciadas en los resultados. Estas afectaciones del dolor de la guerra son importantes para la transmisión de la memoria entre generaciones, en la no repetición de las consecuencias del Conflicto Armado, ya que se enlaza con las palabras de Fernández Christlieb (1994) en el que el significado está muy vinculado a la afectividad, y estas nuevas memorias están cargadas de afectos (dolor) y significado (no repetición).

Al explayarnos en el significado que construyen en sus memorias los hijos e hijas de militares, sobre la no repetición de los actos deshumanizantes del Conflicto Armado, estas pueden remitirnos a una reflexión más profunda: el deseo de no repetición de las consecuencias del Conflicto Armado está vinculado a las causas que lo han ocasionado; es decir que, para que no existan actos deshumanizantes, no deben repetirse las causas que provocaron dicho evento histórico. Siguiendo la línea de Jelin (2014) en su crítica al “deber de recordar”, la autora describe que en la memoria debe haber una función, un sentido reparador y democrático, que se plasma en sus interrogantes sobre ¿qué es lo que no hay que repetir?, ¿la violencia o las condiciones que dieron origen?

He aquí lo trascendente de las memorias de la generación posconflicto, ya que los jóvenes identifican que las causas estructurales se mantienen en el presente, y las afectaciones también, aportando de esta forma a una mirada más amplia a la generación que vivió el Conflicto Armado. En dichos jóvenes existe una verdadera preocupación, ya que constatan desde sus memorias lo que vivencian como jóvenes hoy, que están las condiciones sociales, políticas y económicas para que vuelva a ocurrir una guerra. Para Camila hay claridad: “me da miedo que vuelva a pasar”, ya que conoce por parte de su padre lo que implica vivir un Conflicto Armado: “veo lo que le pasó, lo que la guerra le hizo a mi papá”, y desde su afectividad desea que: “Nadie de mi familia viva eso”. Para Tatiana existe actualmente en el gobierno un “tinte facista” similar a los gobiernos de los gobiernos de los ochentas, donde no había libertad de expresión y para ella “dentro de poco ya no vamos a poder decir lo que pensamos”. De igual forma Victoria afirma que: “se está repitiendo mucho de la historia anterior”, cuando se refiere a la reelección presidencial.

¿Acaso nos están diciendo estos jóvenes que, para buscar las soluciones a las problemáticas de hoy, debemos recordar las causas que han originado el Conflicto Armado? Es importante señalar que son hijos e hijas de militares quienes están narrando, una mirada que puede aportar a la construcción de la verdad desde una nueva perspectiva, que busca un bien más universal, integrador y democrático, que rompe con uno de los esquemas que mantienen el conflicto social actual y que mantuvo el conflicto bélico del pasado: el binarismo.

Desde una mirada antropológica Alas (2021) identifica la dinámica binaria en la narración de memorias en El Salvador, caracterizada por una lógica de unos contra otros, con la cual se “crea un valor social a partir de las diferencias y similitudes entre los pasados de la guerra para posicionarse unos frente a otros por un reconocimiento social en la comunidad” (p. 40). Es lo que describe de mejor manera los modos de relación entre personas, grupos, actores sociales, ideologías, clases sociales durante el pasado conflicto y el presente social.

Estas posturas de confrontaciones a los pensamientos, sentimientos y acciones, que son diferentes a los grupos de referencia ha favorecido que la violencia se mantenga, como modo de resolución a los problemas sociales en el periodo posconflicto. Durante el Conflicto Armado, los militares consideraban a la guerrilla como “los malos del cuento” (Martínez Peñate, 2008), y así mismos se identificaban como “salvadores”, e incluso como “héroes fallidos de la patria” (Ching, 2019; 2016); un pensamiento similar surgió en la guerrilla, ya que consideraban a las FAES como el sector armado de los grupos económicos dominantes, que debían “vencer mediante la lucha armada para liberar al pueblo” (Krämer, 2009). Es decir, compartían las posturas binarias donde el endogrupo es el bueno y el exogrupo es el malo.

En el posconflicto la situación de confrontación se ha mantenido entre los partidos políticos actuales, como se ha descrito al inicio de este apartado, enfrentándose primero ARENA y el FMLN, y luego la nueva fuerza política Nuevas Ideas, en confrontación con los partidos

anteriormente descritos, catalogándolos de forma peyorativa como “Los mismo de siempre”, una etiqueta para derrotar a los enemigos (Escobar, 2020). Lo que hay que notar es que, estas posturas binarias se traslapan a las interacciones entre las personas que apoyan sus perspectivas político partidarias, siendo capaces de replicar las consignas y los modos de enfrentamiento con el grupo contrario.

Las memorias de las hijas e hijos de militares rompen con esa lógica al narrar sus historias, lo que se vuelve argumento importante para que sus memorias y reflexiones sean escuchadas. Lo está diciendo una generación que no vivió el acontecimiento histórico y que, precisamente por su distancia (real y simbólica) a las experiencias de violencia de guerra, tienen otra sintonía para resolver los conflictos sociales, lo cual se vuelve una forma de proceder plausible porque cargan con las secuelas del pasado y con las problemáticas de su generación. Además, es un grupo que tiene la característica particular de que no han sido escuchados por ser hijos e hijas de militares, lo cual puede abrir puertas a otras formas de comprender lo que ha pasado en la historia reciente del país.

Estas memorias de las nuevas generaciones, buscan hacer memoria de forma diferente, lo que rompe con el binarismo, así lo demuestran Victoria al decir que desea recordar el Conflicto Armado “desde una perspectiva que beneficie, y que ya no cree más conflicto”, lo cual va acorde a lo que menciona Santiago, quien desea una memoria que busque romper con la conflictividad del presente, lo que para Esteban es encontrar: “soluciones de esos problemas que han quedado en base al Conflicto”. Estas narrativas se acoplan muy bien a lo demostrado por Alas (2021) quien menciona que los jóvenes, cuando se distancian de los imaginarios binarios de la memoria que sostienen la generación de sobrevivientes de la guerra, estas nuevas generaciones adquieren una mayor tolerancia a partir de la creación de un espacio inclusivo para jóvenes con preferencias políticas diversas sobre la memoria del Conflicto Armado. Es decir, crean otras formas de relación más inclusivas y tolerantes, y que permiten espacios donde se pueda hablar de este pasado, aún con todas sus contradicciones o medias verdades.

Esta forma de hacer memoria de los hijos e hijas de militares tiene el potencial para permitir espacios o condiciones para la construcción de la verdad sobre lo ocurrido en la guerra, y es porque puede propiciar un aspecto olvidado en el binarismo y es el potencial de escuchar. Lo que identifica a estas posmemorias es que tienen la capacidad de escuchar las distintas versiones del pasado; es decir que, en vez de cerrarse a escuchar solo su versión de la historia y validarla con su propio grupo social, su condición de jóvenes posconflicto, insertados en un mundo más plural y tener espacios para compartir con otros diferentes, les permite parar la dinámica binaria y observar con mayor amplitud el conflicto pasado y darse cuenta que, los diferentes actores, han sufrido las consecuencias de una guerra, que también les interpela.

El potencial de escuchar, tiene mucho que ver con la construcción de la verdad y la democracia, las cuales están en detrimento en las sociedades en riesgo democrático como la salvadoreña. Retomando lo que menciona Jara (2020b) en relación a la funcionalidad de las memorias, cuando consulta: ¿Qué tipo de memoria es compatible con democracias pluralistas y cohesivas?, el punto de inflexión no solo está en qué se recuerda, sino qué produce aquello que se recuerda, y la capacidad que tienen las comunidades de adoptar posturas abiertas o cerradas en esas elaboraciones del pasado. Extrapolando esta idea con las memorias de las juventudes de descendencia militar, estas memorias proponen una capacidad mayor de escucha y tolerancia, que las formas de memoria que se han realizado por parte de la generación que ha vivido el Conflicto Armado, ya que esa forma de construir memoria tradicional (o de desmemoria y silencio) no ha soltado las dinámicas binarias de relación social (confrontación), lo cual obstaculiza el camino hacia la construcción de la verdad y la democracia.

No será fácil que las memorias de las nuevas generaciones se posicionen en el interés de la opinión pública y política de este país, ya que pone en evidencia lo mal que se han manejado los instrumentos y los procesos de paz, verdad, justicia y reparación. Lo cual no deja de ser complejo, los mismos jóvenes lo plantean: ¿Qué se hace después de un Conflicto Armado?, posiblemente no se sepa todavía, por ser un país que no ha sabido gestionar sanamente sus heridas del pasado; pero lo que sí es claro, es que están surgiendo nuevas formas de hacer memoria, y que reta a la sociedad a hacer nuevas formas de relación. Puede ser que crear las condiciones para escuchar las distintas versiones del pasado, implica tener apertura de aquellas memorias que no se han escuchado, como las memorias de los hijos y las hijas de los militares. Tatiana nos brinda pistas sobre qué hacer en las sociedades posconflicto al mencionar una metáfora en la que pone fotografías (memorias, historias) en una mesa, donde se permita ir construyendo: “Una imagen más completa” que favorezca la comprensión del pasado (construcción de verdad) y “decidir qué vamos hacer”, lo cual implica un compromiso ciudadano y en sociedad; pero con una condición fundante: “hay que desenterrar todo (...) de ambos lados”. Es decir, memorias más plurales y que fortalezcan la democracia.

Haciendo uso del principio de realidad, respecto a la construcción de memorias que favorezcan la verdad y la democracia, es importante decir que será un proceso social largo, ya que no es fácil lidiar con tantas heridas sociales y personales. Pero, lo que sí nos aportan estas memorias de hijos e hijas de militares es el cuestionarnos las formas de hacer memoria (olvido y silencios) que hemos hecho como sociedad, y la responsabilidad que tenemos de reflexionar sobre el pasado porque, en mayor o menor medida, todos y todas estamos involucrados.

## **6.2. Justicia**

En lo que sigue, se hace una reflexión en relación a las implicaciones de los hijos e hijas de militares en los procesos de justicia, que tiene mucho de complejo y dilemático, dadas las

particularidades de esta población, su familia, y las dinámicas de la sociedad salvadoreña. De ello se desprende una discusión en relación a los retos para la implementación de procesos de justicia en clave intergeneracional, lo que consiste en identificar las potencialidades que las nuevas generaciones y, en específico, los hijos e hijas de militares poseen para la consecución de dichos procesos de forma integral.

### ***6.2.1. Dilemas y complejidades: implicaciones de los hijos e hijas de militares en los procesos de justicia***

Es evidente con toda la revisión que se ha hecho respecto a los relatos de los hijos e hijas de militares, que el Conflicto Armado sigue afectando en el presente, tanto a la generación que lo vivió, como a las nuevas generaciones. Es así como al revisar las memorias de las y los surgen interrogantes respecto a cómo se debe abordar el tema de justicia respecto a lo acontecido, tomando en cuenta que existen estas voces y vivencias particulares que están implicadas en el mismo y que plantean un fenómeno bastante complejo. Fenómeno que, tal cual como se evidencia en los relatos, va más allá de un deseo o una valoración personal respecto a la justicia por el pasado, pues entran en juego distintos factores personales, familiares y sociales.

Los factores personales giran en torno a cómo estos jóvenes intentan resolver su postura de justicia tomando en cuenta que están a favor de las víctimas, pero el factor familiar influye en detenerse a pensar sobre qué implicaciones tendría al interior de sus hogares procurar la misma, considerando el rol que su papá jugó durante la guerra. Así también estos jóvenes logran analizar la justicia desde un plano macrosocial, perspectiva donde justamente se logran circunscribir su padre, sus familias, y ellos mismos en relación a la justicia que hubo o no en el pasado, e incluso la que hay o no en el presente.

Es desde el plano macrosocial justamente donde se evidencia que, luego del Conflicto Armado, el tema por la justicia en relación a los crímenes cometidos sigue siendo relevante. Esto considerando que a lo largo del posconflicto se ha mantenido la impunidad, y esta tiende a pensarse con principal énfasis respecto a la FAES, institución responsable del 85% de los crímenes (Comisión de la Verdad para El Salvador 1992-1993; Córdova Macías, 1995/2009). Esto es importante destacarlo porque es uno de los aspectos que determina en estos jóvenes las dinámicas complejas respecto a qué justicia exigir, ya que la condición de hijo o hija de militar, y lo poco que conocen de la historia del padre, moldean sus posturas, las cuales muchas veces suelen ser inacabadas o contradictorias, aspectos de los cuales están conscientes y que despiertan la reflexión.

El primer elemento que se destaca en los relatos de los jóvenes es su concepción de que la ausencia justicia social, entre otros factores, desencadenó el Conflicto. Lo anterior se corresponde con los estudios de Krämer (2009), quien identifican tres factores significativos que desencadenaron este acontecimiento: las marcadas desigualdades sociales, la ausencia de una democracia real, y la

incesante represión hacia la población, que hizo insostenible un abordaje pacífico de dichas problemáticas socioeconómicas y políticas. Lo anterior era un reflejo de un sistema de explotación sostenido por un grupo dominante, la oligarquía salvadoreña, desde el siglo XIX.

Desde una perspectiva académica, pues, las causas que desencadenan el Conflicto Armado están bastante claras, y se pueden resumir en afirmar que existía un contexto de injusticia social que propició el inicio del Conflicto. Este marco de comprensión es consonante con lo relatado por la mayoría de los hijos e hijas de militares, quienes atribuyen las causas de este acontecimiento bélico a situaciones internas, aquellas vinculadas a condiciones sociales, políticas y económicas desfavorables para la población; y externas, las que revelan la influencia de potencias mundiales en el marco de la Guerra Fría.

Es importante destacar que, al analizar los relatos de los y las jóvenes, pareciera que es desde este marco de comprensión desde el cual se sostiene, entre otros aspectos, la perspectiva de justicia que van desarrollando a lo largo de su narrativa. Al tomar consciencia de dicho contexto de injusticia social como propiciador del conflicto, los jóvenes van articulando en su relato una concepción de justicia que trasciende la simplicidad de que en el Conflicto hubo un bando bueno y uno malo; que los primeros merecen justicia, y que los segundos deben pagar para que esta se logre. Esto no puede ser así de simple, según su interpretación, pues el contexto de injusticia social estructural afectó y configuró a toda la población, y de hecho creen que este contexto injusto llevó a combatir tanto al bando insurgente, como al bando militar.

Es desde esta concepción que la mayoría de los y las jóvenes logran posicionarse a favor de la justicia por las víctimas del Conflicto, es decir, a favor de que se haga justicia por las personas desaparecidas o asesinadas en la época y sus familias afectadas. De este punto es importante destacar que, aunque en varios de los relatos no existen este tipo de historias familiares, aun así, los y las jóvenes empatizan con dichas víctimas, y esta empatía ocurre al imaginarse cómo sería si justamente fueran sus familiares los desaparecidos o asesinados. Victoria muy bien explicita esto, al mencionar que si fuera un familiar de ella el asesinado también buscara justicia a toda costa.

Lo medular a esta situación y que Victoria revela con todo su relato, es que esta posición a favor de las víctimas es de difícil adaptación para las y los jóvenes, ya que siguen siendo hijos e hijas de militares, lo cual representa una auténtica paradoja: hijos e hijas de personas que pertenecieron a la institución que sostuvo una alianza con la oligarquía de la época para evitar la implementación de reformas en función de un sistema más justo, a través de la represión social (Kramer, 2009), y que fue la responsable, junto con grupos afines a la institución, del 85% de los delitos cometidos durante el Conflicto Armado identificados por la Comisión de la Verdad (1992-1993; Córdova Macías, 1995/2009).

Al respecto surge la interrogante de cómo estos jóvenes lidian con dicha paradoja que al solo plantearla resulta, como mínimo, incómoda. Si bien en el país propiamente no existen otros



estudios sobre hijos e hijas de militares que pelearon durante el Conflicto Armado, el estudio realizado por Lazzara (2020) en el cono Sur sobre descendientes de perpetradores de delitos de lesa humanidad, coincide en un punto central con los relatos de las y los jóvenes salvadoreños entrevistados. Cabe aclarar que de las y los jóvenes entrevistados no se puede afirmar que sus padres hayan cometido un delito directamente, pues esto no se explicita en sus relatos, y saberlo no fue el objetivo de la presente investigación.

De cualquier forma, el punto en común es que ambas poblaciones se encuentran en un lugar de tensión por la lealtad familiar y la responsabilidad pública por la verdad. Como destaca una de las jóvenes entrevistadas: es como “estar partidos por la mitad” (Tatiana, 25 años, hija de oficial). Así también estos jóvenes del Sur se debaten entre mantener lealtad a sus familias o reconocer de manera pública la verdad, transitando, tal cual como los jóvenes salvadoreños, entre la culpa y la vergüenza, y el deseo de que con su papá se haga una excepción, o incluso, más sencillo, que no se haga memoria y mejor olvidar (Moral *et al.*, 2020). Lazzara (2020) destaca además que las formas que tienen de encarar el pasado también dependen de las circunstancias familiares particulares, ya sea que el vínculo familiar sea con el padre, o con otro miembro más lejano, como una tía. Esto es importante mencionar, pues en el caso salvadoreño se trabajó directamente con hijos de militares.

Partiendo de lo analizado por Lazzara (2020), entonces, tiene sentido que, aunque los y las jóvenes entrevistados para la presente investigación en momentos de su relato exigen justicia, al imaginar que esta pudiera afectar a su padre, su postura en torno a la misma se vuelve compleja: confusa, contradictoria y finalmente inacabada. Esto pudiera responder al temor que les provoca que su papá sea enjuiciado, pero también al hecho que en algunos casos el proceso reflexivo en torno a este dilema fue suscitado, acaso por primera vez, por la entrevista misma.

Este dilema pone de manifiesto la particularidad ya evidenciada de sus memorias, su no linealidad o estaticidad, que tal como expone Jelin (2002), son fruto de procesos subjetivos relativos a experiencias y marcas simbólicas, es decir, sujetos a la perspectiva que se adopta en un momento determinado: empatía por las víctimas, o temor de que su padre resulte afectado, dependiendo de qué aspecto se esté explorando. No se les puede exigir, por tanto, una postura clara y definitiva sobre un tema tan complejo e implicativo para ellos y ellas, con el cual probablemente se hayan enfrentado por vez primera, al menos de una manera tan directa, al participar en esta investigación.

De hecho, exigir una posición clara y definitiva pudiera estar en detrimento con facilitar los procesos mismos de verdad y reparación, tan necesarios de asumir si también se quieren articular esfuerzos de justicia, pues exigir una postura contundente pudiera generar que esta población se cierre a platicar sobre el tema, o se sienta atacada e invalidada desde su propia condición y experiencia. Como ya se mencionó, esta implica mucha tensión y complejidad, e incluso una condición que por primera vez reconocen.

Lo anterior pudiera significar que, al igual que en estos jóvenes, el proceso reflexivo en torno a lo que implica hacer justicia por lo acontecido en el Conflicto es algo que apenas está iniciando en el país, y en ciertas poblaciones en concreto. Inevitable cuestionarse entonces qué impacto tiene esta tensión que suscita el dilema, tanto en estos jóvenes, como en otras poblaciones que influyen en buena medida en los procesos de justicia por el pasado en el país. Y así también, cómo facilitar que dichas poblaciones se animen a abordar el tema de la justicia dando sus propios aportes dentro de la reflexión, la cual parece ser necesaria para generar mecanismos acertados y fundamentados de justicia.

En esa línea, también es importante destacar un aspecto transversal en los relatos de los y las jóvenes salvadoreñas, el cual contribuye a la complejidad del dilema: el silencio, la negación o el olvido, al interior de la dinámica familiar. Este aspecto también fue tendencia al analizar las historias de vida de descendientes de perpetradores (Moral *et al.*, 2020; Lazzara, 2020). En el caso del silencio, Lazzara (2020) destaca que este complejiza aún más la postura de esta población, quienes se muestran “agobiados por los silencios, medias verdades y mentiras que formaron parte de sus infancias” (p. 235). Así, en los relatos de los y las jóvenes salvadoreñas, pareciera ser que es difícil asumir una postura respecto a la justicia cuando se desconoce qué implicaciones tuviera al interior de la familia, pues no se sabe, justamente, qué hizo realmente su padre durante el Conflicto Armado. Mauricio, por ejemplo, explicita en su relato cómo para él es un poco más sencillo posicionarse respecto a la justicia porque infiere que, por el rol que le tocó asumir a su padre como militar, difícilmente pudo haber estado implicado en cuestiones que impliquen enjuiciamiento. ¿Cómo adoptar postura frente a algo que no se conoce? Más aún, ¿cómo articular formas de justicia si no se sabe a qué se le debe procurar o aplicar justicia?

Ahora bien, en los relatos, una de las formas en que los jóvenes parecieran intentar resolver el dilema que implica posicionarse del lado de la justicia, teniendo un padre militar e imaginando las posibles implicaciones de ello, es justamente apelar a concebir el origen del Conflicto Armado como fruto de la injusticia social estructural. Esto, porque les permite concebir que parte de la historia militar de su padre se debe a dicho contexto de injusticia. Es ese contexto el que lo obliga a enlistarse en la FAES, ya sea por falta de oportunidades económicas y laborales que lo llevan a ver en la institución un medio inmediato de subsistencia para él y sus familias, o directamente porque llegaron a la FAES a través de reclutamiento forzoso, esto último identificado sobre todo en los relatos de hijas e hijos de tropa.

En el relato de los y las jóvenes, aunque aparecen ciertos reproches hacia el padre, no existe un rechazo hacia este; en su lugar se identifica admiración como persona, e incluso la noción de que este, contrario a ser perpetrador, fue una víctima. Se puede interpretar que la definición del padre como víctima que hacen estos jóvenes la sustentan a partir de ciertas situaciones registradas en sus memorias. Entre estas destacan el reclutamiento forzoso por parte de la FAES hacia el padre siendo

joven, o la incorporación obligada a esta institución por mandato familiar. También la imposición a seguir órdenes dentro de la institución, y evitar sufrir represalias; e incluso el proceso de ideologización donde su padre “fue usado y que hasta el momento no se da cuenta de ello” (Tatiana, 25 años, hija de oficial).

En esta línea, los relatos de los hijos e hijas de militares reafirman lo complejo que es hablar de justicia en esta población, a lo que se suman más preguntas que respuestas definitivas. Por ejemplo, ¿podrían existir razones suficientes para considerar al padre de estos jóvenes como una víctima?, ¿es posible que una persona sea al mismo tiempo víctima y victimario? En esa línea, a nivel social, ¿qué estamos entendiendo por dichos términos?, ¿estos tienen la precisión adecuada para favorecer procesos integrales de justicia? No es el objetivo de este análisis dar una respuesta exhaustiva a todas estas preguntas, ya que son necesarios más elementos a ser considerados. No obstante, se pueden plantear algunas reflexiones iniciales para problematizar el fenómeno.

En su disertación sobre los impactos psicosociales de la violencia del Conflicto Armado en sobrevivientes, Yáñez (2013) entiende a la víctima como aquella persona que ha sufrido vulneraciones a sus derechos fundamentales, como consecuencia de acciones u omisiones de otros; y, en contextos bélicos, esta persona no participa del conflicto directamente, es decir, pertenece al sector de la población civil. Si se analiza que algunos de los padres de estos jóvenes, antes de fungir como combatientes en el Conflicto Armado, fueron sometidos por estructuras de poder a pertenecer a la FAES a través del reclutamiento forzoso; o si se considera que los padres vivían en contextos de vulnerabilidad y se les negaba las condiciones socioeconómicas necesarias para subsistir lo que les obligó a buscar una salida en su incorporación; entonces, desde la conceptualización de Yáñez, se puede afirmar que sí fueron víctimas de estas situaciones concretas.

Ahora bien, esta interpretación no les quita responsabilidad por acciones delictivas que pudieron haber cometido dentro del Conflicto Armado. Además de considerar que, desde su incorporación a uno de los bandos en contienda dejaron de pertenecer a la población civil; y, por tanto, desde esta definición, la categoría “víctima” ya no aplicaría para abarcar lo sufrido en este momento concreto. Teniendo presente estas particularidades conceptuales, es un hecho que algunos de los padres de estos jóvenes sí tuvieron vulneraciones a sus derechos fundamentales siendo civiles, las cuales se tradujeron en una incorporación forzosa como combatientes. Así pues, como sociedad ¿de qué manera nos hacemos cargo de reparar y hacer justicia por dicho daño? Más aún, ¿cómo se implementan procesos de justicia en alguien que en un momento de su vida fue víctima, pero en otro pudo haber sido victimario?

Por otra parte, algunos de estos jóvenes también parecieran incluirse de manera indirecta como víctimas del Conflicto, respecto a que las consecuencias de este aún les alcanzan hasta el día de ahora. Al analizar los relatos, esto pareciera ocurrir en dos vías: por un lado, por los estragos que

provocó tal acontecimiento en sus familias respecto al fallecimiento o desaparición de familiares, y, por otro lado, por los impactos subjetivos que estos jóvenes dejan entrever que experimentan al explorar su propia vinculación con el Conflicto Armado.

Al respecto, Yáñez (2013) también afirma que se pueden considerar víctimas a los familiares o personas cercanas que han sufrido directa o indirectamente las consecuencias a las violaciones de derechos, esto aún y cuando sean de otra generación. Incluso es contundente en afirmar que “los jóvenes que eran pequeños o no habían nacido también han sufrido las consecuencias de que en todo este tiempo no se haya implementado una política de reparación psicosocial” (p. 72), apuntando justamente la importancia de analizar el fenómeno desde una perspectiva intergeneracional, pues los impactos del Conflicto Armado alcanzan también a las generaciones de posconflicto.

Es así como el análisis que las y los jóvenes hacen da paso a pensar que al hablar de justicia también sea importante hacerlo desde una mirada intergeneracional, pues dan cuenta de que las consecuencias del Conflicto Armado les alcanzan también a las nuevas generaciones, aunque no lo vivieran directamente, y que por ende será necesario incluirlas en los procesos de justicia. Así también dan cuenta de que hay una marca de injusticia social transversal a la historia salvadoreña que se puede rastrear desde antes del Conflicto Armado, y que sigue aún hasta el día de ahora. De hecho, en el relato de una de las hijas de tropa se puede evidenciar un paralelismo entre el pasado y el presente respecto a dicho contexto de injusticia social que atraviesa tanto a la primera como segunda generación. La joven cuenta que sus papás optaron por ingresar a la FAES como solución para el sustento económico, y en el presente de posconflicto, ella también ha pensado hacerlo porque su condición económica y la de su familia aún lo ameritan.

La FAES sigue siendo opción de vida para muchos jóvenes que no identifican oportunidades de desarrollo profesional y económico. Esta institución asegura una entrada económica fija dentro del hogar, además de bonos de alimentación, los cuales han aumentado a raíz de la campaña mediática que el actual gobierno ha lanzado para incentivar el enlistamiento (Benítez, 2022). Y si bien, hoy ya no hay reclutamiento forzoso como tal, este es sustituido por vender una imagen renovada y benevolente de la FAES, esto sobre la misma estructura social injusta del pasado: gente viviendo en condiciones precarias que ve en la institución una de las pocas oportunidades de sostenerse económicamente. Como es evidente, pues, el presente de posconflicto se suma a la cadena histórica de injusticia social, y esto es posible reconocerlo al escuchar las memorias de los hijos e hijas de militares, cuando analizan el pasado de su familia y padre, cómo esto les interpela en el presente, y cuando finalmente también se animan a analizar su propio presente.

Esta continuidad que los y las jóvenes plantean reconfirma, entonces, que la injusticia pre-conflicto y las nuevas injusticias fruto del Conflicto, siguen afectando hasta el día de ahora a las distintas generaciones que se configuran actualmente. Los hijos e hijas de militares se han socializado en

un contexto con injusticia social, con rasgos similares al de sus padres; y son estos jóvenes quienes les ha tocado sufrir las consecuencias de un Conflicto que no vivieron. Por tanto, es importante considerar que los procesos de justicia deben de ser abordados desde una perspectiva intergeneracional, en el que las generaciones posconflicto también tengan participación.

### ***6.2.2. Retos para la implementación de procesos de justicia en clave intergeneracional***

Con todo lo analizado en el apartado anterior, es claro que las memorias de estos jóvenes apuntan a que sus propias perspectivas y vivencias pueden ofrecer elementos valiosos para favorecer procesos adecuados de justicia por el pasado, que respondan precisamente a la complejidad que la realidad misma implica, y que los hijos e hijas de militares han dejado entrever.

A propósito de la complejidad, un primer reto estriba en las tensiones entre mantener una postura clara en relación a la justicia por el pasado y la dinámica familiar con ausencia de relato. Precisamente, los relatos evidencian que, para adoptar una postura acabada en torno a la justicia, es necesario conocer la historia familiar: hacer un ejercicio de memoria para comprender qué fue lo que pasó realmente e identificar qué implicaciones tiene el posicionarse de una u otra manera. Sin embargo, la tendencia al interior de las familias con padres militares es el silencio y el deseo de no hacer mucha memoria de lo acontecido, sobre todo de aquellos acontecimientos que pudieran ser legal y moralmente comprometedores.

Es probable, entonces, que esta política familiar del silencio este condicionando qué postura de justicia adoptan estos jóvenes, la cual pudiera verse modificada hacia una postura más clara si conociera la totalidad de la historia paterna, incluso si se diera un reconocimiento público al respecto. La resolución al dilema de estos hijos e hijas de militares pudiera depender de qué tan involucrado estuviera cada padre respecto a los juicios que se hicieran, y como ya se vio, dependería también de su historia de sufrimiento y de victimización.

En el presente, los ejemplos que se pueden retomar sobre cómo el reconocimiento público por lo acontecido pudiera afectar a familiares de militares respecto a su postura en torno a la justicia, son los del Suramérica, con similitudes y diferencias respecto a los participantes de la presente investigación. La principal coincidencia entre ambas poblaciones es la empatía hacia aquel que sufrió las consecuencias de un Conflicto Armado, y la indignación frente a un contexto injusto, aspectos que los movilizan y se traducen en una postura política frente a ello. En el caso específico de hijos e hijas del Cono Sur, esta posición política se ejemplifica en un movimiento, Historias Desobedientes, conformado por hijos e hijas de genocidas que hacen activismo para procurar justicia a las víctimas (Lazzara, 2020; Estay Stange y Bartalini, 2020).

La posición política en este movimiento es más contundente, tanto como para trascender en acción política. Y es por ello por lo que los relatos de los miembros de este movimiento tienen diferencias

marcadas con los de los y las jóvenes salvadoreños entrevistados, siendo una fundamental que en muchos de estos “desobedientes”, como se hacen llamar, esta empatía e indignación por las víctimas rompe totalmente el vínculo familiar, llevándolos al punto de rechazar totalmente a sus padres y familias.

En *Historias Desobedientes*, pues, su deseo, tras descubrir qué fue lo que realmente hizo su padre, es el de construirse a sí mismos una identidad que trasciende la vinculación familiar a un posicionamiento ético, en favor de las víctimas. Ahora bien, esto entra en contraste con otras situaciones. Por ejemplo, en el documental “El Color del Camaleón”, el rol ambiguo de aquel padre militar que fue víctima, pero también perpetrador, generan que Andrés, el hijo, no sepa desde cuál categoría comprender las vivencias de su padre, y que por tanto no se dé del todo la ruptura del vínculo familiar (Lazzara, 2020).

Pareciera justamente que la posición de los jóvenes entrevistados para la presente investigación tiende a ser muy similar a la de Andrés, a diferencia de la posición de “los desobedientes”, pues el rechazo contundente que ellos plantean no aparece en ninguno de los relatos de los jóvenes. Aunque es cierto que, al imaginarse que su padre pudo estar implicado en delitos, algunos sí se ven a sí mismos, como mínimo, cambiando la imagen actual que tienen de él. Rocío incluso se atreve a afirmar que desaprobaba totalmente a su padre, lo que también aventura a pensar que muy probablemente la perspectiva en torno a la justicia de estos jóvenes cambiaría si accedieran completamente a la historia de su padre en el Conflicto.

Se vuelve inevitable preguntarse, entonces: ¿es posible que estos hijos e hijas de militares, al conocer por completo su historia familiar, asuman un activismo por la justicia?, ¿cómo sería dicho activismo?, ¿qué formas adoptaría?, ¿qué lo facilitaría o qué lo impediría? A esto se suma la interrogante por ¿qué otros elementos aparte del silencio familiar pudieran estar facilitando o impidiendo su emergencia? En el presente estudio se observa que el conocimiento sobre el Conflicto Armado, y las posturas generales a favor de la verdad, justicia y reparación que varios jóvenes asumen, tienen correspondencia con su nivel educativo (estudios básicos y superiores), además de que algunos han tenido acercamientos con población sobreviviente del conflicto, tanto civiles como excombatientes de la guerrilla.

Es importante apuntar que este silencio al interior de las familias salvadoreñas también está presente en un nivel más macro. De hecho, si se compara entre estos jóvenes y las narrativas contadas por *Historias Desobedientes*, aunque en ambos casos el silencio al interior de los hogares es una tendencia, una diferencia marcada es que, en el caso salvadoreño este silencio no solo es local (dentro de la comunidad nuclear, la familia) sino en la totalidad del contexto salvadoreño de posconflicto: “la Comunidad con mayúscula” que denomina Lazzara (2020). En el país, la política del silencio y olvido todavía es significativa a través de lo que Orellana (2005) afirma como un discurso de “perdón y olvido”, dirigido a perpetuar la impunidad de los crímenes cometidos.

Discurso que se ha mantenido a lo largo del posconflicto, favorece la impunidad, y entrapa los procesos de justicia.

Lo crucial de retomar este punto es reconocer que, al momento de hablar de justicia, no se pueden exigir posturas del todo acabadas, cuando tampoco se ha avanzado en el proceso reflexivo de darle forma a lo que pasó, pues aún no se conoce a cabalidad lo acontecido. En otras palabras, el ejercicio de articular formas de justicia pasa imprescindiblemente por favorecer mecanismos de acceso a la verdad en clave intergeneracional, como se ha descrito en un apartado anterior. Habría que considerar, entonces, que para poder generar procesos eficaces que procuren la justicia que la sociedad salvadoreña actual demanda, tal cual como destaca Lazzara (2020), existe una “necesidad de romper los pactos de silencio que rigen en la comunidad nuclear en favor de la Comunidad con mayúscula” (p. 246).

Otro punto relevante del potencial favorecedor de justicia en los hijos e hijas de militares es su capacidad de romper con el binarismo sostenido durante y después del Conflicto Armado. Se muestran a favor de que se haga justicia a las familias de las personas desaparecidas o asesinadas; además, reconocen hechos históricos de injusticia como las distintas masacres, hacia los cuales hay una postura de condena, y de estar a favor de las víctimas. Más aún, algunos de estos jóvenes han tenido contacto con excombatientes guerrilleros, con los cuales han mostrado apertura y un verdadero interés por escuchar sus historias, manteniendo esta postura de empatía frente a sus vivencias.

Esto es importante de destacar, pues ilustra el potencial que tienen estos jóvenes en promover procesos de justicia que asuman, no solo la complejidad que el tema implica, sino también una perspectiva de apertura a las distintas voces, a pesar de que puedan ser contrarias a la perspectiva de sus propias familias. Con ello romperían con una visión binaria o reduccionista sobre los procesos reconciliatorios, que tendrían como punto clave la justicia. Las memorias de los hijos e hijas de militares relevan, pues, que el tema de la justicia exige reflexiones más profundas, que trasciendan la simplicidad de “los buenos y los malos”, ya que ambos “personajes”, al menos en el país, están circunscritos en un contexto macro de injusticia social, que es configuradora de una relación constante de víctima-victimario.

Los procesos de justicia deben asumir un abordaje reflexivo que busque comprender cómo víctima y victimario se volvieron tales, desde un contexto macro que facilitó esta dinámica, y no solo reducido a casos aislados o individuales. Ya Jara (2020a) apuntaba el peligro de perder este foco al llevar a cabo procesos de justicia transicional tras contextos históricos de conflicto bélico, pensando en automático que la justicia se procura únicamente al responsabilizar a individuos en específico, y no a instituciones o estructuras violadoras de derechos humanos de manera macro. Se corre el riesgo de desembocar en el fenómeno del “chivo expiatorio”, donde el culpable de

todos los crímenes cometidos es un individuo enjuiciado, a través del cual se logra exculpar o expiar la culpa de todo un régimen.

Resulta imprescindible comprender la figura del victimario del Conflicto Armado salvadoreño, más allá del prejuicio o sesgo ideológico, ya que también favorecería la comprensión de las dinámicas psicosociales que sostienen la estructura social de injusticia sobre la cual el mismo se articuló. Esto bajo el entendido de que cada persona debe asumir sus responsabilidades por las decisiones y acciones realizadas en el pasado y presente, pero sin olvidar también que ha existido una estructura social injusta que favorece la emergencia de “victimarios” y que es esa finalmente la que hay que cambiar.

Tatiana, una hija de oficial, nos ofrece en su relato una metáfora valiosa para reflexionar sobre los procesos de justicia. Ella imagina el posible enjuiciamiento a los militares con una escena de la historia Drácula, un personaje que es perseguido violentamente por el pueblo con palos y antorchas, quienes desean hacer justicia de una forma vengativa, sin ofrecer condiciones de escucha de su versión de los hechos. Para ella, una tendencia así, totalmente cerrada y vengativa, empuja a que algunos militares que quieran admitir su culpa y arrepentimientos por acciones del pasado, no lo hagan, por el temor a posibles consecuencias terribles hacia él y su familia. ¿Cuáles serían las condiciones justas para favorecer estos procesos? Mauricio, otro hijo de oficial, explicita que, si su padre estuviera implicado en delitos por el pasado, le gustaría que él se responsabilizara. No obstante, afirma que este es un escenario “ideal, pero difícilmente pasan esas cosas”. Queda la interrogante, entonces, de cómo ese ideal se pudiera volver una realidad, y cómo pudieran ocurrir “esas cosas”, es decir, una auténtica justicia para las víctimas, basada en la humanización del victimario.

Las voces de los hijos e hijas de militares favorecen el replanteamiento de ideas dadas por supuesto, y la consideran de otros elementos importantes para la búsqueda de una justicia integral. Así, reconocen la importancia de preguntarles a las víctimas qué justicia necesitan, pues puede ser que algunas sí quieran la típica justicia punitiva y carcelaria, pero para otras sea suficientemente reparador una justicia que consista en el reconocimiento, por parte del victimario, del crimen cometido. Asimismo, valoran como necesario distinguir entre quien dio la orden y quien la ejecutó, ya que el primero tendría mayor responsabilidad por estar en una posición de poder superior, en comparación a quien tuvo que obedecer. De igual manera, resaltan la importancia de que la justicia se aplique en todos los sectores, tanto con los delitos de los militares como los de la guerrilla, y que no se manipule con fines partidarios o juegos de poder, sino que esta persiga como fin único una auténtica reparación a las víctimas.

Los relatos de las y los jóvenes hijos de militares también invitan a reconocer en todo momento las causas estructurales que favorecen la injusticia, de tal forma que recuerdan la importancia de evitar resumir en personas lo que es estructural. En esta línea, es posible identificar cierto correlato



con el fenómeno de las pandillas, un fenómeno propio de la sociedad de posconflicto: victimarios cuya historia suele ser la de jóvenes en contextos difíciles y condiciones socioeconómicas precarias empujados a vincularse a actos delictivos. Nuevamente una estructura social injusta empujando dinámicas parecidas a las del pasado, las cuales ahora viven las nuevas generaciones. Lo anterior es argumento a favor de promover la comprensión de estos fenómenos en perspectiva intergeneracional.

Otro elemento relevante que los relatos incitan para la reflexión es la interrogante por qué se está entendiendo por los conceptos de víctima y victimario, categorías que se dan por supuesto, y se usan de manera indiscriminada en contextos públicos y privados. No se trata de quitar responsabilidad a quienes cometieron actos delictivos, sino de comprender una forma más amplia todas las aristas implicadas. En ese sentido vale preguntarse hasta qué punto la capacidad de decisión última de un victimario es producto de la plena voluntad o del imbricado de componentes sociales a los que dicha persona está sujeta, y qué implica esto en términos de responsabilidad individual y social frente a los crímenes cometidos. Son preguntas de difícil respuesta, aunque necesarias de ser planteadas. Lo que sí se puede afirmar es que el posible victimario es un sujeto social, es decir, un ser humano socializándose en un contexto determinado.

En su análisis sobre documentales de perpetradores, Jara (2020a) enfatiza la relevancia de reflexionar sobre el lugar que ocupa la figura del victimario en sociedades divididas como la chilena. En estas producciones, justamente, hay un componente de desmitificación del perpetrador, y más de humanización. Esta otra mirada reflexiva, nos dirá la autora, “no se ha hecho para normalizar su responsabilidad en el terrorismo de Estado, sino para comprender mejor cómo la intimidad, las historias de vida y la vida cotidiana se vuelven parte de su maquinaria” (p. 14). Nuevamente se evidencia cómo el ejercicio de hacer memoria desde la verdad de lo ocurrido es la antesala necesaria para comenzar a articular propuestas fundamentadas y afinadas de justicia.

Finalmente, no está de más recordar que la apuesta por una justicia integral favorece la reconciliación, y da la pauta para dinámicas más democráticas. Aunque la presente investigación no afirma que los padres de los jóvenes entrevistados sean perpetradores, el estudio de Jara (2020a) en esta población favorece la reflexión, ya que, para la autora, la idea de revisar las memorias de perpetradores, no busca necesariamente el atribuirle un valor determinado a dicha memoria, sino más bien pretende comprender la funcionalidad de esta. Para el caso, su funcionalidad con relación a esa búsqueda de mecanismos adecuados de justicia, que sean compatibles con la creación de sociedades más democráticas, las cuales reconozcan y reparen los crímenes del pasado con el objetivo de la no repetición en el presente.

### **6.3. Reparación**

Luego de un acontecimiento violento como el Conflicto Armado en El Salvador, es preciso poner sobre la mesa el tema de los daños que este ocasionó a la sociedad, y los procesos de reparación que son necesarios de asumir. A continuación, se establece una discusión respecto a la manifestación, caracterización y sostenimiento de los daños psicosociales tanto en los hijos e hijas como en sus padres y familias. Seguidamente, se hará una reflexión sobre los retos presentes en el proceso de reparación social, con las nuevas variantes relacionales y contextuales, a más de tres décadas de finalizado formalmente este acontecimiento.

### ***6.3.1. Los daños intergeneracionales del Conflicto Armado en el presente y las condiciones que les sostienen***

Los relatos de los hijos e hijas de militares evidencian que las afectaciones por el acontecimiento del Conflicto Armado siguen vigentes, a más de 30 años de su finalización formal. Esto refuerza los hallazgos descritos por otras investigaciones salvadoreñas, las cuales identifican, a través de las memorias de los jóvenes del posconflicto, que ese pasado de violencia que no vivieron sigue presente en su cotidianidad, manifiesto en repercusiones a nivel personal, familiar y social (Alas, 2021; Chacón Serrano, 2017; González *et al.*, 2019; Mejía y Melgar, 2020; Voigtländer, 2016). Es interesante que sean estas nuevas generaciones quienes evidencien la presencia de las heridas no sanadas, por su condición de haber nacido en el después; pero que, por esta misma particularidad, ofrezcan otras miradas para comprender las experiencias del pasado, en relación a las vicisitudes del contexto actual.

Con los resultados es posible proponer que los daños del Conflicto Armado se caracterizan actualmente como trauma psicosocial, el cual trasciende a las víctimas directas de este pasado, y alcanza a su descendencia. Este alcance tiene sentido, si entendemos dicha herida como la materialización de las relaciones sociales de violencia en los individuos implicados en ellas, a través de las mediaciones grupales e institucionales, y que se nutren y sostienen en esa mutua constitución entre el individuo y la sociedad (Martín-Baró, 1992a). Así, es posible interpretar que, a lo largo del posconflicto, lo que se ha configurado es una transmisión intergeneracional del trauma psicosocial, que combina las afectaciones propias del acontecimiento bélico, con las problemáticas del contexto presente; y, a su vez, se corresponde con las dinámicas particulares de las generaciones en interrelación: aquella que experimentó de primera mano la violencia política, con aquella que vivenció sus consecuencias, y vive otras violencias actuales.

Precisamente, uno de los puntos sustanciales que las memorias de los hijos e hijas de militares ofrecen es que los impactos de la violencia pasada se manifiestan de manera diversa y silenciosa, más allá de lo que el sentido común nos pueda hacer creer. Dicha manifestación no se resume en afectaciones individuales y rasgos patológicos como se establecería desde una visión biomédica. Por supuesto que existen afectaciones físicas y psicológicas, sin embargo, los daños se ubican significativamente en las relaciones sociales, que han favorecido determinadas configuraciones

subjetivas, tanto en los jóvenes como en sus padres y familiares. Estas, combinadas con las particularidades de cada caso, vuelven variada su manifestación (Martín-Baró, 1992a). Por su parte, el carácter silencioso de estos daños se relaciona con la normalización de los efectos en las relaciones mismas, que desemboca en convivencias basadas en la desconfianza y la polarización.

A modo de caracterizar el daño en los padres militares, recordemos que los y las jóvenes identifican que sus progenitores todavía viven las secuelas de la guerra en la que combatieron. Entre ellas se destacan la condición de discapacidad física de algunos, concerniente a la pérdida o daño a sus cuerpos, que le han dificultado el desenvolvimiento cotidiano. Asimismo, han sido testigos de ciertos comportamientos desconcertantes en sus padres, como padecer de sueño intranquilo o tener pesadillas relacionadas al pasado. Y a otro nivel, identifican que sus progenitores experimentaron la interrupción de su proyecto de vida, a razón del reclutamiento forzado que les obligó a formar parte de la FAES, y que les impidió desarrollar sus propias aspiraciones más allá de ser combatientes en el Conflicto Armado.

De todo esto se desprenden las dificultades que el padre presenta a la hora de relacionarse con su hijo e hija, quienes le caracterizan como celoso de abrirse emocionalmente, con la tendencia a mostrarse siempre fuerte, y obligarse a ser sostén familiar. Esto socava la convivencia, pues los jóvenes experimentan cierta tensión e incomodidad a la hora de interactuar con su progenitor respecto a temas relacionados al Conflicto Armado o al mundo militar, porque reciben de su parte esta actitud de recelo. De ahí que algunos jóvenes manifiesten reproche ante el silencio y resistencia de hablar del padre, y otros asuman una postura empática y de aceptación de este hecho. Vale mencionar que estas tensiones y dificultades relacionales solo agravan la situación traumática identificada en el padre.

En los hijos e hijas los impactos de ese pasado no vivido también están presentes. Hechos concretos como el fallecimiento o desaparición de familiares en el marco del Conflicto Armado evidentemente les afectan, en buena medida por su ausencia afectiva. Sin embargo, hay otros impactos más sutiles, pero contundentes, relacionados a la configuración de subjetividad. Lo recurrente en sus relatos es la experiencia de miedo y desconfianza por su condición de hijos e hijas de militares, bajo la idea de que ellos y sus familias pueden sufrir represalias si revelan esto, o pueda que su relato sea invalidado por quien lo escucha. De ello se desprenden ciertas limitaciones que algunos jóvenes han experimentado a la hora de relacionarse con otras personas como sus pares, y también de involucrarse en actividades sociales como grupos juveniles dentro de sus universidades.

Paradójicamente, desde su posición social, algunos jóvenes suelen disentir en ciertos puntos con su padre y demás familiares, ya que sostienen visiones diferentes sobre el pasado, participan en actividades relacionadas a la memoria y con sobrevivientes del otro bando, e incluso asumen posturas político ideológicas distintas a la de su familia. Lo anterior hace que emerjan sentimientos

ligados a su propia identidad como sentirse hipócritas, malagradecidos, traicioneros, entre otras características; además de tensionar la convivencia con sus seres queridos. Evidentemente, experimentar tal situación conlleva un malestar considerable en estos jóvenes, que socava su desenvolvimiento cotidiano, ya que deben de mantenerse atentos respecto a qué pensar, qué decir, qué hacer, incluso cómo expresarse en términos de apariencia (por ejemplo, no usar indumentaria relativa a lo militar).

Es preciso remarcar que toda esta situación vivida por los hijos e hijas de militares remite a un pasado de violencia que no experimentaron directamente, pero que les alcanza. De ahí que el miedo y la desconfianza presente en su subjetividad va más allá de rasgos personales, pues su instauración ha sido propiciada en el marco de un proceso de transmisión familiar. Los relatos de los jóvenes ponen de manifiesto que sus familias experimentan daños a propósito del Conflicto Armado, presentes como heridas que se siguen sosteniendo hasta ahora. Una de sus manifestaciones es la polarización dentro de algunas familias, a consecuencia de experiencias y visiones contrarias respecto al pasado. Por ejemplo, algunos miembros formaron parte de la guerrilla y otros de la FAES; o algunos mantienen ideologías de izquierda y otros de derecha, lo que socava la convivencia interna. Esto puede leerse como la continuidad de “la guerra por otros medios”, ya identificada en el plano político (Artiga-González, 2018b; Dada, 2007), pero aquí a un nivel más micro e íntimo.

Otra de sus manifestaciones es la experiencia del silencio dentro del sistema familiar, que a su vez desemboca en tensión social, pues se sabe que algo pasó, pero no hay claridad de qué y cómo. Dicho silencio está relacionado al miedo y la desconfianza, que tiene por finalidad el resguardarse de cualquier represalia por la participación del padre como combatiente militar. En ese marco de socialización, los hijos e hijas aprenden a no preguntar, porque hacerlo conlleva remover recuerdos dolorosos, es decir, “abrir heridas”. Y, de igual manera, se cuestionan su propia legitimidad para interrogar al padre, enfrentados a la disyuntiva de querer y no querer saber por el pasado que es altamente incómodo. Pese a ello, algunos jóvenes ya han asumido el riesgo de interpelar a sus familiares, de lo cual han recibido respuestas favorables o insatisfactorias. En ese proceso de descifrar el pasado, lo claro es que se establece una conexión con el Conflicto Armado y sus secuelas, a partir de la apropiación de las memorias de sufrimiento tejidas en las familias que revelan rasgos traumáticos.

La invalidación de las experiencias del pasado, el silencio respecto a quién es su padre y su condición como hijo, la represión de las emociones por los impactos del pasado en la familia y el joven, sumado al miedo y la desconfianza hacia los otros, las tensiones sociales por las discrepancias ideológicas, las identidades confusas con vergüenza, orgullo y traición, todo esto reflejan el fenómeno de la transmisión intergeneracional del trauma psicosocial. Se observa un malestar emocional que se sostiene tanto en el padre y demás familiares como en los hijos e hijas, que condiciona su forma de identificarse ante los demás y de interactuar con estos. Es decir, la

herida del pasado de violencia ha afectado la forma de relacionarse entre las distintas generaciones, y se sigue sosteniendo en las mismas relaciones sociales, lo que dificulta procesos de convivencia dentro y fuera de las familias.

Todo lo anterior da cuenta que el daño en las familias no se limita a la experiencia de fallecimiento y desaparición de familiares, sino que va más allá, presente en situaciones silenciosas y menos evidentes, que limitan la vida de estas personas, y se vuelven una carga difícil de mantener en lo cotidiano del presente. Una dinámica parecida es evidenciada por Veena Das (2007), para quien un acontecimiento pasado de violencia política es capaz de impregnar el entramado relacional del presente, ya que “los elementos del pasado que fueron rechazados –en el sentido de que no fueron integrados en una comprensión estable del pasado–, pueden repentinamente asediar el mundo con la misma insistencia y obstinación con que lo real agujerea lo simbólico” (p. 143).

El asedio del pasado en el presente de los hijos e hijas de militares tiene relación, precisamente, con la tendencia familiar a rechazar el pasado mismo, que impide su integración en una comprensión estable de lo que ocurrió, como lo plantea Das (2007). Pero esta dinámica no solo se limita al ámbito familiar, más bien su origen se ubica en el contexto social a lo largo del posconflicto. Lo que se instauró luego del fin formal del Conflicto Armado fue un discurso de “perdón y olvido” dirigido a perpetuar la impunidad de los crímenes cometidos (Orellana, 2005), en detrimento de la implementación de acciones estatales en caminadas a promover la justicia y la reparación social. En otras palabras, la política del silencio se ha mantenido de manera estructural en complicidad con el Estado, y también se ha impregnado a nivel familiar e individual, evidenciado en los jóvenes y sus padres.

Todo lo anterior concuerda con los postulados de Martín-Baró (1992a), para quien los impactos del Conflicto Armado más difíciles de procesar son aquellos menos mediables, vinculados a la ruptura del tejido social, y al advenimiento de un trauma psicosocial constituido por relaciones sociales deshumanizadas. Y, de acuerdo a Gaborit (2005), este acontecimiento ha conllevado a la desarticulación de redes de apoyo social, la promoción de actitudes de desconfianza al otro y la sobredimensión de los sentimientos de miedo. Desde los relatos de los y las jóvenes es posible identificar las dinámicas anteriores, por lo cual, emerge la pregunta: ¿qué tipo de convivencia se va configurando en una sociedad basada en relaciones sociales intergeneracionales impregnadas de miedo, desconfianza y silencio? Sin duda, es una que favorece la perpetuación de la violencia estructural acarreada desde el Conflicto Armado, y, por tanto, una que sostiene los daños de esa misma violencia en las personas y los grupos sociales.

Ya Portillo (2005) nos advertía que las mismas relaciones aberrantes cristalizadas en el Conflicto Armado podrían sostenerse años después, y configurar nuevos traumas psicosociales, en vinculación con las condiciones sociales del contexto presente. No extraña, entonces, que los relatos de los hijos e hijas de militares revelen una correspondencia entre las afectaciones del

pasado en ellos y sus familias, con el contexto social que ahora habitan, también con rasgos traumáticos.

Martín-Baró (1992a) identificaba que el trauma psicosocial en el marco del Conflicto Armado se manifestaba en los fenómenos de la polarización social, la mentira institucionalizada, y la militarización de la vida cotidiana. Chacón Serrano (2021) analiza que tales fenómenos siguen presentes en la sociedad salvadoreña actual, evidencia de una herida social no tratada, que más bien favorece la emergencia de problemáticas complejas como las pandillas y los gobiernos con prácticas autoritarias. Con los relatos de los jóvenes se puede interpretar que dentro de algunas familias todavía se presenta tal polarización, a propósito de las visiones contrapuestas del pasado entre familiares. También la militarización de la vida cotidiana, pues en algunos casos la crianza paterna presentaba estos rasgos. Y, por último, se identifica el silencio sistemático dentro de la familia como institución, que se corresponde de alguna forma con la mentira, en su efecto de ocultamiento de la realidad pasada y presente.

Con los resultados, pues, se construye evidencia para argumentar que los daños del Conflicto Armado siguen vigentes en El Salvador de hoy, en el marco de una dinámica de transmisión intergeneracional. Y si el daño es evidente, surge, a su vez, la pregunta sobre quién debe ser acompañado en su proceso de reparación. Uno de los puntos sustanciales de este estudio es que, además de las víctimas civiles directas y excombatientes de la guerrilla, los excombatientes de la FAES también sufren daños psicosociales importantes, y precisan ser acompañados en su mejora. Y no solo los sobrevivientes directos, igualmente su descendencia que ha interiorizado los estragos del pasado de violencia: tanto descendientes del lado de la guerrilla y civiles como lo evidencia Chacón Serrano (2017); así también los descendientes del lado militar como lo demuestra este estudio.

De esta forma, los relatos de los y las jóvenes ponen sobre la mesa las consideraciones de reparación social a dos figuras que rompen con el sentido común: los excombatientes militares y los jóvenes miembros de la generación posconflicto. Los primeros, porque en su condición de miembros de la FAES pueden ser señalados como “perpetradores”, debido a su pertenencia a la institución señalada como la responsable de la mayoría de crímenes en el contexto del Conflicto Armado; y con ello se daría paso al cuestionamiento de si es posible y/o legítimos acompañar procesos de reparación social en perpetradores. Y los segundos, porque su condición de no haber vivido directamente este acontecimiento bélico puede hacer creer que no existe tal daño.

Ahora bien, habrá que tener precaución en no homogenizar los impactos de la violencia en los individuos y grupos. Martín-Baró (1992a) menciona que la herida del trauma psicosocial generada por el Conflicto Armado dependerá de la vivencia particular de cada individuo, de sus posiciones sociales, del grado de participación en el mismo acontecimiento, así como características de

personalidad. Por lo mismo, las manifestaciones del daño y las condiciones que le sostienen, evidentemente, van a variar en interrelación con las exigencias del contexto salvadoreño.

En el caso de los padres militares, los elementos que favorecen el sostenimiento del daño son aquellos que imposibilitan el reconocimiento de que necesitan ayuda, así como aquellos que entorpecen la emergencia y reconstrucción de las memorias del pasado, con la finalidad de resignificarlo. Tales factores son provocados por la experiencia traumática misma, la que afecta la narración del pasado, haciéndolo fragmentado y poco coherente, evidencia de dolores todavía presentes al recordar (Aranguren, 2008; Van Alphen, 1999). No es que ellos se empecinen en callar, es que no pueden contar; por tanto, un abordaje ineficaz o prejuiciado podría obviar esta situación, y retraumatizar, bajo el argumento de que no hay voluntad por compartir sus memorias.

Asimismo, existen ciertos rasgos machistas que conducen a que estos hombres militares no acepten sus dificultades socioemocionales; y, por tanto, accedan a solicitar ayuda a consecuencia de un pasado que se trivializa, por considerarse ya lejano. En relación a lo anterior, los padres asumen una postura de protección familiar, que tiene por intención no cargar a sus hijos y demás familiares con el recuerdo de situaciones pasadas difíciles de digerir, lo que recae nuevamente en una dinámica de silencio y represión de lo experimentado. De igual manera, el miedo a sufrir represalias si externalizan sus experiencias pasadas también se impone, como ser llevado a juicio o recibir algún tipo de vendetta, lo que también suma a esa represión u ocultamiento de los impactos de la violencia bélica en su vida.

Para el caso de los hijos e hijas de militares, uno de los elementos que afecta el sostenimiento del daño es el desconocimiento de la historia del Conflicto Armado, es decir, no tener todavía un marco histórico que les permita ubicar las memorias transmitidas en sus familias. En algunas hijas de tropa fue evidente la confusión que se genera por no saber las razones del origen del Conflicto, los bandos en contienda, entre otros conocimientos clave. A lo anterior se vincula que, para algunos jóvenes, es posible que todavía no exista conciencia de las afectaciones del pasado no vivido en ellos, lo que conlleva a desinterés y resistencias. Las condiciones de su presente son tan demandantes que nunca se han instalado en ellos estas preguntas por el pasado, como se evidenció en algunos participantes, quienes reconocieron que las entrevistas les hicieron reflexionar y ser conscientes de su conexión con el Conflicto Armado.

Todo lo anterior se interrelaciona con el problema estructural de violencia que esta población experimenta desde condiciones sociales diferentes a las de sus antecesores (Umaña, 2009), y que también es situación favorecedora del sostenimiento del daño psicosocial del pasado bélico. Bien comenta Dada (2016) que los problemas de la generación de posguerra en El Salvador son diferentes y urgentes en comparación a las otras generaciones: pandillas y violencia social (Lemus, 2018), falta de oportunidades y desigualdad (CEPAL, 2016; PNUD, 2018), estigmatización de las juventudes (Chacón Serrano, 2015), entre otros. Esto significa que esta generación carga con

afectaciones del pasado no vivido, que se mezclan con las exigencias del posconflicto y su presente.

Actualmente, no solo se impone el contexto de impunidad y desmemoria, sino también el auge de procesos de militarización del Estado y la sociedad. Los gobiernos anteriores han favorecido estas dinámicas (Aguilar, 2017; 2019; Baltazar-Landeros, 2020), y el gobierno actual continúa con ellas, ligado a la instalación de un autoritarismo renovado (Orellana, 2020; Verdes-Montenegro, 2019). En ese marco, es potente observar que la juventud de hoy corre una suerte parecida a la de otros jóvenes del pasado: la incorporación a la FAES por necesidad, y no por convicción, dada la fuerte propaganda del gobierno de turno. La necesidad también obliga a esta población a migrar fuera del país por lo adverso del contexto sin oportunidades de desarrollo. Tristemente, este fue un deseo sostenido por la mayoría de jóvenes entrevistados, independientemente de su estrato social.

El panorama revelado hasta acá es muestra de que la reparación social a propósito del Conflicto Armado es necesaria. Aunque implica un tremendo reto, porque las condiciones para tal proceso no son las óptimas, y más bien perpetúan el daño mismo: ¿cómo se supera un trauma si no es posible expresar libremente el malestar emocional que el pasado conlleva, tanto en los padres como en los hijos?, ¿cómo se construyen las bases para facilitar el reconocimiento y la externalización de las vicisitudes traumáticas en estas poblaciones? Lo que es claro es que, en ese reto, los sobrevivientes directos tienen un lugar preponderante, por supuesto. Pero también sus descendientes, a quienes podemos nombrar también como sobrevivientes de las consecuencias nefastas que este acontecimiento de violencia dejó en sus padres, familias y sociedad. Involucrarlos es clave, pues la transmisión intergeneracional del trauma psicosocial es un fenómeno que entrapa los procesos de verdad y justicia, tan necesarios en El Salvador de hoy.

Precisamente, con los resultados se evidencia que la ausencia de reparación promueve el olvido intergeneracional, ya que las jóvenes que optan por el olvido del Conflicto Armado argumentan que recordar duele para ellas y sus familiares, por lo cual no quieren ser razón de malestar en el presente. Tal situación es complicada, porque el sostenimiento del daño psicosocial a propósito del pasado de violencia socava la búsqueda de la verdad por lo que pasó, pues se prefiere obviarlo. Y esto, a su vez, favorece el sostenimiento de la dinámica de impunidad, ya que se dificulta el reconocimiento de las injusticias cometidas si no se ponen en evidencia con la memoria. En última instancia, la ausencia de verdad y de justicia solo generan un agravamiento de los daños del pasado, sumado a una deslegitimación de las acciones de reparación, por considerarse innecesarias. ¿Qué hacer, entonces, para ir cimentando una reparación integral en clave intergeneracional?

### ***6.3.2. Retos para un abordaje integral de reparación en clave intergeneracional***

Las memorias de los hijos e hijas de militares dan razones suficientes para iniciar una reflexión seria sobre los procesos de reparación social de los daños del Conflicto Armado en el presente,



acompañada de valoraciones para la implementación de nuevas formas de abordaje, con la finalidad de promover una reparación integral. En ese sentido, es válido, necesario y urgente un replanteamiento de las preguntas sobre el proceso mismo de reparación social, para problematizar lo que está dado por supuesto a estas alturas del posconflicto: qué se debe reparar, a quién se debe de acompañar en este proceso, cómo se haría, y a quién le competería esta responsabilidad. Aunque no es la intención de este estudio dar una respuesta exhaustiva a estas preguntas, cierto es que los resultados ofrecen material relevante para la formulación de respuestas que irrumpen el sentido común, con nuevos puntos clave para su consideración.

El recorrido por los relatos de los hijos e hijas de militares, como ya se ha expuesto anteriormente, revela que las afectaciones del Conflicto Armado siguen pasando factura al día de hoy. Es decir que el daño continúa y, por tanto, hay razones para abogar por un proceso de reparación social profundo y con elementos distintos al que se ha venido desarrollando, ya que la presencia de las afectaciones, a más de 30 años de su fin formal, son señal de que lo realizado hasta hoy ha tenido alcance corto y, quizá, ineficaz. Tal vez se deba a que no es tan fácil de definir lo que se debe de reparar, pues ya se ha descrito que el daño se manifiesta de manera diversa y silenciosa. No obstante, lo que identifica este estudio es que el impacto de la violencia pasada se ubica significativamente en las relaciones sociales sostenidas por la generación del Conflicto y la del posconflicto, tomando la forma de trauma psicosocial. Por tanto, son esas mismas relaciones sociales las que deberían de ser tratadas, sin obviar las dificultades personales, materiales y económicas.

La pregunta respecto a quién hay que reparar tampoco es fácil de responder, ya que demanda una reflexión exhaustiva del alcance de los daños y los actores implicados. Con esto en mente, los resultados revelan que el proceso de reparación social necesita de la inclusión de nuevos actores poco considerados hasta ahora: excombatientes militares y su descendencia. Esto es importante, porque uno de los elementos clave de los procesos restaurativos a propósito de la violencia es que exista reconocimiento del daño sufrido por las personas, lo que se vuelve curativo en sí mismo, en la medida que se valida los sufrimientos. De igual manera, es imprescindible escuchar de las personas afectadas cómo necesitan ser reparadas, y no solo imponer medidas (Yáñez, 2013). A estas alturas, vale cuestionarse si se han escuchado estas otras voces, especialmente la de los hijos e hijas de militares, que por su condición de haber nacido después, puede que sus opiniones se asuman como poco relevantes.

Aquí surge uno de los primeros retos del proceso de reparación social, pues, como ya se dijo antes, existe una tendencia al silencio en las familias de estos jóvenes. Por tanto, para que sobrevivientes de violencia y experiencias traumáticas hablen respecto a su situación es necesario construir espacios seguros y confiables. El reto está en elaborar tales espacios, a contracorriente de las dinámicas del contexto actual, que suelen caracterizarse por favorecer la polarización social, el

estigma hacia la juventud, entre otros elementos que funcionan como deslegitimadores de los sufrimientos de esta población.

De igual manera, el abordaje de los impactos del Conflicto Armado debe asumir los distintos niveles que el daño ha alcanzado, desde lo personal, lo familiar, y lo social (estructural), con el cuidado de no patologizar e individualizar un daño que tiene un origen social. El paradigma que suele imperar en las disciplinas que trabajan la salud mental es aquel que busca reparar al “enfermo”, cuando lo enfermizo es la estructura social. Si bien es importante resarcir afectaciones físicas y personales, el fin último debe ubicarse en sanar las relaciones sociales devenidas en deshumanas, y en la construcción de condiciones sociales, políticas y económicas que lo favorezcan.

A lo largo del posconflicto se han dado iniciativas psicosociales loables, aunque vale la pena reflexionar sobre sus alcances, y la eficacia de sus acciones. Quizá necesiten una mirada más amplia, con la cual se asuma la perspectiva intergeneracional, y la incorporación de otros actores sociales, como aquellos relacionados al lado militar. Por tanto, se vuelve otro reto construir abordajes integrales que no estén ideológicamente sesgados, y que con ello sostengan una dinámica binaria o polarizada, que niegue el sufrimiento legítimo de las personas que se enfrentaron.

Además, dichos abordajes deben de evitar la homogenización de los actores sociales, pues los resultados nos enseñan que, incluso dentro del lado militar, existen diferencias importantes entre aquellos que combatieron siendo oficiales y tropa. Los relatos y dinámicas en los jóvenes entrevistados demuestran que existe una condición de mayor inseguridad, desconfianza y vulnerabilidad en militares tropa, que militares oficiales. Puede interpretarse que los excombatientes en rango tropa, además de su descendencia, tienen mayores dificultades en aceptar iniciar un proceso de reparación, si perciben desconfianza y se sienten amenazados por cualquier represalia en su contra.

Los estudios con descendientes de perpetradores identifican otros elementos clave a tener presente a la hora de desplegar procesos de reparación. Uno de ellos es el tipo de vínculo familiar establecido, ya sea con el padre, o con otro miembro más lejano, como una tía (Lazzara, 2020). El primer tipo de vínculo conlleva mayor compromiso, lo que condiciona más las aperturas y resistencias. Por su parte los estudios de Moral *et al.* (2020) identifican una diferencia en el trabajo del pasado por parte de la segunda y tercera generación. Para la segunda generación, a la que pertenecen los jóvenes del estudio, sus fuertes lazos emocionales y su idealización de figuras como sus padres, les impiden profundizar más. En cambio, la tercera generación es capaz de colocar la historia familiar y la responsabilidad social en un contexto sociohistórico más amplio, pues están más alejados de los eventos y los lazos familiares que puedan limitarlos.

De igual manera, es importante que estos abordajes asuman un enfoque basado en género y masculinidades, pues los resultados demuestran que los padres de los jóvenes entrevistados asumen roles estereotipados de género, que pueden entrapar un trabajo socioemocional necesario. Y, asumiendo lo anterior, habría que romper con visiones adultocéntricas, que nieguen la legítima participación de las generaciones jóvenes o que les conviertan en sujetos pasivos en su mismo proceso de reparación. Un abordaje adecuado de reparación a víctimas de violencia también requiere la participación de la familia y la comunidad (Yáñez, 2013), lo cual plantea otro reto: ¿cómo garantizar esta participación, si la tendencia en las familias es al silencio, y en el contexto social impera la polarización, mentira y militarización?

Sin duda, las complejidades del proceso de reparación social son amplias, y de momento las preguntas imperan más que las respuestas. No obstante, asumimos que se va perfilando con claridad, a partir de las memorias de los hijos e hijas de militares, que las nuevas generaciones jóvenes tienen un rol clave en la sanación del trauma psicosocial, por toda una serie de características que pueden potenciar las condiciones necesarias para ello. Estas tienen que ver con que los jóvenes presentan empatía hacia los sufrimientos de sus padres antes, durante y después del Conflicto Armado. Pero también tienen empatía hacia el sufrimiento de excombatientes de la guerrilla, y hacia la población sobreviviente en general, con lo que rompen con el rasgo traumático de polarización social arraigado a lo largo del posconflicto.

Un juego interesante en el procesamiento del pasado desde su presente es que el dolor identificado en sus propias familias les hace reflexionar que en otras familias también puede existir. Esto se vuelve base de una conexión emocional con familias que perdieron a un ser querido ya sea del bando guerrillero, militar o de la población civil. En ese sentido, los hijos e hijas de militares son capaces de reconocer que el sufrimiento fue transversal a los distintos actores inmersos en el Conflicto, y que, si bien no niegan la responsabilidad de ellos por sus acciones del pasado, identifican que dicho sufrimiento tiene origen en la estructura social de injusticia de aquella época, que poco ha cambiado en la actualidad.

Lo anterior es evidencia importante para tomarnos con seriedad el trabajo con este grupo de jóvenes, y con las nuevas generaciones en general, ya que existen estos indicios de su potencial para romper con la transmisión intergeneracional del trauma. Una ruptura clave es aquella hacia los patrones de silencio familiar, muestra de lo cual es su participación en este estudio; a lo que se suma su condición de puente del padre al presente, cuando pretenden contar su historia por las dificultades de este. Pero también contradicen el silencio y el olvido al considerar transmitir sus memorias a sus futuros hijos, como lo revelaron algunos de los jóvenes entrevistados. En otras palabras, estos sujetos sociales pueden establecer las condiciones sociales y políticas para que la generación de sus padres pueda ser reparada, al tiempo que favorecen un freno al alcance de los estragos de la violencia en su propia y futura descendencia. Desde ya se puede instalar la pregunta

por la tercera generación: ¿qué implicaciones tendrá el Conflicto Armado en la vida de los nietos de excombatientes y cuál será su participación en los procesos de reparación?

Las complejidades de lo reflexionado hasta acá obligan a preguntarse también por los responsables de provocar y acompañar estos procesos. Al menos, desde las disciplinas ligadas a las ciencias sociales y a la salud en El Salvador se vuelve todo un reto, pues implica un replanteamiento de su proceder pasado, presente y futuro. ¿Han sido capaces de promover esta reparación a lo largo del posconflicto? ¿Hoy por hoy se tienen los conocimientos teóricos, las herramientas metodológicas para un abordaje integral de la reparación por violencia pasada y presente? Quedan instaladas estas y otras interrogantes como insumos para acompañar este trabajo imprescindible, al cual deben sumarse las nuevas generaciones de profesionales.

Y yendo más allá de estas disciplinas, la responsabilidad recae en la participación de una ciudadanía activa, sin la cual dichos procesos integrales de reparación no serán posibles. Jelin (2014), al pensar en la relación entre memoria y democracia, enfatiza que el hacer memoria debe estar acompañado de procesos reflexivos que convoquen a una ciudadanía activa para no caer en memorias únicas y estáticas o en discursos oficiales con intereses políticos particulares. Podemos extrapolar esta idea para afirmar que los procesos integrales de reparación requieren el mismo ingrediente clave: una ciudadanía activa compuesta por las distintas generaciones que conforman la sociedad salvadoreña actual. El trauma psicosocial desarticula lazos sociales, corroe la convivencia social y desempodera a las personas. Los procesos de reparación del daño deberán tener el efecto contrario, uno que sienta las bases de una reconciliación social, y potencie los procesos de fortalecimiento de la democracia.

## 7. Conclusiones y recomendaciones

A continuación, se hace una exposición de las conclusiones y recomendaciones más destacadas de este estudio.

### 7.1. Conclusiones

Las conclusiones están clasificadas en relación al proceso de construcción de memorias en hijos e hijas de militares, en términos generales; y en función de los procesos de verdad, justicia y reparación.

#### *7.1.1. Proceso de construcción de memorias*

Las memorias de los hijos e hijas de militares ponen en evidencia una conexión directa e indirecta con el Conflicto Armado que no vivieron, pero que condiciona la vida del país, de su familia y la suya propia. Esta es posible a partir de las experiencias vividas por su padre como militar durante este acontecimiento, las cuales posibilitaron el origen de la familia, y en algunos casos, el nacimiento del mismo joven en el periodo de posconflicto. Además, se vinculan mediante la experimentación de las secuelas de la violencia pasada, en términos de afectaciones sociales y familiares, caracterizadas por la experiencia de continuidad de la guerra ideológica, falta de oportunidades, fallecimiento y desaparición de familiares, rupturas de proyectos de vida, entre otros. Todo lo anterior se traduce en un condicionamiento de las dinámicas familiares y subjetivas de los jóvenes en términos identitarios y emocionales.

La investigación pone de manifiesto que los hijos e hijas de militares, pese a no haber vivido el Conflicto Armado, construyen memorias propias, en el marco de un proceso de transmisión intergeneracional, caracterizado como un espacio relacional con la generación de sus padres. En dicho proceso tienen un rol activo, en la medida que no imitan los relatos; más bien interrogan, critican, se diferencian y, finalmente, construyen un relato propio que combina elementos transmitidos por sus padres y otros sobrevivientes, y también por otras fuentes como los libros, documentales e instituciones educativas.

En el proceso de construcción de memorias por parte de estos jóvenes, participan ciertos mecanismos psicosociales de los cuales se valen para elaborar una narrativa de sentido sobre el pasado que no vivieron, y con ello unir fragmentos y llenar vacíos. Así, utilizan la imaginación para crear una imagen mental de qué pudo haber vivido el padre siendo militar, y qué hubiese pasado si ellos hubieran vivido dicho periodo o acontecimientos. Experimentan la empatía como una forma de ponerse en el lugar de sus padres y demás sobrevivientes tanto en el pasado, como en su condición de fuentes de relato en el presente. Además, interactúan con objetos y lugares de

memoria, que les mueven a interrogar e interpretar qué pudo haber pasado durante este acontecimiento bélico. Todo este proceso interactivo está atravesado por la movilización emocional, la cual es mayor si las memorias son de sufrimiento familiar.

Los hijos e hijas de militares tienen una implicación importante en los procesos de verdad, justicia y reparación por el Conflicto Armado salvadoreño, en la medida que dicho pasado les alcanza a través de las experiencias familiares sufridas, y por la experimentación directa de sus secuelas en el posconflicto. Desde su posición social particular, sus memorias ofrecen elementos sustanciales para argumentar que estas otras voces precisan ser escuchadas, en la medida que contienen un potencial significativo para generar condiciones necesarias que faciliten procesos integrales de verdad, justicia y reparación, a favor de una reconciliación social.

### ***7.1.2. Verdad***

Las memorias de los hijos e hijas de militares son construcciones de sentido sobre el pasado que no vivieron, las cuales les permiten comprender el presente que viven, y proyectar posibles futuros. Así, una reflexión compartida en estos jóvenes es que perciben una continuidad del Conflicto Armado en su presente, aunque revestida de otras formas de violencia: polarización social, militarización, estigma hacia las juventudes y detrimento de la democracia. Por tanto, abogan por hacer memoria del pasado, siempre y cuando no cree división y conflicto, más bien ayude a resolver los problemas actuales. Para ello, le apuestan a desenterrar la verdad del pasado de todos los actores implicados, ponerla sobre la mesa, y decidir como sociedad qué hacer con ella, a partir de un diálogo intergeneracional.

Los relatos de los hijos e hijas de militares ponen en evidencia que la reconstrucción de lo que pasó a nivel social suele ser más claro, lineal y poco emocional. En cambio, las memorias familiares son más ambiguas, fragmentadas, y muy emocionales, ya que su contenido puede ser doloroso, comprometedor e incómodo, lo que favorece una dinámica de silencio. Al experimentar estas dificultades en saber qué ocurrió, también se les complica comprender su presente de posconflicto al interior de sus familias. Así, la dinámica de silencio o secretismo familiar deviene en que las memorias queden guetificadas, sin la posibilidad de entrar en interrelación con otras, que permitan identificar que los impactos de la violencia trascienden los bandos.

Para un país como El Salvador, donde la verdad en torno a lo ocurrido durante el Conflicto Armado es una deuda histórica desde los principales actores que participaron en el mismo, los relatos de los hijos e hijas de militares, con todo y sus silencios e incomodidades, brindan lecciones sobre otras formas de hacer memoria que faciliten el acceso a la verdad. Con sus relatos reconocen la necesidad de romper con la perspectiva binaria de la historia, la cual sigue permeando hasta el presente de posconflicto, y dificulta que distintos actores se abran a contar la verdad de lo ocurrido. Así, demuestran que es necesario generar espacios más plurales y tolerantes, pues se abren a

escuchar versiones distintas a las familiares, como las de excombatientes guerrilleros, e incluso perspectivas académicas y literarias. Es decir, recuerdan sobre las distintas aristas que la historia posee, y que todas son importantes de reconocer si se quiere acceder a la verdad de lo ocurrido.

### **7.1.3. Justicia**

Los hijos e hijas de militares se ven interpelados por el tema de la justicia en torno a lo acontecido durante el Conflicto Armado. Reconocen la deuda histórica de justicia hacia las familias de desaparecidos y asesinados por la FAES, pero también conciben a sus padres como víctimas de toda una estructura social injusta, que fue de hecho la que facilitó la emergencia del Conflicto. Esto es así, porque en varias de las historias familiares existió el reclutamiento forzoso del padre para ser miembro de la FAES, o su decisión de ingresar a la misma fue fruto de la condición socioeconómica vulnerable de la familia y la falta de oportunidades. Esta situación lleva a interrogarse de qué manera, como sociedad, nos hacemos cargo de este tipo de vulneración de derecho en términos de justicia y reparación en esta población, lo que no resta responsabilidad de cualquier acto moral y legalmente reprochable dentro del Conflicto Armado.

El tema de justicia en los hijos e hijas de militares es complejo, evidenciado en la imposibilidad de establecer una postura definitiva y contundente al respecto. Aunque ellos logran posicionarse a favor la justicia por las víctimas, se ven conflictuados al pensar que dicha justicia pudiera implicar consecuencias negativas en sus padres, debido a que desconocen qué fue lo que este hizo como miembro de la FAES, lo cual puede implicar actos que deban ser condenados. Es decir, se vuelve un dilema bastante complejo facilitado por los silencios de la historia familiar, que se traduce en una postura hacia la justicia por ratos ambigua, confusa o contradictoria. Lo anterior también se relaciona con que, para muchos jóvenes, la investigación les hizo plantearse por primera vez este dilema, y, por tanto, es un proceso reflexivo apenas empezado.

Los relatos de las y los jóvenes hijos de militares facilitan reconocer el potencial que esta población tiene en la generación de procesos de justicia, mostrándose con apertura a escuchar las distintas voces implicadas, como las de sus padres, población civil afectada y excombatientes de la guerrilla. Así, afirman estar a favor de que se haga justicia en las familias de los desaparecidos y asesinados, pero también apuntan a que dicha justicia incluya a sus padres, y, quizá a ellos mismos también, como víctimas de toda una estructura social injusta. De ello se desprende la consideración de abordar los procesos de justicia desde una perspectiva intergeneracional, que tome en cuenta los distintos actores implicados en el tema, más allá de abordajes reduccionistas con la dinámica de “los buenos y los malos”, y más bien con el reconocimiento del victimario como sujeto social y humano. De esta manera, invitan a replantearnos como sociedad qué tipo de justicia es la que se necesita por los hechos del pasado, a la luz de las exigencias del presente y futuro.

#### **7.1.4. Reparación**

Los impactos de la violencia, a propósito del Conflicto Armado, adquieren una forma de transmisión intergeneracional del trauma psicosocial, evidente en los hijos e hijas de militares, sus padres y en la dinámica familiar, lo que es señal de la ausencia de reparación social a lo largo del posconflicto. La manifestación de dicha herida va más allá de rasgos patológicos, está presente de manera sutil y normalizada en las relaciones sociales dentro y fuera del núcleo familiar, lo que tensiona la convivencia. Además, se materializa en características subjetivas basadas en el miedo y la desconfianza, y en ambigüedades identitarias. Vale mencionar que las condiciones sociales referentes a la ausencia de verdad y justicia, en interrelación con las dinámicas familiares y personales en cuanto al silencio, posibilitan el sostenimiento de dicho trauma.

La identificación de los impactos de la violencia bélica en clave intergeneracional y con particular atención a las memorias militares, empujan a replantearse los procesos de reparación social sostenidos hasta ahora. Se vuelven válidas las preguntas sobre qué reparar, a quién y cómo, en la medida que los daños trascienden lo patológico e individual, alcanzan a aquellas personas que no vivieron directamente este acontecimiento y, por tanto, obliga a considerar nuevos actores en dichos procesos, con la finalidad de darle un carácter integral.

Los hijos e hijas de militares, en su condición de generación posconflicto, tienen legítima participación en los procesos de reparación social, a consecuencia de sus implicaciones directas e indirectas en la transmisión del trauma psicosocial. Esta población muestra un potencial importante para favorecer las condiciones adecuadas para iniciar y sostener dichos procesos de reparación, tanto a las personas sobrevivientes como a su descendencia, a partir de su capacidad de ruptura de la polarización, la empatía hacia los distintos actores afectados por el Conflicto, y su postura general a favor de la verdad y la justicia.

### **7.2. Recomendaciones**

Las recomendaciones se basan en propuestas para futuras líneas de investigación, y en aspectos a mejoras en estudios que repliquen diseños metodológicos a este. Se establecen, a su vez, cuáles son los aportes de esta investigación en términos de relevancia social y praxis de memoria.

#### **7.2.1. Teóricas**

Para futuras investigaciones, se recomienda profundizar en las implicaciones de las distintas condiciones sociodemográficas de los hijos e hijas de militares, así como en otras poblaciones de descendientes. A partir de los resultados se infiere como posibles condicionantes de la construcción de memoria el nivel de estudios alcanzado, el estrato socioeconómico o la pertenencia



a contextos rurales y urbanos. En esta investigación, la mayoría de participantes poseía o estaba cursando estudios universitarios, lo cual pudo favorecer un mayor conocimiento histórico del Conflicto Armado en ellos, a diferencia de otros jóvenes, como algunas hijas de tropa, que sin esta característica y en un ambiente más rural.

Para futuras líneas de investigación, se recomienda el estudio directo de las memorias de los padres de estos jóvenes, para tener un punto de contraste entre recordado por sus progenitores como primera generación, y lo elaborado por los jóvenes como segunda generación. Con ello se observaría de manera más profunda el proceso de transmisión intergeneracional de memoria, con contenido del lado militar.

En esta misma línea, se recomienda el estudio de las memorias de las esposas de militares combatientes durante el Conflicto Armado, es decir, las madres de los jóvenes participantes. Los relatos de los hijos e hijas dan cuenta que la figura materna juego un rol importante como fuente de memoria en las familias, en la medida que algunos jóvenes han preferido dialogar sobre el pasado con sus madres, incluso para saber más sobre las memorias paternas. Asimismo, las memorias de los jóvenes revelan que sus madres experimentaron situaciones de violencia significativas, pero silenciosas o normalizadas durante el acontecimiento bélico, las cuales podrían dar luces de daños todavía sostenidos en el presente, pero invisibilizados.

Se recomienda profundizar aún más en el análisis de las memorias desde una perspectiva de género, que tenga presente la participación de las emociones en la construcción del pasado, además de la dinámica diferencial en las fuentes de relato como el padre y la madre. Pueden existir diferencias en las implicaciones emocionales en jóvenes hombres y mujeres cuando construyen memoria, a consecuencias de las socializaciones distintas en cuanto a gestión emocional por razón de género. Asimismo, se evidencia que el padre en su condición de hombre y militar muestra dificultades en reconocer sus vulnerabilidades por el peso del pasado, lo que condiciona la transmisión de memoria.

Es favorable el estudio de las memorias de hijos e hijas de militares desde disciplinas como la arquitectura, las artes y las redes sociales tecnológicas. Los mecanismos psicosociales que esta población utiliza para elaborar sus memorias se relacionan con espacios físicos en la ciudad o en el campo, donde surgen determinadas formas de relaciones y significados. El performance o las actividades artísticas son otra forma de expresión donde se traslapa el pasado y presente; así como también las plataformas digitales de comunicación social donde las juventudes interactúan constantemente, y la memoria puede estar transitando.

### ***7.2.2. Metodológicas***

En futuros estudio se propone el uso de metodologías colectivas, que permitan el registro de otras dinámicas sociales en relación al proceso de construcción de memoria, que las metodologías individuales y biográficas, por su naturaleza, no son capaces de registrar. El hecho de juntar a hijos e hijas de militares en el mismo espacio, donde dialoguen sobre su pasado personal y familiar, puede favorecer un reconocimiento mutuo del sufrimiento, que dé otros elementos significativos para los procesos de verdad, justicia y reparación.

Si se sigue el mismo diseño metodológico del presente estudio, es recomendable, aunque no totalmente imprescindible, una tercera sesión de entrevista. El proceso de exploración personal en los jóvenes es amplio, y no se agota en dos sesiones. Luego de contactos posteriores a las entrevistas con las y los participantes, se evidenció que mantuvieron su proceso reflexivo. Por tanto, este tercer encuentro pudiera favorecer un seguimiento a los cambios y profundizaciones de dicho proceso.

El abordaje de las memorias en perspectiva intergeneracional demanda un trabajo de la propia subjetividad del investigador, tal como se evidenció en este estudio. Esto implica revisar la propia vinculación e historia personal respecto al Conflicto Armado, realizando posterior a ello un trabajo de sistematización que evidencia elementos a ser considerados al realizar trabajo de campo y análisis de los datos. De ahí que sea recomendable, para futuros estudios, este tipo de abordajes, con la finalidad de producir conocimiento mucho más robusto.

Para la presente investigación, las entrevistas fueron conducidas por los investigadores con mayor experiencia y grado académico, debido a la complejidad del fenómeno, quienes tenían la particularidad de ser hombres y adultos jóvenes. Así, se recomienda tener presente las implicaciones que las posiciones sociales de quienes entrevistan puedan generar en la producción de los datos. Puede ser valioso incluir investigadoras mujeres o profesionales de mayor edad, quienes favorecerían otros procesos de construcción de memoria.

### ***7.2.3. Relevancia social***

Los resultados de la presente investigación son evidencia de la necesidad de formular políticas e intervenciones sociales en clave intergeneracional, al momento de abordar los impactos que dejó lo acontecido durante el Conflicto Armado. Las iniciativas desde el Estado y organizaciones civiles deben tener presente que dicho acontecimiento de violencia no solo implica a las personas sobrevivientes, sino también alcanza a aquellas personas socializados a lo largo del posconflicto; quiénes, a su vez, tiene participación legítima en los procesos de verdad, justicia y reparación. Asumiendo una perspectiva intergeneracional, se garantiza un abordaje integral, con mayor alcance.

El estudio evidencia que es importante la implementación de iniciativas educativas sobre el Conflicto Armado, especialmente dirigidas a las nuevas generaciones. Dichas iniciativas deben combinar elementos propios de la memoria testimonial con el conocimiento histórico en términos académicos, que incluya las distintas voces de los actores sociales. Quedarse solo en la transmisión de elementos históricos hace que ese pasado se sienta lejano a sus vidas, sin el componente emocional que es clave en las memorias. Por su parte, solo transmitir una memoria testimonial, impide comprender las razones del origen del Conflicto, y, por tanto, su componente político.

Es importante replantearse las iniciativas que realizan organizaciones e instituciones que trabajan el tema de la memoria del Conflicto Armado, con la finalidad de evitar posturas sesgadas e ideologizadas, que homogenizan a los distintos actores involucrados, y que promueven el revanchismo y la polarización social. Los relatos de los hijos e hijas de militares demuestran que tales posturas niegan la complejidad del fenómeno, y afectan las posibilidades de reconciliación social.

Resulta valioso repensar las iniciativas de memoria actuales, que justamente eviten discursos polarizantes o reduccionistas sobre los distintos actores. En el presente estudio, por ejemplo, se evidenció lo contraproducente que puede ser generar espacios de memoria (museos) con posicionamientos anti-militares, sin considerar las particularidades de las personas que pertenecen a este sector, y la propia condición del público que asiste al espacio. Este tipo de espacios puede generar, contrario a propiciar el diálogo, que los familiares de militares se cierren a participar en procesos de memoria.

## 8. Referencias bibliográficas

- Aguilar, J. (2017). El rol del ejército en la seguridad interna en El Salvador: Lo excepcional convertido en permanente. En Castro, L. y Salazar, R. (Eds.), *Antología del pensamiento crítico salvadoreño contemporáneo* (pp. 519-552). CLACSO. <http://www.jstor.org/stable/j.ctvfjd0vt.22>
- Aguilar, J. (2019). *Las políticas de seguridad pública en El Salvador, 2003-2018*. Ediciones Böll. <https://sv.boell.org/es/node/241>
- Aguilera Peralta, G. (1994). *Seguridad, función militar y democracia*. FLACSO.
- Aguilera-Peralta, G. (1995). El camino desconocido. Las nuevas funciones de los ejércitos centroamericanos. *Nueva Sociedad*, (138), 120-131
- Alas, A. (2021). *El valor de las memorias insurgentes. Tensiones intergeneracionales por las memorias en la posguerra salvadoreña*. [tesis de doctorado, Colegio de Michoacán A.C. Centro de Estudios Antropológicos].
- Alvarenga, L. (2020, 21 de enero). ¿Qué implica olvidar el 16 de enero? *Noticias UCA*. <https://noticias.uca.edu.sv/articulos/que-implica-olvidar-el-16-de-enero>
- Aranguren, J. P. (2008). El investigador ante lo indecible y lo inenarrable (una ética de la escucha). *Nómadas*, (28), 20–33.
- Arce, A. (2016, septiembre 2). “Los ofendidos”, un documental salvadoreño que explora la relación entre memoria e impunidad. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/es/2016/09/02/espanol/america-latina/resena-los-ofendidos-un-documental-salvadoreno-que-explora-la-relacion-entre-memoria-e-impunidad.html>
- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico: Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Arfuch, L. (2014). (Auto)biografía, memoria e historia. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios Sobre Memoria*, (1), 68-81.
- Arias, R. y Roa, C. (2015) Implicaciones del sufrimiento en niñas, niños y adolescentes víctimas del Conflicto Armado para pensar la memoria y la reparación en clave intergeneracional: apuestas conceptuales. *Prospectiva*, (20), 115-140. <https://doi.org/10.25100/prts.v0i20.936>
- Arnosó, M., Cárdenas, M. y Páez, D. (2012). Diferencias intergeneracionales en la mirada hacia el pasado represivo chileno. *Psicología Política*, (45), 7-26. <https://rb.gy/ffnk0b>
- Arteaga, L. (2022, 19 de abril) Un Estado de Excepción para favorecer la represión. *El Faro*. <https://bit.ly/3yIyNKp>
- Artiga González, Á. (2018a, 8 de mayo). 60-40: la política salvadoreña en clave generacional. *Noticias UCA*. <https://noticias.uca.edu.sv/articulos/60-40-la-politica-salvadorena-en-clave-generacional>
- Artiga González, Á. (2018b, 15 de mayo). Hora de la generación de "los menores". *Noticias UCA*. <https://noticias.uca.edu.sv/articulos/hora-de-la-generacion-de-los-menores>
- Asamblea Legislativa. (2011, 17 de noviembre). *Ley General de Juventud*. Diario oficial n.º 24, tomo n.º 394. <https://bit.ly/3cA8dGH>

- Baltazar-Landeros, E. (2020). Obstáculos para la función policial democrática en El Salvador. *Tlala-Melaua, Revista de Ciencias Sociales*, 13(1), 10-33. <http://dx.doi.org/10.32399/rtla.0.48.715>
- Bernasconi, O. (2011). Aproximación narrativa al estudio de fenómenos sociales: principales líneas de desarrollo. *Acta Sociológica*, (56), 9-36.
- Benítez, B. (2022, 15 de enero). La Fuerza Armada de Bukele goza del mayor presupuesto desde los Acuerdos de Paz. *Revista Gato Encerrado*. <https://gatoencerrado.news/2022/01/15/la-fuerza-armada-de-bukele-goza-del-mayor-presupuesto-desde-los-acuerdos-de-paz/>
- Canales, M. (2006). *Metodologías de investigación social*. Lom Ediciones.
- Canet, F. (2020). Introductory Reflections on Perpetrators of Crimes Against Humanity and their Representation in Documentary Film. *Continuum*, 34(2), 159-179. <https://doi.org/10.1080/10304312.2020.1737429>
- Capella, C. (2013). Una propuesta para el estudio de la identidad con aportes del análisis narrativo. *Psicoperspectivas*, 12(2), 117–128. <http://doi.org/10.5027/PSICOPERSPECTIVAS-VOL13-ISSUE2-FULLTEXT-281>
- Cardenal, R. y González, L. A. (2002). *El Salvador: Las transiciones y sus problemas*. UCA Editores.
- Castellanos, E. N. (2005). Verdad, justicia y reparación en Argentina, El Salvador y Sudáfrica. Perspectiva comparada. *Estudios Socio-jurídicos*, (7), 200-249. <https://bit.ly/3gT5CLt>
- Castro, G. (2007). Jóvenes: La identidad social y la construcción de la memoria. *Última Década*, 15(26), 11-29. <http://doi.org/10.4067/S0718-22362007000100002>
- Chacón Serrano, F. (2015). La juventud en Centroamérica: entre héroes y violentos, *Revista de Estudiantes de Postgrado Bricolaje*, 1, 12-14.
- Chacón Serrano, F. (2017). *Construcción de memorias sobre el conflicto armado de El Salvador en jóvenes de una comunidad desplazada* [tesis de maestría, Universidad de Chile]. Repositorio Académico de la Universidad de Chile. <https://bit.ly/3sNJH10>
- Chacón Serrano, F. (2018). Das Gewicht der Vergangenheit: Jugendliche in El Salvador, der bewaffnete Konflikt und die Erinnerungen an das Leid [El peso del pasado: jóvenes en El Salvador, conflicto armado y memorias de sufrimiento]. *ILA* (412), 23-24. <https://bit.ly/3qxQIMI>
- Chacón Serrano, F. (2020). “Estamos en guerra”: memorias del conflicto armado salvadoreño y sus tramas narrativas en jóvenes de una comunidad desplazada. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 75(763), 71-96. <https://doi.org/10.51378/eca.v75i763.3284>
- Chacón Serrano, F. (2021). Sanar como sociedad: reflexiones sobre el trauma psicosocial y sus implicaciones en la crisis sociopolítica del presente. *Revista La Letra Capciosa*, 55-62. [https://issuu.com/laletracapciosa/docs/la\\_letra\\_capciosa\\_-\\_no\\_m\\_s\\_impunidad](https://issuu.com/laletracapciosa/docs/la_letra_capciosa_-_no_m_s_impunidad)
- Chacón Serrano, F., Fabián Rodríguez, C., Escobar Pacheco, J., Marroquín Salamanca, D., Aparicio Silis, A., y Menjívar Cartagena, F. (2021). Abusos de la memoria por el Gobierno salvadoreño y las prácticas de resistencia desde las nuevas generaciones. *Revista Estudios Psicosociales Latinoamericanos*, 4(1), 97-115. <https://doi.org/10.25054/26196077.3155>

- Ching, E. (2016). *Stories of civil war in El Salvador. A battle over memory*. The University of North Carolina Press.
- Ching, E. (2019). Relatos de la guerra civil en El Salvador: una batalla narrativa. *Revista Realidad*, (153), 23-47. 10.5377/realidad.v0i153.9461
- Comisión de la Verdad para El Salvador. (1992-1993). *De la Locura a la Esperanza: la guerra de 12 años en El Salvador. Informe de la Comisión de la Verdad para El Salvador*. Naciones Unidas.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2016). *La matriz de la desigualdad social en América Latina*. Autor. <https://bit.ly/2NaDebs>
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2019). *Panorama Social de América Latina*. (LC/PUB.2019/22-P/Re v.1). <https://rb.gy/wwb8ld>
- Cornejo, M., Mendoza, F., y Rojas, R. C. (2008). La Investigación con Relatos de Vida: Pistas y Opciones del Diseño Metodológico. *Psykhe (Santiago)*, 17(1), 29–39. <http://doi.org/10.4067/S0718-22282008000100004>
- Cornejo, M., Reyes, M. J., Cruz, M. A., Villarroel, N., Vivanco, A., Cáceres, E., y Rocha, C. (2013). Historias de la dictadura militar chilena desde voces generacionales. *Psykhe*, 22(2), 49–65. <http://doi.org/10.7764/psykhe.22.2.603>
- Córdova, R., Rodríguez, M. y Zechmeister, E. (2017). *Cultura política de la democracia en El Salvador y en las Américas, 2016/17: Un estudio comparado sobre democracia y gobernabilidad*. FUNDAUNGO. <http://www.fundaungo.org.sv/asset/documents/394>
- Córdova Macías, R. (1995/2009). El Salvador en transición: el proceso de paz. *América Latina Hoy*, 10, 63-70. <https://doi.org/10.14201/alh.2337>
- Cruz, M. A., Reyes, M. J., y Cornejo, M. (2012). Conocimiento Situado y el Problema de la Subjetividad del Investigador/a. *Cinta de Moebio*, (45), 253–274. <http://www.moebio.uchile.cl/45/cruz.html>
- Dada Hirezi, H. (2018). La situación de El Salvador: antecedentes, evolución y retos. *Teoría y Praxis*, 45-103.
- Dada, C. (2007). La prolongación de la guerra por otros medios. En A. Artíga, C. Dada, D. Escobar y H. Martínez, *La Polarización política en El Salvador* (pp.1-22). San Salvador: FundaUngo-FLACSO.
- Das, V. (2007). *Life and Words: Violence and the descent into the ordinary*. University of California Press.
- Das, V. (2008). El acto de presenciar. Violencia, conocimiento envenenado y subjetividad. En F. Ortega (Ed.), *Veena Das: sujetos del dolor, agentes de dignidad* (pp. 217-250). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humana; Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC). (2019). *Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples 2019*. Ministerio de Economía (Gobierno de la República de El Salvador). <https://bit.ly/38oUgtN>

- Dobles, I. (2009). *Memorias del dolor. Consideraciones acerca de las Comisiones de la Verdad en América Latina*. Editorial Arlekin.
- Escobar, C. V. (2020, 18 de abril) Bukele desafía a la Sala de lo Constitucional con un argumento falso. *Ojo de Gato*. <https://gatoencerrado.news/2020/04/18/bukele-desafia-a-la-sala-de-lo-constitucional-con-un-argumento-falso/>
- Estay Stange, V. y Bartalini, C. (Eds.). (2020). *Nosotrxs: Historias Desobedientes*. Ediciones AMP. <http://www.espaciomemoriamedoza.com/wp-content/uploads/2020/09/Nosotrxs-HD-FINAL-Libro-2020-05.pdf>
- Fabián, C.; Valencia, K. (2021) *Transmisión intergeneracional de la memoria histórica y su relación con el tejido social de una comunidad del nororiente de Chalatenango* [tesis de maestría, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas].
- Falcke, D. y Wagner, A. (2014). La dinámica familiar y el fenómeno de la transgeneracionalidad: definición de conceptos. La transmisión de modelos familiares. (4) CCS, Acalá, 166/28028 Madrid.
- Faúndez, X., Brackelaire, J. L. y Cornejo, M. (2013). Transgeneracionalidad del trauma psicosocial: imágenes de la detención de presos políticos de la dictadura militar chilena reconstruidas por los nietos. *Psykhe*, 22(2), 83-95. <https://scielo.conicyt.cl/pdf/psykhe/v22n2/art07.pdf>
- Fernández Christlieb, P. (1994). *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*. Editorial Anthropos.
- Flores, D. (2012). *Juventud y memoria colectiva del conflicto armado* [Tesis de grado, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas]. <https://www.uca.edu.sv/gescom/wp-content/uploads/2017/03/tesis12.pdf>
- Gaborit, M. (2005). Psicología social de la niñez en El Salvador: condicionantes en la construcción de la precidadanía. En N. Portillo, M. Gaborit y J. M. Cruz (Eds.), *Psicología social en la posguerra: teoría y aplicaciones desde El Salvador* (pp. 290-316). San Salvador: UCA Editores.
- Gaborit, M. (2006a). Memoria histórica: relato desde las víctimas. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 649-650, pp. 1021-1032.
- Gaborit, M. (2006b, 5 de agosto). *Recordar para vivir: el papel de la memoria dolorida en la transformación del imaginario social y de la identidad* [ponencia]. Cátedra Internacional Ignacio Martín-Baró, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.
- Gaborit, M. (2006c). Memoria histórica: revertir la historia desde las víctimas. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 61(693-694), 663-684.
- Gaborit, M. (2015). Recalibrando la mirada al pasado: reconciliación y perdón en el posconflicto. *Estudios centroamericanos*, 70(740), 87-105. [https://www.researchgate.net/publication/280320109\\_Recalibrando\\_el\\_pasado](https://www.researchgate.net/publication/280320109_Recalibrando_el_pasado)
- González, X. (2019, 3 de febrero). La posguerra quedó atrás, dice Bukele. *elsalvador.com*. <https://historico.elsalvador.com/historico/564530/la-posguerra-queda-atras-dice-bukele.html>

- González, R., Rodríguez, S. y Urrutia, X. (2019). Representaciones sociales de la violencia directa de jóvenes descendientes y no descendientes de excombatientes de la guerrilla salvadoreña. *Estudios Centroamericanos*, 74(756), 37-71
- González, R. (2013). *La fuerza armada y la seguridad pública de El Salvador en el proceso de post-transición, 2004-2012* [tesis de licenciatura, Universidad de El Salvador].
- Gutiérrez, M. (2019). Negar el pasado: reparaciones en Guatemala y El Salvador. *Colombia Internacional*, (97), 175-209. <https://doi.org/10.7440/colombiaint97.2019.07>
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Prensas Universitarias de Zaragoza (Trabajo original publicado en 1968).
- Harper, D. (2002). Talking about pictures: A case for photo elicitation. *Visual Studies*, 17(1), 13–26. <https://doi.org/10.1080/14725860220137345>
- Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C. y Baptista Lucio, P. (2010). *Metodología de la investigación* (5.ª ed.). McGraw Hill.
- Hirsch, M. (2008). The Generation of Postmemory. *Poetics today*, 29(1), 103-128. <https://doi.org/10.1215/03335372-2007-019>
- Hogan, S. (2012). Ways in which photographic and other images are used in research: An introductory overview. *International Journal of Art Therapy*, 17(2), 54-62. [10.1080/17454832.2012.699533](https://doi.org/10.1080/17454832.2012.699533)
- Instituto Nacional de la Juventud (INJUVE). (2019). *Datos de Juventud 2016, 2017, 2018* (informe). Autor. <https://bit.ly/3rFVM2m>
- Jara, D. (2013). *Memoria transgeneracional y guetificación: una lectura posthalbwachiana al trabajo de Elizabeth Lira*. XXIX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Santiago de Chile.
- Jara, D. (2016). *Children and the Afterlife of State Violence: Memories of Dictatorship*. Palgrave Macmillan US. <http://doi.org/10.1057/978-1-137-56328-6>
- Jara, D. (2020a). Remembering perpetrators through documentary film in post-dictatorial Chile. *Continuum*, 34(2), 226-240. <https://doi.org/10.1080/10304312.2020.1737434>
- Jara, D. (2020b) De la cultura del miedo a la memoria social: Una lectura del trabajo de Elizabeth Lira. *Psyche*, 29(1). <https://doi.org/10.7764/psyche.29.1.1311>
- Jelin, E. (2002). Los trabajos de la memoria. Siglo XXI de España Editores.
- Jelin, E. (2014). Memoria y democracia una relación incierta. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. 59(221), 225-242. [http://dx.doi.org/10.1016/S0185-1918\(14\)70822-0](http://dx.doi.org/10.1016/S0185-1918(14)70822-0)
- Jiménez, R. y Blandón de Grajeda, F. (2014). *Ser joven en El Salvador: una aproximación a la situación de la juventud*. Fundación Nacional para el Desarrollo. <https://bit.ly/2OC84K1>
- Käes, R. (1991). Rupturas catastróficas y trabajo de la memoria. Notas para la investigación. En J. Puget y R. Käes (Eds.), *Violencia de Estado y psicoanálisis* (pp. 137–163). Centro Editor de América Latina.
- Krämer, M. (2009). *El Salvador, unicornio de la memoria* (2.ª ed.). Museo de la Palabra y la Imagen.



- Lara, C. M. (2018). *Memoria histórica del movimiento campesino de Chalatenango*. UCA Editores.
- Lazzara, M. (2020). Familiares de colaboradores y perpetradores en el cine documental chileno: memoria y sujeto implicado. *Atenea*, 5(21), 231-248. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=328/32865443015>
- Lemus, L. (2018). Guatemala: Repensando el vínculo entre juventud y violencia en la posguerra. *Revista LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, 16(2). 45-59. <https://bit.ly/3vfUm0s>
- Lungo Uclés, M. (1990). *El Salvador en los 80: contrainsurgencia y revolución*. EDUCA.
- Magaña, Y. (2020, 17 de diciembre). Presidente Bukele: “La guerra fue una farsa como los Acuerdos de Paz”. *El Mundo*. <https://diario.elmundo.sv/presidente-bukele-la-guerra-fue-una-farsa-como-los-acuerdos-de-paz/>
- Martín-Baró, I. (1992a). La violencia política y la guerra como causas del trauma psicosocial en El Salvador. En I. Martín-Baró (Ed.), *Psicología social de la guerra: trauma y terapia* (pp. 65-84). UCA Editores.
- Martín-Baró, I. (1992b). De la guerra sucia a la guerra psicológica: el caso de El Salvador. En I. Martín-Baró (Ed.), *Psicología social de la guerra: trauma y terapia* (pp. 159-173). UCA Editores.
- Martínez Peñate, Ó. (2008). *El Salvador, el soldado y la guerrillera. (Historia y relatos de vida)*. Editorial Nuevo Enfoque.
- Martínez, A. y Navarro, J. (2021) Análisis de las políticas de seguridad ciudadana en El Salvador y su impacto en el incremento de la violencia. Estudios para la paz y el conflicto. *Revista Latinoamericana Estudios de la Paz y el Conflicto*, 2(4), 129-140. <https://doi.org/10.5377/rlpc.v2i4.11373>
- Mejía, J. y Melgar, N. (2020). *Posmemoria: performativa teatral en la reparación social y dignificación de las comunidades del nororiente de Chalatenango* [tesis de maestría, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas].
- Montalvo, P. L. (2006). Recuperación de la memoria histórica: actitudes de la población salvadoreña. *Estudios centroamericanos (ECA)*, 61(693-694), 685-700.
- Moral, J., Bayer, G. y Canet, F. (2020) Facing the perpetrator’s legacy: post-perpetrator generation documentary films. *Continuum*, 34(2), 255-270. 10.1080/10304312.2020.1737436
- Moreno, R. (2004). *La globalización neoliberal en El Salvador. Un análisis de sus impactos e implicaciones*. Fundación Món-3.
- Orellana, C. I. (2005). Discurso oficial y reparación. En Portillo, N., Gaborit, M. y Cruz, J. M. (Eds.), *Psicología social en la posguerra: teoría y aplicaciones desde El Salvador* (pp. 169-222). San Salvador: UCA Editores.
- Orellana, C. I. (2020). Autoritarismo “Cool”. *Proceso*, 3, 9-14. [https://noticias.uca.edu.sv/uploads/texto\\_6230/file/PDF-220395-proceso-3.pdf](https://noticias.uca.edu.sv/uploads/texto_6230/file/PDF-220395-proceso-3.pdf)
- Organización de Naciones Unidas [ONU]. (1992). *Acuerdos de El Salvador: En el camino de la Paz*. <https://tinyurl.com/5h7vx2bz>

- Ortega, F. (2008). Rehabitar la cotidianidad. En F. Ortega (Ed.), *Veena Das: sujetos del dolor, agentes de dignidad* (pp. 15-69). Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas; Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- Peller, M. (2014). *Memoria, infancia y revolución. Reescrituras del pasado reciente en la narrativa de la generación de la post-dictadura*. VIII Jornadas de Sociología, La Plata.
- Pighin, D. (2018). Transmisión del pasado traumático: posmemoria y enseñanza de la historia reciente. *Clío & Asociados*, (27), 118-126. [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.9490/pr.9490.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.9490/pr.9490.pdf)
- Piper, I. (2014). Espacios y narrativas: Construcciones del pasado reciente en el Chile de la postdictadura. *Clepsidra. Revista interdisciplinaria de Estudios sobre memoria*, (2), 48-65.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. Ediciones Al Margen.
- Portillo, N. (2005). Juventud y trauma psicosocial en El Salvador. En Portillo, N., Gaborit, M. y Cruz, J. M. (Eds.), *Psicología social en la posguerra: teoría y aplicaciones desde El Salvador* (pp. 249-289). UCA Editores.
- Procuraduría para la Defensa de los Derechos Humanos. (2019). *Informe especial de la señora procuradora para la defensa de los Derechos Humanos, licenciada Raquel Caballero de Guevara, sobre las ejecuciones extralegales atribuidas a la Policía Nacional Civil, en El Salvador, período 2014-2018. Caracterización de casos de violación al derecho a la vida y patrones de actuación extralegal*. Autor. <https://bit.ly/3qFf6v8>
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD]. (2019). *Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador 2018. ¡SOY JOVEN! ¿Y ahora qué?* (informe). Autor. <https://bit.ly/3alZR5m>
- Quijano, K. (2018). *Percepciones de las y los jóvenes sobre el conflicto armado y su participación en los procesos de memoria y reconciliación en el corregimiento de Medellín del Ariari* [Tesis de grado, Universidad de La Salle]. [https://ciencia.lasalle.edu.co/trabajo\\_social/362](https://ciencia.lasalle.edu.co/trabajo_social/362)
- Quilez, L. (2014). Hacia una teoría de la posmemoria. Reflexiones en torno a las representaciones de la memoria generacional. *Historiografías*, 7(1), 57-75. <http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/8/quilez.pdf>
- Reyes, A. M., y Pérez, J. J. N. (2020). Obstáculos para el logro de los ODS en El Salvador. Políticas de juventud, jóvenes pandilleros y las ONG: un análisis complejo. *Revista Iberoamericana de Estudios de Desarrollo= Iberoamerican Journal of Development Studies*, 9(1), 28-51.
- Reyes, M. J., Cornejo, M., Cruz, M. A., Carrillo, C. y Caviedes, P. (2015). Dialogía intergeneracional en la construcción de memorias acerca de la dictadura militar chilena. *Universitas Psychologica*, 14(1), 255-270. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.upsy14-1.dicm>
- RFI Español. (2019). *"Historias desobedientes": los familiares de torturadores de la dictadura chilena alzan la voz* [Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=XLUHDzIBJP0>

- Ricoeur, P. (2000). Narratividad, fenomenología y hermenéutica. *Anàlisi: quaderns de comunicació i cultura*, (25), 189-207.
- Romero, O. y Santamaría, M. (2002, 7-10 agosto). *La Fuerza Armada de El Salvador en el Post-Conflicto 1992-2002* [ponencia]. Seminario anual sobre Investigación y Educación en Defensa y Seguridad, Brasil.
- Rauda, N. (2019, 5 de noviembre). *Exsoldados del batallón Atlacatl declaran contra sus superiores en el caso de El Mozote*. Heinrich Böll Stiftung. <https://bit.ly/3th5N6o>
- Rauda, N. (2020, 21 de septiembre). El Gobierno Bukele, como los anteriores, niega a las víctimas los archivos de El Mozote. *El Faro*. [https://elfaro.net/es/202009/el\\_salvador/24831/El-Gobierno-Bukele-como-los-anteriores-niega-a-las-v%C3%ADctimas-los-archivos-de-El-Mozote.htm](https://elfaro.net/es/202009/el_salvador/24831/El-Gobierno-Bukele-como-los-anteriores-niega-a-las-v%C3%ADctimas-los-archivos-de-El-Mozote.htm)
- Salazar, A. y Cruz, M. (2012). *CCR Organización y lucha popular en Chalatenango*. Algiers Impresores S.A. de C.V.
- Samour, H. (1994). Las Fuerzas Armadas salvadoreñas. *Realidad: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, (41), 747-783. <https://doi.org/10.5377/realidad.v0i41.5210>
- Sarlo, B. (2012). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y tiempo subjetivo. Una discusión*. Siglo Veintiuno Editores.
- Sepúlveda Portela, M. (2019). *Hijos e Hijas de Militares: Entre lo Militar y lo Civil* [Tesis de grado, Universidad Externado de Colombia]. [https://bdigital.uexternado.edu.co/bitstream/001/2144/1/DAA-spa-2019-Hijos\\_e\\_hijas\\_de\\_militares\\_entre\\_lo\\_militar\\_y\\_lo\\_civil](https://bdigital.uexternado.edu.co/bitstream/001/2144/1/DAA-spa-2019-Hijos_e_hijas_de_militares_entre_lo_militar_y_lo_civil)
- Silber, I. C. (2018). *Cotidianidad revolucionaria: género, violencia y desencanto en la posguerra salvadoreña*. UCA editores.
- Torres, R. (2018). Jóvenes, democracia y espacios de participación en Chile. En *Juventud, espacios públicos y participación en América Latina* (pp. 17-30). RIL Editores.
- Turcios, R. (2015). La vida política. En C. G. López Bernal (coord.), *El Salvador: Historia Contemporánea* (pp. 53-133). Biblioteca Escolar Presidencial.
- Umaña, L. (2009). Representaciones sociales de la inseguridad en El Salvador de la posguerra: Estudio de casos del AMSS. *Revista Realidad*, 120, 389-418.
- Valencia, R. (2020, 10 febrero). Las consecuencias del falso golpe de Estado en El Salvador. *The Washington Post*. <https://www.washingtonpost.com/es/post-opinion/2020/02/10/las-consecuencias-del-falso-golpe-de-estado-en-el-salvador/>
- Valladolid, T. B. (2012) Memoria, identidad y democracia. Enrahonar. *An international journal of theoretical and practical reason*, 48, 111-132. <https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar/v48n0.130>
- Van Alphen, E. (1999). Symptoms of discursivity: experience, memory, and trauma. En M. Bal, J. Crewe y L. Spitzer (Eds.), *Acts of memory. Cultural recall in the present* (pp. 24-38). USA: University Press of New England.
- Vasilachis de Gialdino, I. (2009). Los fundamentos ontológicos y epistemológicos de la investigación cualitativa. *Forum: Qualitative Social Research*, 10(2).

- Vázquez, F. (2001). *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario*. Paidós.
- Vázquez, F. (2005). Construyendo el pasado: la memoria como práctica social. En Portillo, N., Gaborit, M. y Cruz, J. M. (Eds.), *Psicología social en la posguerra: teoría y aplicaciones desde El Salvador* (pp. 109-143). UCA Editores.
- Verdes-Montenegro, F. J. (2019). La (re)militarización de la política latinoamericana. Origen y consecuencias para las democracias de la región. *Documentos de Trabajo* (14) (2ª época). <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7097498>
- Verdes-Montenegro, F. J. y Rodríguez-Pinzón, E. M. (2020). Bukele y las Fuerzas Armadas: un tándem que erosiona los contrapesos de la democracia salvadoreña. *Pensamiento Propio*, 25, 205-232. <https://www.latindex.org/latindex/ficha?folio=4012>
- Voigtländer, L. (2016). Guerrilla en la mente. Memoria y fotografía en los discursos de la segunda generación en Morazán. En M. Contreras, T. Louis y S. Rinke (Eds.), *Memorias y conflicto. Memorias en conflicto. Intercambios metódicos y teóricos de experiencias locales latinoamericanas* (pp. 247-278). Verlag Hans-Dieter Heinz; Akademi.
- Wagner, A., Bornholdt, E., Carmona, J., Carrasco, L., Falcke, D., Fleck, A. C., ... Wedling, M. I. (2003). *Transmisión de modelos familiares*. En M. P. Rangel (Ed. y Trad.). Editorial CCS.
- Woodward, R. (2013). Military landscapes: Agendas and approaches for future research. *Progress in Human Geography*, 38(1), 40–61.
- Yáñez, S. (2013). *Heridas abiertas: atención psicosocial a víctimas de violaciones de derechos humanos*. Ministerio de Salud de El Salvador.

## 9. Anexos

### 9.1. Guion de preguntas para relatos de vida

#### Primer Encuentro

- Presentación del narrador y del narratario
- Lectura y firma del consentimiento informado
- Agradecimiento de participación
- Preguntar: ¿Qué te motivó a participar en este estudio?

#### **Consigna inicial**

- “Cuéntame tu historia del Conflicto Armado.”

#### **Preguntas de profundización**

##### **Contenidos de la memoria**

1. ¿Qué recuerdas del conflicto armado?
2. ¿Qué me puedes contar sobre el conflicto armado (qué lo originó, por qué se luchó, quiénes lucharon, cómo lo hicieron)?

##### **Mecanismos para hacer memoria**

3. ¿A partir de qué experiencias se ha ido construyendo tu historia (experiencias personales, cosas que otros te han contado, que has visto, que has leído)?
4. ¿Desde cuándo supiste del suceso del conflicto armado? ¿Cómo lo supiste? ¿Alguien te lo contó?
5. ¿Con qué frecuencia recuerdas algo sobre el conflicto armado?
6. ¿Qué cosas (personas, lugares, eventos) te hacen recordar el conflicto armado?
7. ¿Qué emociones sientes cuando recuerdas sobre el conflicto armado? ¿Te afecta recordar?

##### **Valoraciones del pasado y futuro**

8. ¿Qué ha significado el conflicto armado en tu vida?
9. ¿Crees que de alguna forma la guerra ha afectado tu vida? ¿En qué?
10. ¿Qué implicaciones tiene el conflicto armado en el presente del país?
11. ¿Crees que el conflicto continúa? ¿De qué manera? ¿Entre quiénes? ¿Estás implicado/a? ¿Te afecta a ti?
12. ¿Qué valoración tienes sobre el conflicto armado? ¿Valió la pena? ¿Fue necesaria?
13. ¿Consideras que es importante seguir haciendo memoria del conflicto armado? ¿Por qué?
14. Si la guerra no se hubiera dado ¿cómo crees que sería tu historia ahora? ¿Cómo te gustaría que hubiera sido?
15. ¿Cuáles son tus planes de futuro ahora? ¿Hay algo que te impida realizar esos planes? ¿Qué te lo impide?

### ***Para el segundo encuentro:***

Consigna para foto-elicitación: “Para el segundo encuentro, te pido el favor de traer de tres a cinco fotos que representen tu historia del conflicto armado, como si tuvieras que contárselo a otras personas”.

### ***Opciones de fotografía***

- Fotos de su propiedad (álbum familiar).
- Fotos tomadas recientemente (uso de celular).
- Fotos o imágenes tomadas de internet, libros o revistas.

## **Segundo Encuentro**

### **Reacciones del primer encuentro**

- Luego del primer encuentro, ¿te quedaste pensando/sintiendo algo respecto a lo que conversamos? ¿Qué pensaste o sentiste?
- ¿Ha sucedido algo que consideres importante en estas semanas? ¿Qué ha sucedido?

### **Foto-elicitación**

*Con cada fotografía:*

- ¿Qué título le pondrías a esta fotografía? ¿Por qué?

*Describirla detalladamente e indagar:*

- ¿Qué quieres expresar (recordar) con esta fotografía?
- ¿Qué sientes con esta fotografía?

*Una vez trabajadas todas las fotografías, preguntar:*

- ¿Qué harías con estas fotografías? (por ejemplo, borrarlas, guardarlas, mostrarlas)
- ¿A quiénes mostrarías estas fotografías? ¿Por qué?
- ¿A quiénes no se las mostrarías? ¿Por qué?

*Reflexión sobre producción de fotografías:*

- ¿Cómo fue el proceso de escoger las fotografías? ¿Se te hizo difícil o fácil? ¿Las escogiste tú solo(a) o alguien te ayudó?
- ¿Quisieras comentar algo más de las fotografías?

### ***Algunos datos de identificación (si no han sido dichos)***

- Fecha de nacimiento, ocupación, escolaridad, situación familiar.

### **Cierre**

- Agradecimiento y regalo por participación.
- Cosas que quedaron dando vuelta.
- Ofrecer disponibilidad para ser contactado en caso de querer hablar.
- Se le dará transcripción de ambos encuentros posteriormente.

## 9.2. Guiones para entrevistas con actores clave

### GUIÓN PARA ENTREVISTA CON MILITARES

#### **FAES en el pasado**

1. En su opinión, ¿cuál fue el papel que jugó la FAES durante el conflicto armado?
2. En su opinión, ¿cuáles eran las características de las tropas que combatieron en el conflicto armado?
3. En su opinión, ¿cuáles eran las características de los oficiales que combatieron en el conflicto armado?

#### **FAES durante la posguerra y en la actualidad**

4. ¿Qué cambios se dieron en la FAES luego de la firma de los Acuerdos de Paz?
5. ¿Considera que hay un cambio en la FAES durante la posguerra y la FAES en la actualidad? ¿Por qué?
6. ¿Qué significa ser miembro de la FAES en la actualidad? ¿Hay diferencia con lo que significaba ser miembro de esta organización durante la guerra?
7. ¿Cuál es la importancia de la FAES en el Estado salvadoreño actual?

#### **Impacto en la familia por participación en el conflicto**

8. Para el caso de los miembros de la FAES, ¿sus familias se vieron afectadas durante el conflicto armado? ¿De qué forma?
9. En la actualidad, ¿siguen estando afectadas por ese pasado?
10. ¿Se habla del pasado de guerra en las familias de militares? ¿Por qué?

#### **Nuevas generaciones y vínculo con el pasado**

11. ¿Es posible que los hijos/as de aquellos que combatieron en la guerra quieran saber de ese pasado? ¿De qué forma?
12. En su opinión, ¿cree que los padres deberían de contarle a sus hijos/as las memorias del conflicto armado? ¿Por qué?

#### **Acciones estatales en relación a la memoria**

13. ¿Considera que la juventud o generación de posguerra debería tener algún papel en el tema de reconciliación nacional?
14. ¿Qué acciones considera que el gobierno actual y próximos gobiernos deberían realizar en favor de la memoria histórica?

### GUIA PARA ENTREVISTA CON ACADÉMICOS/AS

*Construcción de memorias del conflicto armado de El Salvador en jóvenes descendientes de exmilitares*

- Presentación
- Lectura y firma del consentimiento informado
- Agradecimiento de participación

#### **Impacto del conflicto armado en la actualidad**

1. ¿Qué consecuencias cree que dejó el conflicto armado a nivel social, político y económico?

2. A su juicio, ¿el conflicto continúa? ¿De qué manera? ¿Entre quiénes?
3. ¿Considera que las heridas del conflicto armado han impedido el diálogo entre los actores principales de ese momento?
4. ¿Considera importante la reparación y el perdón entre los actores involucrados en el conflicto armado?

### **Nuevas generaciones y vínculo con el pasado**

5. ¿Cómo caracteriza a los jóvenes que nacieron después del conflicto armado?
6. ¿Cree que los jóvenes nacidos en la posguerra hacen memoria del conflicto armado? ¿Por qué? ¿De qué manera?
7. ¿Cuáles cree que son las diferencias entre la forma de hacer memoria de la generación de guerra y la generación posguerra? ¿Cuáles son las similitudes?
8. Desde su experiencia, ¿cómo cree que es la interacción entre la forma de hacer memoria de la generación de guerra y la generación posguerra? ¿es conflictiva o cooperativa?

### **Actuar de la FAES en el pasado y el presente**

9. ¿Cuál es su valoración del papel que jugó la FAES en el conflicto armado?
10. ¿Cuál es su valoración del papel que ha jugado la FAES a lo largo de la posguerra?
11. ¿Cuál es su opinión sobre el papel que actualmente está teniendo la FAES con el gobierno de Bukele?
12. ¿Considera que hay diferencia en el rol de la FAES del conflicto armado y la “Nueva Fuerza Armada”? ¿Por qué?
13. ¿Qué posición cree que tiene la FAES en relación al tema de la memoria del conflicto armado?

### **Impacto en la familia por participación en el conflicto**

14. ¿Cómo se vieron afectadas las familias de aquellas personas que combatieron en el conflicto armado?
15. Para caso de los miembros de la FAES, ¿sus familias se vieron afectadas durante el conflicto armado? ¿De qué forma?
16. En la actualidad, ¿siguen estando afectadas por ese pasado?
17. ¿Se habla del pasado de guerra en las familias de militares? ¿Por qué?
18. ¿Cuáles cree que son las implicaciones de ser hijos/as de exmilitares?

### **Acciones estatales en relación a la memoria**

19. ¿Ha escuchado sobre la propuesta de ley de reparación integral para las víctimas del conflicto armado? ¿Qué piensa sobre ella?
20. ¿Considera que la juventud o generación de posguerra debería tener algún papel en el tema de reconciliación nacional?
21. ¿Qué acciones considera que el gobierno actual y próximos gobiernos deberían realizar en favor de la memoria histórica?

### **Iniciativas académicas en relación a la memoria**

22. ¿Tiene conocimiento de iniciativas académicas que aborden el tema de la memoria, las nuevas generaciones y la FAES dentro y fuera de El Salvador? ¿Puede contarme al respecto?
23. ¿Cuáles son los retos particulares que implica la investigación en materia de memoria histórica o temas afines a la misma?



24. De acuerdo a su experiencia, ¿qué aspectos deberíamos de considerar en el transcurso de esta investigación? ¿Podría dar algunas recomendaciones?

### **Cierre**

- Agradecimiento.
- Dudas pendientes.
- Ofrecer disponibilidad para ser contactado en caso de querer hablar.

## **GUIA PARA ENTREVISTA CON ORGANIZACIONES SOCIALES**

- Presentación
- Lectura y firma del consentimiento informado
- Agradecimiento de participación

### **Impacto del conflicto armado en la actualidad**

1. ¿Qué consecuencias cree que dejó el conflicto armado a nivel social, político y económico?
2. A su juicio, ¿el conflicto continúa? ¿De qué manera? ¿Entre quiénes?
3. ¿Considera que las heridas del conflicto armado han impedido el diálogo entre los actores principales de ese momento?
4. ¿Considera importante la reparación y el perdón entre los actores involucrados en el conflicto armado?

### **Nuevas generaciones y vínculo con el pasado**

5. ¿Cómo caracteriza a los jóvenes que nacieron después del conflicto armado?
6. ¿Cree que los jóvenes nacidos en la posguerra hacen memoria del conflicto armado? ¿Por qué? ¿De qué manera?
7. ¿Cuáles cree que son las diferencias entre la forma de hacer memoria de la generación de guerra y la generación posguerra? ¿Cuáles son las similitudes?
8. Desde su experiencia, ¿cómo cree que es la interacción entre la forma de hacer memoria de la generación de guerra y la generación posguerra? ¿es conflictiva o cooperativa?

### **Actuar de la FAES en el pasado y el presente**

9. ¿Cuál es su valoración del papel que jugó la FAES en el conflicto armado?
10. ¿Cuál es su valoración del papel que ha jugado la FAES a lo largo de la posguerra?
11. ¿Cuál es su opinión sobre el papel que actualmente está teniendo la FAES con el gobierno de Bukele?
12. ¿Considera que hay diferencia en el rol de la FAES del conflicto armado y la “Nueva Fuerza Armada”? ¿Por qué?
13. ¿Qué posición cree que tiene la FAES en relación al tema de la memoria del conflicto armado?

### **Impacto en la familia por participación en el conflicto**

14. ¿Cómo se vieron afectadas las familias de aquellas personas que combatieron en el conflicto armado?
15. Para caso de los miembros de la FAES, ¿sus familias se vieron afectadas durante el conflicto armado? ¿De qué forma?
16. En la actualidad, ¿siguen estando afectadas por ese pasado?

17. ¿Se habla del pasado de guerra en las familias de militares? ¿Por qué?
18. ¿Cuáles cree que son las implicaciones de ser hijos/as de exmilitares?

#### **Acciones estatales en relación a la memoria**

19. ¿Ha escuchado sobre la propuesta de ley de reparación integral para las víctimas del conflicto armado? ¿Qué piensa sobre ella?
20. ¿Considera que la juventud o generación de posguerra debería tener algún papel en el tema de reconciliación nacional?
21. ¿Qué acciones considera que el gobierno actual y próximos gobiernos deberían realizar en favor de la memoria histórica?

#### **Iniciativas académicas en relación a la memoria**

22. ¿Tiene conocimiento de iniciativas desde organizaciones sociales que aborden el tema de la memoria, las nuevas generaciones y la FAES dentro y fuera de El Salvador? ¿Puede contarme al respecto?
23. ¿Cuáles son los retos particulares que implica el trabajo en materia de memoria histórica o temas afines a la misma?
24. De acuerdo a su experiencia, ¿qué aspectos deberíamos de considerar en el transcurso de esta investigación? ¿Podría dar algunas recomendaciones?

#### **Cierre**

- Agradecimiento.
- Dudas pendientes.
- Ofrecer disponibilidad para ser contactado en caso de querer hablar.

### 9.3. Consentimiento informado para relatos de vida

Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”  
Departamento de Psicología y de Salud Pública



#### SOLICITUD DE CONSENTIMIENTO

Usted ha sido invitado/a a participar en la investigación “Construcción de memorias del conflicto armado salvadoreño en jóvenes descendientes de exmilitares”, realizada por Departamento de Psicología y de Salud Pública de la UCA, en coordinación con la Dirección de Pastoral de la misma universidad.

El objeto de esta carta de consentimiento es ayudarlo a tomar la decisión de participar en la presente investigación, la cual busca comprender la construcción de memorias del conflicto armado salvadoreño en jóvenes descendientes de exmilitares.

Su participación es totalmente voluntaria. Si usted acepta, se le pedirá participar en dos sesiones de entrevista (cada una con una duración no mayor a una hora y media), en las cuales será invitado/a a conversar sobre su historia de vida en relación al conflicto armado.

Los dos encuentros serán grabados y transcritos en su totalidad. Usted recibirá la transcripción textual de ambos encuentros para su lectura, comentarios y propuesta de modificaciones si lo estima conveniente.

Si acepta participar, no recibirá nada a cambio, pero la información que proporcione contribuirá a ampliar el conocimiento sobre las implicaciones del conflicto armado en la juventud y sociedad salvadoreña, con la finalidad de identificar áreas de mejora.

Su participación no tendrá ningún riesgo para usted. Sin embargo, si a raíz de sus respuestas se generan reacciones emocionales molestas, requiriendo asistencia psicológica, el equipo investigador le puede proporcionar información sobre instancias que pudieran apoyarlo en ese sentido; además de acompañarle en el proceso para solicitar dicha asistencia, si así lo requiere.

La información que proporcione será **anónima** y **confidencial**. Esto significa que su nombre NO será escrito en el informe de investigación, y NO será identificado por ningún otro dato personal. Además, la información obtenida será conocida exclusivamente por el equipo investigador, y será utilizada solo para los fines de esta investigación.

En caso que no quiera responder a alguna de las preguntas o quiera suspender la entrevista, podrá hacerlo en cualquier momento. Esto no tendrá ninguna consecuencia negativa para usted.

#### Datos de contacto

Si usted tiene alguna duda sobre el estudio, puede contactar al coordinador del mismo:  
Mtro. Fernando Chacón, al teléfono 2210-6600 ext. 389.

#### Autorización

Al dar mi acuerdo, confirmo que he leído o me han leído completamente este documento de consentimiento y voluntariamente acepto participar en este estudio.

---

Nombre del participante

---

Firma del participante

---

Lugar y Fecha

#### 9.4. Consentimiento informado para uso de relato en videos divulgativos

Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”  
Departamento de Psicología y de Salud Pública



### SOLICITUD DE CONSENTIMIENTO

Usted ha sido participante en la investigación “Construcción de memorias del conflicto armado salvadoreño en jóvenes descendientes de exmilitares”, realizada por Departamento de Psicología y de Salud Pública de la UCA, en coordinación con la Dirección de Pastoral de la misma universidad.

Dado su valioso aporte, mediante esta carta de consentimiento, se solicita su autorización para el uso de parte de la información que proporcionó en las entrevistas, para la elaboración de dos video divulgativos. El objetivo de dichos videos es presentar de forma lúdica los principales resultados obtenidos en la investigación.

Es importante mencionar que en los videos se resguardará el anonimato a partir del uso de voces, nombres e imágenes ficticias; además de evitar compartir información personal que le haga identificable, como lugar de residencia, ocupación, entre otra.

Si autoriza el uso de la información de sus entrevistas, esto no tendrá ningún riesgo para usted. Tampoco recibirá algo a cambio, pero estará contribuyendo a acercar el conocimiento sobre las implicaciones del conflicto armado en la juventud y sociedad salvadoreña, con la finalidad de identificar áreas de mejora.

#### Datos de contacto

Si usted tiene alguna duda sobre el estudio, puede contactar al coordinador del mismo:  
Mtro. Fernando Chacón, al teléfono 2210-6600 ext. 389.

#### Autorización

Al dar mi acuerdo, confirmo que he leído o me han leído completamente este documento de consentimiento y voluntariamente autorizo que la información que di en las entrevistas, en el marco de esta investigación, los días \_\_\_\_\_ sea utilizada para la elaboración de videos divulgativos.

\_\_\_\_\_  
Nombre del participante

\_\_\_\_\_  
Firma del participante

\_\_\_\_\_  
Lugar y Fecha

## 9.5. Reflexiones sobre la subjetividad del equipo investigador

### Implicaciones de la subjetividad desde el nivel personal

*Grosso modo*, en un *nivel personal* del análisis, se puede concluir que las y los investigadores tienen una visión de fragmentación y lejanía sobre sus relatos del conflicto; esto anclado con el hecho de tener una sensación de que sus historias, por lo mismo, no son tan válidas. Sin embargo, consideran, a la vez, que se trata de memorias situadas, y que, por ello, no tienen por qué silenciarse. Se concluye dos aspectos:

- El equipo de investigación (EI, en adelante) tiene una marcada visión de izquierda para pensar el Conflicto y el presente; dicha visión se construye por la historia personal y académica de cada uno y cada una. Si bien había dudas sobre la propia praxis política en algunas y algunos, al final, se concluye que los recuerdos de agentes políticos del pasado (sobre todo figuras revolucionarias) son una inspiración.
- Como es visible, la propia posición política, la educación, y la visión propia (*a priori*) de la historia personal sobre el Conflicto, podrían generar obstáculos al momento de empatizar y validar historias ajenas. No obstante, el considerar la noción de memorias situadas y la validación de todas las modalidades de praxis políticas personales, son catalizadores que pueden ayudar a sopesar estas dificultades.

### Implicaciones de la subjetividad desde el nivel afectivo

En cuestión del *nivel afectivo* de análisis, lo que más se repite es la empatía con el dolor sufrido de otros, con las memorias del pasado. A la vez, surgió un tipo de malestar expresado en la sensación de estar entre “el bien” y “el mal”, por los bandos de la guerra y la propia historia, tanto personal como familiar. Hay que tener cuidado, pues, si bien la empatía sobre el pasado se puede utilizar como catalizador para empatizar con los relatos que serán recibidos en las entrevistas, es posible que la empatía se vea determinada solo para el “bando” que se considera como “propio” —se recuerda aquí la marcada posición de izquierda del equipo.

### Implicaciones de la subjetividad desde el nivel familiar

A *nivel familiar*, el EI se vio movido emocionalmente por la admiración, el dolor y los silencios en las familias. Se repite, pero centrado en el relato sobre las familias, que es ella y la propia condición socioeconómica la que determinó la historia propia y la posición personal, política e ideológica; concatenado a lo anterior, las y los miembros del EI se apropian de la historia familiar como propia, aunque no la hayan vivido. A la vez, las familias tienen una forma concreta de analizar el pasado y el presente; analizan a “los bandos” de la misma forma que en el Conflicto, y no cambian sus ideales. Lo que más puede considerarse de esto en función de la investigación y, específicamente, de las entrevistas, es empatizar con que las historias que serán escuchadas también se determinan familiar, histórica y socioeconómicamente; no por ello, pues, dejan de ser válidas.

### Implicaciones de la subjetividad desde el nivel social

A *nivel social*, los análisis pueden centrarse, sobre todo, en considerar cómo el Conflicto tuvo unas bases históricas y estructurales determinantes para su desarrollo (es un análisis amplio y teórico el mostrado por el EI); lo cual determina la propia historia. Además, se considera que los modos de “ser” de la sociedad tienen, al menos de forma más o menos inmediata, bases en las heridas del conflicto (y se han reproducido familiar y socialmente). Finalmente, se considera que, a la postre, ambos “bandos” sufrieron dolor. Estas consideraciones son útiles para entender empáticamente los relatos que serán recibidos, y saber que todos los dolores, valga la redundancia, duelen; y que cada historia y cada forma de ver y ser guarda bases, en alguna medida, en las heridas del Conflicto.

### **Conclusiones**

- La mayoría de consideraciones a tener en cuenta está en los planos ideológicos y las propias posiciones políticas (correspondientes la mayoría a la categoría “personal”). Son estas dimensiones las que más podrían dificultar la empatía e incluso el abordaje posterior de los contenidos en el momento de estar redactando el informe, y sesgarlo, por consecuencia. Sin embargo, como la mayoría, bien trabajadas, potencian la empatía.
- Otra de las categorías importantes es la social, sobre todo por sus implicaciones a nivel macro y la formación de algunos prejuicios. El nivel familiar y emocional, con un buen manejo, pueden ser catalizadores —con excepción de algunas reflexiones— para la empatía.
- Como últimas reflexiones en el equipo de investigación en torno a los ejercicios hechos, están las siguientes: a) considerar que las y los descendientes no son culpables de lo que su padre haya hecho o haya dejado de hacer; b) considerar respetar la fenomenología del relato que se presente, y no pretender orientarlo hacia donde dicta la teoría o un sesgo ideológico personal; c) cuidar siempre el lenguaje que se estará manejando; d) recordar que ninguna verdad pesa más que otras; e) considerar el enfoque de género al momento de tratar de empatizar; f) respetar los silencios; y g) recordar que la investigación es una oportunidad para escuchar, hasta cierto punto, “el 50 % de la historia faltante”, y que por tanto es valiosa.

## 9.6. Plan de análisis narrativo intracaso e intercaso

### Plan de análisis narrativo

#### *Construcción de memorias del conflicto armado salvadoreño en jóvenes descendientes de exmilitares*

Elementos tomados de Chacón Serrano (2017).

#### **Estructura**

- A. Pre-análisis
- B. Análisis intracaso (singular)
- C. Análisis intercaso (transversal)
- D. Análisis por objetivos

#### **A. PRE-ANÁLISIS**

1. Retomar las reflexiones en torno a la subjetividad del investigador (Mi historia del conflicto armado) (Cornejo, *et al.* 2011; Cruz, *et al.*, 2012).

Particularidades de la propia historia del investigador que puedan interferir:

- ¿Cómo mi historia influirá al momento de analizar los relatos de los participantes?
  - ¿Qué aporta para la comprensión del contenido de los relatos de vida?
  - ¿Cómo muestra el posicionamiento del investigador como joven de posguerra?
2. Leer notas de campo para tener marco del proceso de producción de relatos (Cornejo *et al.*, 2011).

#### **B. ANÁLISIS INTRACASO (SINGULAR)**

1. Leer relato completo como si fuera una novela (Arfuch, 2002).
2. Ponerle un título que englobe su trama (Capella, 2013).
3. Hacerle preguntas generales al relato (Cruz *et al.*, 2012).  
¿Cuál es el clima/tono del relato?, ¿cuál es la trama que lo articula?, ¿qué hechos, hitos y/o escenas emergen como relevantes?, ¿cuáles son los personajes de la trama?, ¿desde qué lugar/posición social se narra el relato?
4. Leer notas de campo del participante (condiciones de producción de relato: contexto, relación y subjetividades de joven e investigador) (Cornejo *et al.* 2011; Cruz *et al.*, 2012).

Subjetividad del investigador:

- Las particularidades del vínculo entre narratario-narrador y su influencia en el relato.
- La impresión de la historia o forma de narración que generan en el investigador.
- El tipo de escucha desarrollada.

- Particularidades de la propia historia del investigador que puedan interferir:
    - ¿Cómo mi historia influirá al momento de analizar el relato del participante?
    - ¿Qué aporta para la comprensión del contenido del relato de vida?
5. Volver sobre el relato y realizar a profundidad un análisis temático y estructural del mismo (Riessman, 2008 citado en Capella, 2013).

#### **Análisis temático (Bernasconi, 2013; Capella, 2013)**

- El contenido de la narrativa y su relación con recursos lingüísticos y culturales disponibles en esa sociedad.
- Responder: *¿qué se narra?*, atendiendo al significado del relato con el propósito de crear categorías analíticas.
- Ver temas que la organizan, secuencia de eventos, personas involucradas, etc.
- Considerar-preservar la secuencia de la narrativa completa y referencias temporales y espaciales del relato, más que la codificación y separación en segmentos del discurso (como en la teoría fundamentada se hace).

#### **Análisis estructural (Bernasconi, 2013; Capella, 2013)**

- Centrado en la organización o estructura narrativa.
- Responder: *¿cómo se narra?*, *¿cómo los participantes ocupan el lenguaje para construir sus historias y a sí mismos?* *¿por qué se contó la historia de esta manera?* *¿Qué nos dice esta estructura narrativa del tema investigado?*
- Ver: tipo de frases utilizadas, la secuencia, las palabras elegidas, los personajes de la historia, silencios, tono de voz, entonación, uso de metáforas, etc.
- Se examinan asuntos como el estilo narrativo (directo, indirecto), los recursos lingüísticos más utilizados (anécdota, monólogo, etc.), el género predominante (cómico, dramático, etc.), el tipo de historia que se narra (de superación, fracaso, denuncia, etc.), sus personajes y las figuras idiomáticas.
- Longitud, pronombre utilizado (Yo, nosotros, ellos), dimensiones de la relatabilidad y linealidad de la narrativa, posicionamiento (reflexivo e interactivo), agencialidad, secuencia, eventos centrales, puntos de giro, personas incorporadas, temáticas que ocupan más espacio en la narrativa o con las que ésta se inicia, cómo se nombran los eventos significativos en la vida (e.g. la guerra) (Capella, 2013).
- Ver la construcción de tramas a través de la confrontación y la negociación entre personajes, argumentaciones, temporalidades disyuntas, voces protagónicas y secundarias (Arfuch 2002, p. 196).

### **C. ANÁLISIS INTERCASO (TRANSVERSAL)**

1. Construir ejes analíticos temáticos emergentes (Capella, 2013).
2. Analizar nuevamente todas las historias a partir de los ejes analíticos temáticos emergentes (Cornejo *et al.*, 2008).
3. Agrupación y comparación entre diferentes sujetos desde género, rango militar del familiar y clave generacional (Cornejo *et al.*, 2008).



## D. ANÁLISIS POR OBJETIVOS

### Objetivo general

Comprender la construcción de memorias del conflicto armado salvadoreño en jóvenes descendientes de exmilitares.

### Objetivos específicos

- a) Describir el contenido de las memorias del conflicto armado que se construyen en jóvenes descendientes de exmilitares.

#### *Desde análisis temático del relato.*

¿Qué se narra? Ver temas que organizan el relato, la secuencia de eventos, los personajes involucrados, los lugares, las razones de las acciones y situaciones, etc.

- b) Caracterizar la trama narrativa que se configura en la construcción de memorias del conflicto armado en jóvenes descendientes de exmilitares.

#### *Desde análisis temático del relato.*

¿Qué historia está contando (personal, familiar, nacional)?

#### *Desde análisis estructural del relato.*

¿Cómo está contando la historia?

Trama: “conjunto de combinaciones mediante las cuales acontecimientos se transforman en una historia” (Ricoeur, 2000, p. 192). Combinación de elementos heterogéneos: personajes, interacciones, contextos, temporalidades, etc. que constituyen y dan cuerpo a la historia. Es el corazón de la historia.

<b>¿Qué compone una trama?</b>	<b>¿Qué compone un relato (de vida)?</b>
Personajes	La articulación de tramas (qué).
Eventos, hechos	La narración de las tramas (cómo).
Interacciones	Las posiciones adoptadas (desde
Contextos-Espacios	dónde).
Temporalidades	

- c) Identificar los mecanismos psicosociales a través de los cuales se construyen las memorias del conflicto armado en jóvenes descendientes de exmilitares.

#### *Desde análisis temático y estructural del relato.*

Mecanismos identificados en Chacón Serrano (2017):

- Movilización emocional al recordar
- Imaginación de lo vivido por familiares
- Empatía hacia familiares como personajes y fuentes de relato.
- Incluirse discursivamente en lo narrado.
- Actitud indagatoria (ir a sitios de memoria, otras fuentes)

## 9.7. Ejemplo de Sinopsis de relato de vida

### Sinopsis del relato de Tatiana

#### Título

¿Y mi papá es malo o no es malo?: entre el orgullo y la vergüenza de las memorias

#### ¿Cuál es el clima/tono del relato?

La narración tiene una carga emocional fuerte, que hace variar el tono de la misma. Es posible identificar reproche, miedo, tristeza (acompañada de llanto), y confusión; pero también empatía, cariño y gratitud.

La figura principal que condiciona el tono narrativo es su padre. Hacia él y por él se perciben tonos narrativos desde el reproche hasta la empatía. Hacia ella misma aparece la culpa y la vergüenza, pero también una satisfacción de hacer acciones por su bienestar y el de otros.

#### ¿Cuál es la trama que lo articula?

El relato narra la historia de una joven que se encuentra en un proceso de autoexploración por su condición de hija de un militar que combatió en el conflicto armado. Este proceso tiene a la base la pregunta de “¿Y mi papá es malo o no es malo?”, pues en su recorrido de vida se ha dado cuenta de los crímenes cometidos por la FAES durante el conflicto armado. Su participación activa en programas sociales durante sus estudios universitarios le han posibilitado un acercamiento a víctimas del conflicto armado.

La joven entra en conflicto con la figura de su padre, porque resalta el cariño de este hacia ella en distintos momentos. Al hacer la comparación del papá de ahora, “un viejito” según sus palabras; con “el coronel” del pasado, emerge la pregunta de ¿quién es su papá?, ya que ve la foto de este siendo militar y lo desconoce: “yo siento que es otra persona que yo nunca he conocido, como eso que le dicen coronel, yo nunca he conocido ese coronel”.

La historia de la joven se debate entre estas preguntas y confusiones, las cuales se acompañan de sentimientos contradictorios: el orgullo y la vergüenza. No hay una respuesta definitiva en ella. De lo que sí tiene claridad es que, al final, su papá también fue víctima de un contexto deshumanizador, aunque él no sepa que lo es.

También tiene otra certeza, y fue un descubrimiento dado en el mismo momento de elaborar su relato: el involucramiento de la joven en acciones sociales y humanitarias con víctimas del conflicto armado son una forma de compensar la participación de su padre como militar. En sus palabras: “al hacer yo esto pago por sus pecados... vengo yo y voy a hacer lo que pueda, voy a tratar de amortiguar un poco lo que hizo, pero lo voy a hacer yo, que no lo haga él, porque es un viejito”.

#### ¿Qué hechos, hitos y/o escenas emergen como relevantes?

- Los distintos momentos donde la joven ha interrogado a su padre.
- La vida universitaria de la joven (participación en iniciativas sociales).
- Los momentos donde la joven ha escuchado las memorias de su papá contadas a terceras personas.
- La casa como cuartel o museo militar.
- La escena donde su papá calló que había participado en un operativo que le quitó la vida a un familiar de alguien conocido.

#### ¿Cuáles son los personajes de la trama?

- Mamá, papá, hermana, hermanastros
- Hermano pequeño fallecido
- Amistades de universidad
- Comunidades dañadas por el conflicto armado
- La FAES
- Las víctimas

- La guerrilla
- Los jesuitas
- La UCA
- Gobierno actual

### **¿Desde qué lugar/posición social se narra el relato?**

La mayor parte del tiempo narra como hija de un militar que combatió en el conflicto armado. Constantemente se narra a sí misma en diálogo con su padre, con lo que manifiesta un vínculo significativo hacia esta figura. En este diálogo imaginario con su padre le reprocha, le reclama, le interroga, le compadece, le agradece... Todo en relación al pasado de guerra del padre, y su interacción con este en la posguerra.

### **¿Cuál es el objeto en disputa en el conflicto armado según el relato?**

La joven no lo dice explícitamente, pero hace ver que las personas se levantaron porque las cosas no estaban bien. Critica la versión de la familia, quien considera que los que se levantaron eran resentidos sociales que querían tener los bienes materiales que otros tenían. Pese a esto, no muestra un ideal hacia la guerrilla, incluso reconoce que pudo hacer cosas malas también.

### **¿Cuáles son los mecanismos psicosociales a través de los cuales construye sus memorias?**

- Movilización emocional al recordar
- Imaginación de lo vivido por familiares
- Empatía hacia familiares como personajes y fuentes de relato
- Actitud indagatoria (preguntar a su padre, visitar comunidades)

### **Notas adicionales**

- El relato de vida de la joven se relaciona con los elementos teóricos de Jara (2016): su vínculo con el pasado familiar refleja orgullo y vergüenza. A veces culpa. Puede que tenga relación con la figura del “conocimiento envenenado” de Veena Das (2008).
- Hay elementos importantes para reflexionar sobre la reparación y la justicia. Enfatiza que su padre ya es “un viejito”, como para sufrir cárcel. Reconoce, a su vez, la contradicción en que cae, al decir que es necesaria la justicia, pero si tiene que ver con su padre no lo ve tan positivo.
- Lo anterior, permite reflexionar que, quizá, el castigo de cárcel no sea una opción para perpetradores en algunos casos. Desde la joven, se puede interpretar que el miedo al castigo sea un elemento que haga que estas personas no cuenten su historia y más bien lo eviten (la joven comparte la metáfora de “Drácula”).

## 9.8. Matriz de coherencia con objetivos

### Objetivo general

Comprender la construcción de memorias del conflicto armado salvadoreño en jóvenes descendientes de exmilitares.

Objetivos específicos	Definiciones	Ejemplos	Recursos
<p>a) Describir el contenido de las memorias del conflicto armado que se construyen en jóvenes descendientes de exmilitares.</p>	<p>El contenido de las memorias es toda aquella “información” que compone el recuerdo del pasado por parte de los/as jóvenes.</p> <p>No necesariamente conforman una historia. Pueden ser datos, hechos, personas, entre otros.</p>	<p>¿Qué información contienen las memorias de los/as jóvenes?</p> <p>Por ejemplo, algunos/as consideran que el conflicto armado se originó por el malestar de la población. Otras jóvenes desconocen por qué se dio.</p>	<p>Sinopsis de los relatos</p> <p>(Análisis intra-caso)</p>
<p>b) Caracterizar la trama narrativa que se configura en la construcción de memorias del conflicto armado en jóvenes descendientes de exmilitares.</p>	<p>La trama es un conjunto de combinaciones mediante las cuales los acontecimientos se transforman en una historia.</p> <p>Es una combinación de personajes, interacciones, contextos, temporalidades, etc. que constituyen y dan cuerpo a la historia. Es el corazón de la historia.</p>	<p>¿Qué historia están contando los/as jóvenes a partir del contenido de memoria?</p> <p>Por ejemplo, pueden contar la historia de un/a joven que busca comprenderse a sí mismo/a y a su familia, a través de las memorias de un pasado no vivido. También pueden contar la historia de un padre que ha sido afectado por su participación en el conflicto armado, y esto marca su forma de ser. Igualmente, pueden contar la historia de una relación padre-hijo/a que está marcada por la historia de violencia vivida por el padre y transmitida al hijo/a, de forma directa e indirecta.</p>	<p>Interacción de los Ejes analíticos temáticos</p> <p>(Análisis intra e inter-caso)</p>
<p>c) Identificar los mecanismos psicosociales a través de los cuales se construyen las memorias del</p>	<p>Los mecanismos psicosociales son aquellos elementos que permiten que los/as jóvenes construyan (pos)memoria de un pasado no vivido.</p>	<p>¿Qué elementos posibilitan la construcción de las tramas (historias) de memoria sobre un pasado no vivido?</p>	<p>Interacción de los Ejes analíticos temáticos</p> <p>(Análisis intra e inter-caso)</p>

<p>conflicto armado en jóvenes descendientes de exmilitares.</p>	<p>Para ser específicos, el contenido y las tramas de memoria han sido posibles porque los/as jóvenes imaginan el pasado, se unen empáticamente a través de las experiencias de otros/as, visitan lugares de memoria, entre otras acciones que intervienen para que ellos/as configuren (pos)memorias del pasado no vivido.</p>	<p>Por ejemplo, un joven usa la imaginación para verse él mismo cargando un fusil durante el conflicto armado, tal como está retratado su papá en una foto cuando era soldado.</p> <p>*Nota: los estudios de posmemoria evidencia que las nuevas generaciones hacen memoria del pasado no vivido, pero hasta ahora no explican cómo es posible eso, a través de qué mecanismos.</p>	
--	---	---	--